

 **Cómo detener  
el tiempo** **Matt Haig**



**DESTINO**

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Pienso a menudo en lo que me dijo Hendrich...

Primera parte. Vivir entre las efímeras

Soy viejo...

Sri Lanka, hace tres semanas

Los Ángeles, hace dos semanas

Londres, en la actualidad

Londres, 1623

Londres, en la actualidad

Londres, 1860

Londres y St. Albans, 1860-1891

Londres, 1891

Londres, en la actualidad

Suffolk, Inglaterra, 1599

Londres, en la actualidad

Suffolk, Inglaterra, 1599  
Londres, en la actualidad  
Suffolk, Inglaterra, 1599

Segunda parte. El hombre que era América

Londres, en la actualidad  
Rascacielos  
Bosque  
St. Albans, Inglaterra, 1891  
Océano Atlántico, 1891  
Nueva York, 1891  
Londres, en la actualidad

Tercera parte. Rose

Bow, cerca de Londres, 1599  
Londres, en la actualidad  
Hackney, cerca de Londres, 1599  
Londres, en la actualidad  
Londres, 1599  
Londres, en la actualidad  
Londres, 1599  
Londres, en la actualidad  
Londres, 1599  
Hackney, a las afueras de Londres, 1599  
Londres, en la actualidad  
París, 1928  
Londres, en la actualidad

Cuarta parte. El pianista

Bisbee, Arizona, 1926  
Los Ángeles, 1926  
Londres, en la actualidad  
Un interludio sobre el piano

Londres, en la actualidad  
Londres, 1607-1616  
Londres, en la actualidad  
Canterbury, 1616-1617  
Londres, en la actualidad  
París, 1929  
Londres, en la actualidad

#### Quinta parte. El regreso

Plymouth, Inglaterra, 1768  
Londres, en la actualidad  
Tahití, 1767  
Dubái, en la actualidad  
Plymouth, Inglaterra, 1772  
En algún lugar sobrevolando Australia, en la actualidad  
Huahine, islas de la Sociedad, 1773  
Océano Pacífico, 1773  
Bahía de Byron, Australia, en la actualidad  
Canterbury, Inglaterra, 1617  
Bahía de Byron, Australia, en la actualidad  
Londres, en la actualidad  
La forêt de Pons, Francia, el futuro

Notas

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la  
lectura

---

**¡Regístrate y accede a  
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## *Sinopsis*

Tom Hazard esconde un secreto: puede que parezca un hombre de unos cuarenta años pero, debido a una rara enfermedad, lleva vivo desde hace varios siglos.

De hecho, tiene aproximadamente cuatrocientos años y, entre otras muchas cosas, ha actuado con Shakespeare, ha explorado el mar con el capitán Cook y ha compartido cócteles con Scott Fitzgerald.

Tom debe cambiar a menudo de país y de identidad para preservar su secreto. De este modo, ha sido testigo y protagonista de grandes momentos históricos. Ahora sólo desea sentirse un hombre más. Así,

se instala en Londres tratando de llevar una vida corriente y empieza a trabajar en un instituto como profesor de Historia, donde enseña a los niños sobre guerras y sucesos de los que ha sido testigo de primera mano.

Una historia de amor eterno sobre un hombre perdido en el tiempo, la mujer que podría salvarlo y las vidas necesarias para aprender a ser feliz.

# Cómo detener el tiempo

Matt  
Haig

Traducción de  
María José Díez Pérez

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1443

*Para Andrea*

Pienso a menudo en lo que me dijo Hendrich hace más de un siglo en su apartamento de Nueva York.

—La primera regla es no enamorarse —advirtió—. Hay más, pero ésa es la más importante. Nada de enamorarse. Nada de estar enamorado. Nada de fantasear con el amor. Si te atienes a eso, no te pasará nada.

A través de la espiral de humo del cigarro puro que se estaba fumando, contemplé Central Park, los árboles que el huracán había arrancado de cuajo.

—Dudo que vuelva a amar a alguien —aseguré.

Hendrich mostró una sonrisa diabólica.

—Bien. Naturalmente, puedes amar la comida y la música y el champán y las raras tardes soleadas de octubre. Puedes amar el espectáculo de unas cataratas y el olor de los libros antiguos, pero el amor de las personas está prohibido, ¿me oyes? No te encariñes con nadie, e intenta reprimir tus sentimientos por aquellos a quienes conozcas. De lo contrario, perderás la razón poco a poco...

Primera  
parte

Vivir entre  
las efímeras

Soy viejo.

Eso es lo más importante que quiero decirte. Lo que es menos probable que creas. Si me vieses, seguramente pensarías que rondo los cuarenta, pero no podrías estar más equivocado.

Soy viejo. Viejo como lo es un árbol o una almeja de Islandia o un cuadro renacentista.

Para que te hagas una idea: nací hace más de cuatrocientos años, el 3 de marzo de 1581, en la habitación de mis padres, que se hallaba en la tercera planta del pequeño *château* francés que en su día era mi casa. Por lo visto, era un día caluroso para la época del año, y mi madre le pidió a la comadrona que abriese todas las ventanas.

«Dios te sonrió», decía mi madre. Aunque creo que debería haber añadido que —si ese Dios existía— a partir de ese momento la sonrisa pasó a ser un ceño fruncido.

Mi madre murió hace mucho. Yo, en cambio, no.

Verás, tengo un trastorno.

Durante bastante tiempo pensé que era una enfermedad, pero lo cierto es que ésa no es la palabra adecuada. Enfermedad implica mala salud, consumirse, así que es mejor decir que tengo un trastorno. Poco común, pero no único. Uno del que nadie sabe nada hasta que lo tiene.

No figura en ninguna publicación médica oficial ni tiene un nombre oficial. El primer médico reputado que se lo dio, en la década de 1890, lo llamó *anageria*, pero, por motivos que ya se verán, nunca llegó a ser de dominio público.

El trastorno aparece en torno a la pubertad. Lo que sucede después es..., en fin, no mucho. En un principio, el que sufre el trastorno no es consciente de que lo tiene. Después de todo, cada día la gente despierta y ve el mismo rostro que vio en el espejo el día anterior. Día tras día, semana tras semana, incluso mes tras mes, la gente no cambia de forma muy perceptible.

Sin embargo, a medida que pasa el tiempo, en cumpleaños u otras fechas anuales señaladas, la gente empieza a darse cuenta de que uno no envejece.

La verdad, no obstante, es que el individuo no ha parado de envejecer. Envejece exactamente igual, sólo que mucho más despacio. La velocidad a la que envejecen los que tienen anageria fluctúa un tanto, pero por lo general la proporción es de uno a quince. A veces es de un año por cada trece o catorce años, pero en mi caso se acerca más a los quince.

De manera que no somos inmortales. Ni nuestra mente ni nuestro cuerpo permanecen en la inacción. De acuerdo con los últimos avances de la ciencia, siempre en constante cambio, es sólo que varios aspectos de nuestro proceso de envejecimiento —la degeneración molecular, los enlaces cruzados entre células en un tejido, las mutaciones celulares y moleculares (incluidas, y esto es lo más significativo, en el ADN nuclear)— se dan en un marco temporal distinto.

El pelo se me pondrá gris. Puede que me quede calvo. Es probable que padezca osteoartritis y pérdida auditiva. También cabe la posibilidad de que sufra de presbicia, esa deficiencia causada por la edad. Y acabaré perdiendo masa muscular y movilidad.

Cierto que una peculiaridad de la anageria es que suele fortalecer el sistema inmunitario, que protege de muchas (no de todas) infecciones virales y bacterianas, pero al final incluso éste empieza a debilitarse. No es mi intención aburrirte con la ciencia, pero por lo visto nuestra médula ósea produce más células madre hematopoyéticas —las que contribuyen a la formación de glóbulos blancos— durante nuestros años de plenitud, si bien es importante destacar que eso no nos protege de sufrir heridas o desnutrición, y no dura siempre.

Así que no me consideres un vampiro sexi, siempre en el punto más alto

de la virilidad. Aunque debo decir que puede dar la sensación de que uno está siempre en ese punto cuando, por tu aspecto, sólo transcurre una década entre la muerte de Napoleón y la llegada del hombre a la Luna.

Uno de los motivos por los que nadie sabe nada de nosotros es que la mayoría de la gente no está preparada para creerlo.

Los seres humanos, por regla general, sencillamente no aceptan lo que no encaja con su visión del mundo. Así que podrías decir: «Tengo cuatrocientos treinta y nueve años» sin problema, pero en general la respuesta sería: «¿Estás loco? O eso o muerto».

Otro motivo por el que la gente no sabe nada de nosotros es que gozamos de la protección de una especie de organización. Todo el que descubre nuestro secreto, y se lo cree, por lo general suele encontrarse con que su corta vida se acorta incluso más. De modo que el peligro no proviene únicamente de las personas normales y corrientes.

También proviene de dentro.

## *Sri Lanka, hace tres semanas*

Chandrika Seneviratne estaba debajo de un árbol, a la sombra, a cien metros aproximadamente detrás del templo. Las hormigas le corrían por el arrugado rostro. Tenía los párpados cerrados. Percibí movimiento entre las hojas y, al levantar la vista, vi que un mono me miraba con ojos críticos.

Le había pedido al conductor del *tuk-tuk* que me llevara a ver monos al templo, y me dijo que ese de color pardo rojizo que casi no tenía pelo en la cara era un macaco de Sri Lanka.

—Está en peligro de extinción —señaló—. No quedan muchos. Éste es su sitio.

El mono salió disparado y desapareció entre las hojas.

Le toqué la mano a la mujer: estaba fría. Me figuré que debía de llevar allí alrededor de un día, nadie la había encontrado aún. Le cogí la mano y comencé a llorar. Resultaba difícil precisar cuáles eran las emociones que sentía. Una creciente oleada de pesar, alivio, tristeza y miedo. Me entristecía que Chandrika ya no pudiera responder a mis preguntas, pero también suponía un alivio no haber tenido que matarla. Sabía que ella habría tenido que morir.

El alivio que sentí se convirtió enseguida en otra cosa. Quizá fuese la tensión o el sol, o es posible que se debiera a los huevos que había desayunado, pero lo cierto es que empecé a vomitar. Fue en ese momento cuando lo supe: «No puedo seguir haciendo esto».

En el templo no había cobertura, así que para llamar a Hendrich esperé hasta estar de vuelta en la habitación de mi hotel, en la antigua ciudadela de Galle,

protegido por la mosquitera, sudando por el calor y mirando el lento e ineficaz ventilador del techo.

—¿Has hecho lo que tenías que hacer? —me preguntó.

—Sí —repuse, una verdad a medias. Después de todo, el resultado era el que él quería—. Está muerta. —A renglón seguido, pregunté lo que preguntaba siempre—: ¿La habéis encontrado?

—No —negó, como siempre—. No la hemos encontrado. Todavía no.

*Todavía*, una palabra que podía atraparte durante décadas. Sin embargo, esta vez yo gozaba de una renovada seguridad en mí mismo.

—Hendrich, te lo pido por favor. Quiero una vida normal y corriente. No quiero hacer esto.

Él suspiró cansado.

—Tengo que verte. Hace mucho que no te veo.

## *Los Ángeles, hace dos semanas*

Hendrich volvía a estar en Los Ángeles. No vivía allí desde la década de 1920, así que supuso que era seguro hacerlo y que no quedaba nadie vivo que pudiera recordarlo de antaño. Tenía una gran casa en Brentwood que hacía las veces de sede de la Sociedad Albatros. Brentwood era un lugar perfecto para él: un terreno perfumado con geranios donde se alzaban casas grandes detrás de altas vallas y muros y setos, en cuyas calles no había transeúntes, y todo, incluso los árboles, parecía tan perfecto que rozaba lo aséptico.

Me quedé impresionado al ver a Hendrich, sentado en una tumbona junto a la gran piscina, con el portátil en las rodillas. Por lo general, siempre estaba más o menos igual, pero no pude evitar notar el cambio: parecía más joven. Seguía siendo viejo y artrítico, pero desde luego tenía mejor aspecto que hacía un siglo.

—Hola, Hendrich —lo saludé—. Tienes buen aspecto.

Él asintió, como si no fuese ninguna novedad.

—Bótox. Y un *lifting* de cejas.

No bromeaba. En esta vida había sido cirujano plástico. La historia oficial era que, después de jubilarse, dejó Miami y se instaló en Los Ángeles. De ese modo evitaba el problema de no tener pacientes en ese lugar. Aquí se llamaba Harry Silverman. («Silverman. ¿No te gusta? Suena a superhéroe anciano, que en cierto modo es lo que soy.»)

Me senté en la otra tumbona. La chica, Rosella, nos trajo dos *smoothies* de un color crepuscular. Reparé en las manos de Hendrich: parecían viejas. Tenían manchas y pellejos y venas azules. Los rostros podían mentir con más facilidad que las manos.

—Espino cerval de mar. Una pasada. Está asqueroso. Pruébalo.

Lo increíble de Hendrich era que siempre estaba al día. Lo había hecho siempre, creo. Sin duda desde la década de 1890. Hacía siglos, cuando vendía tulipanes, probablemente fuese igual. Resultaba peculiar. Era mayor que todos nosotros, pero siempre iba al compás de la época que le tocaba vivir.

—La cosa es —empezó— que en California la única manera de que parezca que uno envejece es dando la impresión de que se es más joven. Si puedes mover la frente pasados los cuarenta, la gente desconfía.

Me dijo que había estado unos años en Santa Bárbara, pero se acabó aburriendo.

—Santa Bárbara es agradable. Es el paraíso, con un poco más de tráfico. Pero en el paraíso nunca pasa nada. Tenía una casa en las colinas, bebía vino de la zona cada noche, pero me estaba volviendo loco. Me daban ataques de pánico constantemente. En siete siglos no había sufrido un solo ataque de pánico. He vivido guerras y revoluciones, y nada. Pero llego a Santa Bárbara y me veo despertando en mi bonita villa con el corazón latiéndome como un loco y con la sensación de estar atrapado en mi propia persona. En cambio, Los Ángeles es otra cosa. Los Ángeles me dio la tranquilidad que necesitaba, te lo aseguro...

—Sentirse tranquilo. Debe de ser una sensación agradable.

Me escudriñó un rato, como si yo fuera una obra de arte con un significado oculto.

—¿Qué sucede, Tom? ¿Me echabas de menos?

—Algo por el estilo.

—¿Qué pasa? ¿Tan mal te trató Islandia?

Viví en Islandia ocho años, antes de cumplir mi breve misión en Sri Lanka.

—Era un sitio solitario.

—Pero creía que querías soledad, después de la temporada que pasaste en Toronto. Dijiste que la verdadera soledad era estar rodeado de gente. Además, eso es lo que somos, Tom: seres solitarios.

Cogí aire, como si fuese a bucear bajo la frase siguiente.

—No quiero serlo más. Quiero dejarlo.

No hubo una gran reacción. Hendrich ni siquiera pestañeó. Le miré las manos nudosas y los nudillos hinchados.

—No puedes dejarlo, Tom. Y lo sabes. Eres un albatros, no una efímera. Eres un albatros.

La idea subyacente a los nombres era sencilla: tiempo atrás se creía que los albatros eran criaturas muy longevas. Lo cierto es que sólo viven unos sesenta años; mucho menos que, por ejemplo, los tiburones de Groenlandia, que pueden vivir cuatrocientos años, o la almeja de Islandia, a la que los científicos llamaron *Ming* porque nació en tiempos de la dinastía Ming, hace más de quinientos años. En cualquier caso, éramos albatros. O albas, para abreviar. Y los demás seres humanos del planeta eran insignificantes efímeras. Recibían ese nombre por el insecto acuático cuyo ciclo vital duraba un día o —en el caso de una subespecie— cinco minutos.

Hendrich siempre se refería a otros seres humanos, normales y corrientes, como efímeras. Y a mí su terminología —una terminología que había arraigado en mí— me resultaba cada vez más ridícula.

Albatros, efímeras. Una auténtica estupidez.

A pesar de sus años y su inteligencia, Hendrich era básicamente inmaduro. Era un niño. Un niño increíblemente mayor.

Eso era lo deprimente de conocer a otros albas: uno se daba cuenta de que no éramos especiales. No éramos superhéroes. Sólo éramos viejos. Y que, en casos como el de Hendrich, daba lo mismo los años o las décadas o los siglos que hubieran pasado, porque uno siempre vivía dentro de los parámetros de su personalidad. Eso era algo que por mucho que se dilataran el tiempo y el espacio no iba a cambiar: uno nunca podía huir de sí mismo.

—Me parece una falta de respeto, si te soy sincero —me dijo—. Después de todo lo que he hecho por ti.

—Agradezco lo que has hecho por mí... —Vacilé: ¿qué había hecho exactamente por mí? Lo único que había prometido hacer no había sucedido.

—¿Eres consciente de cómo es el mundo moderno, Tom? No es como en los viejos tiempos. No puedes cambiar de dirección y hacer constar tu nombre en el libro parroquial. ¿Sabes cuánto he tenido que pagar para que tú y los otros miembros estéis a salvo?

—Si es así, podría ahorrarte algún dinero.

—Siempre he sido muy claro a ese respecto: ésta es una calle de sentido único...

—Una calle de sentido único por la que nunca pedí transitar.

Bebió de la pajita, poniendo cara de asco por lo mal que sabía el *smoothie*.

—Como la vida misma, ¿no es cierto? Escucha, muchacho...

—No soy lo que se dice un muchacho.

—Tomaste una decisión. Fuiste tú quien decidió ir a ver al doctor Hutchinson...

—Y jamás habría tomado esa decisión de haber sabido lo que le pasaría.

Removió un poco el líquido con la pajita y dejó el vaso en la mesita que tenía al lado para tomar un suplemento de glucosamina para la artritis.

—En ese caso, habría ordenado que te mataran. —Soltó su peculiar graznido para dar a entender que era broma. Pero no lo era. Por supuesto que no—. Te propongo un trato, un arreglo: te daré la vida que quieras (la que tú quieras), pero cada ocho años, como de costumbre, recibirás una llamada, y antes de que escojas tu siguiente identidad, te pediré que hagas algo.

Yo ya había oído eso antes, claro está. Aunque lo de «la que tú quieras» nunca era eso: me ofrecería un puñado de sugerencias y yo escogería una. Mi respuesta también le resultó familiar.

—¿Se sabe algo de ella? —Era una pregunta que ya había formulado cien veces, pero que nunca había sonado tan patética, tan desesperanzada, como sonaba ahora.

Miró la bebida.

—No.

Me di cuenta de que lo decía un poco más deprisa que de costumbre.

—¿Hendrich?

—No, no he sabido nada. Pero, escucha, estamos encontrando a otras personas a una velocidad asombrosa: más de setenta, el año pasado. ¿Recuerdas cuando empezamos? Cinco, en un buen año. Si todavía quieres dar con ella, sería una locura querer dejarlo ahora.

Oí que algo caía a la piscina. Me levanté, me acerqué al borde y vi un

ratoncito que nadaba desesperadamente por delante de un filtro. Me arrodillé y lo saqué del agua. El animal salió disparado hacia el cuidado césped.

Hendrich me tenía en sus manos, y lo sabía. No había forma de dejarlo y salir con vida. Y, aunque la hubiese, era más fácil quedarse. Resultaba reconfortante: como un seguro de vida.

—¿La vida que yo quiera?

—La vida que tú quieras.

Estoy casi seguro de que, tal como era él, supuso que pediría algo extravagante y caro. Que querría vivir en un yate frente a la costa amalfitana o en un ático en Dubái. Pero yo había estado dándole vueltas a la cuestión y conocía la respuesta:

—Quiero volver a Londres.

—¿A Londres? Probablemente ella no esté allí, ya sabes.

—Lo sé. Pero quiero volver. Sentirme como en casa otra vez. Y quiero ser profesor. De historia.

Se rio.

—Profesor de historia. ¿Como en un instituto?

—Ahora lo llaman enseñanza secundaria. Pero sí, profesor de historia en un instituto. Creo que no estaría mal.

Y Hendrich sonrió y me miró un tanto confuso, como si hubiese pedido pollo en lugar de langosta.

—Me parece perfecto. Sí. Bueno, sólo tendremos que organizar algunas cosas y...

Y mientras él continuaba hablando, yo seguí con la mirada al ratón, que desapareció por debajo del seto y se dirigió hacia las oscuras sombras, hacia la libertad.

## *Londres, en la actualidad*

Londres. La primera semana de mi nueva vida.

El despacho de la directora del instituto Oakfield.

Intento parecer normal, pero cada vez me cuesta más. El pasado trata de irrumpir.

No.

Ya ha irrumpido. El pasado siempre está aquí. La habitación huele a café instantáneo, desinfectante y moqueta acrílica, pero hay un póster de Shakespeare.

Es el retrato que siempre se ve de él: con entradas, la tez blanca, la mirada ida del que va fumado. Una imagen que no se corresponde con la de Shakespeare.

Centro mi atención de nuevo en la directora, Daphne Bello. Lleva unos pendientes de aro naranjas. Tiene algunas canas en el cabello negro. Me sonrío. Con una sonrisa melancólica. La clase de sonrisa que nadie es capaz de esbozar antes de cumplir los cuarenta. La clase de sonrisa que es triste y desafiante y risueña a la vez.

—Llevo aquí bastante tiempo.

—¿De veras? —me intereso.

En la calle, una sirena de policía lejana se desvanece en la nada.

—El tiempo es extraño, ¿no cree? —inquire.

Coge con delicadeza el vaso de papel con café por el borde y lo deja en la mesa, junto al ordenador.

—Lo más extraño —convengo.

Me cae bien Daphne. Me gusta la entrevista. Me gusta estar de vuelta aquí, en Londres, en el municipio de Tower Hamlets. Y estar haciendo una

entrevista para un trabajo normal y corriente. Es estupendo sentirse, en definitiva, normal y corriente para variar.

—Llevo ya treinta años dedicándome a la enseñanza. Y, en este sitio, dos años. Qué idea tan deprimente. Tantos años..., soy tan mayor. —Suspira mientras sonrío.

Siempre me ha parecido curioso que la gente diga eso.

—No lo parece. —Es lo que hay que decir, así que lo digo.

—Adulador. Eso merece unos puntos extra. —Suelta una risa que sube por lo menos dos octavas.

Imagino que la risa es un pájaro invisible, un ave exótica, de Santa Lucía (de donde era su padre), que sale volando hacia el cielo gris que se extiende al otro lado de la ventana.

—Lo que yo daría por ser joven, como usted —dice entre risitas.

—Con cuarenta y un años no se es joven —afirmo, recalcando el ridículo número. «Cuarenta y un años. Cuarenta y uno. Ésa es la edad que tengo.»

—Se conserva usted muy bien.

—Acabo de volver de vacaciones. Puede que sea eso.

—¿Algún sitio bonito?

—Sri Lanka. Y, sí, es bonito. Di de comer a tortugas en el mar...

—¿Tortugas?

—Sí.

Miro por la ventana y veo a una mujer con un grupo de escolares uniformados que se dirigen hacia el campo de juego. La mujer se detiene, se vuelve hacia ellos, y le veo la cara cuando pronuncia unas palabras que no oigo. Lleva gafas, unos pantalones vaqueros y una chaqueta de punto larga que ondea suavemente al viento, y se mete el pelo detrás de la oreja. Ahora se ríe de algo que dice un alumno. La risa le ilumina el rostro, y por un instante me quedo hipnotizado.

—Ah —dice Daphne, para vergüenza mía, cuando ve dónde estoy mirando—. Es Camille, nuestra profesora de francés. No hay nadie como ella. Los niños la adoran. Siempre anda de acá para allá con ellos... Clases de francés al aire libre. Así es este sitio.

—Veo que ha hecho una labor excelente aquí —aseguro, tratando de que

la conversación vuelva a su cauce.

—Lo intento. Todos lo intentamos. Aunque a veces es una causa perdida. Eso es lo único que me preocupa de su solicitud. Sus referencias son apabullantes, y las he hecho comprobar todas...

Me siento aliviado. No porque haya comprobado mis referencias, sino porque ha habido alguien que ha cogido el teléfono o respondido a un correo electrónico.

—... pero esto no es un instituto rural en Suffolk. Esto es Londres. Esto es Tower Hamlets.

—Los niños son niños.

—Y son unos niños estupendos. Pero esta zona es distinta. No gozan de los mismos privilegios. Me preocupa que haya vivido usted una vida un tanto protegida.

—Se sorprendería usted.

—Y aquí muchos alumnos ya tienen bastantes problemas con el presente, la historia no les interesa. Sólo les importa su mundo. Conseguir que se involucren es la clave. ¿Cómo haría usted que la historia cobrara vida?

Era la pregunta más fácil del mundo.

—La historia no es algo a lo que haga falta dotar de vida. La historia *está* viva. Nosotros somos la historia. La historia no son los políticos, ni los reyes ni las reinas. La historia es todo el mundo. Es todo. Es ese café que se está tomando usted. Se podrían explicar muchas cosas de la historia del capitalismo y el imperio y la esclavitud hablando únicamente del café. Resulta increíble la sangre y el sufrimiento que han sido necesarios para que nosotros dos estemos sentados aquí tomando café en unos vasos de papel.

—Me acaba de quitar las ganas de tomarlo.

—Vaya, lo siento. Pero lo que quiero decir es que la historia está en todas partes. Y hay que conseguir que la gente se dé cuenta de ello. Hace que uno entienda un lugar.

—Cierto.

—La historia es la gente. A todo el mundo le gusta la historia.

Daphne me mira poco convencida, el rostro replegándose en el cuello cuando enarca las cejas.

—¿Está seguro de eso?

Hago un leve gesto de asentimiento.

—Se trata únicamente de que los chicos se den cuenta de que todo cuanto dicen, hacen y ven es lo que dicen, hacen y ven por lo que ha ocurrido antes. Por Shakespeare. Por cada ser humano que ha vivido antes.

Miro por la ventana. Estamos en la tercera planta y las vistas son buenas, incluso con la llovizna gris de Londres. Veo un edificio georgiano antiguo por el que he pasado muchas veces.

—Ese sitio, ese de ahí, el de las chimeneas, ¿lo ve? Eso antes era un manicomio. Y aquél —señalo otra construcción de ladrillo, más baja— era el antiguo matadero. Solían llevarse los huesos para hacer porcelana. Si hubiésemos pasado por delante hace doscientos años, habríamos oído los lamentos de aquellos a los que la sociedad declaró locos a un lado y los del ganado al otro...

«Si, si, si...»

Señalo los tejados de pizarra del este.

—Y, allí, en una panadería, en la calle Old Ford Road, es donde solían reunirse Sylvia Pankhurst y las sufragistas del este de Londres. Tenían un letrero grande, pintado con letras doradas, en el que ponía SUFRAGIO PARA LAS MUJERES, que era imposible no ver, no muy lejos de la antigua fábrica de cerillas.

Daphne apunta algo.

—Y veo que toca algunos instrumentos: la guitarra, el piano y el violín.

«Y el laúd —éste no lo digo—. Y la mandolina. Y la cítara. Y la flauta irlandesa.»

—Sí.

—Va a poner en evidencia a Martin.

—¿Martin?

—Nuestro profesor de música. Es un caso perdido. Perdido. Apenas si toca el triángulo, pero se cree una estrella del rock. Pobre Martin.

—Lo cierto es que me encanta la música. Me encanta tocar, pero enseñar me parece difícil. Siempre me ha parecido difícil hablar de música.

—A diferencia de la historia, ¿no?

—A diferencia de la historia.

—Y, por lo visto, está al corriente del actual plan de estudios.

—Sí —miento, y me resulta fácil—. Desde luego.

—Y todavía es usted joven.

Me encojo de hombros y pongo la cara que creo que hay que poner.

—Yo tengo cincuenta y seis años, así que con cuarenta y uno se es joven, créame.

«Con cincuenta y seis se es joven.

»Con ochenta y ocho se es joven.

»Con ciento treinta se es joven.»

—Bueno, la verdad es que soy un viejo de cuarenta y un años.

Me sonrío, y hace clic con el boli. Y luego vuelve a hacerlo. Cada clic es un momento. El primero, la pausa entre ese primer clic y el segundo. Cuanto más se vive, tanto más cuesta. Asirlos. Asir cada pequeño momento cuando llega. No vivir en el pasado o en el futuro. Vivir de verdad aquí.

«La eternidad está hecha de ahora», dijo Emily Dickinson. Pero ¿cómo vivir en el ahora en que está uno? ¿Cómo impedir que se cuelen los fantasmas de los otros ahora? ¿Cómo, en suma, vivir?

Estoy divagando.

Es algo que me pasa mucho últimamente. Había oído hablar de ello. Ya lo habían mencionado otros albas. Se llega al punto medio de la vida y los pensamientos empiezan a ser excesivos. Los recuerdos van en aumento. Los dolores de cabeza se incrementan. El dolor de cabeza de hoy no es demasiado malo, pero ahí está.

Procuro concentrarme. Procuró aferrarme a ese otro ahora de hace unos segundos, en el que disfrutaba con la entrevista. Disfrutaba con la sensación de relativa normalidad. O la ilusión de normalidad.

«La normalidad no existe.

»No para mí.»

Procuró concentrarme. Miro a Daphne, que sacude la cabeza y se ríe, pero ahora con suavidad, de algo que no revela. Algo triste, intuyo, a juzgar por el brillo que tienen sus ojos de pronto.

—Bueno, Tom, debo decir que estoy impresionada con usted y con su

solicitud.

«Tom.

»Tom Hazard.»

Mi nombre —mi verdadero nombre— era Estienne Thomas Ambroise Christophe Hazard. Ése fue el punto de partida. Desde entonces he tenido muchos, muchos nombres, y he sido muchas, muchas cosas. Pero la primera vez que llegué a Inglaterra no tardé en perder las florituras y pasé a ser simplemente Tom Hazard.

Ahora, al utilizar otra vez ese nombre, siento que he vuelto. Resuena en mi cabeza: «Tom. Tom. Tom. Tom».

—Reúne todos los requisitos. Pero, aunque no fuera así, el puesto sería suyo.

—¿De veras? ¿Por qué?

Enarca las cejas.

—Es usted el único candidato.

Los dos nos reímos un tanto.

Pero la risa muere más deprisa que una efímera.

Porque después ella dice:

—Vivo en Chapel Street. Me pregunto si sabe algo de esa calle.

Y, naturalmente, sé algo, sí, y la pregunta me despierta como si fuese un viento frío. El dolor de cabeza se intensifica. Veo una manzana que revienta en un horno. No debería haber vuelto. No debería haberle pedido a Hendrich que sucediera esto. Me acuerdo de Rose, de la última vez que la vi, y de esos ojos grandes, desesperados.

—Chapel Street. No sé. No. No, me temo que no sé nada.

—No se preocupe. —Bebe un sorbo de café.

Miro el póster de Shakespeare: es como si me estuviera mirando, como si fuese un viejo amigo. Bajo la imagen hay una cita: «Sabemos lo que somos, pero no lo que podemos llegar a ser».

—Tengo una corazonada con usted, Tom. Hay que fiarse de las corazonadas, ¿no es así?

—Supongo que sí —respondo, aunque nunca me he fiado de las corazonadas.

Sonríe.

Sonríe.

Me levanto y voy hacia la puerta.

—Hasta septiembre, entonces.

—Ajá, septiembre. Septiembre. Pasará volando. El tiempo, ¿sabe? Ésa es otra característica de hacerse mayor: el tiempo va más deprisa.

—Ojalá —musito.

Pero ella no lo oye, porque acto seguido dice:

—Y los hijos.

—¿Disculpe?

—Los hijos son otra cosa que hace que parezca que la vida va más deprisa. Yo tengo tres, la mayor de veintidós años, una chica. Se licenció el año pasado. Ayer estaba jugando con los Lego y hoy va a buscar las llaves de su piso. Veintidós años en un abrir y cerrar de ojos. ¿Usted tiene hijos?

Pongo la mano en el pomo de la puerta. Éste también es un momento. Y en él cobran vida mil más dolorosamente.

—No —replico, porque es más fácil que decir la verdad—. No tengo hijos.

Por un instante parece algo incómoda. Creo que está a punto de hacer algún comentario al respecto, pero al final dice:

—Hasta pronto, señor Hazard.

Salgo al pasillo, que huele al mismo desinfectante, y apoyados en la pared hay dos adolescentes mirando el teléfono con la misma devoción con la que dos curas ancianos mirarían el misal. Vuelvo la cabeza y veo que Daphne se centra en el ordenador.

—Sí, hasta pronto.

Cuando salgo del despacho de Daphne Bello y del instituto, me encuentro en el siglo XXI, pero también en el XVII.

Cuando recorro el kilómetro y medio aproximadamente que hay hasta Chapel Street —un tramo de casas de apuestas y aceras y paradas de autobús y farolas de hormigón y grafitis poco entusiastas—, casi estoy en trance. Las

calles me parecen demasiado anchas. Y cuando llego a Chapel Street descubro lo que ya sé: las casas que había antes ya no están, han sido sustituidas por otras construidas a finales de la década de 1800, altas y de ladrillo, y tan austeras como la época en que se diseñaron.

En la esquina, donde antes se alzaba una pequeña iglesia desierta y montaba guardia un sereno al que yo conocía, ahora hay un KFC. El plástico rojo late como si fuera una herida. Camino con los ojos cerrados, intentando intuir a qué altura de la calle estaba la casa en su momento, y me paro al cabo de veinte pasos aproximadamente. Abro los ojos y veo una casa adosada que por fuera no se parece en nada a la que yo llegué hace tantos siglos. La puerta, en la que no hay marca alguna, ahora es de un moderno azul. La ventana permite ver un salón con un televisor. Alguien está jugando a un videojuego en él. En la pantalla revienta un alienígena.

La cabeza me estalla, me siento débil y me veo obligado a retroceder, casi como si el pasado fuese algo capaz de mermar el aire o influir en las leyes de la gravedad. Me apoyo en un coche ligeramente, pero lo suficiente para hacer saltar la alarma.

Y el ruido es estridente, como un lamento que llega directamente de 1623, y me alejo a buen paso de la casa, de la calle, deseando que pudiera alejarme con la misma facilidad del pasado.

## *Londres, 1623*

Sólo he estado enamorado una vez en la vida. Supongo que en cierto modo eso me convierte en un romántico. La idea de tener un único amor verdadero, con el que no podrá compararse nadie cuando haya desaparecido, es una idea bonita, pero la realidad no podría ser más terrorífica. Hacer frente a todos esos años solitarios después. Existir cuando la razón de ser de uno ya no está.

Y mi razón de ser, durante un tiempo, fue Rose.

Sin embargo, cuando ella murió, muchos de los buenos recuerdos se vieron empañados por el último. Un final que también tuvo un principio horrible. Ese último día que pasé con ella. Porque ese día, el que me dirigí hacia Chapel Street para verla, es el que ha definido tantos otros a lo largo de los siglos.

Bueno...

Estaba a la puerta de su casa.

Había llamado, estaba esperando y volví a llamar.

El sereno, al que dejé atrás en la esquina de la calle, se aproximaba.

—Es una casa marcada, muchacho.

—Sí, lo sé.

—Es mejor que no entres..., no es seguro.

Extendí el brazo.

—Atrás. Yo también estoy aquejado de ella. No os acerquéis más.

Era mentira, claro está, pero surtió efecto. El sereno retrocedió, dándose bastante prisa.

—Rose —dije a través de la puerta—, soy yo, Tom. Acabo de ver a Grace. En el río. Me ha dicho que estabas aquí...

Tardó algún tiempo, pero finalmente oí su voz al otro lado.

—¿Tom?

Llevaba años sin oír esa voz.

—Rose, abre la puerta. Necesito verte.

—No puedo, Tom. Estoy enferma.

—Lo sé, pero no me contagiare. He estado con muchos apesados estos últimos meses y ni siquiera he pillado un resfriado. Vamos, Rose, abre la puerta.

Abrió.

Y allí estaba, una mujer. Teníamos la misma edad, o casi, pero ahora ella parecía estar cerca de los cincuenta, mientras que yo seguía pareciendo un adolescente.

Tenía la tez gris, y las llagas le marcaban el rostro como si fuesen territorios en un mapa. Apenas se tenía en pie. Me sentí culpable por haberla obligado a levantarse de la cama, pero daba la impresión de que se alegraba de verme. Hablaba, con cierta coherencia, cuando la ayudé a acostarse de nuevo.

—Pareces tan joven aún... Todavía eres un hombre joven..., casi un muchacho.

—Tengo una arruguita en la frente, mira.

Le cogí la mano. No veía la arruga.

—Lo siento —se disculpó—. Siento haberte dicho que te fueras.

—Era lo que tenías que hacer. Mi mera presencia era un peligro para ti.

También debería decir, por si es preciso que lo diga, que no sé a ciencia cierta si las palabras que escribo fueron las que se pronunciaron. Probablemente no lo fueran, pero así es como recuerdo las cosas, y sólo podemos ser fieles a nuestra forma de recordar la realidad, más que a la realidad en sí, que es algo que tiene mucho que ver pero que nunca es exactamente lo mismo.

Sin embargo, sí estoy completamente seguro, palabra por palabra, de que después ella dijo:

—Hay una oscuridad que lo rodea todo. El más horrible de los éxtasis.

Y yo sentí el horror de su horror. Supongo que es el precio que pagamos por el amor: asimilar el dolor del otro como si fuera propio.

A ratos deliraba.

La enfermedad se apoderaba cada vez más de ella, casi minuto a minuto. Ahora era justo lo opuesto a mí: mientras que en mi caso mi vida se extendía hacia un punto casi infinito en el futuro, en el de Rose, el final se acercaba a galope tendido.

La casa estaba a oscuras, habían entablado todas las ventanas. Sin embargo, tendida en la cama, con la ropa de dormir empapada, veía que el rostro le brillaba como si fuese mármol blanco, las manchas rojas y grises colonizándole la piel. Tenía el cuello hinchado, con unos bultos del tamaño de un huevo. Era terrible, una suerte de transgresión, verla así de cambiada.

—No pasa nada, Rose. No pasa nada.

Tenía los ojos muy abiertos de miedo, casi como si algo en su cabeza empujara despacio por detrás.

—Tranquila, tranquila, tranquila..., todo irá bien...

Decir algo así era ridículo. Nada iba a ir bien.

Gimió un tanto, retorciéndose de dolor.

—Debes irte —dijo con la voz seca.

Me incliné y la besé en la frente.

—Ten cuidado —advirtió.

—No pasa nada —repuse.

La verdad es que no sabía a ciencia cierta si sería así. Yo pensaba que sí, pero no podía saberlo, ya que sólo llevaba en el mundo cuarenta y dos años (y daba la impresión de que tenía poco más que los dieciséis que Rose pensó que tenía en un primer momento). Pero me daba lo mismo. La vida había perdido su valor durante los años que había estado separado de ella.

Aunque no veía a Rose desde 1603, el amor seguía ahí, exactamente igual de fuerte, y ahora me dolía. Me dolía más de lo que podía hacerme sufrir cualquier dolor físico.

—Fuimos felices, ¿no, Tom? —A su rostro asomaba ahora una levísima sonrisa.

Recordé cuando pasábamos por delante del Granero de la Avena cargados con pesados cubos de agua, alguna mañana de martes perdida en el tiempo, charlando felices y contentos. Recordé la dicha de su sonrisa y de su cuerpo

cuando se retorció de placer, no de dolor, e intentaba no hacer ruido para que su hermana no se despertara. Recordé las largas caminatas desde Bankside, evitando a los perros callejeros y patinando en el barro, con el único consuelo de saber que ella estaría en casa cuando volviera y que ésa era la razón para hacerlo.

Todas esas veces, todas esas conversaciones, ese todo reducido a la verdad más simple y elemental.

—Lo fuimos... Te quiero, Rose. Te quiero tanto.

Me entraron ganas de incorporarla y darle de comer un poco de empanada de conejo y unas cerezas para que se pusiera bien. Vi que tenía tantos dolores que quería morir en ese instante, pero yo no sabía lo que significaría eso. No sabía cómo el mundo seguiría siendo mundo.

También quería algo más. Una respuesta que esperaba que tuviera.

—Tesoro, ¿dónde está Marion? —pregunté.

Me miró fijamente un buen rato, y me preparé para escuchar algo terrible.

—Escapó...

—¿Cómo?

—Era como tú.

Tardé un momento en asimilar lo que acababa de decirme.

—¿Dejó de envejecer?

Rose hablaba despacio, entre suspiros, toses y gemidos. Le dije que no tenía que decir nada, pero ella sentía que debía hacerlo.

—Sí. Y la gente empezó a darse cuenta a medida que pasaban los años y ella no cambiaba. Le dije que tendríamos que mudarnos otra vez y le afectó mucho, y Manning vino a vernos...

—¿Manning?

—Y esa noche se fue, Tom. Salí corriendo tras ella, pero se había esfumado. Y no volvió. No sé adónde fue o si está a salvo. Debes tratar de encontrarla. Debes tratar de cuidar de ella... Te lo ruego, sé fuerte, Tom. Encuéntrala. Yo estaré bien. Me reuniré con mis hermanos...

Nunca me había sentido más débil y, sin embargo, estaba dispuesto a darle cualquier cosa, incluso la ilusión de fortaleza y futura felicidad.

—Seré fuerte, Rose querida.

Su respiración era débil.

—Lo serás.

—Ay, Rose...

Necesitaba seguir pronunciando su nombre y que ella siguiera oyéndolo. Necesitaba que siguiera siendo una realidad viva.

«Somos súbditos del tiempo y el tiempo ordena partir...»

Me pidió que le cantara algo.

—Cualquier cosa que ocupe tu corazón.

—Mi corazón está triste.

—Pues canta algo triste.

Iba a coger el laúd, pero ella sólo quería oír mi voz, y mi voz sin acompañamiento no era algo de lo que me sintiese especialmente orgulloso, aunque se tratase de Rose, pero me puse a cantar para ella.

*Her smiles, my springs that makes my joys to grow,  
Her frowns, the Winters of my woe...*

Esbozó una sonrisa suave, desazonada, y sentí que el mundo entero desaparecía, y yo quise desaparecer con él, ir allá adonde fuera ella. No sabía cómo ser yo, mi extraño e insólito yo, sin ella. Lo había intentado, desde luego. Había existido años enteros sin ella, pero eso era todo lo que había sido: una mera existencia. Un libro sin palabras.

—Buscaré a Marion.

Rose cerró los ojos, como si hubiese oído lo último que quería oír.

Ahora estaba tan gris como el cielo en enero.

—Te quiero, Rose.

Y escudriñé su boca, y la línea que se abría entre sus labios blanquecinos, ampollados, en busca de la más leve curvatura, de la más leve respuesta, pero Rose ya no se movía. La quietud era aterradora. Lo único que se movía eran las partículas de polvo en el aire.

Rogué a Dios, pedí y supliqué y quise negociar, pero Dios no negoció. Dios era terco y sordo y ajeno a mi dolor. Y ella murió y yo seguí viviendo y se abrió un agujero, oscuro e insondable, y caí en él y seguí cayendo durante

siglos.

## *Londres, en la actualidad*

Todavía me siento débil. La cabeza me estalla. Camino. Creo que me ayudará a aligerar los recuerdos de Chapel Street. Camino hacia el antídoto: Hackney. Well Lane, que ahora se llama Well Street. El primer sitio donde vivimos juntos Rose y yo, antes de que llegaran los años de sufrimiento, separación y peste. Las casitas, los establos, los graneros, el abrevadero y los huertos de árboles frutales desaparecieron hace tiempo. Sé que no es sano pasear por calles que ya no me resultan familiares, buscar recuerdos que han sido asfaltados, pero necesito verlo.

Sigo andando. Éstas deben de ser las calles más transitadas de Hackney. Los autobuses circulan con rapidez y los transeúntes van de un lado a otro cargados con sus compras. Dejo atrás una tienda de telefonía móvil, una casa de empeños y un bar de sándwiches. Y entonces lo veo, en el otro lado de la carretera: el sitio donde debimos de vivir.

Ahora es un edificio de ladrillo sin ventanas, con un letrero azul y blanco: REFUGIO DE ANIMALES DE HACKNEY. Resulta deprimente tener la sensación de que tu vida ha sido borrada. Deprimente hasta el punto de tener que apoyarte en una pared cerca del cajero automático, lo que hace que tengas que pedir disculpas al anciano que intenta que no veas el pin que está tecleando y explicarle que no quieres robarle, y tener que aguantar su mirada, que dice que aun así no está seguro.

Veo que un hombre sale del edificio con un staffordshire terrier. En ese momento soy consciente de lo que puedo hacer. De cómo hacer medianamente las paces con mi pasado.

Puedo cruzar la calle y entrar.

Todos los perros del refugio están ladrando excepto éste, que permanece tumbado en su cesto, demasiado pequeño para él. Es una extraña criatura gris con ojos color zafiro. Tengo la sensación de que el perro es demasiado digno para esas estridencias modernas, un lobo que no pertenece a esta época. Lo entiendo.

El animal tiene un juguete de morder al lado que ni ha tocado. Un hueso de goma de un amarillo vivo.

—¿Qué raza es? —le pregunto a la voluntaria del refugio (según la chapa, se llama Lou). Se rasca el eccema que tiene en el brazo.

—Es un akita —contesta—. Una raza japonesa. Muy poco común. Se parece un poco a un husky, ¿no?

—Sí.

Que yo sepa, éste es el sitio. Aquí, en este cubículo que ocupa este bonito perro que parece triste, es donde estaba la habitación. La habitación donde dormíamos.

—¿Cuántos años tiene? —le pregunto a Lou.

—Bastantes. Tiene once años. Es uno de los motivos por los que está costando encontrarle un hogar.

—¿Y por qué está aquí?

—Lo recogieron. Vivía en el balcón de un piso. Encadenado. Estaba en muy mal estado. Mire. —Señala una cicatriz de un pardo rojizo en el muslo, donde no crece pelo—. Lo quemaron con un cigarrillo.

—Parece muy deprimido.

—Ya.

—¿Cómo se llama?

—No lo sabemos. Nosotros lo llamamos *Abraham*.

—¿Por qué?

—El bloque de pisos donde lo encontramos se llamaba Lincoln Tower.

—Ah —contesto—. *Abraham*. Le pega.

*Abraham* se levanta entonces, se acerca a mí y me mira con esos ojos azul claro, como si intentara decirme algo. No era mi intención adoptar un perro.

No formaba parte del plan de este día. Y, sin embargo, aquí estoy, diciendo:

—Es el perro que quiero. Me gustaría llevármelo a casa.

Lou me mira con cara de sorpresa.

—¿No quiere ver el resto?

—No.

Me fijo en las erupciones que tiene Lou en el brazo —la piel roja e irritada—, y en mi cabeza me traslado a ese frío día de invierno, en la sala de espera del doctor Hutchinson, con los otros pacientes, mientras aguardaba con nerviosismo el diagnóstico.

## *Londres, 1860*

Había una ventisca. Tras un período de tiempo relativamente benigno e ilógico, durante los últimos días de enero las temperaturas habían caído en picado. En Londres no hacía tanto frío desde 1814, el año de las bromas sobre Napoleón y el escándalo financiero y la última Frost Fair —la feria de hielo—, cuando los comerciantes se trasladaron a las heladas aguas del Támesis para vender sus mercancías.

Por aquel entonces, estar en la calle equivalía a no poder mover prácticamente un músculo de la cara. Uno casi notaba que la sangre empezaba a congelársele. Apenas vi nada durante los más de tres kilómetros que recorrí a pie para llegar a Blackfriars Road, avanzaba guiándome por las farolas, esos elegantes faroles negros de hierro forjado que en su día parecían tan modernos. Blackfriars Road era la calle donde se encontraba el hospital en el que trabajaba el doctor Hutchinson, la London Cutaneous Institution for Treatment and Cure of Non-infectious Diseases of the Skin, la institución que se ocupaba del tratamiento y la cura de enfermedades no infecciosas de la piel. Un nombre con bastante gancho, según los criterios victorianos.

Naturalmente, yo no tenía ninguna enfermedad de la piel. No tenía ninguna irritación cutánea. Ni ningún sarpullido. A mi piel no le pasaba nada, salvo que tenía doscientos setenta y nueve años, pero parecía siglos más joven; claro que todo mi cuerpo parecía siglos más joven. Ojalá me hubiera sentido también como si tuviera treinta años.

La razón por la que me había puesto en contacto con el doctor Hutchinson era la labor de descubrimiento e investigación que había llevado a cabo de una enfermedad similar, aunque opuesta, denominada *progeria*.

La palabra viene del griego *pro*, que significa no sólo «antes», sino

también «hacia», y *geras*, «vejez»: vejez prematura. Básicamente es eso. Un niño nace y, cuando aún es pequeño, empieza a presentar extraños síntomas. Estos síntomas se vuelven más llamativos a medida que el niño va cumpliendo años.

Entre los síntomas se incluyen aquellos que van asociados a la vejez: caída del pelo, arrugas en la piel, huesos frágiles, venas abultadas, rigidez en las articulaciones, fallo renal y, a menudo, pérdida de visión. Mueren a una edad temprana.

Estos pobres niños siempre han existido, pero la enfermedad no fue identificada hasta que el doctor Hutchinson la describió, con relación a un niño de seis años al que se le estaba cayendo el pelo y que sufría de atrofia cutánea.

De manera que me disponía a visitarlo sintiéndome bastante optimista. Si alguien podía ayudarme era él. Lo cierto es que no hacía mucho me había visto en apuros. Me había pasado la mayor parte de los últimos doscientos años peinando Londres y el resto del país en busca de Marion, en ocasiones creyendo haber visto a alguien que se le parecía, para hacer el ridículo acto seguido. Recuerdo, en particular, la paliza que me dio un zapatero remendón borracho en York, en la calle Shambles. Creyó que le estaba haciendo proposiciones deshonestas a su mujer al preguntarle en qué año había nacido. Tocaba siempre que me pagaban por hacerlo, seguía moviéndome y cambiaba de nombre cada vez que alguien desconfiaba. No tenía ningún dinero. Lo que ganaba siempre se escurría como agua entre los dedos, me lo gastaba en el alquiler y en cerveza.

En muchas ocasiones perdí la esperanza de que mi búsqueda fuera fructífera. La búsqueda no sólo de una persona que había desaparecido, sino de esa otra cosa que yo había perdido: la razón. La razón de vivir. Se me pasó por la cabeza que los seres humanos no vivían más de cien años porque sencillamente no estaban capacitados para hacerlo. Psicológicamente, me refiero. Resultaba agotador. No quedaba lo suficiente de uno para seguir adelante. Uno acababa aburriéndose de sus propios pensamientos. Del modo en que la vida se repetía. De que, después de un tiempo, no hubiese una sonrisa o un gesto que no hubiera visto ya. En el orden del mundo no había

ningún cambio que no fuese un eco de otros cambios acaecidos en el orden del mundo. Y las novedades dejaban de ser nuevas. La propia palabra *novedad* pasaba a ser una broma. Todo era un ciclo. Un ciclo que giraba despacio en sentido descendente. Y la tolerancia a los seres humanos, que cometían los mismos errores una y otra y otra y otra vez, empezaba a disminuir. Era como estar atrapado en la misma canción, con un estribillo que en su momento te gustaba, pero que ahora hacía que te dieran ganas de arrancarte las orejas.

En efecto, a menudo bastaba para hacer que a uno le entraran ganas de quitarse la vida. En alguna ocasión me planteé hacer realidad ese deseo. Años después de que Rose muriera, me sorprendía a menudo en boticas, contemplando la posibilidad de comprar arsénico. Y en los últimos tiempos volvía a encontrarme en ese estado: plantándome en puentes, soñando con no existir.

Y es posible que hubiese llevado a cabo lo que pretendía, de no ser por las promesas que les había hecho a Rose y a mi madre.

Es sólo que no me gustaba el trastorno que tenía.

Hacía que me sintiera solo. Y, cuando digo solo, me refiero a la clase de soledad que aúlla en tu interior como un viento desértico. No era únicamente la pérdida de personas a las que conocía, sino también la pérdida de mi propia persona. La pérdida de quien había sido cuando estaba con ellas.

En total eran tres las personas a las que había querido de verdad en mi vida: mi madre, Rose y Marion. De las tres, dos habían muerto, y en cuanto a la tercera, sólo cabía la posibilidad de que siguiera con vida. Y, sin el amor como ancla, iba a la deriva. Me había hecho a la mar, en dos viajes distintos, ahogando mis penas en alcohol, impulsado únicamente por la determinación de dar con Marion y, con un poco de suerte, conmigo mismo en el proceso.

Caminaba en medio de la ventisca. Resacoso. Hacía falta mucho alcohol para que tuviera resaca, pero siempre me aseguraba de esforzarme debidamente para lograrlo. La ciudad parecía estar presente sólo a medias, debido a la nieve, como si me estuviera adentrando en una de las borrosas estampas de Londres de Monet, que no tardaría mucho en pintar. En la calle no había nadie, excepto a las puertas de la Misión Cristiana, donde hombres

con trajes andrajosos que les sentaban mal y gorras con visera esperaban para que les diesen comida. Estaban completamente callados, inmóviles, abatidos, ateridos.

Me di cuenta de que había muchas posibilidades de que la caminata fuera en balde. Sin embargo, ¿qué podía hacer? Quería ver a toda costa al doctor Hutchinson, pues si había alguien en el mundo que pudiera decirme algo del trastorno que padecía estaba seguro de que sería él.

Ni tan siquiera sabía si estaría allí, con el tiempo que hacía.

Nada más llegar, una enfermera, la señorita Forster, me aseguró que el doctor Hutchinson *siempre* estaba allí.

—Me atrevería a decir que no ha faltado al trabajo ni un solo día en su vida —me contó la señorita Forster, como sin duda había contado a muchos otros antes. Estaba tan prístina y blanca con su cofia y su delantal immaculados que parecía ser obra de la propia ventisca—. Hoy ha tenido usted suerte —añadió—. Todo Londres parece querer hablar con el señor Hutchinson de sus dolencias. —Me escudriñó, intentando averiguar exactamente qué clase de mal cutáneo tenía.

Subí tres tramos de escalera detrás de la señorita Forster, que me pidió que esperase en una sala bien amueblada, llena de sillas caras de respaldo alto y el asiento de terciopelo rojo, papel de pared adamascado y un magnífico reloj de pared.

—Todavía está con una visita —me informó con el susurro reverencial que uno utilizaría en una iglesia—. Es posible que tenga que esperar un rato, señor Cribbs.

(Ahora era Edward Cribbs, en honor a un antiguo compañero de barra de Plymouth.)

—Esperar es lo mío —respondí.

—Muy bien, señor —repuso con seriedad, y me dejó.

Recuerdo estar sentado en esa habitación con personas cuyo rostro estaba colonizado por terribles erupciones.

—Menudo tiempecito, ¿no? —comenté a una señora que tenía la cara cubierta por un sarpullido de un púrpura vivo.

(Si ha habido una constante a lo largo de cuatro siglos, ha sido el deseo de

un británico de llenar un silencio hablando del tiempo, y mientras he vivido en este país no he sido la excepción a esa regla.)

—Y que lo diga, señor —contestó, si bien lo dejó ahí.

Al final, la puerta junto a la que estaba esperando se abrió y salió un paciente. Vestía bien, como un dandi, pero tenía la cara llena de manchas rugosas, en relieve, como si fuese una cordillera microscópica.

—Buenos días —me saludó sonriendo todo lo que le permitía el rostro, a todas luces tras haber vivido un milagro (o la promesa de un milagro).

Se respiraba esa calma serena que sólo se da en las salas de espera, y el reloj rompía el silencio hasta que me tocó el turno.

Entré en la habitación y lo primero en lo que me fijé fue en el doctor Hutchinson en sí. Jonathan Hutchinson era un hombre de aspecto imponente. Incluso en la era por excelencia de los caballeros de aspecto imponente era formidable. Alto, elegante y con una barba larga. La barba en particular despertaba admiración. Ni de filósofo griego ni de náufrago, esa barba era algo muy bien pensado y premeditado, la barba estrechándose y afinándose a medida que bajaba, hasta llegar a una delgada línea blanca, un rabillo que se perdía de manera imperceptible en la nada. Puede que fuese la naturaleza intensa de la mañana lo que me hizo ver en esa barba una metáfora de la existencia mortal.

—Gracias por acceder a esta cita —dije, y me arrepentí en el acto: hizo que sonara desesperado.

El doctor Hutchinson consultó su reloj de bolsillo. Lo haría varias veces durante la reunión. Probablemente no le preocupara la hora; parecía más una costumbre. Una costumbre bastante extendida en la actualidad, a decir verdad. Sólo que hoy la gente consulta su smartphome.

Me miró con fijeza y cogió una carta de la mesa, la que yo le había escrito. Me leyó algunos fragmentos.

—«Estimado doctor Hutchinson —su voz era intensa y seca, como el vino de Oporto—: Soy un gran admirador de su trabajo, y casualmente he leído un artículo que escribió usted sobre la nueva enfermedad que ha descubierto, la que se caracteriza porque el cuerpo envejece antes de tiempo... Por mi parte, padezco un extraño trastorno, de naturaleza similar, aunque, si

acaso, más insondable incluso... Tengo la impresión de que es usted el único hombre de toda la cristiandad capaz de proporcionarme una explicación y, de ese modo, desentrañar el misterio de toda una vida...»

Dobló con cuidado el papel y lo dejó en la mesa. Acto seguido, me estudió con detenimiento.

—Su piel irradia salud. Es la piel de un hombre sano.

—Estoy sano. De cuerpo. Más sano que la mayoría de la gente.

—¿Dónde reside su problema?

—Antes de hablar, es preciso que me asegure usted que no será preciso que me identifique. Que, si fuera a publicar algún hallazgo que pudiera derivarse de lo que descubra usted, mi nombre no figurará en ninguna publicación. Eso es algo de la mayor importancia. ¿Cuento con esa garantía?

—Naturalmente. Bien, y ahora que ha despertado usted mi curiosidad, dígame cuál es su problema.

Se lo conté sin más.

—Soy viejo —me limité a decir.

—No...

—Soy más viejo de lo que supone.

Tardó un segundo, pero después pareció entender de qué le hablaba. Y su voz cambió, se volvió un tanto menos segura. La pregunta pedía ser formulada a gritos, aunque vi que tenía miedo de plantearla.

—¿Cuántos años tiene?

—Más de los que uno creería posible —repuse.

—Posible es todo cuanto sucede. El objetivo de la ciencia es averiguar dónde finalizan los límites de lo posible. Cuando lo hayamos logrado (y lo lograremos), dejará de existir la magia, la superstición, sólo existirá lo que es. En su día era imposible que el mundo en el que vivimos no fuese plano. La labor de la ciencia (y, sin duda, de la medicina) no es satisfacer nuestras expectativas de la naturaleza. Más bien al contrario. —Me miró un buen rato y luego se inclinó hacia delante y musitó algo—: Pescado podrido.

—Creo que no entiendo...

Se retrepó en su asiento frunciendo la boca. Tenía un aire de tristeza.

—Nadie ve la relación entre el pescado podrido y la lepra, pero existe. Si

se come demasiado pescado podrido, se desarrolla lepra.

—Ah —contesté—. No lo sabía.

(Naturalmente ahora, desde el siglo XXI, puedo decir sin temor a equivocarme que si se come pescado podrido no se desarrolla lepra, aunque he vivido lo bastante para saber que dentro de otros doscientos años puede que se demuestre que comer pescado podrido, en efecto, es causa de lepra y que el doctor Hutchinson tenía razón a ese respecto. Si uno vive lo bastante, se da cuenta de que cada hecho demostrado se acaba rebatiendo más adelante para después volver a demostrarse. Cuando era pequeño, la persona de a pie, todo el que no formaba parte de la comunidad científica, aún creía que la Tierra era plana porque eso era lo que veía al caminar. Después, la gente por fin empezó a aceptar la idea de que la Tierra era redonda. Sin embargo, el otro día estaba hojeando un número de la revista *New Scientist* en WH Smith's dedicado a algo llamado el *principio holográfico*. Tiene que ver con la teoría de cuerdas y la mecánica cuántica, y postula que la gravedad actúa como si fuese un holograma. En cualquier caso, lo que hace que uno se quede patidifuso es que la teoría apunta a que el universo no es más que información bidimensional en un horizonte cosmológico y que todo cuanto creemos ver en tres dimensiones es en realidad una ilusión, como lo es una película en 3D, y todo podría ser una simulación. Así que, después de todo, el mundo —y todo— podría ser plano. Claro que también podría no serlo.)

—Así que, dígame —insistió, recordándome la pregunta que seguía en el aire. Una pregunta que sabía que tenía que responder—, ¿cuántos años tiene?

Se lo dije:

—Nací el 3 de marzo del año 1581. Tengo casi doscientos ochenta años.

Esperaba que se riera, pero no lo hizo. Se me quedó mirando mucho mucho tiempo, mientras ráfagas de nieve bailoteaban con brío al otro lado de la ventana, como si reflejaran mi torbellino mental. Abrió mucho los ojos y se pellizcó el labio inferior. Después dijo:

—No se hable más. Eso resuelve el problema de manera bastante concluyente. Ya puedo acometer la tarea de proporcionarle un diagnóstico.

Sonreí: lo que me decía era bueno. Un diagnóstico era justo lo que buscaba.

—Sin embargo, si desea recibir la ayuda adecuada, tendrá que ir a Bethlem.

Recordaba haber pasado por ese sitio. Oír los gritos apagados que salían de dentro.

—¿El hospital Bethlem? Es decir... ¿Bedlam?

—En efecto.

—Pero ese sitio es para locos.

—Es un manicomio, sí. Allí le proporcionarán la ayuda que precisa. Y, ahora, si es tan amable, tengo más citas hoy.

Me señaló la puerta con la cabeza.

—Pero...

—Se lo ruego, le recomiendo que vaya a Bethlem. Allí lo ayudarán con sus... delirios.

El filósofo más popular del momento era el alemán Arthur Schopenhauer, que aún vivía (aunque por poco tiempo). Había leído mucho a este autor, lo cual probablemente fuese poco aconsejable. Leer a Schopenhauer cuando uno se sentía melancólico era como quitarse la ropa cuando se tenía frío, pero me vino a la cabeza una frase suya: «Todo hombre toma los límites de su propio campo de visión como los límites del mundo».

Cuando decidí consultar con el doctor Hutchinson, pensaba que acudía al hombre que poseía el campo de visión científica más amplio, al hombre que más probablemente entendería mi trastorno, y ver cómo se venía abajo esa creencia me provocó una suerte de dolor. La muerte de la esperanza. Me hallaba más allá de cualquier campo de visión. Era una especie de hombre invisible.

Por consiguiente, me animé bastante. Me saqué una moneda del bolsillo.

—Mire esto. Mire este penique: es isabelino. Mire, mírelo. Me lo dio mi hija cuando tuve que marcharme.

—Es una moneda antigua. Tengo un amigo que atesora una moneda de plata del reinado de Enrique VIII. Creo que se llama *halfgroat*. Y le aseguro que mi amigo no nació en el período Tudor. Y que un *halfgroat* es más inusual que un penique.

—No soy ningún iluso, se lo prometo. Llevo vivo mucho tiempo. Fui

testigo del descubrimiento de Tahití por parte de los británicos. Conocí al capitán Cook. Trabajé para The Lord Chamberlain's Men... Se lo ruego, señor, dígame una cosa: ¿ha venido alguien más a verlo? ¿Una niña..., una mujer..., hablando del mismo trastorno? Se llamaba Marion, pero podría haberle dado otro nombre. Quizá se presentara bajo otra identidad. Para sobrevivir a menudo tenemos que...

Ahora el doctor Hutchinson parecía preocupado.

—Por favor, váyase. Veo que se está poniendo nervioso.

—Naturalmente que estoy nervioso. Usted es el único que puede ayudarme. Necesito entenderme. Necesito entender por qué soy así.

Le agarré la muñeca y él retiró la mano, como si mi locura fuese contagiosa.

—Estamos a un tiro de piedra de la comisaría. Si no se marcha ahora mismo, llamaré pidiendo ayuda y la policía vendrá a llevárselo.

Tenía lágrimas en los ojos, y el doctor Hutchinson se nubló hasta convertirse en un fantasma de sí mismo. Sabía que tenía que marcharme. Sabía que tenía que renunciar a la esperanza, al menos durante un tiempo. De manera que me levanté, hice un gesto de asentimiento y me fui sin decir una sola palabra más, y me oculté y oculté mi historia durante otros treinta y un años.

## *Londres y St. Albans, 1860-1891*

Tras esa primera cita con el doctor Hutchinson, me sumí en un estado distinto del habitual, de tristeza y agitación y nerviosismo y desesperanza: uno en el que no sentía nada en absoluto. Y cuando dejé de sentir, casi añoré la tristeza: al menos, cuando uno sentía dolor sabía que seguía vivo. Había intentado luchar contra ello, obligándome a zambullirme en la vida y el ruido. Iba solo a algunos de los nuevos teatros de variedades, donde me sentaba siempre en las primeras filas, en medio del ruido y las risas, y me reía o cantaba, tratando de sentir parte de la dicha que inundaba la sala. Sin embargo, era inmune a ella.

De manera que un abrasador día de agosto de 1880 fui andando desde Whitechapel hasta St. Albans. Londres me resultaba abrumador. Demasiados recuerdos. Demasiados fantasmas. Era hora de volver a ser otra persona. Supongo que veo mi vida como si fuera una especie de muñeca rusa, con una nueva versión dentro de otra, cada una de ellas albergando otra, con lo cual la vida anterior no se ve por fuera, pero sigue ahí.

Durante años pensé que la clave era seguir añadiendo capas sobre las otras. Seguir moviéndome, seguir cambiando, seguir transformándome en algo distinto a ojos de la sociedad.

St. Albans no estaba lejos de Londres, pero sí lo bastante lejos. Para mí, era un lugar tan nuevo como podía serlo cualquier otro de Inglaterra, y encontré trabajo de herrador. Ahora la gente piensa que a principios del siglo XIX se vivía una era industrial, llena de humo y fábricas, pero, como sucede con todas las eras, se trataba de un carrusel en el que confluían numerosos períodos a la vez. El pasado permanece y se deja oír incluso cuando se oye el

rugido de la modernidad. Seguía siendo la era del caballo y el carro, y los herreros prosperaban más que nunca.

Sin embargo, en St. Albans las cosas empeoraron. A veces me quedaba completamente absorto, mirando el calor anaranjado de la fragua, apenas consciente de mi persona... o de cualquier otra cosa. De vez en cuando el encargado, Jeremiah Cartwright, me propinaba un codazo o me daba un manotazo en la espalda y me decía que «bajara de la higuera».

Una vez que estaba solo tomé una medida desesperada con el objeto de sentir algo. Me levanté la manga, cogí un hierro al rojo al que las llamas habían dado forma de herradura, y me lo puse en la parte superior del antebrazo izquierdo. Lo mantuve allí mientras la piel silbaba y se achicharraba, y apreté los dientes y los ojos para no gritar.

Todavía tengo la cicatriz, como una media sonrisa, y mirarla me procura un extraño consuelo. Aunque es otra cosa con la que debo tener cuidado. Otra cosa que debo ocultar. Una marca distintiva que interfiere en mi anonimato.

Funcionó, supongo. Sentí el dolor. Llegó y me recorrió el cuerpo entero, con una intensidad abrumadora. Me di cuenta de que debía de existir, porque para sentir dolor debía haber un ser vivo —un yo— que lo sintiese. Y esa certeza, esa prueba de que yo era una realidad, me resultó tranquilizadora.

Sin embargo, seguía buscando la prueba de que no estaba loco.

Luego, un día, se me ocurrió una idea. Y la idea era ésta: quizá tuviera la prueba en cuestión. Yo, yo mismo era el testimonio, y el tiempo era la prueba.

De manera que decidí llevar ese testimonio por última vez al doctor Hutchinson.

## *Londres, 1891*

El doctor Hutchinson no sabía que era yo. Me refiero a que no habría reconocido el nombre que figuraba en la lista de citas, ya que la primera vez que me vio yo era Edward Cribbs, y ahora había vuelto, por primera vez desde que era joven, con mi verdadero nombre. Es decir, mi verdadero nombre de pila: Tom. Ni el hugonote Hazard ni el corriente Smith, sino el más bien simbólico Winters.

Era un día caluroso —el 4 de junio—, y había ido a la ciudad en un carro tirado por un caballo que pertenecían (tanto el carro como el caballo) a mi hosco jefe, Jeremiah.

La London Cutaneous Institution for Treatment and Cure of Non-infectious Diseases of the Skin ahora se llamaba London Skin Clinic —«clínica de la piel»—, pero, por lo demás, era como la recordaba: el mobiliario elegante, los tres tramos de escalera. Incluso el despacho del doctor Hutchinson era prácticamente el mismo, si acaso estaba más atestado de cosas. Ahora la mesa estaba repleta de papeles y libros abiertos, y el sillón de piel tenía una raja. En esencia seguía siendo el mismo sitio, pero daba la impresión de que por allí había pasado un tornado.

Como la mayoría de los seres humanos, el doctor Hutchinson había envejecido bastante más que su entorno. Su otrora distinguida barba ahora era rala, gris y fina. El blanco de los ojos amarilleaba, y la artritis le había retorcido las manos y el tiempo las había salpicado de manchas. Y esa voz engolada y sonora ahora se veía interrumpida por una respiración rasposa. Era, en suma, una persona normal y corriente, y el tiempo estaba haciendo su trabajo.

—Bien, señor Winters. Veo que no tengo ninguna observación sobre

usted. —No había levantado la vista desde que yo había entrado en la habitación. Estaba absorto en el caos de papeles de la mesa.

—Cuando concerté la cita no facilité ninguna información.

Entonces me miró. En un primer momento, al reparar en mi ropa sucia y mis manos ennegrecidas, es posible que se preguntara qué hacía un hombre tan mal vestido como yo en su despacho.

—Efectué el pago abajo —apunté, aclarándome la garganta—. Ahora me pregunto si me reconoce usted.

Alzó la vista y sus ojos se toparon con los míos.

—La última vez que vine a verlo, me hacía llamar Edward Cribbs. ¿Recuerda el nombre? ¿Lo recuerda? Me aconsejó usted que fuera al manicomio.

La respiración rasposa cobró intensidad. Se levantó del sillón y se acercó a mí. Se detuvo a unos veinte centímetros de mi cara y se frotó los envejecidos ojos.

Un susurro.

—No.

—Se acuerda, ¿no es así? Veo que se acuerda. Hace treinta y un años.

Estaba sin aliento, como si la revelación fuese una colina que acabara de subir.

—No. No, no, no. No puede ser. Es una ilusión. Podría ser Maskelyne o Cooke.

(Maskelyne y Cooke eran los ilusionistas del momento, que acababan de presentar su famoso número mágico en Londres.)

—Le aseguro que soy yo, señor.

—Debo de haber perdido el juicio.

Era deprimente que le resultara mucho más fácil cuestionar su cordura que mi realidad.

—No, señor, le aseguro que no lo ha perdido. El trastorno del que le hablé, mi trastorno, el trastorno que frena la marea de los años, el trastorno que parece una bendición pero que también es una maldición, es real. Yo soy real. Mi vida es real. Esto es muy real.

—¿No es usted un fantasma?

—No.

—¿No es un espectro fruto de mi imaginación?

—No.

Alargó la mano para tocarme el rostro.

—¿Qué día nació usted?

—Nací el 3 de marzo del año 1581.

—1581. —Lo repitió no en forma de pregunta, sino como si fuese algo tan increíble que era preciso decirlo para poder asimilarlo—. 1581. 1581. Tenía usted ochenta y cinco años cuando se produjo el gran incendio de Londres...

—Noté el calor. Las chispas me chamuscaron la piel.

Ahora me miraba de manera distinta, como si él fuese paleontólogo y yo un huevo de dinosaurio a punto de eclosionar.

—Bien, bien, bien. Eso lo cambia todo. *Todo*. Dígame, ¿es usted el único? ¿Ha conocido a alguien más que sea como usted? ¿Que tenga ese... trastorno?

—Sí —repuse—. Una vez conocí a un hombre, durante el segundo viaje del capitán Cook. Un hombre de las islas del Pacífico. Se llamaba Omai, y llegó a ser algo de lo más excepcional: amigo mío. Y también... a mi hija, Marion. No la veo desde que era pequeña. Su madre me dijo que había heredado mi trastorno. Que dejó de envejecer con normalidad cuando tenía unos once años.

El doctor Hutchinson sonrió.

—Eso es algo colosal, sumamente difícil de comprender.

Yo también sonreí, y sentí la dicha de saberme comprendido, un bálsamo para el alma.

Y esa dicha me duró hasta que encontraron el cuerpo del doctor Hutchinson flotando en el Támesis trece días después.

## *Londres, en la actualidad*

Sigo teniendo dolor de cabeza.

Algunas veces es casi como si no estuviera, mientras que otras no hay nada más, y el dolor siempre coincide con los recuerdos. Es menos un dolor de cabeza que un dolor causado por los recuerdos. Un dolor causado por la vida.

Haga lo que haga, nunca desaparece por completo. Lo he intentado todo: he tomado ibuprofeno, bebido litros de agua, tomado baños aromatizados con lavanda, me he tumbado a oscuras, me he masajeadó las sienés despacio, describiendo círculos, he respirado lentamente, escuchado música de laúd y el sonido de las olas en la playa, he meditado, hice un curso de yoga online para aliviar el estrés en el que repetía el mantra: «Me siento seguro, es bueno dejarse llevar» alrededor de cien veces, hasta que me aterrorizaba mi propia voz, vi programas de televisión para encefalogramas planos, dejé de tomar cafeína, reduje el brillo en el ordenador portátil, pero así y todo el dolor de cabeza persiste, obstinado como una sombra.

Lo único que no he probado a hacer debidamente es dormir. Me cuesta dormir, un problema que se ha ido agudizando con las décadas.

La otra noche no podía dormir, así que me puse a ver un documental sobre tortugas. No son la especie más longeva, pero sí una de ellas, y algunas tortugas «viven más de ciento ochenta años». Entrecómillo esta frase porque cálculos como éstos, realizados por efímeras, siempre acaban quedándose cortos. No hay más que ver lo equivocados que estaban con los tiburones. O, bueno, con los seres humanos. Yo apuesto a que en el mundo hay al menos una tortuga a punto de cumplir los quinientos años.

Sea como fuere, lo que me deprimía era que los seres humanos no eran

tortugas. Las tortugas existen desde hace unos doscientos veinte millones de años. Desde el período Triásico. Y lo cierto es que no han cambiado mucho. Los seres humanos, en cambio, llevan poco tiempo en este mundo.

Y no hay que ser un genio para poner las noticias y concluir: lo más probable es que no duremos mucho. Las otras subespecies humanas —como los hombres de Neandertal; los homínidos de Denísova, en Asia; los Hobbit de Indonesia, con ese apodo tan poco serio— han demostrado que la longevidad no es lo suyo, y lo más probable es que nosotros corramos la misma suerte.

En el caso de las efímeras, no pasa nada. No pasa nada si uno sabe que sólo le quedan unos treinta o cuarenta años. Se puede permitir pensar a pequeña escala. Puede que le resulte fácil imaginar que es algo duradero, vive en una nación duradera, con una bandera duradera y un punto de vista duradero. Puede que imagine que esas cosas tienen algún sentido.

Cuanto más se vive, más se da uno cuenta de que no hay nada duradero. Todo el mundo acabará siendo un refugiado si vive lo bastante. Todo el mundo se daría cuenta de que su nacionalidad no significa gran cosa a largo plazo. Todo el mundo vería sus puntos de vista puestos en duda y rebatidos. Todo el mundo se daría cuenta de que lo que define a un ser humano es ser humano.

Las tortugas no tienen nación. Ni bandera. Ni armas nucleares estratégicas. No tienen terrorismo ni referendos ni guerras comerciales con China. No tienen listas de reproducción en Spotify para hacer ejercicio. No tienen libros sobre la decadencia y la caída de imperios de tortugas. No pueden comprar por internet ni tienen cajas de autoservicio en el supermercado.

Dicen que otros animales no saben lo que es el progreso, pero el cerebro humano en sí no progresa. Seguimos siendo los mismos chimpancés ensalzados, sólo que con armas cada vez más grandes. Poseemos los conocimientos necesarios para saber que no somos más que una masa de cuantos y partículas, como todo lo demás, y, sin embargo, seguimos intentando diferenciarnos del universo en el que vivimos y nos creemos más importantes que un árbol, una piedra, un gato o una tortuga.

De manera que aquí estoy, con la cabeza llena de miedos y dolores humanos, el pecho oprimido por la preocupación, pensando en qué futuro me queda.

De un tiempo a esta parte, puedo considerarme afortunado si consigo dormir tres horas. Antes solía tomar Quieting Syrup —una suerte de jarabe para la tos que me recomendó Hendrich—, pero contenía morfina y dejaron de fabricarlo cuando prohibieron los opiáceos, hace cien años, así que ahora tengo que conformarme con Beecham's Night Nurse, que en realidad no sirve de mucho.

Tendría que haber ido al médico, claro, pero no lo hice. Era una regla de la Sociedad Albatros: nada de médicos. En ningún caso. Y, con el sentimiento de culpa que tenía después de lo que le sucedió al doctor Hutchinson, me resultaba fácil cumplirla. Me pregunto si será un tumor, aunque nunca he oído que un alba tenga un tumor, y está claro que, si lo tuviera, su crecimiento sería muy lento. Me permitiría vivir al menos lo que vive una persona por término medio. Pero no, los síntomas no se parecen en nada.

En cualquier caso, el dolor de cabeza no se va, y sólo falta un día para que empiece mi nuevo trabajo. Bebo un poco de agua, me tomo unos cereales y saco a *Abraham* a dar un paseo. Se ha pasado la noche comiéndose el brazo del sofá, pero no quiero juzgarlo. Ya tiene bastantes problemas.

Supongo que necesitaba un perro con problemas para pensar menos en los míos. Los akitas se adaptaban bien a las montañas japonesas, así que sabía que era una especie de compañero, alguien destinado a un entorno más noble, obligado a vivir en la mugre y la polución y las calles asfaltadas del este de Londres. No era de extrañar que se hiciese pis en la moqueta y se comiera el sofá. Ésa no era la vida que había pedido.

Así que vamos de paseo, *Abraham* y yo, con los gases de los tubos de escape dándonos en la cara.

—Antes ahí había un pozo —le digo al pasar por delante de una casa de apuestas—. Y aquí, justo aquí, los hombres jugaban a los bolos después de ir a misa el domingo.

Nos adelanta un adolescente con el bajo de los vaqueros vuelto y una

camiseta enorme en la que pone «The Hundreds», que, inconscientemente, parece un eco lejano de un muchacho londinense de su edad del siglo XVII con los calzones propios de la época y el faldón. El chaval levanta la vista del móvil y me mira con socarronería y desaprobación. Para él no soy más que otro solitario londinense al que le falta un tornillo y va hablando solo. Quizá sea uno de los alumnos a los que daré clase el lunes.

Cruzamos la carretera. Pasamos por delante de una farola en la que han pegado propaganda: «CLUB CANDLELIGHT. Revive los felices años veinte en la mejor coctelería *speakeasy* de Londres». El dolor de cabeza se intensifica, y al cerrar los ojos me asalta un recuerdo como si fuera un ataque de tos: tocando *Sweet Georgia Brown* en el piano-bar *Ciro's* de París, con una mano ajena apoyada con suavidad en mi hombro.

Ahora estoy en el parque. Me doy cuenta de que hace años que no toco el piano. La mayor parte del tiempo no es algo que me preocupe. Me convencí a mí mismo hace mucho de que el piano es como una droga, tentadora y fuerte, y puede confundirte, puede despertar emociones muertas, puede ahogarte en tus yos perdidos. Es una crisis nerviosa a la espera de sobrevenir. Me pregunto si volveré a tocarlo. Suelto la correa de *Abraham*, que permanece a mi lado y me mira desconcertado, como si lo confundiera la idea de libertad.

Lo entiendo.

Al echar un vistazo al parque, reparo en un hombre con un bichón frisé que recoge discretamente caca con una bolsita de plástico. Una ardilla sube a toda velocidad por el tronco de un haya, zigzagueando a trompicones. El sol sale por detrás de una nube. *Abraham* se aleja trotando.

Entonces la veo.

Una mujer sentada en un banco, leyendo, no muy lejos. La reconozco, lo cual es algo raro de por sí. Ya no suelo prestar mucha atención a la gente. Unos rostros se funden con otros. Sin embargo, sé en el acto que ésta es la mujer a la que vi por la ventana del despacho de Daphne. La profesora de francés. Al igual que entonces, parece ser ella misma. Es muy difícil ser único dentro de una especie tan numerosa. Esta mujer tiene estilo. No me refiero a lo que lleva puesto (americana de pana, pantalones vaqueros, gafas), aunque va perfecta. Me refiero a la naturalidad con la que deja el libro a su

lado en el banco y contempla el parque. A su forma de inflar las mejillas un tanto y echar el aire y cerrar los ojos e inclinar la cabeza hacia atrás para que le dé el sol. Desvió la mirada. Soy un hombre en un parque que mira a una mujer. Podría ser cualquiera. Ya no estamos en 1832.

Sin embargo, cuando dejo de mirarla, ella me llama.

—Su perro es precioso. —Tiene acento francés. El nuevo francés. Sí. No cabe la menor duda de que es la mujer que vi. Le tiende el dorso de la mano a *Abraham* para que la huela, y *Abraham* la lame en señal de gratitud e incluso mueve el rabo.

—Le cae usted bien.

Después me mira de manera un tanto inquietante. Algo más de lo debido. No soy lo bastante arrogante para pensar que mi atractivo es tal que le cuesta dejar de mirarme. En realidad, nadie me mira así desde hace al menos cien años. En el siglo XVIII, cuando parecía que tenía veinte y lucía mi dolor como si fuese una cicatriz, solía ser objeto de miradas largas, fijas, pero ahora ya no. No. Me mira por otro motivo. Y eso me preocupa. Quizá también me viera en el instituto. Sí. Probablemente sea eso.

—¡*Abraham!* ¡*Abraham!* Ven aquí, ven.

El perro se me acerca jadeando y le engancho la correa y me alejo, aunque noto la mirada de ella clavada en la nuca.

Ya en casa, me pongo a mirar unidades didácticas para primer curso, y lo primero que aparece en la pantalla —cuyo brillo es reducido— es «Los juicios por brujería en la Inglaterra de los Tudor», que ya sé que forma parte del plan de estudios.

Me doy cuenta de que estoy haciendo esto por un motivo. Existe una razón por la que quiero ser profesor de historia. Necesito domar el pasado. Eso es lo que es la historia, enseñar y narrar el pasado. Es una forma de controlarlo y ordenarlo. De domesticarlo. Pero la historia que uno ha vivido es distinta de la que se lee en un libro o en una pantalla. Y hay cosas del pasado que no se pueden domar.

De pronto, me duele la sesera.

Me levanto para ir a la cocina y me sorprende preparándome un bloody mary. Básico, sin ramita de apio. Pongo algo de música, simplemente porque la música a veces sirve de ayuda. Me resisto a poner la Sexta de Chaikovski, Billie Holiday y mi lista de reproducción de canciones de marineros de Spotify, y me decido por *The Boys of Summer*, de Don Henley, que fue escrita ayer (a decir verdad, en 1984). Me gusta esta canción desde la primera vez que la oí: en Alemania, en los años ochenta. No sé por qué. Siempre me recuerda a mi infancia, aunque se compuso siglos después. Me recuerda a las conmovedoras *chansons* francesas que solía cantarme *maman*, las que escogía cuando nos trasladamos a Inglaterra. Las tristes, nostálgicas. Y creo, mientras el dolor de cabeza persiste, que el que sufría John Gifford hace tanto tiempo debía de ser muchísimo peor. Y cierro los ojos y siento que los recuerdos de esa época temprana regresan, con la capacidad de enrarecer el aire.

## *Suffolk, Inglaterra, 1599*

Esto es lo que recuerdo. Mi madre sentada junto a mi cama, cantando en francés y tocando su laúd de madera de cerezo, los dedos moviéndose deprisa por las cuerdas, como si huyeran de algo.

Normalmente la música era su vía de escape. Nunca vi a mi madre más tranquila que cuando cantaba dulcemente un *air de cour*, pero esa noche algo le preocupaba.

Cantaba de maravilla, y siempre cerraba los ojos cuando lo hacía, como si las canciones fuesen sueños o recuerdos, pero ese día tenía los ojos abiertos. Me miraba con esa arruga vertical en el ceño. La arruga que aparecía siempre que pensaba en mi padre, o en los problemas de Francia. Dejó de tocar y puso el laúd a un lado, un regalo del duque de Rochefort, cuando yo aún era un tierno infante.

—No cambias.

—*Maman*, os lo ruego, otra vez no.

—En tu rostro no hay un solo pelo. Ya tienes dieciocho años, pero estás casi igual que hace cinco años.

—*Maman*, no puedo evitar ser así.

—Es como si el tiempo se hubiera detenido para ti, Estienne.

Seguía llamándome Estienne en casa, aunque en público siempre era Thomas.

Traté de disimular la preocupación que también yo sentía y tranquilizarla.

—El tiempo no se ha detenido. El sol sigue poniéndose y saliendo. El verano aún sigue a la primavera. He estado trabajando como cualquiera de mi edad.

Mi madre me acarició el cabello. Sólo veía al niño que al parecer seguía

siendo.

—No quiero que sucedan más cosas malas.

Me asaltó uno de los primeros recuerdos que tengo: mi madre dando alaridos de dolor y enterrando el rostro en un tapiz que colgaba en la entrada de nuestra vasta residencia de Francia, el día que nos enteramos de que a mi padre lo había matado una bala de cañón en un campo de batalla cercano a Reims.

—No me pasará nada.

—Sí. Sé que el dinero que ganas poniendo tejados de paja nos viene bien, pero quizá deberías dejar de trabajar para el señor Carter. Todo el mundo te ve ahí arriba, en el tejado de los Gifford, techando. Y habla. Ahora todo el mundo habla. Esto es un pueblo.

La ironía era que, durante mis primeros trece años de vida, envejecí deprisa. No a una velocidad antinatural, pero sí más deprisa que la media. Ése fue el motivo de que me llamara el señor Carter. Era joven, así que podía pagarme poco, pero alto y de espaldas anchas y brazos fuertes para un muchacho de trece años. El problema fue que, tras un desarrollo tan rápido, debió de llamar tanto más la atención que de repente todo se ralentizara hasta dar la impresión de que prácticamente no se había producido ningún cambio.

—Tendríamos que haber ido a Canterbury —apunté—. O a Londres.

—Ya sabes lo que me pasa en las ciudades. —Mi madre hizo una pausa, alisándose las enaguas mientras se lo replanteaba. La miré. De algún modo, no estaba bien que ella, que había pasado la mayor parte de su vida en una de las mejores casas de Francia, se viera obligada a vivir en una casita de dos habitaciones en un pueblo lleno de personas desconfiadas en ese rincón apartado de Inglaterra—. Puede que tengas razón. Quizá deberíamos...

Fuera se oyó un ruido. Un gemido terrible.

Me puse los pantalones y los zapatos deprisa y fui hacia la puerta.

—No, hijo mío, no salgas.

—Hay alguien herido —repuse—. Será mejor que eche un vistazo.

Salí corriendo, y el día estaba en ese último instante previo a la noche, después de ponerse el sol, en que el cielo es de un azul delicado, como el del huevo del pinzón. La luz aún permitía ver que había otras personas haciendo

lo mismo que yo, saliendo de sus respectivas casas, calle abajo, intentando averiguar la causa del alboroto.

Seguí corriendo y entonces lo vi.

A él.

A John Gifford.

Estaba a una distancia considerable, pero resultaba fácil reconocerlo, pues era alto como un almiar. Iba con los brazos colgando a los lados, de manera extraña, como dos cosas muertas pegadas a él. Vomitó dos veces de manera violenta, dejando charcos rancios en la callejuela, y después siguió andando, tambaleándose.

Su mujer, Alice, y sus tres hijos iban detrás, como polluelos de cisne aterrorizados, asimismo lanzando ayes.

Cuando quiso llegar a la pradera, daba la impresión de que todo Edwardstone se hallaba allí reunido. Ahora veíamos la sangre; le salía a borbotones de las orejas y, al toser, también le brotó de la boca y de la nariz, cayéndole en la barba. El hombre se desplomó. Su mujer estaba allí, a su lado, tapándole la boca con una mano y la oreja con la otra, intentando desesperadamente detener el flujo de sangre.

—Oh, John, Dios te salve, John. Oh, Señor..., John...

Algunos de los presentes rezaban; otros impedían que sus hijos presenciaran el espectáculo hundiéndoles la cara en los ropajes. Sin embargo, la mayoría miraba sin pestañear, con macabra fascinación.

—Es obra de Lucifer —aseguró Walter Earnshaw, el afilador, con los ojos muy abiertos. Estaba a mi lado. Olía queapestaba a lúpulo y a lo que hoy en día llamaríamos halitosis.

Ahora John Gifford estaba tendido boca arriba, inmóvil, a excepción del temblor de brazos, que cada vez iba a menos. Y entonces murió, allí mismo, en la pradera, en la hierba negra, empapada de sangre.

Mientras Alice se desplomaba encima de él, sufriendo convulsiones causadas por el repentino dolor, casi todos los aldeanos seguían allí plantados, sumidos en una suerte de silencio entumecido.

No me parecía bien presenciar un dolor tan íntimo, de manera que decidí irme.

Sin embargo, cuando pasaba por delante de los familiares rostros, vi que Bess Small, la mujer del panadero, me miraba fijamente, con ojos acusadores.

—Sí, Thomas Hazard, no te atrevas a acercarte ahora.

En ese momento las palabras me confundieron, pero no mucho después las recordaría como una advertencia.

Volví la cabeza una vez y vi a John Gifford, completamente inmóvil, las grandes manos muertas brillantes, y seguí andando, observado por la luna, que miraba desde el cielo como si fuese un rostro horrorizado más.

## *Londres, en la actualidad*

—Las brujas —digo con voz de profesor. Es decir, una voz que en realidad no se oye.

Ésta es la vida que he escogido frente a cualquier otra. La vida de un hombre plantado en una clase con niños de doce años que no le hacen ni caso.

—¿Por qué pensáis que hace cuatrocientos años la gente quería creer en las brujas?

Escudriño la sala. Los rostros sonríen o se muestran violentos o miran el teléfono, o las tres cosas. Son las 9.35. Sólo llevamos cinco minutos de clase. Las cosas van mal. La clase, el día, el trabajo. Todo va mal.

Quizá ser profesor no fuese un nuevo comienzo para mí. Quizá no fuese más que la última de toda una serie de decepciones.

Justo antes de lo de Sri Lanka había pasado ocho años en el norte de Islandia, a unos quince kilómetros al norte del pueblo de pescadores de Kópasker. Había elegido Islandia porque antes había pasado unos años en Toronto. Toronto es la mejor ciudad del mundo, la más alegre, pero, a pesar de ello —o tal vez debido a ello—, me hizo sentir infeliz, ya que no salía del apartamento en el que vivía, nunca veía a nadie. Una vez fui a ver jugar al baloncesto a los Blue Jays, pero estar rodeado de tanta gente con la que sabía que nunca podría relacionarme fue lo que hizo que quisiera ir a Islandia. Y vivir tanto tiempo solo en Islandia hizo que quisiera llevar una vida normal y corriente.

Pero una vida normal y corriente no garantiza la felicidad. Y, claro está, esto —ser profesor— era algo fingido. Quizá todo el mundo fingiera algo. Quizá cada profesor y cada alumno de ese instituto fingieran algo. Quizá

Shakespeare tuviese razón. Quizá el mundo fuese un escenario. Quizá sin ese teatro todo se desmoronaría. La clave de la felicidad no era ser uno mismo, porque ¿qué narices quería decir eso? Cada cual era muchas personas. No. La clave de la felicidad reside en encontrar la mentira que mejor le vaya a uno.

Y, en este preciso instante, al mirar a estos niños de doce años risueños, pienso: me he equivocado de mentira.

—¿Por qué creía la gente en las brujas? —repito.

Veo a Daphne en el pasillo. Me sonrío y levanta los dos pulgares al pasar, caminando con brío. Le sonrío, actuando como si esto fuese divertido y lo estuviese haciendo bien, como si fuese lo mío, como si lo hubiese hecho antes, muchas veces, en lugar de ser el más viejo de los perros aprendiendo un truco nuevo.

Repito la pregunta:

—¿Qué hacía que la gente creyera en la brujería?

En un primer momento da la impresión de que una niña de la primera fila levanta la mano para responder, pero no es más que un bostezo.

De manera que respondo a la pregunta yo mismo. Hago todo lo posible por no acordarme de lo que este tema me hace recordar. Procuro echar cemento en las grietas que se abren en mi voz.

—La gente creía en las brujas porque eso le facilitaba las cosas. La gente no necesita únicamente un enemigo, sino una explicación. Y, a menudo, en épocas convulsas, cuando prima la ignorancia, resulta útil que la gente crea en las brujas... ¿Quién pensáis que creía en las brujas?

—La gente estúpida —contesta alguien. Lo dice entre dientes, cuesta identificarlo.

Sonrío. Quedan cincuenta y cinco minutos de clase.

—Cabría pensar eso, pero no. Creía toda clase de personas. La reina Isabel I promulgó una ley en contra de ellas. Su sucesor, el rey Jacobo, se consideraba un intelectual e incluso escribió un libro sobre ellas. El primer invento tecnológico que contribuyó a la difusión de noticias falsas no fue internet, sino la imprenta. Los libros consolidaron las supersticiones. Casi todo el mundo creía en las brujas. Y había cazadores de brujas que recorrían el país para dar... —Siento un dolor repentino, intenso, el dolor de cabeza se

agudiza, se irradia desde el cerebro y me hace titubear peligrosamente a media frase.

La niña del bostezo de la primera fila ahora parece preocupada.

—¿Se encuentra bien, señor?

—Sí, sólo me duele un poco la cabeza. No pasa nada.

Luego alguien más, otra niña, hacia la parte de atrás:

—¿Cómo sabían si alguien era una bruja o no? ¿Qué hacían?

Y la pregunta me aletea en la cabeza como un cuervo en una habitación oscura.

«¿Qué hacían?

»¿Qué hacían?

»¿Qué hacían?»

## *Suffolk, Inglaterra, 1599*

Mi madre era, como suelen ser los padres, un ser humano complicado y contradictorio. Moralizadora, pero ferviente amante del placer (comida, música, la estética de la naturaleza). Profundamente religiosa, pero a la que al parecer reconfortaba de igual modo cantar una *chanson* profana que rezar. Una amante de la naturaleza que se ponía visiblemente nerviosa cada vez que abandonaba el castillo. Frágil, pero también dura y tozuda. Nunca supe cuántas de sus rarezas eran producto del dolor y cuántas eran inherentes a ella. «No hay una sola brizna de hierba, no hay un solo color en este mundo que no tenga por objeto nuestro regocijo —me dijo en una ocasión, poco después de llegar a Inglaterra—. Es lo que dice monsieur Cauvin.»

No me caía bien monsieur Cauvin. O debería decir Calvino. Porque daba la impresión de que él era la causa de todos nuestros problemas. Y, sí, lo había sido, pero yo había cogido el testigo, y nuestros problemas estaban empeorando a pasos agigantados, y supe —cuando vinieron y llamaron a la puerta— que no había ningún lugar para nosotros. Que no podríamos estar a salvo en ningún lugar del mundo.

El cazador de brujas, el «montero», como se conocía su cometido, se llamaba William Manning. Era un hombre alto y fornido, de mandíbula cuadrada, oriundo de Londres. El cabello escaso, pero la espalda ancha y fuerte, con manazas de carnicero. Estaba medio ciego, o eso parecía, por culpa de la catarata que tenía en el ojo izquierdo. No lo vimos llegar al pueblo, aunque sí que recuerdo haber oído, al despertar, que por delante de nuestra casa pasaron dos caballos al galope rumbo al este.

El jinete de la otra montura era el juez de paz. Nunca llegué a conocerlo por otro nombre que no fuera señor Noah. Vestía ropas elegantes y se

consideraba un caballero. También era alto, pero de tez gris. Mortecino. Cadavérico (una palabra que no aprendería hasta al cabo de otros doscientos años más o menos).

Ahora éramos noticia en todo el condado, aunque no sabíamos a ciencia cierta el grado de importancia hasta que no llamaron a la puerta, con fuerza, de prisa.

William Manning me agarró la muñeca con firmeza. Con la mano libre señaló una manchita rosada que yo tenía en la piel, si bien puso buen cuidado en no tocarla.

—La marca del diablo —afirmó sombrío y con aire triunfal—. Fijaos en ella, señor Noah.

El aludido miró.

—La veo. De lo más siniestra.

Me reí. Estaba asustado.

—No —les dije—. Es una picadura de pulga.

Seguía dando la impresión de que tenía trece años, y ellos esperaban encontrarse con la obediencia de un chiquillo, no con la insolencia de un joven. Manning me fulminó con la mirada. No hay otro verbo que lo describa, ni entonces ni ahora. Pero acto seguido centró su atención en mi madre.

—Desvestíos —ordenó, la voz baja y severa.

Lo odié. En ese preciso instante. Nunca antes había odiado de verdad. Sólo de manera abstracta, a los hombres que mataron a mi padre. Pero jamás llegué a conocerlos. El odio necesita un rostro.

—No —dije.

Mi madre estaba confusa. Luego, cuando entendió lo que le ordenaban, se negó y los insultó en francés. Manning, un hombre ignorante que se hacía pasar por erudito, no sabía en qué lengua hablaba mi madre.

—Fijaos en esta mujer. Habla como un demonio. Está invocando a espíritus inmundos.

En ese punto, pidió que alguien cerrara la puerta, ya que un grupo de aldeanos —incluida Bess Small, con expresión maliciosa y gesto de desaprobación, que estaba junto a la pobre Alice Gifford— se había

congregado delante de nuestra casa, alborotado por el drama que se estaba desarrollando. El señor Noah cerró la puerta. Yo estaba entre Manning y mi madre. Manning sacó una daga y me la puso en el cuello.

Mi madre se desvistió. Lloraba. Y yo también sentí que se me humedecían los ojos. Miedo y remordimientos: todo aquello era culpa mía. Culpa de mi rareza física, de que mi cuerpo fuera incapaz de crecer.

—Una palabra más y la bruja de tu madre morirá aquí y ahora, antes de que tú o Marbas podáis hacer nada.

Marbas. El demonio que podía curar todas las enfermedades. Oiría ese nombre muchas veces a lo largo de las horas siguientes, a medida que avanzaba esa pesadilla de día.

Mi madre estaba desnuda. Allí, junto a la mesa y los cacharros de hojalata. Y vi que Manning se regalaba la vista con ella, que la odiaba por las tentaciones que él mismo sentía. Le hundió la punta de la daga en la piel, primero en el hombro, luego en el antebrazo, después cerca del ombligo. Pequeños bulbos de sangre.

—Mirad lo oscura que es la sangre, señor Noah.

El aludido miró.

La sangre era del color de la sangre, porque era sangre de una persona normal y corriente. Pero el señor Noah vio algo más en ella, o creyó verlo, ya que estaba impresionado por el aire de autoridad que desprendía Manning.

—Sí. Es extraordinariamente oscura.

La gente sólo ve lo que quiere ver. He aprendido esta lección un centenar de veces, pero por aquel entonces me era desconocida. Mi madre hacía una mueca de dolor cada vez que la daga la tocaba, pero a juicio de Manning fingía.

—¿Veis lo taimada que es? Reparad en cómo afecta dolor. Se diría que ha hecho una suerte de pacto. Se diría que la insólita muerte de John Gifford es el precio que ha pagado por la eterna juventud de su hijo. Un pacto malévolo, sin lugar a dudas.

—No tenemos nada que ver con la muerte de John Gifford. Lo ayudé a cubrir de paja el techo de su casa, eso es todo. Mi madre ni siquiera lo conocía. Pasa la mayor parte del tiempo en casa. Dejad de hacer eso, os lo

ruego.

No podía seguir mirando sin hacer nada: agarré por el brazo a Manning, que me golpeó la cabeza con la empuñadura de la daga, mientras con la otra mano me cogía del cuello y me golpeaba una y otra vez con la empuñadura en el mismo sitio, al tiempo que mi madre lloraba y yo creía que el cráneo se me abriría. Estaba en el suelo, aturdido y mudo y deseando que mi cuerpo fuese tan fuerte como debería serlo el cuerpo de un muchacho de dieciocho años.

Luego Manning vio otra picadura de pulga, esta vez en mi madre, cerca del ombligo, como una lunita roja sobre un planeta.

—La misma marca que tiene el muchacho.

Mi madre temblaba. Desprovista de la ropa, era incapaz de hablar.

—¡Es una picadura! —exclamé, la voz afligida, desesperada y cascada—. ¡No es más que una picadura de pulga!

Y apoyé las manos en el suelo de piedra para levantarme, pero recibí una patada en la cabeza.

Y después todo se volvió oscuro.

A veces eso se repite en mis sueños. Si me quedo dormido en el sofá, recuerdo ese día. Recuerdo los bulbos de sangre en la piel de mi madre. Recuerdo a la gente en la puerta. Y recuerdo a Manning y su pie, golpeando el suelo, despertándome del susto a través de la distancia de los siglos.

A partir de ese instante todo cambió. No estoy diciendo que hasta ese momento mi infancia hubiera sido perfecta, pero ahora a menudo me gustaría volver a esa época anterior. Antes de que conociera a Rose, antes de que supiera lo que le pasaría a mi madre, antes, antes, antes... Aferrarme a quien era al principio del todo, cuando no era más que un niño pequeño que tenía un nombre largo y reaccionaba al tiempo y envejecía como el resto del mundo. Pero no se puede volver a ese antes. Lo único que se puede hacer con el pasado es cargar con él, notar cómo va aumentando poco a poco su peso y rezar para que no llegue a aplastarte del todo.

## *Londres, en la actualidad*

A la hora de comer, me acerco de un salto al supermercado que hay algo más abajo en la misma calle y me compro un sándwich de pastrami, una bolsa de patatas fritas con sal y vinagre y una botellita de zumo de cereza.

En la caja hay cola, así que hago algo que por lo general me resisto a hacer y utilizo las cajas de autoservicio.

Al igual que el resto del día por ahora, la cosa no va bien.

La voz de mujer incorpórea no para de decirme que hay un «artículo sin identificar en la zona de embolsado», aunque lo único que hay en la zona de embolsado son las cosas que acabo de pasar por el escáner.

«Solicite ayuda a nuestro personal —añade el robot, el futuro de la civilización—. Artículo no identificado en la zona de embolsado. Solicite ayuda a nuestro personal. Artículo no identificado en la zona de...»

Miro a mi alrededor.

—¿Hola? ¿Puede ayudarme alguien?

No hay ningún dependiente a la vista. ¿Cómo iba a haberlo? Lo que sí hay es un grupo de adolescentes, todos ellos luciendo variantes del uniforme de Oakfield (camisas blancas y algunas corbatas verdes y amarillas), todos en la cola, con latas de refresco y comida, todos mirándome. Dicen algo, me reconocen, saben que soy el profesor nuevo. Y se oyen risas. Experimento la sensación más familiar de todas: que estoy viviendo en la época equivocada. Y me quedo plantado donde estoy, mirando la pantalla y escuchando la voz, la cabeza doliéndome y mi espíritu preguntándose poco a poco si Hendrich tenía razón. Puede que no fuera buena idea volver a Londres.

Cuando voy por el pasillo hacia la sala de profesores, adelanto a la mujer de las gafas. A la que vi en el parque, leyendo. La profesora de francés de la que me habló Daphne. La que se me quedó mirando de manera desconcertante. Lleva unos pantalones de algodón rojos, un polo negro y unos zapatos planos de charol relucientes. El cabello peinado hacia atrás. Parece segura de sí misma, educada. Sonríe.

—Es usted. El del parque.

—Ah, sí —respondo, como si me acordara en ese momento—. Era usted. Soy el nuevo profesor de historia.

—Qué curioso.

—Sí.

Su sonrisa es también un fruncimiento de ceño, como si yo la desconcertara. He vivido lo bastante para reconocer esa mirada. Y temerla.

—Hola —saludo.

—Hola —saluda ella a su vez con un ligero acento francés.

Me viene a la memoria el bosque. Mi madre cantando. Cierro los ojos y veo una sámara de sicomoro descendiendo en espiral bajo un cielo azul implacable.

Experimento una familiar sensación de claustrofobia. De reclusión. Como si este mundo nunca fuera lo bastante grande para esconderse.

Adiós, muy buenas.

Tengo que seguir andando, como si de ese modo pudiera alejarme de lo que pueda estar pensando esa mujer.

Después de mi primer día de clase estoy en casa, sentado con *Abraham*, su cabeza apoyada en mi regazo. Está dormido, absorto en sueños perrunos. Se estremece y se crispa, como una imagen temblorosa atrapada entre dos momentos. Gimotea un tanto. Me pregunto qué recuerdos estará reviviendo. Lo toco, acariciándolo para tranquilizarlo. Poco a poco, el movimiento cesa. No hace sonido alguno, salvo el de la respiración.

—No pasa nada —susurro—. No pasa nada, no pasa nada, no pasa nada...

Cierro los ojos y veo la mole de William Manning con claridad, como si

estuviera en la habitación.

## *Suffolk, Inglaterra, 1599*

William Manning miraba el cielo, cada vez más nublado, con expresión severa. Tenía un aire teatral, como si aquello no fuese más que un espectáculo. Ésa era en gran medida la naturaleza del momento —la era de Marlowe y Jonson y Shakespeare—, todo era teatro. Incluso la justicia. Incluso la muerte. Sobre todo, la muerte. Estábamos a unos quince kilómetros de Edwardstone, pero el pueblo entero se hallaba presente. Cabría imaginar que en el siglo XVI los juicios de brujas eran algo habitual, pero lo cierto es que no. Eran un espectáculo poco común, y la gente acudía desde kilómetros a la redonda para observar, insultar y sentirse a salvo en un mundo en el que el mal se podía explicar, encontrar y matar.

Manning me hablaba a mí, pero también hablaba a la multitud. Era un actor. Podría haber formado parte de la compañía *The Lord Chamberlain's Men*.

—Tu destino lo decidirá tu madre. Si se ahoga, su inocencia quedará probada y tú vivirás. Si vive, y sobrevive a la silla, tú, la progenie de una bruja, serás enviado junto con ella a la horca, donde recibiréis el trato que merecéis. ¿Lo has entendido?

Me hallaba junto a mi madre, en la ribera herbosa del río Lark, con grilletes en las piernas y las manos, al igual que ella. Mi madre —que volvía a estar vestida— temblaba y tiritaba como un gato mojado pese al calor que hacía. Quería decirle algo, reconfortarla, pero sabía que si hablábamos pensarían que tramábamos algo o teníamos un plan para invocar fuerzas malignas.

Sólo cuando la acercaron más a la orilla del río, a la silla, logré decir algo.

—Lo siento, madre.

—No es culpa tuya, Estienne. No es culpa tuya. Lo siento. Es culpa mía. No deberíamos haber venido aquí. No deberíamos haber venido a este lugar.

—Madre, os quiero.

—Y yo a ti, Estienne —repuso, de pronto desafiante, mientras lloraba—. Y yo a ti. Tienes que ser fuerte. Eres fuerte, como lo era tu padre. Quiero que me prometas una cosa: que vivirás. Pase lo que pase. Vivirás. ¿Me has entendido? Eres especial. Dios te hizo así por una razón. Has de encontrar esa razón. ¿Prometes que vivirás?

—Lo prometo, madre. Lo prometo, lo prometo, lo prometo...

Vi cómo la afianzaban a la silla de madera. Cerró las piernas, pues no quería separar las rodillas, un último gesto de vana defensa, de modo que dos hombres le cogieron una pierna cada uno y la colocaron debidamente, pegándole la espalda al respaldo. Mi madre se retorció y gritó cuando afianzaban la cincha metálica.

No miré cuando la elevaron, pero cuando llegó al punto más alto, Manning le pidió al melenudo que sostenía la cuerda que parase.

—Esperad, aguantad ahí...

Y entonces miré y vi a mi madre recortándose contra ese cielo azul implacable. Bajó la cabeza y me miró, y después de tantos siglos aún veo esos ojos aterrorizados.

—Que dé comienzo la ordalía —ordenó Manning, que se había acercado al borde del agua.

—¡No!

Cerré los ojos y oí el ruido que hizo la silla al tocar el agua. Después volví a abrirlos. Vi que mi madre desaparecía, se tornaba un borrón verde y marrón y después nada. A la superficie afloró deprisa una sarta de burbujas de aire. William Manning tenía la mano en alto, abierta, todo el tiempo, indicándole al hombre que sostenía esa cuerda espantosamente laxa que mantuviese a mi madre bajo el agua.

Miré esa manaza roja, rolliza, la mano de una bestia, y recé para que se cerraran los dedos. Ni que decir tiene que, pasara lo que pasase, mi madre moriría. Y, así y todo —aunque mi propia vida estaba en juego—, quería que

saliera viva del agua. Quería que volviera a hablar. No me imaginaba un mundo en el que no oyera su voz.

Cuando izaron la silla y sacaron del agua su cuerpo, chorreando, en el río quedó flotando, en secreto, una respuesta. ¿Había expulsado mi madre el aire presa del pánico o deliberadamente? ¿Había dado su vida por la mía? No lo sabía. No lo sabría nunca.

Pero mi madre había muerto por mí. Y yo seguía vivo por ella. Y durante años lamenté la promesa que le hice.

Segunda  
parte

El hombre  
que era América

## *Londres, en la actualidad*

Aquí estoy.

Estoy en el aparcamiento. He terminado mi segundo día en el instituto Oakfield y ahora estoy quitándole el candado a la bici, que está afianzada a una valla metálica junto al parking del personal. Voy en bici porque nunca me he fiado de los coches. Ya llevo cien años yendo en bici, y creo que es uno de los inventos verdaderamente extraordinarios del ser humano.

Unas veces, el cambio es a mejor, y otras no. No cabe duda de que los retretes modernos con cisterna son un cambio a mejor. No cabe duda de que las cajas de autoservicio no lo son. A veces hay cambios que son a mejor y a peor a la vez, como internet. O el teclado electrónico. O el ajo ya picado. O la teoría de la relatividad.

Y la vida es así. No es preciso tenerle miedo al cambio, ni tampoco desearlo, no cuando no se tiene nada que perder. El cambio es como la vida misma. Es la única constante que conozco.

Veo que Camille va hacia su coche. La mujer a la que vi en el parque. Y ayer en el pasillo, donde no nos dijimos gran cosa. Pero experimenté una sensación de claustrofobia, y sentí la necesidad de alejarme.

Sin embargo, ahora no hay escapatoria. Llega a su coche e introduce la llave en la cerradura mientras yo forcejeo con el candado de la bici. Nuestras miradas coinciden.

—Hola.

—Ah, hola.

—El profe de historia.

«El profe de historia.»

—Sí —contesto—. Me está dando problemas la llave.

—Si quiere, lo llevo.

—No —me apresuro a decir—. Ya... me...

(No importa lo mucho que vivas: la charla insustancial siempre es complicada.)

—Me alegro de volver a verlo. Soy Camille. Camille Guerin. Soy francesa. Me refiero a que doy clase de francés. Y también era mi nacionalidad, aunque, ¿quién quiere que su nacionalidad lo defina? Aparte de los idiotas.

No sé por qué, pero digo, olvidando la prudencia:

—Yo nací en Francia.

Eso contradice lo que figura en mi currículum, y Daphne está a tan sólo unos metros. «¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué quiero que sepa eso?»

Otro profesor —alguien a quien aún no me han presentado— sale y Camille se despide de los dos:

—Hasta mañana.

Ellos también se despiden.

—Entonces ¿habla francés? —me pregunta a continuación.

—*Oui*. Aunque mi francés está un poco anticuado..., *un peu vieillot*.

Camille ladea la cabeza y me mira ceñuda. Conozco esa mirada: de reconocimiento.

—*C'est drôle. J'ai l'impression de vous reconnaître*. ¿Dónde lo he visto? Ya sé que en el parque, pero me refiero a antes. Ahora estoy segura.

—Probablemente tenga un doble. Mi cara es de esas que la gente confunde fácilmente con otras.

Sonrío, aún cordial, pero distante. Esta conversación sólo puede causarme problemas. Y tampoco le está haciendo ningún bien a mi dolor de cabeza.

—Soy miope, por eso llevo gafas. Pero una vez hice un test —cuenta, ahora categórica—, y resultó que soy una «superreconocedora». Es un don que tengo. Tiene que ver con el funcionamiento de mi lóbulo temporal. Pasé a formar parte del uno por ciento superior, en términos de reconocimiento visual. El cerebro es extraño.

Quiero que deje de hablar. Quiero ser invisible. Quiero ser una persona normal sin nada que ocultar. Miro hacia otro lado.

—Qué bueno.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo en Francia?

—Hace mucho tiempo —replico, dudando de que Camille sea lo bastante mayor para recordarme de la década de 1920. He conseguido liberar la bici—. Bueno, pues hasta mañana.

—Resolveré el misterio —afirma, riendo, mientras se sube a su pequeño Nissan—. Resolveré su misterio.

—A ver —contesto. Y, cuando la puerta de su coche se cierra, murmuro—: Mierda.

Me pita al pasar y agita la mano para despedirse. Yo hago otro tanto y me alejo en la bici mientras pienso en lo fácil que sería no presentarme al día siguiente. Hablar con Hendrich y volver a desaparecer. Pero hay una parte de mí —una parte pequeña, pero peligrosa— que quiere saber de qué me conoce. O quizá una parte pequeña que sencillamente quiere que se resuelva el misterio.

Después, en casa, me llama Hendrich.

—¿Y bien?, ¿qué tal Londres? —pregunta.

Estoy sentado al pequeño escritorio de IKEA, mirando el penique isabelino que llevo encima desde hace siglos. Por lo general, lo tengo en la cartera, en su bolsita de plástico hermética, pero ahora lo he sacado y lo he puesto en la mesa. Contemplo el desgastado escudo de armas y me viene a la memoria la mano de Marion apretándolo con fuerza.

—Bien.

—¿Y el trabajo? ¿Te... adaptas bien?

Hay algo irritante en su tono. Condescendiente. Su forma de decir «te adaptas bien», con cierta sorna.

—Mira, Hendrich, me vas a tener que perdonar, pero me duele la cabeza. Sé que allí es la hora del *brunch*, pero aquí se está haciendo tarde y mañana tengo que levantarme pronto para preparar clases. Así que me gustaría irme a la cama, si...

—¿Sigues teniendo esos dolores de cabeza?

—A veces.

—Son de lo más normal. Nos dan a todos cuando nos acercamos a la mediana edad. Es el dolor causado por los recuerdos. Procura tener cuidado: la vida moderna no ayuda. Reduce el tiempo que pasas delante de las pantallas. Nuestros ojos no están hechos para la luz artificial. Los ojos de nadie lo están. Son todas esas longitudes de onda de la luz azul. Nos altera el ritmo circadiano.

—Sí. Eso es exactamente. El ritmo circadiano. Bueno, será mejor que me vaya.

Apenas un segundo después, oigo:

—Podría considerarse ingratitud, ¿sabes?

—¿Qué podría considerarse ingratitud?

—Tu actitud reciente.

Devuelvo la moneda a la bolsa y la cierro.

—No es una actitud. No hay actitud que valga.

—He estado pensando mucho últimamente.

—¿En qué?

—En los comienzos.

—¿En los comienzos de qué?

—De nosotros. Cuando me enteré de lo del médico. Cuando mandé un telegrama a Agnes. Cuando fue a buscarte. Cuando te conocí. 1891. Chaikovski. Harlem. Perritos calientes. Champán. *Ragtime*. Todo eso. Me ocupaba de que cada día fuese tu cumpleaños. Aún me ocupo de que cada día sea tu cumpleaños. O podría hacerlo, si no estuvieras tan obsesionado con vivir la vida más prosaica que se te ofrece. Y superaras de una vez tu obsesión por encontrar a Marion.

—Es mi hija.

—Y me parece comprensible. Pero mira lo que has tenido. Mira las vidas que te he dado...

Ahora estoy en la cocina. He puesto el teléfono en manos libres y me estoy llenando un vaso de agua. Me la bebo, dando tragos grandes, sin parar, pensando en mi madre, bajo el agua, exhalando su último suspiro. Después, como Hendrich continúa hablando, voy a abrir el portátil.

—Básicamente he sido tu hada madrina, ¿no es cierto? Tú eras Cenicienta, herrando caballos o lo que estuvieras haciendo, y ahora mírate. Podrías tener la carroza, los zapatos de cristal, cualquier cosa que quisieras.

Me meto en Facebook. Me he abierto una cuenta. Llama más la atención no tener Facebook que tenerlo, así que a Hendrich le pareció bien la idea (incluso él, o el cirujano plástico jubilado que finge ser en la actualidad, tiene).

Evidentemente, la información de mi perfil es falsa. De todas formas, tampoco es que exista la opción de poner 1581 como año de nacimiento.

—¿Me estás escuchando?

—Sí, Hendrich, te estoy escuchando. Te estoy escuchando. Eres mi hada madrina.

—Sólo estoy preocupado por ti. Muy preocupado, Tom. He estado pensando, desde que viniste a verme, había algo en tus ojos. Algo que me preocupó. Una especie de anhelo.

Me sale una risa cansada.

—¿Anhelo?

Entonces reparo en algo.

Tengo una solicitud de amistad en Facebook. Es ella: Camille Guerin. La acepto. Acto seguido —mientras Hendrich sigue hablando—, me sorprendo mirando su muro.

Se comunica utilizando una mezcla de francés e inglés y emoticonos. Cita a Maya Angelou, Françoise Sagan, Michelle Obama, JFK y Michel Foucault. Tiene un amigo en Francia que está recaudando fondos para enfermos de alzhéimer y facilita el enlace de la correspondiente página. Ha escrito algunos poemitas. Leo uno titulado «Rascacielos» y otro titulado «Bosque». Me gustan. Luego, sin pensar mucho, voy viendo sus fotos. Quiero saber más cosas de ella, y cómo es posible que me conozca. Quizá sea un alba. Quizá la conocí hace mucho tiempo. Pero no. Una ojeada a las fotos me dice que, en 2008, cuando se unió a Facebook, parecía, como es lógico, diez años más joven. Estaba en la veintena. Y con un hombre: Erik Vincent. Un hombre de un atractivo frustrante. En una foto está nadando en un río. En otra corre y lleva un dorsal con un número. Está etiquetado en las fotos. En casi todas las

fotos del perfil hasta 2011, y después no hay nada hasta 2014. Me pregunto qué fue de Erik. Vuelvo al poema «Bosque» y me doy cuenta de que está dedicado a él. Su página ya no está.

Me da que no soy el único misterio que hay que resolver.

—No puedes echar el ancla, Tom. Recuerdas la primera regla, ¿no, Tom? ¿Recuerdas lo que te dije, en el edificio Dakota, recuerdas la primera regla?

En una foto de 2015, Camille mira directamente a la cámara, con expresión triste. Está en la terraza de un café en París, con una copa de vino tinto delante. Es su primera foto con gafas. Lleva una chaqueta de punto de un rojo vivo en la que se arrebujaba. Es una tarde más fría de lo que se imaginaba. En la boca tiene una sonrisa, pero forzada.

—La primera regla —digo con desaliento— es no enamorarnos.

—Exacto, Tom. Nada de enamorarse. Sería una auténtica estupidez.

—No pretendo ser grosero, pero ¿para qué me llamas? Sabes que ayuda, meterse en el papel.

—¿De una efímera?

—Sí.

Suspira y luego oigo un leve gruñido, como si se aclarase la garganta.

—Una vez conocí a un funámbulo. Una efímera. Se llamaba Cedar. «Cedro», como el árbol. Un nombre extraño. Un hombre extraño. Trabajaba en el parque de atracciones de Coney Island. Se le daba muy bien caminar por la cuerda floja. ¿Sabes cómo se sabe si un funámbulo es bueno?

—¿Cómo?

—Sigue vivo. —Se ríe de su propia gracia antes de continuar—: A lo que iba, me reveló el secreto de la cuerda floja. Dijo que la gente se equivocaba cuando decía que el secreto consistía en relajarse y olvidarse de la caída. El secreto era justo lo contrario. El secreto era no relajarse nunca. No creer nunca que se era bueno. No olvidar nunca la caída. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? No puedes ser una efímera, Tom. No puedes relajarte. La caída es demasiado grande.

Me llevo el teléfono al cuarto de baño y hago pis sin hacer ruido, apuntando al lateral del retrete, evitando el agua.

—La caída. Ya. Sigo sin entender por qué me llamas, Hendrich.

Me miro en el espejo y reparo en algo. Algo maravilloso y emocionante, justo encima de la oreja izquierda: ¡una cana! Es la segunda que tengo. La primera me salió en 1979. Es posible que para 2100 tenga tantas que se vean. Me emociona enormemente ver un cambio así (casi nunca sucede). Decido tirar de la cadena más tarde y salgo del cuarto de baño sintiéndome un feliz mortal.

—Te llamo cuando me apetece llamarte. Y tú me lo coges. O me preocuparé. Y sabes que es mejor que no me ponga nervioso, porque entonces tendré que hacer algo. Así que no olvides cuál es tu sitio. No olvides cuánto te ha ayudado la Sociedad. Cierto, nos gustaría haber encontrado a tu hija, pero recuerda todo lo demás. Recuerda que antes de 1891 estabas perdido. No tenías libertad. No tenías elección. No eras más que un hombre afligido, confuso, que no sabía quién era. Yo te di un mapa. Te ayudé a que te encontraras contigo mismo.

«Todavía no me he encontrado. —Esto no se lo digo—. Me falta mucho camino por recorrer.»

—Recuerda 1891, Tom. No lo olvides.

Y cuando la llamada termina, hago lo que me dice. Cuando cierro la foto de Camille, recuerdo 1891. Recuerdo el instante en que mi vida dejó de ser una cosa y empezó a ser otra, e intento entenderlo. Intento averiguar si puse rumbo a una trampa o a la libertad o si, quizá, fueran ambas cosas a la vez.

## RASCACIELOS

*Me  
gusta  
el modo  
en que, cuando  
pones  
de costado  
poemas,  
son como  
ciudades  
en miniatura  
vistas  
de lejos,  
de muy lejos.  
Rascacielos  
erigidos  
con  
palabras.*

## BOSQUE

*Quiero que  
bajes el ritmo,  
quiero que todo  
baje el ritmo;  
quiero hacer un bosque  
de un instante  
y vivir en ese bosque  
para siempre  
antes de que te marches.*

## *St. Albans, Inglaterra, 1891*

Jeremiah Cartwright escudriñó el cielo y declaró, con sombría seriedad, que más tarde llovería y que debía ir por hierro mientras estuviera seco. Tardaría una hora en volver. Yo estaba solo en la forja, viendo cómo el metal se ponía rojo y después anaranjado. Sí, al igual que en la vida, golpear mientras el hierro está candente, pero no valía cualquier calor. Había que esperar hasta que el naranja empezaba a brillar, a adquirir esa vivísima tonalidad rosada-amarilla-naranja. Ése era el calor de la forja. El calor del cambio. El amarillo pasaba deprisa a ser blanco, y en cuanto se tornaba blanco el calor se extendía por todo el metal, así que había que andarse con ojo y aprovechar el momento antes de que fuera demasiado tarde.

Sólo cuando cogí el metal y lo deposité en el yunque para empezar a batirlo me di cuenta de que había alguien.

Una mujer. Una mujer peculiar.

Recuerdo, vívidamente, cómo la vi por primera vez. Aparentaba unos cuarenta años.

Llevaba una falda larga y una blusa, ambas negras, y un sombrero de ala ancha le cubría el rostro. Esa ropa debía de darle muchísimo calor, siendo como era un día de finales de junio, por no hablar de la temperatura infernal que había en la forja. El sombrero hizo que tardara un segundo en darme cuenta de que llevaba un parche de seda negro azabache en el ojo izquierdo.

—Hola. ¿En qué puedo ayudarla?

—Pronto sabrá que es más bien al revés.

—¿Qué quiere decir?

La mujer sacudió la cabeza. Se resentía un tanto del calor que hacía allí.

—No haga preguntas. Aún no. Su curiosidad será satisfecha, se lo

aseguro. Tiene que venir conmigo.

—¿Cómo?

—No puede quedarse aquí.

—¿Cómo?

—Ya se lo he dicho: nada de preguntas.

Acto seguido, vi que me apuntaba al pecho con una pistolita de madera.

—Pero ¿qué demonios...? ¿Se puede saber qué está haciendo?

—La comunidad científica sabe de su existencia. Hay un instituto... No tengo tiempo para explicárselo, pero si se queda aquí lo matarán.

El calor de la forja a menudo hacía que estar allí fuese como una suerte de delirio, un sueño febril. Por un momento pensé que estaba soñando despierto.

—El doctor Hutchinson ha muerto —informó. Su voz era tranquila, pero irradiaba una fuerza serena, como si expusiera no sólo un hecho, sino uno inevitable.

—¿El doctor Hutchinson?

—Asesinado.

Dejó que la palabra flotara en el aire, con el sonido del crepitante fuego por toda compañía.

—¿Asesinado? ¿A manos de quién?

Me entregó un artículo recortado de *The Times*: «Hallado el cadáver de un médico en el Támesis».

Lo leí por encima.

—Cometió usted un error. No debió acudir a él para contarle su trastorno. Escribió un artículo sobre usted. Sobre el trastorno. Le dio un nombre: *anageria*. Es muy posible que ese artículo hubiera visto la luz. Y no podía ser. De ninguna manera. Así que me temo que la Sociedad no tuvo más remedio. Debía morir.

—¿Lo mató usted?

El calor hacía que le brillase el rostro.

—Sí. Lo maté yo, para salvar vidas. Y ahora venga conmigo. Hay un coche esperando fuera. Listo para llevarnos a Plymouth.

—¿A Plymouth?

—No se preocupe, no es para evocar recuerdos.

—No entiendo. ¿Quién es usted?

—Me llamo Agnes.

Abrió el bolso, sacó un sobre y me lo dio. Dejé el mazo y lo cogí. No tenía nombre, ni señas, pero el sobre azul estaba abultado.

—¿Qué es esto?

—Su billete. Y sus documentos de identidad.

Estaba desconcertado.

—¿Cómo?

—Lleva usted vivo mucho tiempo, tiene un buen instinto de supervivencia. Pero ahora debe irse. Tiene que venir conmigo. Nos espera un coche. De Plymouth iremos a América. Allí encontrará todas las respuestas que siempre ha querido saber.

Y salió sin decir más.

## *Océano Atlántico, 1891*

Los barcos habían cambiado.

Yo ya había estado en el mar, pero estar en el mar ya no era estar en el mar.

Era como si el progreso que había alcanzado la humanidad pudiera medirse en términos de la distancia que poníamos entre nosotros y la naturaleza. Podíamos estar en medio del Atlántico, en un vapor como el *Etruria*, y tener la sensación de encontrarnos en un restaurante en Mayfair.

Viajábamos en primera clase. Por aquel entonces, primera era primera de verdad, y había que guardar las apariencias.

La mujer, Agnes, me había proporcionado una maleta llena de ropa nueva, y yo lucía un elegante terno de tela cruzada de sarga y un pañuelo ascot de seda. Iba bien rasurado. Me había afeitado ella, con una cuchilla, y mientras lo hacía me planteé seriamente la posibilidad de que me fuera a rebanar la garganta.

Desde la ventana del restaurante veíamos las cubiertas inferiores, donde montones de personas apiñadas en segunda y tercera clase, de aspecto más desaliñado, con la ropa que llevaba yo una semana antes, paseaban o estaban apoyadas en la baranda, contemplando el horizonte, donde los esperaban la isla de Ellis y el sueño americano.

De todas las personas a las que he conocido, yo diría que Agnes era la más difícil de describir con palabras. Era una mezcla extremadamente poco común de carácter franco, costumbres amorales y modales circunspectos. Ah, y era capaz de asesinar.

Seguía vistiendo de negro, de luto, al estilo reina Victoria, y todo en ella apuntaba a que era una dama de clase alta. Incluso el parche del ojo destilaba

cierta elegancia. Sin embargo, solía beber whisky, lo que resultaba un tanto excéntrico.

Su nombre —el de ese momento— era Gillian Shields, pero el nombre con el que la habían bautizado era Agnes Wade.

—Recuérdeme como Agnes. Soy Agnes Wade. No utilice nunca ese nombre, pero recuérdeme así siempre. Agnes Wade.

—Y usted recuérdeme a mí como Tom Hazard.

Había nacido en York, en 1407. Me sacaba más de un siglo, lo cual me resultó preocupante y reconfortante a un tiempo. Todavía no me había hablado de las distintas identidades que había ido adoptando a lo largo de los años, pero me reveló que a mediados del siglo XVIII había sido Flora Burn, la famosa pirata que hacía estragos frente a las costas de América.

Acababa de pedir el fricasé de pollo, y yo la anchoa de banco a la parrilla.

—¿Hay una mujer en su vida?

Dudé antes de contestar, y ella sintió la repentina necesidad de matizar la pregunta.

—No se preocupe, no me interesa usted en ese aspecto. Es demasiado serio. Disfruto de las mujeres serias, pero, llegado el caso, prefiero que un hombre sea luminoso como el día. No era más que curiosidad. Alguien habrá habido. No se puede vivir todo lo que usted ha vivido sin que haya alguien.

—Lo hubo, sí. Hace mucho tiempo.

—¿Tenía nombre?

—Lo tenía, sí. Tenía nombre. —Eso era todo lo que estaba dispuesto a darle.

—¿Y desde entonces no ha habido nadie?

—La verdad es que no. No, no. Desde entonces no ha habido nadie.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque sí.

—¿Le rompieron el corazón?

—Amar es doloroso. Es más fácil no amar.

Ella asintió, coincidía conmigo. Tragó saliva, como si mis palabras tuvieran un regusto, y miró a lo lejos.

—Sí. Así es, sí. Amar es doloroso.

—Pero iba usted a contarme por qué mató al doctor Hutchinson —repuse.

Miró a los otros comensales, que estaban sentados tiesos y erguidos, con esa elegancia excesiva propia de las clases altas.

—¿Sería tan amable de no lanzar acusaciones de asesinato en el comedor? Debe aprender el arte de la discreción. A hablar de algo sin mencionarlo. La verdad es una línea recta que a veces es preciso curvar, a estas alturas debería saberlo. Es un verdadero milagro que siga vivo.

—Lo sé, pero...

Agnes cerró los ojos.

—Tiene que crecer, ¿lo entiende? Sigue siendo un niño. Es posible que parezca un hombre, pero aún es un muchacho con los ojos fuera de las órbitas, y es necesario que sea un adulto, y deprisa. Vamos a tener que civilizarlo.

Su actitud indiferente me horrorizó.

—Era un buen hombre.

—Era un hombre. Eso es todo lo que sabía usted, ¿no es así? Era un hombre. Un médico que buscaba la gloria a través del sufrimiento, que ya había dado lo mejor de sí. Un hombre que lo rechazó y lo desechó a usted alegremente. Tenía sesenta y ocho años, era frágil, un esqueleto con traje de *tweed*. A lo sumo le quedaban unos años de vida. Pero, si hubiese seguido vivo y publicado sus hallazgos, si hubiese alcanzado la fama por descubrir la anageria, no habría hecho sino causar mucho más daño. Y la muerte de personas a las que les quedan no sólo años de vida, sino siglos. Es lo que se llama un bien mayor, estoy segura de que lo entenderá. Se pierden vidas para salvar más vidas. Eso es lo que combate la Sociedad.

—La Sociedad, la Sociedad, la Sociedad... No para de hablar de esa sociedad, pero no me ha dicho nada. Ni siquiera sé cómo se llama.

—La Sociedad Albatros.

—¿Albatros?

Llegó la comida.

—¿Puedo hacer algo más por ustedes? —preguntó el camarero engominado, elegantemente vestido.

—Sí. —Agnes sonrió—. Podría esfumarse.

El hombre, desconcertado, se alisó el mostacho para consolarse.

—Muy bien.

Miré el pescado, exquisitamente preparado, y mi hambriento estómago rugió al darse cuenta de que hacía más de un siglo que no comía así.

—Se cree que los albatros viven mucho, y nosotros vivimos mucho. Hendrich Pietersen fundó la Sociedad en 1867 para unir y proteger a la gente como nosotros, los albatros, o albas, de amenazas procedentes del exterior.

—¿Y quién es ese Hendrich Pietersen?

—Un hombre muy anciano y muy sabio. Nació en Flandes, pero está en América desde que es América. Hizo dinero durante la fiebre de los tulipanes y llegó a Nueva York cuando todavía era Nueva Ámsterdam. Comerció con pieles e incrementó su riqueza. Acabó amasando una fortuna. Adquirió inmuebles. Toda clase de cosas. Él es América, eso es lo que es Hendrich. Constituyó la Sociedad para salvarnos. Es una bendición, Tom.

Me reí.

—Una bendición. Una bendición. Es una maldición.

Bebió un sorbo de vino tinto.

—Hendrich querrá saber si valora la naturaleza del don que le ha sido concedido.

—Me costará hacerlo.

—Si quiere seguir con vida, lo hará.

—No sé si me importa mucho seguir con vida, Agnes.

—Agnes, no —musitó con aspereza. Miró a su alrededor—. Gillian.

Sacó algo del bolso. Quieting Syrup, un preparado para la tos. Le echó un poco al whisky y me lo ofreció a mí. Negué con la cabeza.

—¿Es consciente de lo egoísta que parece? Mire a la gente. Mire a su alrededor. O, mejor, piense en los emigrados de tercera clase. La mayoría habrán muerto antes de cumplir los sesenta. Piense en todas esas enfermedades espantosas de las que sabemos que muere gente: viruela, cólera, tifus, incluso peste. Sé que es lo bastante mayor para acordarse.

—Me acuerdo.

—Eso no nos pasará a nosotros. La gente como nosotros sólo muere de dos formas: o durmiendo, en torno a los novecientos cincuenta años, o en un

acto violento en el que nuestro corazón o nuestro cerebro sufren daños irreparables o la pérdida de sangre es importante. Nada más. Somos inmunes al dolor del ser humano.

Me acordé de Rose, temblando de fiebre y delirando de dolor en su último día. Me acordé de los días y las semanas y los años y las décadas que siguieron.

—Ha habido veces en mi vida en las que pegarme un tiro en la cabeza se me antojaba preferible a la bendición de la existencia.

Agnes agitó con suavidad el cóctel de whisky y Quieting Syrup.

—Ha vivido usted mucho tiempo. A estas alturas sabrá que no nos ponemos en peligro únicamente a nosotros cuando nuestra verdad empieza a salir a la luz.

—En efecto. El doctor Hutchinson, por ejemplo.

—No estoy hablando del doctor Hutchinson —espetó, más veloz que el zarpazo de un gato—. Estoy hablando de otras personas. Sus padres. ¿Qué les pasó?

Me tomé mi tiempo, masticando el pescado, tragándolo, limpiándome la comisura de la boca con la servilleta.

—A mi padre lo mataron en Francia por su religión.

—Ya. Las guerras de religión, ¿no? ¿Era protestante? ¿Hugonote?

Asentí tres veces.

—¿Y su madre? —Agnes me miraba fijamente con su único ojo. Presentía que me había pillado. Y supongo que así era. Le conté la verdad—. ¿Lo ve? La ignorancia es nuestro enemigo.

—Ya no matan a nadie por brujería.

—La ignorancia cambia con el tiempo, pero siempre está ahí, y sigue siendo igual de letal. Sí, el doctor Hutchinson murió, pero, si hubiese vivido, si su artículo se hubiera publicado, la gente habría ido a por usted. Y a por otros.

—¿La gente? ¿Qué gente?

—Hendrich se lo explicará. No se preocupe, Tom. Su vida no es en vano. Tiene usted una razón de ser.

Y recordé que mi madre me dijo que tenía que encontrar eso mismo —

una razón—, y mientras comía el delicado pescado me pregunté si estaría a punto de encontrarla.

## *Nueva York, 1891*

—Mírela —dijo Agnes cuando estábamos en la cubierta superior del *Etruria*—. «La libertad iluminando al mundo.»

Fue la primera vez que vi la Estatua de la Libertad. El brazo derecho levantando en el aire la antorcha. Por aquel entonces era de color cobrizo y brillaba, y era impresionante. Resplandecía con el sol, a medida que nos acercábamos al puerto. Parecía enorme —épica y vetusta—, algo hecho a la misma escala que esfinges y pirámides. Yo sólo llevaba vivo desde que el mundo se había vuelto más pequeño, más modesto de nuevo, pero al contemplar la silueta de Nueva York sentí que el mundo soñaba a lo grande. Se aclaraba la garganta. Ganaba confianza. Me metí la mano en el bolsillo, sosteniendo el penique de Marion entre los dedos. Como siempre, me resultó tranquilizador.

—La he visto de cerca —contó Agnes—. Da la impresión de que está parada, pero en realidad camina. Huye de las cadenas del pasado. De la esclavitud. De la guerra civil. Y va hacia la libertad. Pero está atrapada para siempre en ese momento en el que el tiempo se ha detenido. Mire, ¿lo ve? Deje de mirar la antorcha y mire los pies. Se mueve, pero no se mueve. Se dirige hacia un futuro mejor, pero todavía no ha llegado. Como usted, Tom. Ya lo verá. Su nueva vida lo espera.

Clavé la vista en el Dakota, un magnífico edificio de piedra color crema de siete plantas, ricamente ornamentado, con elegantes balaustradas y un pronunciado tejado a dos aguas. Sentía un vértigo provocado por esa extraña sensación de que las cosas se estaban moviendo deprisa, no sólo en mi vida,

sino en el mundo. Ya llevaba unas horas en Nueva York, y la sensación persistía. La Nueva York de la década de 1890 tenía algo. Algo emocionante. Algo tan real que uno sentía que podía respirarlo. Algo que me hizo volver a sentir.

Me detuve un instante a las puertas.

¿Qué habría pasado si hubiera salido corriendo entonces? ¿Si hubiese apartado a Agnes de un empujón y hubiera desaparecido en el parque o enfilado a toda velocidad la calle Setenta y Dos y hubiese logrado escapar? Sin embargo, supongo que estaba aturdido con todo aquello, con la novedad de la ciudad. Ya me estaba haciendo sentir más vivo, después de todos esos años muertos, de vacío.

La cabeza de un indio americano —Agnes lo llamó «el indio vigilante»— nos miraba con solemnidad. En 1980, mientras cumplía una misión en São Paulo, vi la noticia del asesinato de John Lennon en un pequeño televisor en color. En las imágenes aparecía ese mismo edificio, donde habían disparado a Lennon. Me pregunté si pesaría una maldición sobre el edificio que afectaba a todo el que franqueaba sus puertas.

Yo seguía fuera, nervioso. Pero al menos era una sensación. Desde hacía un tiempo no estaba acostumbrado a experimentarlas.

—Lo pondrá a prueba, aunque no lo esté poniendo a prueba. Todo es una prueba. —Subimos la escalera—. Por el rostro, por los movimientos, sabe ver cómo es la gente mejor que nadie. Con los años Hendrich ha desarrollado un talento que parece antinatural.

—Un talento, ¿para qué?

Agnes se encogió de hombros.

—Él lo llama así, talento. Talento para la gente. Un sexto sentido para la gente. Por lo visto, entre los quinientos y los seiscientos años, las aptitudes intelectuales se ven incrementadas hasta un punto que sobrepasa la capacidad humana normal. Ha tratado con tanta gente, de tantas culturas distintas, que es capaz de interpretar el rostro y el lenguaje corporal con una precisión asombrosa. Sabe si puede fiarse de alguien.

Estábamos allí, en el piso —por aquel entonces, en América no usábamos la palabra *apartamento*— de la última planta del edificio Dakota, con Central

Park extendiéndose a nuestros pies.

—Me gusta pensar que es mi jardín —comentó el hombre alto, delgado, calvo y elegante junto a la ventana. Sostenía un bastón, que agarraba con fuerza, tanto para impresionar como por la artritis que sufría, que todavía no era muy severa.

—Las vistas son impresionantes —afirmé.

—Sí. Y estos edificios aparecen de un día para otro. Por favor, siéntate.

*Elegante* era la palabra. Había un elegante piano Steinway y a su lado un elegante sofá de piel con pinta de caro. Lámparas de pie, un escritorio de caoba, una araña. Agnes se acomodó en el sofá y señaló una silla junto al escritorio. Hendrich se hallaba al otro lado de la mesa, pero aún de pie, mirando por la ventana. Ella me indicó con gesto firme que sería mejor que me sentara cuanto antes.

Entretanto, Hendrich seguía contemplando Central Park.

—¿Cómo has sobrevivido, Tom? —Se volvió para mirarme. Me di cuenta de que era mayor. De haber sido una persona normal y corriente (una «efímera», como las llamaba Agnes con gesto imperturbable), uno habría calculado que tenía setenta años. Hoy en día, ahora mismo, haciendo ajustes por la inflación, añadiría alguno más: ochenta y tantos. Por aquel entonces parecía mayor que nunca—. Has vivido mucho tiempo. Y, según tengo entendido, no lo has hecho en las mejores circunstancias. ¿Qué te impidió no tirarte de un puente? ¿Cuál es tu motivación?

Lo miré. Tenía las mejillas caídas, y tantas bolsas en los ojos que me recordó a la cera de una vela derritiéndose.

No quería contarle el verdadero motivo. Si Marion seguía viva, no quería que Hendrich supiera de su existencia. No me fiaba de nadie.

—Vamos, estamos aquí para ayudarte. Naciste en un castillo. Estabas hecho para el lujo, Tom. Te devolveremos esa vida. Y a tu hija.

Tuve la sensación de que todo se encogía a mi alrededor.

—¿Mi hija?

—Leí el informe del doctor Hutchinson. Sobre Marion. No te preocupes, la buscaremos. Daremos con ella, te lo prometo. Si está viva, la encontraremos. Encontraremos a todos los que son como nosotros. Y, a

medida que vayan naciendo nuevas generaciones, también las encontraremos.

Estaba asustado, pero debo confesar que también me entusiasmó un tanto la idea de que alguien pudiera ayudarme a buscar a Marion. De pronto, me sentí menos solo.

En la mesa había una licorera con whisky. Y tres vasos. Sirvió una ronda sin preguntar si queríamos. Daba la casualidad de que yo sí lo quería, para calmarme.

Leyó la etiqueta.

—Mira esto: «Wexford Old Irish Malt Whiskey Liquor. El sabor del pasado». ¡El sabor del pasado! Cuando era joven, el whisky ni siquiera existía. —Costaba identificar su acento, no era americano del todo—. Pero soy bastante más viejo que tú. —Dejó escapar un suspiro melancólico y se sentó a la vasta mesa de caoba—. Es extraño, ¿no? La de cosas que hemos visto. En mi caso, la lista es bastante larga: las gafas, la imprenta, el periódico, el rifle, la brújula, el telescopio..., el reloj de péndulo..., el piano..., los cuadros impresionistas..., la fotografía..., Napoleón..., el champán..., el punto y coma..., las carteleras..., los perritos calientes...

Debió de verme la cara de perplejidad.

—Claro, Agnes, el pobre hombre no ha visto nunca un perrito caliente. Debemos llevarlo a Coney Island a comer uno. Tienen los mejores de la ciudad.

—Así es —convino Agnes, que parecía haber perdido parte de su aspereza en presencia de él.

—¿Se comen? —pregunté.

—Sí —se rio con sequedad—. Es una salchicha. Una salchicha especial. Un perro salchicha. Un pequeño frankfurt especial. El paraíso en un pan. Es el puerto al que quería llegar la civilización... De haber sabido, cuando crecía en Flandes, que un día llegaría a probar un perrito caliente..., en fin...

Resultaba extraño. ¿Me habían hecho cruzar un océano —dejando tras de mí un cadáver— para acabar hablando de salchichas?

—El placer. Ése es el objetivo, ¿no? Disfrutar de las cosas buenas..., de las cosas exquisitas. Comida. Alcohol. Arte. Poesía. Música. Cigarros puros.

Cogió un puro de la mesa, junto con un encendedor cromado.

—¿Te apetece uno?

—No me gusta el tabaco.

Se mostró decepcionado y le dio uno a Agnes.

—Es bueno para el pecho.

—No, gracias —dije bebiendo el whisky.

Encendió ambos puros y observó:

—Las cosas más exquisitas. Los placeres sensuales. He descubierto que no hay más sentido que ése. No hay nada más.

—¿El amor? —apunté.

—¿Qué pasa con el amor?

Hendrich sonrió a Agnes, y cuando la sonrisa volvió a mí, había algo amenazador en ella. Cambió de tema.

—No sé cómo te atreviste a visitar a un médico para hablarle de tu trastorno. Quizá pensaras que, ahora que supersticiones como la brujería no están tan extendidas, era una época segura para hacerlo.

—Pensé que ayudaría a otros, a personas como nosotros, contar con una explicación médica.

—Estoy seguro de que Agnes ya te habrá señalado por qué fue un gesto ingenuo.

—Un poco, sí.

—La verdad es ésta: el peligro es mayor ahora que nunca. Los avances en la ciencia y la medicina no son de agradecer: la teoría microbiana, la microbiología y la inmunología. El año pasado descubrieron la vacuna del tifus. Lo que no sabes es que en el transcurso de la investigación los inventores de dicha vacuna se aprovecharon del trabajo realizado por el Instituto de Investigación Experimental de Berlín.

—No cabe duda de que la vacuna del tifus es algo bueno, ¿no?

—No cuando la investigación se realizó a nuestra costa. —Apretó ligeramente la mandíbula, procurando que no se le notara la ira. El silencio rígido de Agnes hizo que me preocupara aún más. Quizá hubiera un arma en la mesa. Quizá ésa fuera una especie de prueba que yo había suspendido y ahora él fuera a meterme una bala en la cabeza—. Los científicos —pronunció la palabra como si supiera a sulfuro— son los nuevos cazadores de

brujas. Sabes que existen los cazadores de brujas, ¿no? Sé que lo sabes.

—Sabe que existen los cazadores de brujas —aseguró Agnes, y expulsó un hilillo de humo hacia la lámpara de pie.

—Pero lo que no sabes es que los juicios de brujas no terminaron. Es sólo que ahora se llaman de otra manera. Nosotros somos las ranas muertas. El instituto sabe que existimos. —Se inclinó sobre la mesa, dejando caer ceniza en un ejemplar reciente del *New York Tribune*, la mirada encendida como la punta del cigarro—. ¿Lo entiendes? Hay miembros de la comunidad científica que saben que existimos. —Se retrepó en su asiento—. No muchos, pero sí algunos. En Berlín. No les interesamos como seres humanos. A decir verdad, ni siquiera nos consideran seres humanos. Encarcelaron a dos de los nuestros y los torturaron en el laboratorio donde tenían a sus conejillos de Indias. Un hombre y una mujer. La mujer escapó. Ahora es miembro de la Sociedad. Aún vive en Alemania, en un pueblo de la campiña bávara, pero le proporcionamos una vida nueva y otro nombre. Nos ayuda cuando la necesitamos. Y nosotros la ayudamos a ella.

—No lo sabía.

—Ésa es la intención.

Reparé en que el parque estaba lleno de árboles caídos.

Un pájaro se posó en la repisa de la ventana.

No supe qué era. Allí los pájaros eran distintos. Una criatura amarilla, pequeña y robusta, con alas de un gris apagado, volvió la cabeza hacia la ventana. Luego hacia el otro lado. No me cansaba nunca de ver cómo se movían los pájaros cuando no estaban volando. Era una serie de cuadros vivos, más que un movimiento continuo. Un *staccato*. Momentos congelados.

—Tu hija podría correr peligro. Todos nosotros podríamos correrlo. Tenemos que trabajar juntos, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo.

—Hay una última pregunta que debo hacerte —dijo Hendrich tras beber un sorbo de whisky.

—Por favor.

—¿Quieres sobrevivir? Me refiero a si de verdad quieres sobrevivir. ¿Quieres seguir con vida?

Yo ya me había hecho esa pregunta hacía tiempo, y la respuesta solía ser que sí, porque no quería morir cuando tenía una hija, posiblemente aún con vida, y, sin embargo, era muy difícil decir que quería sobrevivir. Desde que perdí a Rose, mi vida había oscilado entre esas dos posibilidades. Ser o no ser. Pero en ese apartamento suntuoso, con ese pájaro amarillo que seguía en el alféizar, la respuesta me pareció más clara. A esa altura, con ese cielo azul implacable y esa ciudad nueva y osada ante mí, me sentí más cerca de Marion. América te hacía pensar en el futuro.

—Sí. Sí, quiero sobrevivir.

—Bien, pues para sobrevivir tenemos que trabajar juntos.

El pájaro levantó el vuelo.

—De acuerdo —contesté—. De acuerdo. Trabajaremos juntos.

—No pongas esa cara de preocupación. No somos una secta religiosa. Nuestro objetivo es permanecer vivos, sí, pero sólo para poder disfrutar de la vida. Aquí no tenemos dioses, salvo quizá Afrodita. Y Dionisio. —Pareció pensativo un instante—. Agnes, ¿tienes intención de ir a Harlem?

—Sí, iré a ver a un viejo amigo, después me tomaré algún sedante y me pasaré una semana durmiendo.

La luz brilló como una joya en el decantador, e hizo que Hendrich se alegrara.

—Mira. Ha salido el sol. ¿Damos un paseo por el parque?

Nos topamos con un arce arrancado de cuajo.

—Un huracán —explicó Hendrich—. Mató a algunas personas hace unas semanas, marineros, sobre todo. Los guardas del parque no se han dado mucha prisa en poner orden.

Contemplé las raíces, que se extendían como tentáculos.

—Debió de ser tremendo.

Hendrich me sonrió.

—Fue todo un espectáculo.

Miró la tierra removida y las hojas que había en el camino.

—La experiencia del inmigrante. Aquí mismo la tienes: el viento se

levanta y de pronto ya no tienes los pies en el suelo. Y tus raíces quedan a la vista y parecen extrañas y desconocidas. Pero tú ya te has visto desarraigado antes, ¿no es así? Tú mismo te desarraigaste. Tuviste que hacerlo, seguro.

Asentí.

—Muchas veces.

—Se nota.

Intentaba tomármelo como un cumplido, pero me costaba.

—El truco consiste en permanecer erguido. ¿Sabes qué tienes que hacer para moverte y permanecer erguido?

—¿Qué?

—Tienes que igualar la fuerza del huracán. Tienes que ser tú una tormenta. Tienes que... —Se detuvo. La metáfora perdía fuelle. Me fijé en cómo le brillaban los zapatos. Nunca había visto unos zapatos así—. Somos distintos, Tom —añadió al cabo—. No somos como los demás. Llevamos el pasado con nosotros. Lo vemos en todas partes. Y, a veces, eso puede ser peligroso, y necesitamos ayudarnos mutuamente. —Ahora su mano descansaba en mi hombro, como si me estuviera diciendo algo de la mayor importancia—. El pasado no desaparece nunca. Sólo se esconde.

Rodeamos despacio el arce.

Al fondo, ante nosotros, se alzaba Manhattan, como si fuese un tipo de bosque nuevo, a prueba de tormentas.

—Debemos estar por encima de ellos, ¿lo entiendes? Para nuestra futura supervivencia, tenemos que ser egoístas.

Adelantamos a una pareja arrebujada en sendos abrigos que se reían de algo que sólo ellos dos sabían.

—Tu vida está cambiando. El mundo está cambiando. Es nuestro. Sólo debemos asegurarnos de que la mayoría de las efímeras no sepan nunca que existimos.

Me vino a la memoria un cadáver flotando en el Támesis.

—Pero matar al doctor Hutchinson...

—Esto es una guerra, Tom. Una guerra invisible, pero una guerra. Debemos protegernos. —Bajó la voz cuando dos hombres trajeados, elegantes, con un bigote idéntico, pasaron por nuestro lado en unas bicicletas

negras. Las bicicletas tenían las dos ruedas del mismo tamaño, lo que me pareció un invento muy moderno—. ¿Quién es Omai? —susurró Hendrich, las cejas enarcadas como alas de gorrión.

—¿Perdone?

—El doctor Hutchinson escribió sobre él. Del Pacífico Sur. ¿Quién es?

Me salió una risa nerviosa. Resultaba extraño que alguien conociera los secretos más íntimos de uno.

—Era un viejo amigo. Lo conocí en el siglo pasado. Fue a Londres y pasó allí algún tiempo, pero no quiere que lo encuentren. Hace más de cien años que no lo veo.

—Bien —dijo Hendrich—. Bien. —Acto seguido, se abrió la americana y sacó dos entradas color beis del bolsillo interior. Me dio una—. Chaikovski. Esta noche. En el auditorio. La entrada más codiciada de la ciudad. Es preciso que veas el panorama en su conjunto, Tom. Parece mentira que lleves vivo todo este tiempo y todavía no lo veas. Pero lo harás, lo harás. Por tu hija. Por ti mismo. Confía en mí, lo verás... —Se inclinó hacia delante y sonrió—. Y si no es así, bueno, pues es posible que acabes encontrándote al margen del tiempo.

Nos sentamos en los lujosos asientos rojos, y cuando la mujer del extravagante vestido burdeos —mangas abullonadas, cuello alto, falda acampanada, escote profusamente bordado— que estaba sentada junto a Hendrich se levantó para ir al servicio, él ladeó la cabeza hacia mí y señaló subrepticamente a una celebridad que se hallaba presente.

—El hombre del palco... inclinado... junto a la dama del vestido verde. Ese al que mira todo el mundo aunque finge no hacerlo. —Vi a un hombre cordial, de piel rosácea y rostro redondo, como de búho, y una cuidada barba blanca—. Andrew Carnegie. Un titán de la industria. Más rico que Rockefeller. Y también más generoso... Pero, mira, es un anciano. ¿Cuánto tiempo le queda? ¿Otra década? ¿Quizá algo más? Sin embargo, mucho después de que haya desaparecido, cada una de las piezas de acero Carnegie de cada ferrocarril de este país permanecerá. Este auditorio, levantado con

calderilla, seguirá en pie cuando él esté a dos metros bajo tierra. Por eso lo construyó, para que su nombre perviva en el futuro. Eso es lo que hacen los ricos. Cuando saben que podrán sobrevivir con desahogo y que sus hijos podrán sobrevivir con desahogo, se ponen a trabajar en su legado. Una palabra triste, ¿no crees? *Legado*. Qué cosa tan insignificante. Tanto trabajo para un futuro en el que no estarán. Y ¿qué es un legado, señor Hazard? ¿Qué es un legado si no el sustituto más vacío y mediocre de lo que tenemos? El acero, el dinero y las salas de conciertos lujosas no te dan la inmortalidad.

—No somos inmortales.

Sonrió.

—Mírame, Tom. Parece que tengo la misma edad que él, pero yo en realidad soy más joven que un bebé. Seguiré aquí en el año 2000.

—Pero ¿cómo se siente por dentro? Lo que siempre me ha preocupado es la idea de pasar varias vidas siendo un anciano —repuse, aun a riesgo de ofenderlo.

Y, por un instante, creí que lo había ofendido. Creí que había cruzado una línea invisible. Y quizá fuera así, pero él se limitó a sonreírme y dijo:

—La vida es vida. Mientras pueda escuchar música y mientras aún pueda disfrutar de las ostras y el champán...

—Entonces ¿no le duele nada?

—Los huesos me dan problemas, sí, de vez en cuando no me dejan dormir por la noche. Y ya no soy totalmente inmune a los resfriados y las fiebres. Te darás cuenta de eso a medida que te vayas haciendo mayor. Todas las ventajas físicas de ser un alba empiezan a reducirse. Te contagias de cosas. Te vuelves más como ellos. El escudo biológico cae. Pero soporto bien el dolor. Es un precio insignificante a cambio de estar vivo.

»La vida es el máximo privilegio, así que soy una de las personas más privilegiadas del planeta. Y tú también deberías estar agradecido. Aún estarás aquí hasta bien avanzado el siguiente milenio. Cuando yo ya no esté. Cuando Agnes ya no esté. Eres un dios, Tom. Un dios viviente. Nosotros somos dioses, y ellos, efímeras. Tienes que aprender a disfrutar de tu existencia divina.

Un hombre de aspecto frágil, rostro expresivo y cabello ralo fue hacia el

centro del escenario. Se situó ante la multitud y esbozó un amago de sonrisa. La sala entera prorrumpió en aplausos. Permaneció allí, en silencio, mirándonos un rato, y después el hombre —Chaikovski— se volvió hacia el pequeño atril que había en el escenario, cogió la batuta y la suspendió en el aire. Se detuvo un instante. Era como ver a un anciano mago con su varita, reuniendo la energía necesaria para lanzar el hechizo.

En el auditorio se hizo el silencio. Nunca había oído un silencio igual. La sala entera parecía contener la respiración. Era civilizado y moderno. Era refinado y tentador al mismo tiempo, como un educado preorgasmo colectivo.

El tiempo se ralentizó en ese momento.

Luego empezó la música.

Hacía años que no disfrutaba de la música, de manera que estaba allí sentado sin esperar nada, como de costumbre.

Tras una explosión de trompetas, los violines y los celos permanecieron a solas un rato, generando un ruido que comenzó siendo leve y delicado y fue en aumento hasta crear una suerte de tormenta sinfónica.

Y, sí, en un principio la música no hizo nada. Pero después, de alguna manera, entró.

No, entró no. Ésa no es la manera de expresarlo. La música no entra, la música ya está dentro. La música sencillamente deja al descubierto lo que ya está, te hace sentir emociones que no sabías necesariamente que tenías, y va despertándolas todas. Una especie de renacer.

En ella había deseo y energía. Cerré los ojos. No sería capaz de describir aquí, sobre el papel, cómo me sentí. La verdadera razón de que exista una música así es que es un lenguaje que no se podría comunicar de otra forma. Pero todo lo que puedo decir es que de pronto volví a sentirme vivo.

Cuando entraron las atronadoras trompetas, y las trompas y el bombo, la fuerza fue tal que el corazón se me aceleró y me sentí aturdido. Cuando abrí los ojos vi a Chaikovski con la batuta, y daba la impresión de que sacaba la música del aire, como si la música fuera algo que ya estuviese en la atmósfera y que sencillamente había que encontrar.

Luego, cuando acabó, el compositor pareció desinflarse. Incluso cuando

la sala entera se puso en pie y le dedicó una salva tras otra de aplausos y algún que otro «¡Bravo!», él esbozó la más leve de las sonrisas e hizo la más leve de las reverencias.

—Se mea encima de Brahms desde una montaña, ¿no crees? —me susurró Hendrich en un momento dado.

Yo no lo sabía. Lo único que sabía era que resultaba agradable volver a vivir en el mundo de los sentimientos.

Me di cuenta, incluso entonces, de que la visita al auditorio formaba parte de la táctica de venta. Era la forma que tenía Hendrich de hacer que me uniera a ellos. No sólo daría con mi hija, sino que en el proceso tendría una vida buena. Todavía no sabía qué me estaban vendiendo, pero cuando lo supe ya había comprado. A decir verdad, me convenció cuando mencionó a Marion por primera vez. Pero ahora empezaba a entender cuál era el método de Hendrich: que la Sociedad Albatros era una forma no sólo de encontrar a mi hija, sino también a mí mismo.

Al día siguiente, en el apartamento de Hendrich, mientras dábamos buena cuenta del desayuno con champán, surgió la conversación. La conversación que siempre me viene a la memoria.

—La primera regla es no enamorarse —advirtió retirando unas migas de gofre de la mesa con el dedo, antes de encenderse un cigarro puro—. Hay más, pero ésa es la más importante. Nada de enamorarse. Nada de estar enamorado. Nada de fantasear con el amor. Si te atienes a eso, no te pasará nada.

Miré a través de la espiral de humo del puro.

—Dudo que vuelva a amar a alguien —aseguré.

—Bien. Naturalmente, puedes amar la comida y la música y el champán y las raras tardes soleadas de octubre. Puedes amar el espectáculo de unas cataratas y el olor de los libros antiguos, pero el amor de las personas está prohibido, ¿me oyes? No te encariñes con nadie, e intenta reprimir tus

sentimientos por aquellos a quienes conozcas. De lo contrario, perderás la razón poco a poco... —Hizo una pausa—. Ocho años, ésa es la regla. Es lo máximo que puede pasar un alba en un sitio, el que sea, antes de que las cosas se compliquen. Es la Regla de los Ocho Años. Disfrutas de una vida agradable durante ocho años y después te envío a cumplir un cometido. A continuación, empiezas una vida nueva. Sin fantasmas.

Lo creí. ¿Cómo no iba a creerlo? ¿Acaso no me había visto perdido cuando perdí a Rose? En cierto modo, ¿no estaba aún esperando volver a encontrarme? «Una vida agradable.» Quizá fuera posible. Con una estructura. Con algo de lo que formar parte. Con una razón de ser.

—¿Sabes algo de mitología griega, Tom?

—Un poco.

—Bien, pues yo soy como Dédalo. Ya sabes, el arquitecto del laberinto donde estaba encerrado el Minotauro. He tenido que construir un laberinto para protegernos a todos nosotros. Esta Sociedad. Pero el problema de Dédalo era que, pese a su sabiduría, la gente no siempre le hacía caso. Su propio hijo, Ícaro, no se lo hizo. Conoces la historia, ¿no es así?

—Sí. Ícaro y él intentan escapar de la isla griega...

—Creta.

—Creta, sí. Pero sus alas estaban hechas de cera y plumas, y su padre...

—Dédalo.

—Su padre le dice que no se acerque demasiado al Sol ni al mar, porque las alas se le prenderán fuego o se empaparán.

—Y, claro está, pasan las dos cosas: se acerca demasiado al Sol, la cera se derrite y cae al mar. Bien, tú no vuelas demasiado alto, pero has vivido demasiado abajo. Es cuestión de equilibrio. Yo estoy aquí para ayudarte a conseguir ese equilibrio. ¿Tú quién crees que eres, Tom?

—No me considero Ícaro.

—Entonces ¿quién?

—Ésa es una pregunta de peso.

—Es una pregunta que reviste la máxima importancia.

—No lo sé.

—¿Eres alguien que observa la vida o alguien que toma parte en ella?

—Ambas cosas, supongo. Observo y tomo parte.

Hendrich asintió.

—¿Qué eres capaz de hacer?

—¿Cómo dice?

—¿Qué lugares has visitado?

—He viajado por el mundo.

—No, me refiero adónde has estado desde el punto de vista moral. ¿Qué has hecho? ¿Cuántas líneas has cruzado?

—¿Por qué me pregunta eso?

—Porque, dentro de la estructura de las reglas, es preciso que seas libre.

Me sentía incómodo. Debería haberme fiado de esa sensación, en lugar de beber champán.

—¿Para qué es preciso que seamos libres?

Él sonrió.

—Vivimos una vida larga, Tom. Vivimos una vida larga. Larga y secreta. Hacemos lo que sea necesario. —La sonrisa se tornó en risotada. Tenía una buena dentadura, considerando los siglos que hacía que la tenía—. Bueno, hoy comeremos perritos calientes.

## *Londres, en la actualidad*

«Vivimos una vida larga, Tom...»

En California hay un árbol, un pino longevo, del que, tras contar detenidamente los anillos, se supo que tenía cinco mil sesenta y cinco años.

Ese pino me parece viejo hasta a mí. En estos últimos años, siempre que mi trastorno me saca de quicio y necesito sentirme un poco más mortal y normal, pienso en ese árbol de California. Lleva vivo desde la época de los faraones. Lleva vivo desde que se fundó Troya. Desde que comenzó la Edad de Bronce. Desde que empezó el yoga. Desde los mamuts.

Y siguió ahí, tranquilamente, en su sitio, creciendo despacio, echando hojas, perdiendo hojas, echando más hojas, cuando los mamuts se extinguieron, cuando Homero escribió su *Odisea*, cuando Cleopatra reinó, cuando Jesús fue crucificado, cuando Siddhartha Gautama dejó su palacio para llorar por sus sufrientes súbditos, cuando el Imperio romano entró en decadencia y cayó, cuando Cartago fue tomada, cuando domesticaron el carabao en China, cuando los incas construyeron ciudades, cuando me inclinaba sobre el pozo con Rose, cuando América luchaba contra sí misma, cuando se libraron las guerras mundiales, cuando se inventó Facebook, cuando millones de seres humanos y otros animales vivían, peleaban, procreaban y no tardaban en irse a la tumba, desconcertados, ese árbol siempre había sido ese árbol.

Ésa era la familiar lección que nos enseñaba el tiempo: todo cambia y nada cambia.

Me encuentro, como un dolor de cabeza vertical, delante de veintiocho chicos

de catorce años que están sentados de cualquier manera en la silla, jugando con el bolígrafo, consultando disimuladamente el móvil. Es un público difícil, pero los he tenido peores a lo largo de los años. No cabe duda de que esto es más fácil que tocar para los marineros borrachos, los ladrones y los vagabundos del Minerva Inn de Plymouth, por ejemplo.

«Todo cambia y nada cambia.»

—El East End es una zona multicultural porque siempre ha sido multicultural —digo para empezar una clase que gira en torno a la inmigración que llegó antes del siglo XX—. No hay nadie originario de Gran Bretaña. A este país fue llegando gente: los romanos, los celtas, los normandos, los sajones. Gran Bretaña siempre ha sido un sitio integrado por otros sitios. E incluso lo que consideramos inmigración *moderna* se remonta bastante en el tiempo. Hace más de trescientos años, aquí había indios que vinieron en barco tras ser contratados por la Compañía de las Indias Orientales. Después llegaron alemanes, judíos rusos y africanos. Pero es cierto que, aunque la inmigración siempre ha formado parte de la sociedad británica, durante mucho tiempo a los inmigrantes que eran visiblemente distintos se los trató como rarezas exóticas... Por ejemplo, en el siglo XVIII un hombre llamado Omai llegó aquí procedente de las islas del Pacífico. Acompañó a la expedición de Cook en el segundo viaje... —Hago una pausa. Me acuerdo de estar sentado en la cubierta del barco con él, con Omai, mi amigo, mostrándole la moneda de mi hija y enseñándole la palabra *dinero*—. Y cuando Omai llegó a este país, a la gente le parecía tan único que todas las celebridades del momento, empezando por el rey, fueron a conocerlo y cenaron con él... —Recuerdo su rostro, titilante a la sombra de una llama—. Incluso el artista más famoso del momento, sir Joshua Reynolds, pintó su retrato. Fue una celebridad durante un tiempo. Omai...

«Omai.»

Hacía mucho que no pronunciaba su nombre en voz alta. Desde que le hablé de él a Hendrich, en 1891. Pero me acordaba de él a menudo. Y de lo que le pasó. Sin embargo, acordarme ahora por lo visto hace que me duela más la cabeza. Todo da vueltas un poco.

—Era...

Una chica de la primera fila, Danielle, que masca chicle, me mira ceñuda.

—¿Se encuentra bien, señor?

La pregunta desata risas. Danielle se vuelve. Disfruta del momento.

«Tranquilízate.»

Intento sonreír a la clase.

—Sí. Estoy bien... Esta parte de Londres en particular siempre se ha visto definida por la inmigración. Por ejemplo, ahí —señalo por la ventana en dirección oeste—, en los siglos XVI y XVII estaban los franceses. Fueron los primeros inmigrantes que acudieron en gran número en la Edad Moderna. No todos se quedaron en Londres. Muchos de ellos fueron a Canterbury; otros, a zonas rurales. Kent... —Hago una pausa. Respiro—, Suffolk... Pero otros muchos se asentaron en Spitalfields, donde se creó toda una comunidad. Ellos pusieron en marcha la industria sedera aquí. Muchos eran tejedores de seda. Muchos eran antiguos aristócratas que se vieron obligados de pronto a empezar una nueva vida en circunstancias muy distintas de las que tenían en su país de origen.

Hay un chico sentado a una de las mesas del centro. Anton. Un muchacho callado, con un aire siniestro y serio. Levanta la mano.

—¿Sí, Anton?

—¿Por qué vinieron aquí? Si vivían tan bien en su país, quiero decir.

—Porque eran protestantes. Los llamaban *hugonotes*, aunque ellos no se llamaban así. Seguían las enseñanzas de Jean Cauvin, o Juan Calvino. Y por aquel entonces era peligroso ser protestante en Francia, como lo era ser católico en Gran Bretaña. Muchos de ellos...

Cierro los ojos intentando apartar un recuerdo. Mi dolor de cabeza se vuelve insoportable.

Ellos intuyen mi debilidad. Vuelvo a oír sus risas.

—Muchos de ellos tuvieron que... que escapar.

Abro los ojos. Anton no se ríe. Me dedica una sonrisilla de apoyo, pero estoy seguro de que, al igual que el resto de la clase, piensa que no estoy del todo donde estoy.

Noto que el corazón me late con un ritmo frenético de jazz cuando la habitación empieza a inclinarse.

—Un minuto —pido.

—¿Señor? —Anton parece preocupado.

—Estoy bien. De verdad. Es sólo..., disculpadme.

Salgo de la clase y enfilo el pasillo. Paso por delante de un aula. De otra. Veo a Camille por una ventana. Está de pie delante de una pizarra blanca llena de verbos.

Parece tranquila, tiene controlada la clase. Me ve y me sonrío, y yo a ella, a pesar del pánico que siento.

Voy al cuarto de baño.

Me miro en el espejo.

Conozco mi cara demasiado bien para verla de verdad. La familiaridad podría hacer que uno sea un extraño para sí mismo.

—¿Quién soy? ¿Quién soy? ¿Quién soy? —Me echo agua en la cara. Respiro despacio—. Me llamo Tom Hazard. Tom Hazard. Me llamo Tom Hazard.

El nombre en sí encierra demasiadas cosas. Encierra a todo el que lo ha pronunciado alguna vez y a todo aquel al que se lo he ocultado. Encierra a mi madre y a Rose y a Hendrich y a Marion. Pero no es un ancla. Porque un ancla te sujeta a un sitio, y yo sigo sin estarlo. ¿Podría seguir navegando por la vida sintiéndome siempre así? Al final un barco debe parar. Ha de llegar a un muelle, a un puerto, a un destino, conocido o desconocido. Ha de llegar a alguna parte y detenerse allí, de lo contrario, ¿cuál es el sentido del barco? He sido tantas personas distintas, he desempeñado tantos papeles en mi vida. No soy una persona. Soy una multitud en un cuerpo.

He sido gente a la que odiaba y gente a la que admiraba. He sido apasionante y aburrido y feliz y profundamente triste. He estado tanto en el lado bueno como en el lado malo de la historia.

En resumidas cuentas, me había perdido.

—No pasa nada —le digo a mi reflejo.

Pienso en Omai. Ojalá supiese dónde estaba. Ojalá no lo hubiera dejado marchar sin intentar mantener el contacto. El mundo es solitario si no se tiene un amigo.

Respirar despacio hace que el ritmo de mi corazón disminuya. Me seco la

cara con una toallita de papel.

Salgo del servicio, vuelvo por el pasillo y me esfuerzo por mantener la vista al frente, por no mirar en la clase de Camille de vuelta a la mía. Por actuar como un profesor normal, no como uno consumido con tan sólo, digamos, cuarenta años de recuerdos.

Vuelvo a mi clase.

—Lo siento —me disculpo procurando sonreír. Procurando ser desenfadado. Procurando decir algo divertido—. Tomé muchas drogas cuando era más joven. De vez en cuando tengo *flashbacks*.

Se ríen.

—Así que no toméis drogas. Podéis acabar con el cerebro frito y dando clases de historia más adelante. Bueno, a ver, sigamos con la lección...

Ese día vuelvo a ver a Camille. Por la tarde, en el descanso. Estamos en la sala de profesores. Está hablando con otro profesor de idiomas, Joachim, que es austríaco y da clase de alemán, y cuya nariz emite un pitido al respirar. Lo deja y se me acerca; estoy solo, tomando una taza de té.

—Hola, Tom.

—Eh —saludo. La palabra más breve acompañada de la sonrisa más breve.

—¿Te encontrabas bien antes? Parecías algo... —busca la palabra— abrumado.

—Me dolía la cabeza, nada más.

—A mí también.

Amusga los ojos. Me preocupa que siga intentando averiguar de qué me conoce. Probablemente ésa sea la razón de que diga:

—Todavía lo tengo..., el dolor de cabeza. Por eso me he sentado solo.

Camille parece algo ofendida e incómoda. Asiente.

—Ah, vale. Bueno, pues espero que se te pase. En el botiquín hay ibuprofeno.

—Seguro que sí, gracias.

«Si supieras la verdad sobre mí, tu vida correría peligro de muerte.»

Dejo de mirarla y espero que se vaya, cosa que hace. Se le nota que está enfadada, y me siento culpable. O no, la verdad es que no es sólo eso. Hay algo más. Una especie de nostalgia, un deseo de algo —un sentimiento— que no tenía desde hace mucho tiempo. Y cuando se va y se sienta en el otro extremo de la sala de profesores, Camille no sonríe ni me mira, y tengo la sensación de que algo ha terminado antes incluso de que pudiera empezar.

Esa noche vuelvo del parque, de pasear a *Abraham*, por Fairfield Road. No suelo ir por ahí. Es algo que evito desde que volví a Londres.

El motivo de que lo haya estado evitando es que ahí es donde conocí a Rose. Mis excursiones a Chapel Street y Well Street fueron demasiado dolorosas. Pero necesito olvidarla. Necesito olvidarlo todo. Necesito «pasar página», como dice ahora la gente. Aunque el pasado es una página que no se puede pasar. Como mucho, puede aceptarse. Y ése es el punto al que quiero llegar.

Estoy en Fairfield Road, fuera del engendro iluminado de la estación de autobuses, metiendo la mano en una bolsita de plástico para recoger los excrementos de *Abraham* y depositando la bolsita en una papelería. La historia de Londres se podría representar gráficamente mediante el descenso continuo y constante de excrementos visibles en las vías públicas.

—*Abraham*, no deberías hacer esto en la calle. Por eso vamos al parque. Ya sabes, ese sitio con hierba.

El perro finge no saber nada mientras seguimos.

Miro a mi alrededor tratando de averiguar dónde vi a Rose por primera vez. Es absolutamente imposible: no queda nada que pueda reconocer. Al igual que en Chapel Street y Well Lane, ni uno solo de los edificios que hay ahora estaba antes. Veo por un ventanal a una hilera de gente que corre en sendas cintas. Todos miran lo que supongo que es una fila de pantallas de televisión situadas arriba. Algunos llevan puestos auriculares. Una mujer consulta su iPhone mientras corre.

A la gente ya no le importan los sitios. Los sitios carecen de importancia. De un tiempo a esta parte, la gente sólo está a medias donde está. Siempre

tiene al menos un pie en la gran nada digital.

Intento averiguar dónde estaban los puestos de ocas y dónde estaba ella, de pie con la cesta de fruta.

Y localizo el sitio.

Me paro un momento, con *Abraham* tirando de la correa mientras el tráfico pasa veloz, ajeno a todo. El dolor de cabeza se vuelve más intenso, y me mareo lo bastante como para tener que apoyarme en un muro.

—Espera un minuto, anda —le digo a *Abraham*—. Sólo un minuto.

Y los recuerdos se desatan como el agua que rompe un dique. Siento un dolor de cabeza mayor que el que sentí antes en clase y, por un instante, en una tregua entre coche y coche, lo siento, siento la historia viva de la carretera, los restos de mi dolor flotando en el aire, y me siento tan débil como en 1599, cuando aún me dirigía hacia el oeste, delirando y listo para que me salvaran.

Tercera  
parte

Rose

## *Bow, cerca de Londres, 1599*

Había estado caminando tres días prácticamente sin parar. Tenía los pies rojos y con ampollas y me dolían de mala manera. Notaba los ojos secos y pesados de lo poco que había podido dormir junto a senderos en el bosque y en la hierba que crecía al lado del camino. Aunque, en realidad, apenas había pegado ojo. La espalda me dolía de cargar con el laúd. En mi vida había tenido más hambre, a lo largo de esos tres días no había comido nada salvo bayas y setas y un coscurro de pan que me tiró un terrateniente compasivo que me adelantó a caballo.

Pero nada de eso me importaba.

A decir verdad, todo ello me suponía una grata distracción de mi frenética actividad mental. Daba la impresión de que esa actividad se había derramado y estaba infectando la hierba y los árboles y cada arroyo y riachuelo. Cada vez que cerraba los ojos me venía a la cabeza mi madre en su último día de vida, suspendida en el aire, el cabello ondeando al viento en mi dirección. Y sus gritos aún resonaban en mis oídos.

Llevaba tres días siendo un fantasma de mí mismo. Había vuelto a Edwardstone siendo un hombre libre, pero no podía quedarme en ese sitio. Eran asesinos. Todos y cada uno de ellos. Fui a casa a coger el laúd de mi madre y ver si había algún dinero, pero no encontré nada. Luego me fui. Sin más ni más. No podía quedarme en Edwardstone. No quería volver a ver a Bess Small o a Walter Earnshaw, y tampoco quería pasar por delante de la casa de los Gifford. Quería huir de ese sentimiento de terror y pérdida que abrigaba en mi interior, de soledad infinita, pero, evidentemente, no era posible huir de eso.

Sin embargo, ya estaba cerca de Londres. En la aldea de Hackney, un

hombre que ceceaba me había dicho que si me dirigía hacia Londres pasaría por una feria, la Green Goose Fair, en Fairfield Road, Bow, y allí habría comida y «no poco desvarío». Y allí estaba yo ahora, en Fairfield Road. Y delante de mí tenía el primer desvarío: una vaca plantada en mitad del camino, mirándome fijamente. Como si intentara decirme algo que se perdía con facilidad en la brecha que se abría entre animales y personas.

Mientras seguía caminando, dejando atrás a la vaca, vi que había casas a un lado y a otro. Y, a diferencia de otras aldeas, éstas seguían y seguían, en línea recta, a ambos lados del camino. Apenas había espacio entre ellas. Me di cuenta de que eso era Londres. Y vi montones y montones de personas más adelante que llenaban la calle.

Recordé cómo detestaba mi madre las multitudes y sentí que me asaltaba su miedo, como una emoción fantasma.

Después, a medida que me iba acercando, reparé en el ruido. Los gritos y las voces a porfía de los comerciantes. Las risas ebrias de los que bebían cerveza. Los gruñidos y mugidos y bufidos de distintos animales.

Flautas. Canciones. Alboroto.

Nunca había visto nada igual. Era el caos. Mi delirio intensificaba aún más la escena.

Había muchísima gente. Muchísimos extraños. Las risotadas brotaban de la gente como murciélagos de una cueva.

Una anciana con las mejillas rojas que suspiraba como un caballo de tiro mientras cargaba con dos cenachos llenos de pescado y ostras unidos por una vara.

Dos muchachos peleándose cerca de una porqueriza improvisada.

Un puesto de empanadas.

Un puesto de pan.

Rábanos.

Encaje.

Una niña, de no más de diez años, con una cesta llena de cerezas.

Puestos de oca asada a ambos lados del camino.

Una lechuga tirada en un charco.

Un hombre risueño que me adelantó y me señaló a un borracho que

pugnaba por ponerse de pie. «Las dos y míralo bien, muchacho, ya hecho un cuero.»

Conejos.

Dos ocas vivas, graznando y midiéndose extendiendo las alas.

Más cerdos. Más vacas. Más borrachos. Muchos más borrachos.

Una mujer ciega bien vestida a la que guiaba una huérfana desharrapada.

Mendigog cojos.

Una mujer ebria acercándose a un desconocido cualquiera, metiéndole la mano entre las piernas y susurrándole una proposición.

El bullicio escandaloso alrededor de los puestos de cerveza.

Un gigante «de los Países Bajos» —anunciaba un hombre, pregonando a gritos la novedad— y un enano «del West Country», uno al lado del otro, para dar un golpe de efecto y aumentar las ganancias.

Un hombre tragándose una espada.

Un violinista, un gaitero, un flautista, que me miraban con recelo y tocaban con destreza *Los tres cuervos*.

Y los olores: carne asada, cerveza, queso, espliego, excrementos recientes.

Me volvió el mareo, pero seguí andando, tambaleándome.

Con tanto olor a comida, el hambre que tenía ahora era una suerte de dolor. Fui hacia uno de los puestos de ocas y me paré delante, oliendo la carne asada.

—¿A cuánto es la oca?

—Tres chelines, mozalbete.

No tenía tres chelines. La verdad es que no tenía nada de dinero.

Me tambaleé hacia atrás y pisé a un hombre.

—Mira por dónde pisas, muchacho.

«Muchacho, muchacho, muchacho.»

—Sí, soy un muchacho —farfullé, aunque por aquel entonces tener dieciocho años en realidad era ser de mediana edad.

Y ahí fue cuando las cosas empezaron a torcerse.

Por lo general, yo era bastante fuerte. Una de las numerosas rarezas de mi biología era que nunca me ponía enfermo de verdad. No me había resfriado

nunca ni había cogido la gripe. No había vomitado ni una sola vez en mi vida. Ni siquiera había tenido una diarrea, y poder decir eso en 1599 era algo increíble, sospechosamente raro. Sin embargo, en ese preciso instante me sentía fatal. Antes había llovido, pero ahora hacía sol y el cielo era de un azul implacable. Del mismo azul ajeno a todo que cubría el río Lark. El calor lo intensificaba todo, que ya era intenso de por sí.

—*Maman* —musité delirando—. *Maman*.

Tuve la sensación de que podía morir. Y en ese momento no me importaba lo más mínimo.

Pero entonces la vi.

Llevaba una cesta con fruta y me miraba con el ceño fruncido. Tenía más o menos mi edad, pero en su caso lo aparentaba. Tenía el pelo largo y oscuro y unos ojos que brillaban como guijarros en un arroyo.

Me acerqué a ella, mirando maravillado las prunas y las ciruelas damascenas que tenía en el cesto.

Me asaltó una extraña sensación, como si no estuviera dentro de mi propio cuerpo.

—¿Me dais una ciruela? —le pedí.

Ella levantó una mano con los dedos abiertos. Me vino a la memoria la mano de Manning y los dedos abiertos que mantenían a mi madre bajo el agua.

—Yo no... Yo... Yo... Es que... yo...

Vi la vaca extraviada que había visto antes caminando entre la multitud. Cerré los ojos y mi madre cayó del cielo como si fuese un tronco. Cuando los abrí, la vendedora de fruta me miraba ceñuda, enfadada o perpleja, o un poco ambas cosas.

Me tambaleé un tanto, la calle me daba vueltas.

—Estaos quieto —dijo la vendedora.

Ésas fueron las primeras palabras que me dijo.

«Estaos quieto.»

Pero yo era incapaz de hacerlo.

Entendí por qué mi madre necesitaba tener cerca paredes en las que apoyarse cuando mi padre murió. El dolor lo desequilibra a uno.

Todo se volvió muy claro y luego muy oscuro.

Lo siguiente que supe —un instante, o cinco minutos después— fue que estaba tendido boca abajo, con media cara en un charco embarrado, rodeado de prunas y ciruelas damascenas, la mayor parte de las cuales también estaban en el charco. Algunas las estaban pisando la gente que pasaba. Una se la comió un perro.

Me levanté despacio.

Un grupo de niños se reía de mí y me hacía burla.

La muchacha se había arrodillado e intentaba recuperar la mayor cantidad de ciruelas posible.

—Lo siento —me disculpé.

Cogí una ciruela embarrada y eché a andar.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Vos! —Me agarró del hombro, las aletas de la nariz hinchándose de rabia—. Mirad lo que habéis hecho.

Pensé que me iba a desmayar de nuevo, y decidí seguir andando para no causar más daños.

—¡Alto ahí! No podéis iros sin más.

Mordí la ciruela embarrada y ella me la quitó de la mano, rápida como un pájaro, y la tiró al suelo.

—Esa cesta era el dinero de una semana. De una semana buena. Y ahora tendré que pagarle al señor Sharpe una fruta que no he vendido.

—¿Al señor Sharpe?

—Así que ya me estáis pagando ahora mismo.

—No tengo dinero.

La muchacha estaba roja de la humillación y la ira. Parecía no saber qué hacer con el problema del dinero. Quizá fuese porque, pese a lo sucia que yo tenía la ropa, en comparación con el resto de la gente iba bastante bien vestido. Mi madre siempre se había asegurado de que, aunque nuestras circunstancias habían sufrido un cambio drástico desde que nos trasladamos a Inglaterra, pareciésemos lo más nobles que pudiéramos. Ahora que lo pienso, ésa fue una de las muchas razones por las que nos costó encajar con los

andrajosos aldeanos de Edwardstone. Aunque no la principal, está claro.

—Eso —dijo señalando el laúd que llevaba a la espalda.

—¿Qué?

—Dadme eso. Así me pagaréis.

—No.

Cogió una piedra.

—Bien, pues entonces lo romperé, igual que vos me habéis roto la cesta.

Levanté las manos.

—¡No! ¡No!

La muchacha debió de ver algo en mi cara que hizo que lo pensara dos veces.

—No tenéis para comer, pero os preocupa un laúd.

—Era de mi madre.

La expresión de su rostro se suavizó, pasando de la ira nuevamente a la confusión.

—¿Dónde está vuestra madre?

—Murió hace tres días.

Cruzó los brazos. Sí, parecía que tenía dieciocho o diecinueve años. Puedo decir que llevaba un vestido blanco corriente, una prenda similar a una túnica, y un sencillo pañuelo rojo, que lucía ladeado, con el nudo atado en la parte izquierda del cuello. Puedo decir que tenía la piel muy limpia —cosa rara entre esas gentes— y dos lunares en la mejilla derecha, uno más pequeño que el otro, como una luna en la órbita de un planeta, y una pequeña constelación de pecas en la nariz. La mitad del cabello oscuro la llevaba dentro de una pequeña cofia de tela blanca; la otra mitad, libre y alborotada.

Su rostro decía que se había pasado la mayor parte de su vida frunciendo el ceño, pero también se veía un atisbo de travesura en las comisuras de su boca, como si una sonrisa estuviera siempre a punto de salir a la superficie, pero se viera severamente regulada por una autoridad desaprobadora que vivía en su cabeza. Puedo decir que también era alta. Por aquel entonces me sacaba un cuarto de cabeza, si bien cuando me convertí, físicamente, en un adulto, la dejé atrás.

—¿Murió?

—Sí.

Ella asintió. La muerte no era nada del otro mundo.

—Entonces ¿a quién tenéis?

—Me tengo a mí mismo.

—¿Y dónde vivís?

—Ahora mismo, en ninguna parte.

—¿No tenéis casa?

Negué con la cabeza y me sentí avergonzado.

—¿Sabéis tocar? —Señaló el laúd que llevaba a la espalda.

—Sí.

—En ese caso, vendréis a vivir con nosotros —afirmó resuelta.

—No podría hacer eso.

Una niña se acercó y se puso a su lado con una cesta idéntica pero intacta. Era la vendedora de cerezas que había visto antes en la calle. Tendría unos diez u once años. Estaba claro que eran hermanas. El mismo cabello oscuro y la misma mirada feroz. Un borracho intentó coger una cereza, pero ella tenía buenos reflejos y apartó la cesta al tiempo que lo fulminaba con la mirada.

—No será por caridad —precisó la mayor—. Vendréis a vivir con nosotros hasta que hayáis pagado lo que debéis. La fruta y la cesta. Y también habréis de pagar por la cama.

La más pequeña me miraba con unos ojos directos como flechas.

—Ésta es Grace —dijo la mayor—. Y yo soy Rose Claybrook.

—Hola, Grace.

—Habla raro y huele como el culo de un caballo —repuso Grace, nada impresionada. Y, acto seguido, preguntó dirigiéndose a mí—: ¿De dónde venís?

—De Suffolk —grazné. Y estuve a punto de añadir: «Y Francia». Pero presentí que no sería necesario. Suffolk sonaría bastante extraño.

Volví a marearme.

Rose me sostuvo.

—¿Suffolk? ¿Habéis venido andando desde Suffolk? Os llevaremos a casa. Grace, ayúdame a sostenerlo. Es un buen trecho, en su estado se nos hará largo.

—Gracias —musité, leve como el aire, concentrándome con todas mis fuerzas en colocar un pie delante del otro, como si volviera a aprender a andar—. Gracias.

Y así fue como empezó mi segunda vida.

## *Londres, en la actualidad*

Quizá estuviera demasiado tiempo apoyado en la pared bajo la suave lluvia. Quizá uno ya no pudiera estar quieto en una ciudad frenética, que no descansaba nunca, sin que la ciudad tramara una suerte de venganza sin ser consciente de ello.

No los he visto llegar. Estaba ensimismado, pensando en Rose, sintiendo la intensa historia de la carretera. Pero oigo los gruñidos de *Abraham* y cuando levanto la vista los veo.

Son cinco. Chicos, u hombres, o algo entremedias. Se han parado a mirarme, como si les picara la curiosidad, como si fuese una escultura en un museo. Uno de ellos, alto y con una espalda de gimnasio, se acerca, se me planta delante. Otro muchacho, detrás, dice:

—Vamos, no flipes, tío, es tarde. Vámonos.

Pero el alto no se va a ninguna parte. Saca una navaja. La hoja despide un brillo amarillo bajo la luz de la farola. Espera ver miedo en mis ojos, pero no lo ve. Cuando a uno le ha pasado de todo, llega a un punto en que nada le sorprende.

*Abraham* gruñe y enseña los dientes.

—Tú échame al perro y chupáis los dos... Dame el teléfono y la cartera y nos vamos.

—No creo que quieras hacer esto.

El chico —ahora me doy cuenta de que es un chico, a pesar de lo alto que es— meneaba la cabeza.

—Cierra el pico. El teléfono y la cartera. El teléfono y la cartera. ¡Ya! Tenemos cosas que hacer.

Echa un vistazo alrededor. El susurro mojado de un coche se oye bajo la

lluvia. El vehículo sigue su camino. Entonces reconozco a uno de los chicos, al más pequeño. Tiene la cara medio escondida en la capucha. Los ojos muy abiertos, asustados. Se apoya en un pie y luego en el otro, los ojos inquietos, pronuncia palabras atemorizadas entre dientes, saca el móvil, se lo mete en el bolsillo, lo vuelve a sacar. Es el chico al que vi hoy en clase: Anton.

—Déjalo —pide, la voz apagada, reculando, y lo siento por él—. Venga, vámonos.

Me doy cuenta de que últimamente el tiempo es un arma. Nada debilita más a la gente que tener que esperar. En la calle. Con una navaja en la mano.

—Es pequeña —comento, refiriéndome a la navaja.

—¿Qué?

—Con el tiempo todo es más pequeño: ordenadores, teléfonos, manzanas, navajas, almas.

—Tío, cierra la boca de una puta vez.

—Antes las manzanas eran enormes. Deberías haberlas visto. Eran como calabazas verdes.

—¡Que cierres la puta boca, capullo!

—¿Has matado alguna vez a alguien?

—Joder, tío. El teléfono y la cartera o te rajo el cuello.

—Yo sí —le digo, en honor a la verdad—. Y es horrible. No creo que quieras sentir lo que se siente. Es como si tú mismo murieras. Como si llevaras dentro de ti su muerte. Te vuelve loco. Y cargas con ella, con ellos, los llevas dentro, para siempre...

—Que te calles.

Lo miro a los ojos, presionándolo con la fuerza invisible de los siglos.

*Abraham* vuelve a gruñir. Un gruñido que se torna ladrido.

—En el fondo, es un lobo. Muy protector. Si me apuñalas, será mejor que te asegures de que no suelto la correa.

La navaja tiembla un tanto, es el miedo que siente el muchacho. Quizá sea eso. La vergüenza que le inspira su propia fragilidad lo que hace que baje el brazo.

—Que te den, tío —dice.

Y echa a andar, de espaldas, luego deprisa, con los otros muchachos

detrás. Anton vuelve la cabeza, y yo sonrío, confundiéndolo más aun. Lo entiendo. Entiendo cómo puede meterse uno en líos, sorprenderse flotando, yendo de cabeza hacia problemas que difícilmente puede evitar.

## *Hackney, cerca de Londres, 1599*

No vivían en Bow. Vivían más hacia las afueras, en una casita estrecha de Well Lane, en la aldea de Hackney. Por aquel entonces, en Hackney había muchos fresales y huertos de frutales. En comparación con gran parte de las zonas de Londres y alrededores, Hackney parecía bastante inofensiva, y el aire que se respiraba, sano, aunque muy distinto de la campiña que yo había conocido en Suffolk. Para empezar, allí había habido un teatro. Lo habían desmantelado unos meses antes de que llegara yo, pero Rose me contó que era precioso y que el mismísimo Richard Burbage había actuado allí, y el grandullón lord Brown.

No sé si sería por el hecho de tener un teatro, pero Hackney parecía una aldea con menos prejuicios que Edwardstone. Allí no sentían un miedo palpable al forastero. Bueno, a excepción de una dama a la que llamaban la vieja señora Adams, que, cuando se cruzaba con alguien, le escupía y solía gritarle «cagón» o «zurullo andante», pero la gente se lo tomaba a risa. Y lo cierto es que la sensación no era tanto de miedo al forastero como de odio generalizado, lo cual, al menos, era una actitud no discriminatoria.

—Una vez me escupió en las manzanas y Grace se le echó encima como si fuera un gato salvaje —me contó Rose la primera vez que la señora me llamó a mí «zurullo andante», que fue cuando íbamos a su casa el primer día.

La casita era un chamizo de madera y yeso, cerca de una tapia de piedra que tenía nombre, un nombre demasiado ambicioso —la Gran Muralla de Piedra—, y estaba a un tiro de piedra de una modesta extensión de agua conocida como el Gran Abrevadero de Caballos. Los caballos en cuestión se hallaban sobre todo en un establo llamado —no es broma— el Gran Establo.

Detrás había un granero —llamado, ¡ay!, el Granero de la Avena— y,

más allá, había huertos de frutales, con hectáreas y hectáreas de árboles apiñados. Más lejos se hallaba el círculo de piedra del pozo en sí, escondido entre hayas. Visto desde el siglo XXI, todo resultaría muy rústico, pero, a mi juicio de entonces, las distintas divisiones tapiadas de las tierras y la cercanía de los árboles en el huerto hacían que el lugar pareciera muy moderno.

Rose y Grace tenían un trato con uno de los agricultores del lugar: ellas cogían y vendían la fruta de la temporada —prunas, ciruelas damascenas y cerezas, pero también manzanas, ciruelas claudias y grosellas— y se repartían el dinero que ganaban, aunque de manera poco equitativa, pues salía ganando el hombre, el señor Sharpe, un «anciano avaro y mezquino» que cultivaba la fruta.

La casita tenía más ventanas de las que yo había visto en una casa desde hacía mucho tiempo. No era nada en comparación con lo que había conocido en Francia, pero sí una vivienda más adelantada que la de Edwardstone.

—¿Y bien? —me preguntó Rose, que parecía una persona directa. Una adulta a la que no le iban las tonterías—. ¿Cómo os llamáis?

—Tom —repuse, y era la verdad. Pero entonces me preocupó mi verdad, pues sabía que era peligrosa, así que mentí en el apellido, la primera vez de muchas veces—. Tom Smith.

—¿Y bien?, ¿cuántos años tenéis, Tom Smith?

Ahí debía andarme con cuidado. La verdad —dieciocho— probablemente no resultara creíble. Y si lo era, sería peligroso que ella la supiese. Sin embargo, me sentía incapaz de decirle la edad que probablemente tuviese ella en mente: trece o catorce.

—¿Cuántos tenéis vos?

Se rio de mí.

—Yo os he preguntado primero.

—Tengo dieciséis años.

Ni se inmutó al oírlo. Supongo que tuve suerte en el sentido de que, cuando el trastorno se manifestó, yo ya era alto, de cuello ancho y espaldas fornidas.

—Vuestros ojos parecen los de alguien más adulto —fue todo cuanto dijo, y a mí me resultó un gran consuelo, ya que en Edwardstone todo el

mundo estaba convencido de que me había quedado para siempre en los primeros años de la adolescencia—. Yo tengo dieciocho —añadió—. Y Grace tiene diez.

Estaba bien, esa conversación. Estaba bien. Pero no quería revelar nada más. No podía. Era un secreto peligroso. Era mejor que ellas no supieran nada de mí.

Me dieron de comer, pan, potaje de chirivías y cerezas.

La sonrisa de Rose era como un soplo de aire cálido.

—Tendríais que haber estado aquí ayer. Comimos empanada de pichón. A Grace se le da de miedo coger pichones.

La niña hizo como que cogía uno y le retorció el pescuezo.

Pasó un momento, e inevitablemente surgió otra pregunta.

—¿Por qué habéis venido aquí? —quiso saber Rose.

—Me habéis invitado vos.

—No me refiero a aquí. ¿Por qué os dirigíais a Londres, y solo? ¿De qué estáis huyendo?

—De Suffolk. Si hubieseis estado allí, no lo pondríais en duda. Está lleno de personas odiosas, supersticiosas y testarudas. Éramos franceses, ¿sabéis? No llegamos a encajar nunca allí.

—¿Llegamos?

—Me refiero a mi madre, cuando aún vivía.

—¿Qué le pasó?

Miré fijamente a Rose.

—Hay algunas cosas de las que preferiría no hablar.

Grace reparó en mi mano, la que sostenía la cuchara sopera.

—Está temblando.

—También está aquí, al otro lado de la mesa —apuntó su hermana—. Puedes hablar como si estuviera presente. —Después sus ojos volvieron a centrarse en mí—. No pretendía disgustaros.

—Si el precio de esta comida y una noche de confort es hablar de cosas dolorosas, preferiría dormir en una acequia.

La ira asomó a los ojos de Rose.

—Veréis que Hackney tiene unas acequias excelentes.

Dejé la cuchara y me levanté.

—¿Es que en Suffolk no se gastan chanzas?

—Ya os he dicho que soy francés. Y no estoy para chanzas.

—Estáis agriado, ¿no creéis? Cortado como la leche.

Grace hizo como que olisqueaba el aire como un perro.

—Hasta huele a agrio.

Rose me dijo con severidad:

—Sentaos, Tom. No tenéis a donde ir. Además, debéis quedaros aquí hasta que nos hayáis pagado lo que nos debéis.

Estaba hecho un lío, confuso, demasiado abrumado después de tres días agotadores caminando y llorando la muerte de mi madre. No estaba enfadado con las hermanas, les estaba agradecido, pero el dolor que sentía cada vez que cerraba los ojos y veía las manos de Manning anulaba la gratitud.

—No sois el único que tiene penas en este mundo. No las atesoréis como si fuesen algo precioso. Si hay algo que abunda son las penas.

—Lo siento —me disculpé.

Rose asintió.

—No pasa nada. Estáis cansado. Y otras cosas. Dormiréis en el cuarto de los muchachos.

—¿El cuarto de los muchachos?

Me explicó que lo llamaban así porque tenían dos hermanos —Nat y Rowland—, pero los dos habían muerto. Nat murió de tifus a los doce años, y el pobre Rowland murió de una tos misteriosa antes de cumplir su primer año de vida. De ahí pasó a contarme que sus padres también habían muerto: su madre, de «fiebre puerperal» (algo habitual por aquel entonces), un mes después de dar a luz a Rowland, lo cual explicaba la fragilidad del pequeño, y el padre murió de viruela. Parecía que las chicas lo llevaban con absoluta naturalidad, aunque, al parecer, Grace solía despertarse en mitad de la noche porque tenía pesadillas con el pequeño Rowland.

—Ya veis que si hay algo que abunda son las penas —concluyó Rose, echando sal en mi vergüenza.

Me llevó a la habitación. Tenía una ventanita cuadrada, del tamaño de un televisor portátil de 1980. (Cuando viví en un hotel de São Paulo en 1980 vi

mucha televisión. Me recordaba a la ventanita cuadrada de Hackney.) El cuarto era austero y modesto, pero en la cama había mantas, y aunque el colchón estaba relleno de paja, estaba tan cansado que ni la cama con dosel de la reina me habría parecido más cómoda.

Me dejé caer sobre ella y Rose me quitó los zapatos y me miró. Luego, la severidad maternal de que había hecho gala antes desapareció y me dijo con suavidad, como si me hablara directamente al alma:

—Todo irá bien, Tom. Ahora descansad.

Pero lo siguiente que supe fue que en plena noche estaba sentado en la cama, me habían despertado mis propios gritos. Al otro lado de la ventana había una luna llena gorda, el cuerpo entero me temblaba y apenas si podía respirar. El terror me asaltaba por todas partes.

Ahora Rose estaba allí, cogiéndome el brazo. Tras ella, en la puerta, estaba Grace, medio dormida y bostezando.

—Todo irá bien, Tom.

—Eso no pasará nunca —repliqué, medio delirando.

—No hay que creerse los sueños. Sobre todo, los malos.

No le conté que el sueño era un recuerdo. Tenía que intentar negar la realidad de lo que sabía e inventarme una nueva como Tom Smith. Rose mandó a su hermana a la cama y se quedó a mi lado. Se inclinó sobre mí y me besó en los labios. Un beso fugaz, pero un beso fugaz en los labios no era sólo un beso.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté.

Entreví su sonrisa a la luz de la luna. No era una sonrisa coqueta, sino franca, natural.

—Para que tengas otra cosa en la que pensar.

—Creo que nunca he conocido a nadie como tú —observé.

—Me alegro. ¿Qué sentido tendría mi vida si hubiese otra como yo?

Se le saltaron las lágrimas.

—¿Qué pasa?

—Ésta era la cama de Nat. Es extraño. Que esté ocupado otra vez el espacio que ocupaba él. Eso es todo. Estaba y ya no está.

Vi que sufría, y por un instante mi propio dolor me pareció egoísta.

—Puedo dormir en otra parte. Podría dormir en el suelo.

Ella negó con la cabeza y sonrió.

—No, no.

Desayunamos pan de centeno y un vasito de malta. Grace también tomó un poco. Era la única bebida que la gente podía permitirse y que sabía que no la mataría. A diferencia del agua, por supuesto, que básicamente era una ruleta rusa.

—Ésta es mi casa —contó Rose—, y el arriendo ha pasado a mí, ahora que mis padres han muerto. Así que, mientras vivas aquí, deberás seguir mis normas. Y la primera es que nos pagarás lo que nos debes, y después nos puedes pagar dos chelines a la semana mientras te quedes aquí. Y ayudarnos a ir por agua.

«Mientras te quedes aquí.»

No sonaba mal, tener un sitio donde poder quedarme indefinidamente. Y la casa era un buen hogar. Seca y limpia y bien ventilada y con olor a espliego. Me di cuenta en ese momento de que había un manojito de espliego en un sencillo florero. Para cuando el tiempo refrescaba, había una chimenea. La casita era algo mayor que la de Edwardstone, con habitaciones independientes, pero se ponía el mismo cuidado en mantenerlo todo lo más limpio, ordenado y perfumado posible.

Sin embargo, el ofrecimiento de quedarme allí indefinidamente —si realmente se trataba de eso— me entristeció.

Tenía la sensación, incluso entonces, de que a partir de ese momento no podría haber nada permanente en mi vida.

A ver, yo entonces no sabía que las cosas iban a cambiar. No sabía nada de mi trastorno. No tenía nombre. Y aunque lo hubiese tenido, no habría sabido cuál era. Di por sentado que eso era lo que había. Que aparentaría esa edad para siempre. Y cabría pensar que sería un motivo de dicha, pero no, la verdad es que no lo era. Mi trastorno ya le había causado la muerte a mi madre. Sabía que no podría hablar de ello con Rose ni con su hermana sin ponerlas en un peligro similar. Y por aquel entonces todo cambiaba deprisa,

sobre todo si uno era joven. Los rostros cambiaban casi con las estaciones.

—Gracias —le dije.

—Le vendrá bien a Grace tenerte aquí. Echa mucho en falta a sus hermanos, las dos los echamos en falta. Pero si causas algún daño, si haces que caigamos en descrédito, y si te niegas a pagar... —dejó la frase en suspenso, como una cereza en la boca antes de tragarla—, te pongo de patitas en la calle.

—¿En una acequia?

—Llena de mierda —añadió la pequeña Grace cuando se terminó la malta.

—Lo siento, Tom. Se llama Grace, pero no es tan elegante ni graciosa como su nombre indica.

—No pasa nada por decir mierda —apunté diplomáticamente—. Es certera.

—En esta casa no hay ninguna dama —se lamentó Rose.

—Yo no soy ningún señor. —No era el momento de decirles que, sin embargo, técnicamente formaba parte de la aristocracia francesa.

Rose suspiró. Recuerdo sus suspiros. Rara vez eran tristes. Siempre transmitían la sensación de: así son las cosas y así van a ser, y no pasa nada.

—Bien. Bueno, hoy es un nuevo día.

Me caían bien las dos hermanas. Suponían un consuelo entre el clamor silente del dolor.

Quería quedarme, pero no quería que ellas corrieran peligro. Deseaba que no sintieran curiosidad por mí. Eso era lo más importante.

—A mi madre la tiró un caballo —conté sin más—. Así es como murió.

—Qué triste —opinó Grace.

—Sí —convino su hermana—. Muy triste.

—Sueño con eso a veces.

Rose asintió. Quizá tuviera preguntas, pero se las guardó.

—Creo que será mejor que hoy descanses. Que te recuperes. Así que, mientras nosotras vamos al huerto, puedes quedarte en casa. Y mañana saldrás a tocar el laúd y traernos dinero.

—No, no, pagaré mi deuda. Ganaré algún dinero hoy. Tienes razón, iré a

la calle y me pondré a tocar.

—¿A cualquier calle? —preguntó, risueña, Grace.

—A una concurrida.

Rose negó con la cabeza.

—Tienes que ir a Londres. Al sur de la muralla. —Apuntó con un dedo para indicarme el camino—. ¡Un muchacho tocando el laúd! Te lloverán los peniques.

—¿Eso crees?

—Mira, ha salido el sol. Habrá mucha gente. Puede que así tengas otras cosas con las que soñar.

Y el sol entró por la ventana y le iluminó el rostro, y mechones del cabello castaño se volvieron de oro, y por primera vez en cuatro días mi alma —o lo que solía considerar mi alma—, durante un instante minúsculo, sintió algo que no era un tormento insufrible.

Y su hermanita cogió su cesta, y, al abrir la puerta, el día irrumpió en la casa, un rectángulo de luz ladeado que obró su alquimia en el suelo de madera.

—Bueno —dije, como si fuera a decir algo más.

Y Rose me miró, sonrió y asintió como si lo hubiera dicho.

## *Londres, en la actualidad*

Son las tres de la mañana.

En realidad, debería estar en la cama. Sólo me quedan cuatro horas para levantarme e ir a trabajar al instituto.

Sin embargo, siendo realista, no va a haber manera de que me duerma. Apago el documental de Discovery Channel sobre *Ming*, la almeja que tiene quinientos siete años, que estaba viendo en el ordenador.

Estoy sentado mirando la pantalla. Hacer esto probablemente no sea muy bueno para mi dolor de cabeza, pero ya me he resignado a ello. Es la maldición del alba. Una especie de mal de altura, pero provocado por el tiempo, no por la altitud. Los recuerdos rivalizando, el caos temporal, el estrés causado por todo ello hace que esos dolores de cabeza sean inevitables.

Y, desde luego, verse amenazado con una navaja no ayuda precisamente. Y ver a Anton con esos chicos me desconcertó.

Entro en las páginas web de la BBC y *The Guardian* y leo unos artículos sobre las delicadas relaciones entre Estados Unidos y China. En las columnas de opinión todo el mundo predice el apocalipsis. Esto es lo que más me consuela de tener cuatrocientos treinta y nueve años. Uno entiende perfectamente que la principal lección que nos enseña la historia es que los seres humanos no aprenden de la historia. El siglo XXI podría llegar a ser una mala versión del XX, pero ¿qué podemos hacer? Las cabezas pensantes de todo el mundo se estaban llenando de utopías que jamás podrían coexistir. Era la receta del desastre, pero, ¡ay!, un desastre conocido. La empatía brillaba cada vez más por su ausencia, como sucedía a menudo. La paz era de porcelana, como lo había sido siempre.

Después de leer las noticias, entro en Twitter. No tengo cuenta, pero me resulta interesante: todas esas voces distintas, las peleas, la arrogancia de la certidumbre, la ignorancia, la ocasional pero maravillosa compasión, y ver cómo el lenguaje evoluciona hacia una nueva clase de jeroglíficos.

Luego hago lo de siempre: introducir los nombres «Marion Hazard» y «Marion Claybrook» en Google, pero no hay nada nuevo. Si sigue viva, no está utilizando ninguno de esos nombres.

Después me meto en Facebook.

Veo que Camille ha subido algo.

«La vida es desconcertante.»

Es todo lo que dice. Tiene seis «Me gusta». Me siento culpable por lo mal que la he tratado. Me pregunto, como hago a menudo, si alguna vez será posible tener algo parecido a una vida normal. Ver a Camille me hizo desear eso. Había una intensidad en ella que percibía y entendía. Me imagino sentado a su lado en un banco, mirando a *Abraham*. Sentados sin más, compartiendo el silencio cómodo de una pareja. Hacía siglos que no deseaba algo así.

Lo cierto es que no debería hacer nada, pero me sorprende haciendo clic en «Me gusta» en lo que ha escrito, e incluso añadiendo un comentario: «*C'est vrai*». Nada más escribir el comentario y ver esas palabras con mi nombre al lado, creo que debería borrarlas.

Pero no lo hago. Las dejo. Y me voy a la cama, una cama en la que *Abraham* ya está dormido y gimotea en sueños.

Hace ya años que me convencí de que la tristeza de los recuerdos pesaba más y duraba más que los momentos de felicidad en sí. De manera que, haciendo unos burdos cálculos emocionales, decidí que era mejor no buscar amor ni compañía, ni siquiera amistad. Ser una islita en el archipiélago alba, apartada del continente de la humanidad. Pensaba que Hendrich tenía razón: era mejor no enamorarse.

Sin embargo, no hacía mucho había empezado a sentir que no se podían hacer cálculos con las emociones. Al intentar no salir herido se podía crear otro tipo de dolor, más sutil. Es un dilema. Un dilema que no resolveré esta noche.

«La vida es desconcertante.»

Eso es todo lo que sabemos, creo, y la idea se repite una y otra vez como el tema de un musical mientras poco a poco me voy quedando dormido.

## *Londres, 1599*

Por aquel entonces, Bankside estaba integrado por las denominadas *liberties*, o libertades. Una *liberty* era una zona situada fuera de la muralla de la ciudad donde no se aplicaban las leyes normales. A decir verdad, no se aplicaba ninguna ley. Todo valía. Se podía ejercer cualquier clase de oficio, estaban permitidos todos los entretenimientos, aunque fuesen de dudosa reputación: prostitución, hostigamiento de osos, representaciones callejeras. Teatro. Cualquier cosa imaginable, ahí estaba.

En esencia, era una zona donde reinaba la libertad. Y lo primero que descubrí de la libertad fue que olía a mierda. Naturalmente, si se compara con la actualidad, en todas partes, ya fuese dentro o fuera de Londres, olía a mierda. Pero en Bankside en concreto era donde peor olía. Ello se debía a las curtidurías que salpicaban el lugar. Había cinco, todas ellas cercanas entre sí, nada más cruzar el puente. Y el motivo por el que apestaban, como me enteraría más adelante, era que los curtidores introducían el cuero en excrementos.

A medida que avanzaba, ese olor iba fundiéndose con otros. El sebo y los huesos con los que se hacían pegamento y jabón. Y el sudor rancio del gentío. Era todo un mundo nuevo de pestilencia.

Pasé por delante del recinto de los osos —llamado Paris Garden por alguna razón que no llegué a saber nunca— y vi un oso negro enorme encadenado. Parecía la criatura más triste que había visto en mi vida. Herido, descuidado y resignado a su suerte, permanecía sentado en el suelo. El oso era una estrella. Una de las principales atracciones de Bankside. Lo llamaban *Sackerson*. Y a lo largo de las semanas y meses que siguieron lo vería u oíría en acción muchas veces, los ojos enrojecidos, quitándose a perros del cuello a

zarpazos, la boca espumeando de ira mientras la cruel, enfervorecida multitud rugía entusiasmada. Era la única vez que el oso parecía vivo, cuando luchaba por su vida. Y me venía a menudo a la mente ese oso, y esas ganas de sobrevivir sin sentido, aguantando toda la crueldad y el dolor que la vida decidiera imponerle.

Sea como fuere, ese primer día seguí las instrucciones de Rose, pero no tenía la sensación de haber llegado al sitio adecuado. Estaba lo bastante apartado del ruido que hacían los jaboneros, pero no tanto como me habría gustado de una curtiduría hedionda. Algunas personas empezaban a arremolinarse. Una mujer vestida de verde, con un diente negro y la cara empolvada toscamente, me miraba con curiosidad mientras esperaba apoyada en la pared de un edificio de piedra en cuyo letrero pintado se veía la birreta de un cardenal. Era, como ya intuía, uno de los muchos burdeles de la zona. El más frecuentado, al parecer, con una actividad frenética a cualquier hora del día. También había una taberna, la Queen's Tavern, una de las construcciones más dignas de la zona, aunque la clientela resultó ser de las más sucias.

Había un espacio abierto delante de la taberna y el burdel, un rectángulo de hierba donde la gente pasaba el rato, y ahí fue donde decidí plantarme.

Respiré hondo.

Y empecé a tocar.

No había nada vergonzoso en la música. No había nada vergonzoso ni siquiera en tocar un instrumento. Incluso la reina Isabel sabía tocar un instrumento o dos. Pero tocar en público —tanto en Francia como allí, en Inglaterra— era algo que no se hacía si uno era de noble cuna. Sin duda, no se hacía en la calle. Que el hijo de un conde y una condesa franceses estuviese allí, tocando en la parte menos salubre de Bankside, habría sido poco menos que una deshonra.

Y, sin embargo, me puse a tocar.

Toqué algunas *chansons* francesas que me había enseñado mi madre, y la gente pasaba por delante y enarcaba la ceja de cuando en cuando. Pero a medida que avanzaba el día mi confianza fue en aumento, y pasé a cantar canciones y baladas inglesas y no tardé en tener público. En una o dos

ocasiones, alguien incluso me tiró un penique. Había visto que lo que hacían otros artistas era pasar un sombrero cada cierto tiempo —muchos artistas callejeros lo siguen haciendo hoy en día—, pero yo no tenía sombrero, así que después de un par de canciones pasaba el zapato izquierdo, dando saltitos, y la gente parecía disfrutar con ello casi tanto como con la música. El público era una mezcla extraña e intimidatoria de barqueros y vendedores ambulantes y borrachos y prostitutas y aficionados al teatro. La mitad venía de las casas del sur, y la otra mitad —la más propensa a soltar peniques—, del otro lado del puente. Quizá se debiera a que la gente miraba boquiabierta, pero descubrí que tocaba mejor si cerraba los ojos. Al término del primer día había sacado lo suficiente para pagar por la cesta de fruta. Al término de la semana ya tenía para una cesta nueva.

—No adelantes acontecimientos, Tom Smith —advirtió Rose, conteniendo su sonrisa y comiendo la empanada caliente de conejo que les había comprado cuando volvía a casa—. Todavía tienes que pagar por la cama.

—¿Podemos comer empanada de carne todos los días? —preguntó Grace, con la cara llena de migas de masa—. Está mucho más rica que ese estofado con chirivías de mierda.

—Las chirivías no son mierda, Grace.

—Además, sienta mejor que las chirivías —apunté yo, haciéndome eco de lo que se decía por aquel entonces—: Nunca verás a la reina o a un noble comiendo chirivías.

Rose revolvió los ojos.

—Pero nosotros no somos nobles, he ahí la cuestión.

Para ellas, yo no era más que Tom Smith, de Suffolk, y así es como tendría que ser. Además, sabía que nunca sería conde. Nunca volvería a vivir en una casa magnífica. No tendría criados. Mis padres habían muerto. Francia era un mundo hostil para mí. Era un músico callejero en Londres. Si me daba aires y pretendía ser más de lo que era, sólo conseguiría meterme en líos.

El martes siguiente, como cabía esperar, ya había pagado mis primeras dos semanas de hospedaje, y a partir de ese momento pasé a ser un igual en la casa, y parte de la familia. En suma, tenía la sensación de que ése era mi sitio,

y hacía cuanto estaba en mi mano para no pensar en el futuro y en los problemas que podían surgir. Mientras cantaba un madrigal ante un nutrido grupo de personas que después asistiría al teatro, o contemplaba cómo se teñían de rosa las mejillas de Rose cuando se reía, podía imaginar que era feliz.

Grace quería aprender a tocar el laúd, así que una noche empecé a darle clases. Su mano pendía sobre las cuerdas como una araña colgando de un tejado. Se la re Coloqué de manera que sus dedos estuviesen paralelos al largo del instrumento.

Quería aprender a tocar *Greensleeves* y *The Sweet and Merry Month of May*, dos de sus preferidas. A mí me preocupaba un tanto enseñarle *Greensleeves*. Al igual que lo que sucedía con gran parte de la música popular en el transcurso de la historia, era de lo más inapropiada para una niña. Por aquel entonces yo aún no tenía mucho mundo, pero sí lo bastante para saber que lady Greensleeves era el insulto que estaba a la orden del día para las mujeres promiscuas. Las mangas eran verdes por todo el sexo al aire libre que al parecer practicaba. Así y todo, Grace se mantuvo en sus trece, y yo no quería arruinar su inocencia al intentar protegerla, de manera que la complací con las clases. Era un hueso duro de roer, quería correr antes de aprender a andar, pero los dos perseveramos. Tocamos fuera la víspera del día de san Juan, y cuando volví la cabeza vi que Rose nos observaba por la ventana, sonriendo.

Una noche, en torno a principios de otoño, Rose vino a mi cuarto. Estaba cansada. Parecía distinta. Algo callada, algo perdida.

—¿Qué pasa?

—Un millón de cosas sin importancia. No pasa nada.

Intuía que había algo que quería decirme, pero no lo hacía.

Se sentó en la cama y me preguntó si podía enseñarle a tocar el laúd. Dijo que, si le enseñaba, me dejaría el arriendo en cinco peniques. Le contesté que

sí. No tanto por la rebaja como porque agradecía la excusa para poder estar un rato con ella.

Tenía otro lunar pequeño, como los dos de la mejilla, entre el pulgar y el índice. En las manos se veían algunas manchas de las cerezas que habían sobrado y se había comido. Me imaginé yendo de la mano con ella. ¡Qué idea tan infantil! Quizá mi cerebro siguiera siendo igual de joven que mi cara.

—Es un laúd muy bonito. Nunca había visto uno así. Con esos ornamentos —comentó.

—Se lo regaló a mi madre... un amigo. Y ¿ves esto de aquí? —Señalé la boca, finamente tallada, bajo las cuerdas—: Se llama rosetón.

—Pero si sólo es aire.

Me reí.

—Es la parte más importante.

Conseguí que tocara dos cuerdas, arriba y abajo, el ritmo cada vez más acelerado, como el de mi corazón. Le toqué el brazo. Cerré los ojos y me dio miedo lo que sentía por ella.

—La música es cuestión de tiempo —le conté—. Es cuestión de controlar el tiempo.

Cuando dejó de tocar, se quedó pensativa un momento y dijo algo como:

—A veces me gustaría detener el tiempo. A veces, en un momento de felicidad, me gustaría que la campana de una iglesia no volviera a sonar. Me gustaría no tener que volver al mercado. Me gustaría que los estorninos dejaran de surcar el cielo... Pero todos estamos a merced del tiempo. Nosotros somos las cuerdas, ¿no es cierto?

Desde luego sí dijo la última parte: «Nosotros somos las cuerdas».

Rose era demasiado buena para estar recogiendo fruta. Lo cierto es que Rose era una filósofa. Era la persona más sabia que he conocido en mi vida. (Y no tardaría en conocer a Shakespeare, así que eso es decir mucho.) Me hablaba como si tuviera su edad, y la adoraba por eso. Cuando estaba con ella, los problemas desaparecían y me sentía en paz. Era un contrapeso. Ya sólo mirarla me daba paz, lo cual podría explicar por qué me quedaba mirándola tanto tiempo y con tanta intensidad. Como la gente ya no se mira. La quería en todos los sentidos. Querer es no tener. Eso es lo que significa.

Había un vacío, una nada, que se volvió vasta y grande cuando mi madre se ahogó, y pensaba que sería interminable, pero cuando miraba a Rose empezaba a sentirme bien otra vez, como si hubiera algo a lo que aferrarme. Firme.

—Quiero que te quedes, Tom.

—¿Quedarme?

—Sí. Quedarte, aquí.

—Ah.

—No quiero que tengas que irte. A Grace le gusta tenerte aquí, y a mí también. Mucho. Eres un consuelo para las dos. Esta casa parecía vacía, y ya no lo parece.

—La verdad es que me gusta estar aquí.

—Bien.

—Pero es posible que un día tenga que irme.

—Y eso, ¿por qué?

Me entraron ganas de contárselo en ese momento. Me entraron ganas de decir que era distinto y raro y peculiar. Que no envejecería como envejecen otras personas. Me entraron ganas de decirle que a mi madre no la tiró un caballo, que se ahogó en la silla de tormento, acusada de asesinato por brujería. Me entraron ganas de hablarle de William Manning. Me entraron ganas de contarle lo duro que era sentirme responsable de perder a la persona a la que más había querido. Contarle lo frustrante que era ser un misterio, hasta para mí mismo. Que algo fallaba en el equilibrio de mis humores. Me entraron ganas de decirle que me llamaba Estienne y me apellidaba Hazard, no Smith. Me entraron ganas de decirle que ella había sido mi único consuelo desde que murió mi madre. Me entraron ganas de contarle todo eso, pero no podía.

—No puedo decírtelo.

—Eres un misterio que hay que resolver.

Reinó un momento de silencio.

Se oyó el canto de un pájaro.

—¿Alguna vez te han besado, Tom? —Me vino a la memoria la primera noche, cuando me besó tiernamente en los labios—. ¿Un beso de verdad,

Tom? —puntualizó como si me leyera el pensamiento. Mi silencio fue la bochornosa respuesta—. Un beso es como la música —dijo—. Hace que el tiempo se detenga... Una vez tuve un romance —contó con sencillez—. Un verano. El muchacho trabajaba en el huerto. Nos besamos y nos divertimos juntos, pero la verdad es que no sentía nada por él. Dicen que si sientes algo por alguien, un solo beso puede hacer que los estorninos se detengan. ¿Tú crees que algo así es posible?

Y dejó el laúd a su lado, en la cama, y me besó, y yo cerré los ojos y el resto del mundo se desvaneció. No había nada más. Nada salvo ella. Ella era las estrellas y el firmamento y los océanos. No había nada salvo un fragmento de tiempo, y esa semilla de amor que plantamos dentro. Y luego, igual que empezó, el beso terminó, y le acaricié el cabello, y las campanas de la iglesia sonaron a lo lejos y el mundo entero se hallaba alineado.

## *Londres, en la actualidad*

Estoy delante de tercero de secundaria. Otra vez. Y me noto cansado. Irme a la cama después de las tres de la mañana no es lo que debería hacer un profesor. Las gotas de lluvia brillan como joyas en las ventanas. Retomando la desastrosa clase anterior sobre la inmigración, empiezo a analizar la historia social de finales del período Tudor, en particular el período isabelino.

—¿Qué sabéis de la Inglaterra isabelina? —pregunto mientras pienso: «Quizá esta vez debería haber elegido Cerdeña, por ejemplo. O vivir en Mallorca, entre limoneros. O en una playa indonesia. O en una isla festoneada de palmeras con aguas azul turquesa en las Maldivas»—. ¿Quién vivía en esa época?

Una chica levanta la mano.

—Gente que ahora está muerta.

—Gracias, Lauren. ¿Alguien más?

—Gente que no tenía Snapchat.

—Cierto, Nina.

—Sir Francis algo...

Asiento.

—Drake y Bacon. Vosotros elegís. Pero si pensamos en la persona que definió ese período en Inglaterra, ¿quién nos viene a la cabeza?

Durante décadas y décadas y más décadas, he censurado a los que dicen que se sienten viejos, pero ahora me doy cuenta de que es perfectamente posible que alguien se sienta viejo. Sólo tiene que hacerse profesor.

Entonces reparo en la única persona a la que me sorprende ver.

—¿Anton? ¿Conoces a alguien de la época isabelina?

El chico me mira tímidamente. Está asustado. Se siente culpable.

—Shakespeare —responde, casi a modo de disculpa.

—¡Sí! Era la época de Shakespeare. Veamos, ¿qué sabes de Shakespeare, Anton?

Lauren contesta:

—Está muerto, señor.

—Empiezo a pensar que tienes cierta fijación con el tema, Lauren.

—Encantada de ayudar, señor.

—*Romeo y Julieta* —responde Anton en voz baja, confiando en no estar equivocándose—. Y *Enrique IV*, primera parte. Lo estamos estudiando en inglés.

Sostengo la mirada lo bastante para que él la fije en la mesa, avergonzado.

—¿Cómo crees que era? ¿Cómo crees que vivía?

Anton no dice nada.

—A lo que quiero llegar, en realidad, es a que Shakespeare era una persona. Me refiero a que vivió. Era un hombre. Un hombre de carne y hueso. No sólo era escritor, sino también empresario, *networker*, productor. Un hombre que caminó por calles de verdad bajo una lluvia de verdad y bebía cerveza y comía ostras de verdad. Un hombre que llevaba un pendiente y fumaba y respiraba e iba al cuarto de baño. Un hombre que tenía manos y pies y mal aliento.

—Pero —dice Lauren, enredándose un mechón de pelo en un dedo— ¿cómo sabe que le olía el aliento, señor?

Y, por un momento, me planteo que estaría bien que lo supieran. Pero, como es evidente, me limito a sonreír y salgo del paso diciendo que no había pasta de dientes y sigo con la clase.

## *Londres, 1599*

Había estado tocando el laúd en Southwark todo el verano y parte del otoño. A menudo trabajaba hasta tarde, hasta después de que cerraran las puertas de la ciudad, y tenía que hacer el largo camino a casa a pie, lo cual podía llevarme más de una hora.

Ahora el tiempo había cambiado y cada vez había menos gente. Me recorrí todas las tabernas en busca de trabajo, sin suerte. Tocar en una taberna estaba mucho mejor considerado que ser músico callejero. Me di cuenta de que formaba parte de una raza que agonizaba, indeseable. Sin embargo, el problema era que había un grupo de músicos —los Pembroke’s Men— que tenía prácticamente copado el mercado.

Y cuando uno de ellos se enteró de que buscaba trabajo —un violinista enorme y barbado al que en la zona llamaban Wolstan *el Árbol* por lo grande que era y, posiblemente, por el hecho de que su pelambreira recordaba un tanto al follaje azotado por una tormenta—, me abordó a la puerta del Cardinal’s Hat justo cuando empezaba a oscurecer.

Me cogió por el cuello y me estampó con fuerza contra una pared.

—Déjalo —le pidió Elsa, una cordial prostituta de cabellos como el fuego con la que hablaba siempre cuando volvía a casa.

—Cierra el pico, ramera. —Luego se centró en mí. Tenía los dientes podridos, no eran más que una hilera aleatoria de guijarros marrones. Costaba decir si el olor a mierda salía de él o de las curtidurías cercanas—. No tocarás nada en ninguna taberna a este lado de Bishopsgate, muchacho. Y menos alrededor de Bankside. Vivo no, desde luego. Esto es nuestro. Aquí no hay sitio para mozalbetes con cara de cordero como tú.

Le escupí a la cara.

Él cogió el laúd por el mástil.

—¡Dejad eso!

—Primero romperé esto y luego te romperé los dedos.

—Devolvédmelo, ladrón...

Elsa se le había acercado.

—Vamos, Wolstan, devuélveselo.

El gigantón levantó el laúd por encima de su cabeza, dispuesto a hacer un molinete y estrellarlo contra la pared.

Entonces se oyó una voz, una voz teatral grave, imponente:

—Deteneos, Wolstan.

El aludido se volvió y vio a tres hombres que acababan de aparecer en el sendero tras él.

—Por los clavos... —exclamó Elsa, de pronto nerviosa (o muy posiblemente fingiendo estarlo), mientras se alisaba las arrugas del vestido con pasadas tan lentas como lametones de gato. El lugar entero era un teatro. Ya fuese sobre el escenario o fuera de él—. Es el mismísimo Ricardo III.

Naturalmente, no era Ricardo III, sino Richard Burbage, que hasta yo sabía que era el actor más famoso de Londres. Por aquel entonces, una figura formidable. No era un Errol Flynn o un Tyrone Power o un Paul Newman o un Ryan Gosling. Si estuviera en Tinder tendría suerte si alguien desplazara el dedo a la derecha una vez. El pelo, escaso y ratonil, y la cara, tan basta y deforme como la de Rembrandt. Sin embargo, tenía algo más, algo que los isabelinos sabían ver pero no las personas del siglo XXI: un aura. Algo fuerte y metafísico, algo espiritual, presencia, energía.

—Una noche espléndida, señor Burbage —saludó el Árbol, bajando el laúd.

—Yo diría que no lo es para todo el mundo —replicó Burbage.

Reparé en los otros dos hombres: uno era redondo como un tonel y lucía una barba impresionante, más pulcra que la de Wolstan. Adoptaba un aire despectivo tan teatral que me figuré que era otro actor. Parecía bastante borracho.

—Chorro espumante de pis de buey, devolvedle al muchacho el laúd.

El tercer hombre era delgado y bastante apuesto, aunque tenía la boca

pequeña y el cabello, largo, desacertadamente peinado hacia atrás. Sus ojos eran tiernos y bovinos. Al igual que los otros dos, llevaba un jubón enguatado, atado y abotonado; en su caso, color oro, creo, aunque era difícil distinguirlo en la penumbra. Un bohemio bien pagado, con un aro de oro en la oreja y todo. A todas luces, eran actores, y de los bien pagados. Comprendí que debían de ser miembros de The Lord Chamberlain's Men, junto con Burbage.

—Diantres..., mirad aquí. Mirad esto. El infierno está vacío y todos los demonios se hallan aquí, en Bankside —dijo el apuesto, con cierta resignación pero con amargura.

Elsa reparó en él.

—El mismísimo Shakespeare.

Shakespeare —pues, en efecto, era él— esbozó la más leve de las sonrisas.

Elsa se volvió hacia el hombre que estaba a su lado, que era gordo como un tonel.

—Y también sé quién sois vos. Sois el otro Will. Will Kemp.

Kemp asintió y se dio unas palmaditas en la barriga con orgullo.

—El mismo.

—Devolvedme el laúd —le pedí una vez más a Wolstan, y esta vez supo que la noche estaba en contra suya. Depositó el laúd en mis manos y se escabulló.

Elsa hizo un gesto de burla, estirando y encogiendo el dedo meñique:

—Así te salga un chancro, verga de gusanillo.

Los tres actores se rieron.

—Venga, vayamos al Queen's por un cuarto de galón —propuso Kemp.

Shakespeare miró ceñudo a su amigo, como si fuera un incordio.

—Sois una manzana vieja empapada en cerveza.

Elsa le dijo algo al oído a Richard Burbage, que, por su parte, se estaba tomando la libertad de palparla.

Shakespeare se me acercó.

—Wolstan es un bruto.

—Sí, señor Shakespeare.

Olía a cerveza, a tabaco y a clavo de olor.

—Es una vergüenza ver al Árbol siendo él mismo... Pero dime, muchacho, ¿tocas bien?

Yo aún estaba algo conmocionado.

—¿Bien?

—El laúd.

—Supongo que sí, señor.

Se inclinó más hacia mí.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis, señor —repose, de modo que concordase con la edad que Rose pensaba que tenía.

—Aparentas dos menos, como poco. Pero también dos años más. Tu rostro es un enigma.

—Tengo dieciséis años, señor.

—No importa, no importa... —Se tambaleó ligeramente y me puso una mano en el pecho, como para sostenerse. Me di cuenta de que estaba tan borracho como los otros. Sin embargo, se irguió—. Bien, nosotros, los integrantes de *The Lord Chamberlain's Men*, estamos buscando músicos. He escrito una nueva obra, *Como gustéis*, y requiere música. Hay muchas canciones. Y necesitamos un laúd. Verás, teníamos a un laudista, pero se lo ha llevado la viruela.

Clavé la vista en Shakespeare. En sus ojos había dos fuegos dorados, reflejaban una antorcha que ardía no muy lejos.

Kemp, que tiraba de Burbage para apartarlo de las atenciones de Elsa, tenía ganas de acelerar las cosas, de manera que me dijo con brusquedad:

—Mañana, en el Globe, a las once.

Shakespeare no le hizo el menor caso.

—Toca algo —pidió señalando el laúd.

—¿Ahora?

—Cuanto antes mejor.

Elsa empezó a cantar una canción subida de tono que yo desconocía.

—El pobre muchacho aún está afectado —dijo Kemp, fingiendo compasión—. Vayámonos.

—No —insistió Shakespeare—. Dejemos que el muchacho toque.

—No sé qué tocar.

—Toca lo que te dicte el corazón. Finge que no estamos aquí. Usa la ingenuidad contigo mismo.

Hizo callar a Elsa.

Ocho ojos me observaban.

De manera que cerré los míos y toqué una melodía que había interpretado no hacía mucho, pensando en Rose mientras lo hacía.

*Todo el día el sol que me da su luz  
frunce el ceño haciéndome penar  
y me alienta con demora;  
su sonrisa, el manantial que hace crecer mi alegría,  
su ceño fruncido, el invierno de mi aflicción.*

Cuando dejé de cantar miré los cuatro rostros, que me observaban en silencio.

—¡Cerveza! —exclamó Kemp—. Señor, dadme cerveza.

—El muchacho es bueno —observó Burbage—, si se pasa por alto la tonada.

—Y el canto —apostilló Elsa.

—Tocas bien —aprobo Shakespeare—. Estate en el teatro Globe mañana. A las once en punto. Doce chelines a la semana.

—Gracias, señor Shakespeare.

—¿Doce chelines a la *semana*?

Rose no se lo podía creer. Era por la mañana. Habíamos ido por agua antes de empezar a trabajar. Rose tuvo que parar y dejar el cubo de agua en el suelo. Yo también dejé el mío. El agua —para limpiar, no para beber— era del pozo que había al final de la callejuela, a un kilómetro y medio al norte del Granero de la Avena y los huertos, así que necesitábamos el descanso. El cielo matutino lucía un rubor ominoso.

—Sí. Doce chelines a la semana.

—¿Trabajando para el señor Shakespeare?

—The Lord Chamberlain's Men, sí.

—Tom, menuda alegría.

Me abrazó. Como una hermana. Más que una hermana.

Y, acto seguido, una nube de tristeza cubrió su rostro cuando volvió a coger el cubo.

—¿Qué sucede?

—En ese caso me figuro que no te veremos mucho.

—Volveré a casa andando cada noche como hasta ahora. Rodeando la muralla o cruzándola.

—No me refería a eso.

—Entonces ¿a qué te refieres?

—Tu vida será demasiado animada para una chica sosa del mercado.

—Tú no eres sosa, Rose.

—Una brizna de hierba no es sosa hasta que se ve una flor.

—Lo es. Una brizna de hierba siempre es sosa, pero tú no eres una brizna de hierba.

—Y tú no eres de los que se quedan, Tom. Te fuiste de Francia, y te fuiste de Suffolk. Te irás de aquí. No eres de los que se detienen. Desde que nos besamos, incluso tus ojos temen detenerse en los míos.

—Rose, si alguna vez me marchó, no será por ti.

—Entonces, cuando te marches, ¿por qué será, Tom? ¿Por qué será?

No podía contestar a eso.

El agua pesaba, pero ya casi estábamos en casa. Habíamos llegado a los establos, y vimos una hilera de caballos, como señores en una galería contemplando una obra que ya habían visto, mirándonos. Rose guardó silencio. Yo me sentí culpable por haberle mentido sobre la muerte de mi madre. Necesitaba contarle la verdad sobre mí. Estaba claro que antes o después tendría que hacerlo.

Cuando estábamos llegando a la casa, vimos a dos mujeres en la calle. Una era la vieja señora Adams. Le estaba gritando a la otra. La llamaba «zurullo andante».

Rose conocía a la otra mujer del mercado de Whitechapel: Mary Peters. Una mujer callada, con un aire triste. Probablemente tuviera cuarenta años, lo cual, por aquel entonces, era una edad que uno no podía dar por sentado que alcanzaría. Vestía siempre de luto.

La vieja señora Adams, inclinada hacia delante, le escupía barbaridades, pero Mary se volvió y la miró fijamente con tal furia silente que la anciana retrocedió como un gato al que de pronto asustara su presa.

Luego Mary siguió caminando por Well Lane hacia nosotros.

No parecía afectada lo más mínimo por su encontronazo con la vieja señora Adams. Me di cuenta de que Rose se tensaba un tanto al ver a Mary.

—Buen día, Mary.

Ésta sonrió brevemente y me miró.

—¿Es éste tu Tom?

«Tu Tom.»

Me hizo sentir bien, aunque resultara embarazoso. Saber que Rose había hablado de mí. Sentir que le pertenecía. Me hizo sentir de carne y hueso, real, como si el espacio que ocupaba estuviese destinado a que lo ocupara yo.

—Sí. Sí, lo es. —Rose se ruborizó un poco. Un rosa tenue, como las nubes matutinas.

Mary asintió, asimilando la información.

—Hoy no está. A Grace y a ti os agrada saberlo.

—¿De veras? —Rose pareció aliviada.

—Tiene fiebre. Confiemos en que sea la viruela, ¿eh?

Estaba confuso.

—¿De quién estamos hablando?

Mary reuló un tanto, como si hubiera dicho algo que no debía.

—Del señor Willow —respondió Rose—. El guardián del mercado.

Mary había echado a andar.

—Os veré allí más tarde.

—Hasta entonces.

Mientras seguíamos nuestro camino a casa, le pregunté a Rose por el señor Willow.

—Ah, no te preocupes. Es un poco estricto, eso es todo.

Y fue todo cuanto dijo. A renglón seguido, se puso a hablar de Mary. Rose dijo que había llegado allí hacía unos años y era una persona muy reservada. No había quien la hiciera hablar del pasado, así que no había mucho que contar.

—Es una buena mujer, pero es un misterio. Un poco como tú. Pero te resolveré. Dime algo que no sepa. Una pequeñez. Una migaja.

No le dije: «Aunque pudiera comprar todo el oro de la calle Strand, preferiría vivir en una casita en Well Lane si así vivía contigo».

—Ayer mismo vi que un barquero caía al Támesis, justo debajo de la residencia Nonesuch House, con todas las personas que había allí mirando, y lo único en lo que pensaba yo era que ojalá tú estuvieses allí para verlo.

—Mi sentido de la diversión no es tan cruel como el tuyo.

—Creo que no murió.

Me dirigió una mirada suspicaz y cínica, así que le di algo más.

—Me gusta cómo cuidas de Grace. Cómo te conoces. Cómo te has labrado una vida, una vida buena, con un hogar bueno, cuando has perdido tanto. Sabes ver belleza donde no la hay. Eres la luz que se refleja en un charco.

—¿En un charco? —Se rio—. Lo siento. Continúa... Me muero de ganas de oír cumplidos. Dame más.

—Me gusta tu manera de pensar. Me gusta que no te limites a ir por la vida sin ser consciente de su naturaleza.

—No soy una dama paliducha que va al teatro. Soy una recolectora de fruta. Soy corriente.

—Eres la persona menos corriente que conozco.

Su mano descansaba en la mía.

—Mis vestidos son harapos con sueños.

—En ese caso, quizá estés mejor sin ellos.

—¿Sin mis sueños?

—No.

Ahora estaba cerca de ella y le sostenía la mirada. No había escapatoria. No sabía que la había estado buscando, pero ahora que la había encontrado, no sabía lo que iba a pasar. Era como si estuviese dando vueltas deprisa y sin

ningún control, como la sámara de un sicomoro con un viento cambiante.

—Vete —dijo—. Reserva nuestro placer, llegarás tarde.

Nos besamos y cerré los ojos, olí el espliego y la olí a ella, y me sentí tan aterrorizado y tan enamorado que me di cuenta de que las dos cosas —el terror, el amor— eran la misma.

## *Londres, en la actualidad*

Recuerdo la sensación, esa fusión de amor y terror que gira de un modo vertiginoso. Estoy sumido en los recuerdos cuando suena el timbre. Recuerdo el olor a huerto del cabello de Rose, y aún la echo tanto de menos que el dolor puede resultar abrasador.

«Estaos quieto.»

Abro los ojos y veo que Anton sale del aula.

—Anton —lo llamo—. Espera un momento.

Parece asustado. Lleva así la clase entera. Se está metiendo un auricular en la oreja.

—¿Te gusta la música?

La pregunta parece desconcertarlo. Se esperaba otra. Estaba haciendo como que no pasaba nada, pero sus ojos lo delatan.

—Sí. Claro, señor.

—¿Sabes tocar algún instrumento?

Asiente.

—Sí, el piano, un poco. Me enseñó mi madre cuando era pequeño.

—Has de andarte con cuidado con él. Puede dejarte tocado. Te altera la química del cerebro. Las emociones.

Me dirige una mirada burlona.

Cambio de tema.

—¿Sabe tu madre que tienes esos amigos?

Anton se encoge de hombros avergonzado.

—Porque podrías aspirar a algo mejor.

Sabe que no puede enfurruñarse, pero casi lo hace. Se pone un tanto mohíno.

—Si no es mi amigo. Sólo es el hermano mayor de alguien que conozco.

—¿Alguien? ¿Alguien del instituto? ¿Alguien de aquí?

Niega con la cabeza.

—Ya no.

—¿Ya no?

—Lo expulsaron.

Asiento. Tiene sentido.

Hay una pausa. Su rostro se vuelve impenetrable, se prepara para preguntar algo.

—¿Era verdad lo que dijo anoche? ¿Lo de que había matado a alguien?

—Sí. Sí que lo maté. En un desierto. Arizona. Fue hace mucho tiempo, no te lo recomiendo.

Se ríe, sin saber a ciencia cierta si es una broma. (No lo es.)

—¿Lo pillaron?

—No, no en el sentido en que me lo preguntas. No me pillaron. Pero, a medida que te haces mayor, Anton, te das cuenta de que nunca se libra uno de nada. El cerebro humano tiene sus propias... cárceles. No todo lo que pasa en la vida lo decide uno.

—Ya. Eso ya lo sé yo, señor.

—No puedes decidir dónde naces, no puedes decidir quién no te dejará, hay muchas cosas que no puedes decidir. La vida tiene mareas inmutables, al igual que la historia, pero así y todo en ella tienen cabida las elecciones. Las decisiones.

—Supongo.

—Es cierto. Si tomas una mala decisión hoy, te pasará factura más adelante, igual que el Tratado de Versalles de 1919 sembró el terreno para que Hitler se alzara con el poder en 1933, de manera que cada momento del presente se ve reflejado en uno del futuro. Un solo giro en falso puede hacer que te pierdas. Lo que haces en el presente no puedes borrarlo. Vuelve. Uno no se libra de nada.

—Eso parece.

—La gente habla de una brújula moral, y creo que es eso. Siempre sabemos lo que está bien y lo que está mal, cuál es el norte y cuál es el sur.

Has de fiarte de ella, Anton. La gente puede darte toda clase de indicaciones equivocadas, hacer que te desvíes en cada esquina. No puedes fiarte de nada de eso. Ni siquiera puedes fiarte de mí. ¿Qué dicen en esos anuncios de coches? ¿Del sistema de navegación? Que viene «de serie». Todo cuanto tienes que saber sobre lo que está bien y lo que está mal está ahí. Viene de serie. Es como la música. Sólo tienes que escuchar.

Asiente. No sé si le ha calado algo de lo que le he dicho o si sólo está aburrido o asustado y quiere salir de la clase cuanto antes.

—Vale, señor. Un buen discurso.

—Vale.

Resulta extraño hablarle de eso a una efímera. Como si me importara. Hendrich siempre me dice que no hay nada más peligroso que preocuparse por un ser humano mortal corriente, porque «nuestras prioridades se ven comprometidas». Pero puede que las prioridades de Hendrich ya no sean las mías, y puede que sea preciso que se vean comprometidas. Puede que sólo necesite sentirme vagamente humano otra vez. Ya hace tiempo. Cuatrocientos años.

Decido aligerar el tono.

—¿Te gusta el instituto, Anton?

Se encoge de hombros.

—Algunas veces. Otras, me parece... irrelevante.

—¿Irrelevante?

—Sí. Trigonometría y Shakespeare y esa mierda.

—Ya. Shakespeare. *Enrique IV*.

—Primera parte.

—Sí, eso dijiste. Entonces ¿no te gusta?

Se encoge de hombros de nuevo.

—Fuimos a ver la obra. Con el instituto. Fue bastante aburrida.

—¿No te gusta el teatro?

—No. Es para pijos viejos, ¿no?

—Antes no era así. Antes era para todo el mundo. Era el lugar más alocado de Londres. Iba todo el mundo: había pijos viejos, claro, arriba, en las galerías, vestidos para que la gente los viera, pero también mucha otra

gente. Podías entrar por un penique, que ni siquiera entonces era mucho. Una barra de pan, nada más. También había peleas, a veces con puñales. La gente solía tirarles cosas a los actores si no le gustaba lo que estaba viendo: conchas de ostras, manzanas, toda clase de cosas. Y Shakespeare solía estar en el escenario. William Shakespeare. El tipo muerto que aparece en los pósteres. Allí, en el escenario. Y no hace tanto tiempo, la verdad. La historia está ahí mismo, Anton, vigilándonos de cerca.

Esboza una sonrisilla. Ése es el sentido que tiene ser profesor: ver un destello de esperanza allí donde pensabas que no la había.

—Al oírlo, es como si hubiera estado usted allí.

—Y lo estuve —afirmo.

—¿Cómo dice, señor?

Ahora soy yo quien sonrío. Resulta tentador estar tan cerca de revelar la propia verdad, como sostener un pájaro al que uno está a punto de liberar.

—Conocí a Shakespeare.

Anton se ríe como si supiera que estoy bromeando.

—Sí, claro, señor Hazard.

—Hasta mañana. —*Mañana*. Siempre he odiado esa palabra. Y, sin embargo, ahora no chirría demasiado—. Mañana, sí.

## *Londres, 1599*

Estaba en el balcón que había justo encima del escenario junto a un anciano estirado, cadavérico, llamado Christopher, que tocaba el virginal. «Anciano», digo. Probablemente no tuviera más de cincuenta años, pero era el más viejo de todos los hombres que trabajaban para The Lord Chamberlain's Men. Podía vernos gran parte del público, si se molestaba en mirar hacia donde nos encontrábamos, pero estábamos sumidos en la sombra, y me sentía a salvo en el anonimato. Christopher rara vez me decía algo, ya fuese antes o después de la función.

Recuerdo una conversación que mantuve con él.

—No eres de Londres, ¿verdad? —me preguntó con desdén.

A decir verdad, un desdén peculiar. Y es que, al igual que ahora, gran parte de quienes vivían en Londres procedían de otras partes. Eso era lo que hacía que Londres fuese Londres. Y, puesto que había muchas más muertes que nacimientos, era la única forma de que la ciudad siguiera avanzando y creciendo.

—No —repuse—. Soy francés. Mi madre vino a refugiarse aquí, huyendo de las tropas del rey.

—¿Los católicos?

—Sí.

—¿Y dónde está ahora tu madre?

—Falleció.

Ni el más mínimo atisbo de compasión. O curiosidad. Tan sólo una mirada larga, atenta.

—Tocas como un francés. Tienes dedos extranjeros.

Me miré las manos.

—¿Ah, sí?

—Sí. Acaricias las cuerdas, más que tocarlas. Produce un sonido extraño.

—Bueno, es un sonido extraño que es del agrado del señor Shakespeare.

—Creo que tocas bien para la edad que tienes. Es una novedad. Pero no serás joven siempre. Nadie lo es. Salvo ese muchacho del este.

Allí estaba.

El momento en que fui consciente de que ni siquiera en un lugar tan grande como Londres podía bajar la guardia.

—Mataron a su madre. Era una bruja.

El corazón empezó a latirme de un modo incontrolable. Me costó Dios y ayuda aparentar cierta calma.

—Bueno, si se ahogó, quedó demostrada su inocencia.

Me miró con recelo.

—Yo no he dicho que se ahogara.

—He dado por sentado que se trataba de la silla, si la acusaron de brujería.

Amusgó los ojos, la mirada astuta.

—Parece que esto te altera sobremanera. Mira, tus dedos franceses tiemblan. Para ser sincero, no conozco los detalles. Me lo contó Hal.

Hal, el afable flautista que se sentaba en el banco de delante, no quería intervenir en la conversación. Se conocían desde hacía bastante tiempo, habían trabajado juntos en otras producciones.

—El hijo no envejecía —terció Hal, pálido y tímido y con la boca pequeña—. La madre lanzó un hechizo y mató a un hombre para concederle a su hijo la vida eterna.

No sabía qué decir.

Christopher aún me estaba escudriñando. Entonces oímos pasos en el balcón.

—¿Es una conversación abierta?

Era el mismísimo Shakespeare. Plantado allí, abriendo una ostra y sorbiendo la carne, con cuidado de no mancharse el tafetán enguatado del traje que llevaba. Mientras saboreaba el molusco, no perdía de vista a Christopher.

—Sí —repuso éste—, desde luego.

—Bien, confío en que hagáis sentir a Tom como en casa.

—Oh, sí, el *joven* Tom está bien.

Shakespeare tiró la concha al suelo y esbozó una sonrisa rápida.

—Bien. —Me señaló—. Tenemos que pasarte delante, al siguiente banco.

Para que se oiga el laúd.

Vi que Christopher estaba que trinaba. Fue un momento en verdad delicioso. Me levanté y me dirigí a mi nueva posición mientras Hal me hacía sitio. Me senté. En la polvorienta madera brillaba el interior de una concha de ostra, como un ojo vigilante.

—Gracias, señor —dije a mi patrón.

Shakespeare negó impasible con la cabeza.

—Te aseguro que no es caridad. Y ahora, todos vosotros, tocad como mejor sabéis. Sir Walter está entre nosotros.

Estar en el primer banco significaba que disfrutaba de una buena vista. Y el público siempre era un espectáculo en sí mismo. En una tarde soleada, allí había miles de personas. Muchas más de las que cabrían en un teatro normal hoy en día, incluido el Globe. A menudo se producían peleas y escándalos entre los que se hallaban en el patio, los que pagaban un penique por entrar y los que ocupaban los bancos del fondo, por dos peniques. Al parecer, si uno disponía de los tres peniques necesarios para un banco y un cojín, se consideraba por encima de esas cosas, si bien me di cuenta de que el mal comportamiento volvía cuando uno miraba a las clases altas, que ocupaban las galerías.

En otras palabras, había toda clase de personas: ladrones, agitadores, prostitutas, damas de tez blanquecina con los dientes ennegrecidos artificialmente para simular la señal de lujo que suponía las caries provocadas por el consumo de azúcar (algo que siempre me viene a la memoria en nuestra edad moderna de cremas bronceadoras y blanqueamientos dentales).

Había muchas canciones para animar a la multitud. A mí me gustaba especialmente *Bajo el verdor del bosque*, que cantaba un alegre actor rubio

cuyo nombre he olvidado y que hacía del fiel lord Amiens, uno de los leales hombres dispuestos a exiliarse al bosque francés con el duque Senior, padre de la heroína, Rosalinda.

*Venga bajo el verdor del bosque  
junto a mí  
quien quiera unir su voz  
al pájaro feliz;  
que venga, aquí, aquí.  
Nunca verá más adversidad  
que el frío invernal.*

En mi cabeza, el bosque francés de Arden era la Forêt de Pons que conocía de niño, donde *maman* y yo íbamos a veces. Nos sentábamos bajo un gran sicomoro y ella me cantaba mientras yo veía cómo caían las sámaras del árbol. Lejos del hedor y la miseria de Bankside, o del olor a cerveza y moluscos y orines que subían del patio. Sin embargo, la obra despertó muchas otras emociones en mí. Había personas en el exilio, que cambiaban de identidad, que se enamoraban.

Era una comedia, pero me resultó bastante inquietante.

Creo que el problema era el personaje de Jaime: no hace absolutamente nada. Vi la obra ochenta y cuatro veces y sigo sin recordar qué hacía. Se limitaba a pasearse, entre todos aquellos jóvenes brillantes y optimistas, mostrándose cínico y desdichado. Lo representaba el propio Shakespeare, y cada vez que hablaba, las palabras se me metían en los huesos, como si me advirtieran de mi propio futuro:

*El mundo es un gran teatro  
y los hombres y mujeres son actores.  
Todos hacen sus entradas y sus mutis  
y diversos papeles en su vida...*

Shakespeare era un actor extraño. Muy sosegado, y no me refiero al

volumen de su voz, sino a sus gestos y su presencia. Lo contrario que Burbage o Kemp. Había algo sumamente antishakespeariano en Shakespeare, sobre todo cuando estaba sobrio. Serenidad, tanto en el escenario como fuera de él, como si estuviese absorbiendo el mundo, en lugar de proyectarlo.

Un jueves, al volver a casa, me encontré a Grace llorando y a Rose abrazándola. Al parecer, el señor Willow había cedido su espacio a una mujer que le concedía favores sexuales. También lo había intentado con Rose. Y había utilizado palabras subidas de tono con Grace y con ella.

—Todo irá bien. Podemos seguir trabajando allí, aunque no sea en el sitio que teníamos.

Me asaltó la furia. Una ira ciega me devoraba. Al día siguiente, antes de ir a Southwark, fui al mercado y busqué al señor Willow, y, con mi juvenil estupidez, acabé pegándole y haciendo que cayera en el puesto de especias. Se desplomó en medio de una nube anaranjada de exóticos aromas del Nuevo Mundo.

Grace y Rose ahora tenían prohibida la entrada al mercado. Y el hecho de que conociésemos su deseo de obtener favores sexuales fue lo único que impidió que el señor Willow tomara más medidas contra nosotros.

Rose maldijo mi impulsividad al mismo tiempo incluso que yo me convertía en blanco de la suya.

Fue nuestra primera pelea. Recuerdo la furia más que las palabras. Recuerdo que le preocupaba qué le iba a decir al señor Sharpe.

—No podemos limitarnos a coger fruta, Tom. Tenemos que venderla. ¿Dónde la vamos a vender?

—Yo lo arreglaré. He sido yo quien lo ha estropeado, así que yo lo arreglaré, Rose. Te lo prometo.

De modo que le planteé a Shakespeare la posibilidad de que Rose y Grace trabajaran vendiendo fruta en el teatro. Lo vi, después de una función, caminando entre el gentío de la pradera que se extendía ante la Queen's Tavern. Iba a la taberna, solo, sin hacerle el menor caso a un hombre que lo reconoció, y franqueó deprisa la puerta.

Fui tras él. Ya había estado en la Queen's antes. Mi joven rostro no suponía ningún problema en ese sitio. Di con Shakespeare, jarra en mano, en

un rincón tranquilo.

Me preguntaba cómo —y si— debía abordarlo, cuando levantó la mano y me indicó que me aproximase.

—Joven Tom. Siéntate.

Me acerqué y me senté frente a él en el banco, con una mesita de roble entre ambos. Los otros dos hombres que había en la mesa estaban absortos en una partida de damas.

—Hola, señor Shakespeare.

Al lado, una moza recogía jarras, y Shakespeare la llamó.

—Una cerveza de malta para mi amigo.

La moza asintió, y Shakespeare lo pensó mejor.

—Pero tú eres francés, ¿no? Probablemente te guste la cerveza normal.

—No, señor, prefiero la de malta.

—Tu sabiduría me tranquiliza, Tom. Aquí sirven la mejor y más dulce cerveza de malta de todo Londres.

Bebió un sorbo de la suya, cerrando los ojos.

—La malta no tiene una vida larga —informó—. Dentro de una semana sabrá tan agria como los calzones de un caballero. La cerveza normal dura una eternidad. Dicen que debe su inmortalidad al lúpulo. La malta enseña una lección más valiosa sobre la vida: si uno espera demasiado, estará diciendo adiós antes de decir buenos días. Mi padre fue degustador de cerveza de malta. Sé de lo que hablo.

Llegó la bebida, que en efecto era dulce. Shakespeare pidió más y se encendió una pipa. Al igual que la mayoría de las gentes del teatro adineradas, le gustaba el tabaco. («Esta hierba india obra milagros con mis achaques.») Me contó que también le ayudaba a escribir.

—¿Estáis escribiendo una nueva obra? —me pregunté en voz alta—. ¿Os estoy impidiendo escribir?

Asintió.

—Sí, y no, no me lo estás impidiendo.

—Ah —repliqué. No había nadie como Will Shakespeare para hacer que se le trabara la lengua a uno—. Bien. Y bien.

—Se titulará *Julio César*.

—Entonces ¿trata de la vida de Julio César?

—No.

—Oh.

Dio una chupada larga a la pipa.

—Detesto escribir —confesó a través de la espiral de humo—. Ésa es la verdad.

—Pero se os da muy bien.

—¿Y? Mi talento no vale una jarra de cerveza. No significa nada. Nada. Ser bueno escribiendo es ser bueno mesándose el propio cabello. ¿De qué sirve un talento que causa sufrimiento? El hedor de ese don sube al cielo y huele a mierda de zorro. Mejor ser una ramera en el Cardinal's Hat que un escritor. Mi pluma es mi maldición.

Intuí que lo había pillado en un mal día.

—Escribo porque así puedo lograr que se monte una obra y, de ese modo, los míos y yo podemos ganar dinero. Y el dinero es algo bueno. El dinero impide que un hombre enloquezca. —Estuvo un rato con la mirada perdida, triste—. Vi sufrir a mi padre cuando yo era un muchacho, no tan joven en años como tú ahora. Era un buen hombre. No aprendió nunca a leer, pero sabía más de un oficio. Degustador de malta, guantero, después lanero. Y otras cosas. Y le fue bien. Cenábamos como es debido: ave cada noche. Perdió todo su dinero. Lo prestó, sin que le devolvieran un solo chelín, a menudo. Y con esposa y siete hijos que mantener, su comportamiento fue raro o extraño largo tiempo. Temblaba y se mecía y temía la sombra de un ratón. Por esa razón escribo, siempre huyendo de la locura. —Suspiró y miró de soslayo un instante el tablero de damas cuando uno de los hombres soltó su ficha—. ¿Y tú? ¿Qué me dices de ti? ¿Tu padre también estaba loco?

—No lo sé, señor. Murió cuando yo era pequeño. Lo mataron en la guerra. En Francia.

—¿Los católicos?

—Los católicos.

—Por eso viniste a Inglaterra.

Por descontado, yo no quería hablar de mí, pero eso era exactamente lo que parecía que quería hacer Shakespeare, y si le iba a pedir un favor, no

tenía más remedio que complacerlo.

—Así es. Mi madre y yo. A Suffolk.

—¿Y no te gustaba el aire del campo, Tom?

—El problema no era el aire.

—¿Las gentes?

—Eran toda clase de cosas.

Bebió un sorbo de cerveza, fumó, me escudriñó.

—Tienes un rostro joven y una lengua sabia. Las gentes odian eso. Saben que podría engañarlos.

Me preocupaba, por un momento tuve la sensación de que me estaba poniendo a prueba. Recordé la conversación con Christopher y Hal.

—¿Has oído hablar de los Queen's Men? —preguntó.

—¿La compañía de teatro?

—En efecto. Sí. Bien, pues este hombre se unió a ellos, Henry Hemmings. Había estado antes en otras compañías de teatro, y cuando las gentes empezaban a sospechar que no se hallaba a merced del tiempo, se pasaba a otra compañía. Razón no le faltaba, diría yo. Sin embargo, cuando llegó a los Queen's Men, los rumores volaban como gorriones. Uno de los actores lo reconoció, del norte, de hacía diez años, y se entabló una pelea. La más brutal que nadie había visto nunca. En la localidad de Thame, en el condado de Oxfordshire. Al final, se abalanzaron contra él otros dos miembros de la compañía, como perros sobre un conejo. —Dejó la pipa con cuidado en la mesa, el humo dibujando una fina espiral que subía hacia el techo.

—¿Estabais vos presente? —quise saber.

Negó con la cabeza.

—No llegué a conocerlo. Y, sin embargo, le debo gratitud.

—¿Por?

Sonrió, una sonrisa que reflejaba un cansancio vital.

—Su muerte. Murió, y los Queen's Men perdieron a uno de sus mejores actores. Así que, cuando acudieron a Stratford, vi el apuro en que se hallaban y mi oportunidad. Pedí unirme a ellos. Bebí con ellos. Hablamos un poco de asuntos generales. Hablamos de Plutarco y de Robin Hood. Y después me

visitó la suerte. Me convertí en un Queen's Man. Y ello me trajo a Londres.

—Entiendo.

Soltó un suspiro.

—En verdad fue un comienzo que no auguraba nada bueno, empero. Aunque no había tenido nada que ver con su muerte, la sombra de Hemmings me cubre a menudo. Y a menudo tengo la sensación de que, incluso ahora, estoy en un lugar que no me pertenece. Que aquello sucedió injustamente. Eran una banda de hermanos violentos y amorales, chusma. Asesinos. Doce Wolstan *los Árboles*. Y Henry Hemmings no había cometido delito alguno, salvo ser diferente. Tenía un rostro que no envejecía. Ése fue el principio: la bellota podrida de todo.

Por un instante pareció frágil, luego se rascó la barba y cogió su pipa de nuevo. Fumó y cerró los ojos. Expulsó el humo por encima del hombro izquierdo mientras yo bebía sorbos de cerveza.

—La bellota no estaba podrida —objeté.

—Ay, sin embargo, el árbol está torcido. Pero esta historia carece de moraleja, salvo que la risa y el placer disimularán las arrugas de mi cara. — Yo no sabía a ciencia cierta si me consideraba otro Henry Hemmings. Tampoco sabía a ciencia cierta si Henry Hemmings era como yo o si era alguien sobre quien pesaba la bendición y la maldición de una naturaleza más juvenil que la media. No sabía si Shakespeare sabía lo que había sucedido en Edwardstone y si, posiblemente, mi vínculo con Suffolk había hecho que relacionara ambas cosas. Con todo, intuí una suerte de advertencia, amable, en sus palabras—. Y, dime, ¿por qué querías verme?

Respiré hondo.

—Conozco a dos hermanas, Grace y Rose, que necesitan trabajar. Lo necesitan urgentemente... Podrían vender manzanas.

—No tengo ningún poder sobre los vendedores de manzanas. —Sacudió la cabeza. Parecía irritarlo que importunara a su genial cerebro con tan fastidiosa banalidad—. Te lo ruego, háblame de otra cosa o déjame.

Me vino a la cabeza el rostro preocupado de Rose.

—Lo siento, señor. Estoy en deuda con esas muchachas. Me acogieron en su casa cuando no tenía a nadie. Os lo ruego, señor.

Shakespeare exhaló un suspiro. Era como si estuviese hostigando a un oso, y tenía miedo de lo que fuera a decir a continuación.

—¿Y quién es Rose? Has pronunciado su nombre con dulzura.

—Es el amor de mi vida.

—Cielo santo. ¿Es un amor serio? —Señaló a Elsa y a otra trabajadora del Cardinal's Hat, que a menudo andaban a la caza en la taberna. Elsa tenía una mano en la entepierna de un caballero bajo la mesa, el pulgar acariciando el bulto—. Mira al hombre con el que está. ¿Es ésa la clase de amor que sientes?

—No. Bueno, sí, pero también de la otra clase.

Shakespeare asintió, y a sus ojos asomó una lágrima. Tal vez fuera el humo.

—Intercederé por ti. Di a esas muchachas que pueden vender sus manzanas.

Y así lo hicieron.

Y todo iba como la seda, aunque cada vez que oía el soliloquio de Jaime me preocupaba. Yo, más que la mayoría, era un actor en la vida. Estaba representando a un personaje. ¿Cuál sería mi siguiente papel? ¿Y cuándo tendría que asumirlo? ¿Cómo podría dejar ése atrás? Y, en consecuencia, ¿cuándo debería dejar a Rose?

La noche que le conté a Rose que Grace y ella podrían trabajar en el Globe «por obra y gracia del señor Shakespeare» fue una noche feliz, y había comprado una baraja de camino a casa. Nos pasamos la noche entera riendo y cantando y jugando a las cartas y comiendo empanadas de Old Street y bebiendo más cerveza que de costumbre.

La conversación pasó a centrarse en que Grace cada vez parecía más una mujer, y Grace me dijo, no de malas maneras, pero con la franqueza directa como una flecha que constituía su esencia:

—Dentro de nada, te paso.

Y se echó a reír, porque había bebido demasiada cerveza. Estaba acostumbrada a hacerlo, pero no cuatro jarras seguidas.

Sin embargo, Rose no se rio.

—Es verdad. No has envejecido ni un día.

—Eso es porque soy feliz —aduje con escasa fuerza—. No tengo preocupaciones que me arruguen el rostro.

La realidad, sin embargo, era que las tenía, y muchas, pero la primera arruga tardaría décadas en salirme.

Solía observar a Rose entre los interludios musicales, y ella también me observaba a mí, en el balcón. ¿Qué tenían esos intercambios mudos en un espacio abarrotado? Tenían magia, eran como un secreto compartido.

Sin embargo, daba la impresión de que el público se iba volviendo más pendenciero a medida que avanzaba la temporada. El día del estreno —asistían la reina y la corte— no se produjo ni una sola refriega, pero hacia el final de la temporada siempre, en algún momento, había alguna escaramuza entre los que ocupaban el patio. En una ocasión, por ejemplo, un hombre le rebanó la oreja a otro con una concha de ostra por una de las prostitutas que estaba siempre allí. Me preocupaba que las chicas se encontrasen ahí abajo mientras yo me hallaba a salvo en el aire enrarecido del balcón, pero por lo general estaban bien, y disfrutaban vendiendo cuatro veces más fruta de la que habrían vendido en el mercado de Whitechapel.

Sin embargo, una tarde, bajo un cielo repleto de nubes gris piedra que anunciaban lluvia, pasó.

Iba por la mitad de la melodía de *¿Qué dar al montero que mató al venado?* —que, a esas alturas, como sucedía con todas las canciones de la obra, prácticamente podía tocar dormido— cuando reparé en algo. Alguien —un hombre con mala pinta, de labios caídos, que estaba en los bancos— le cogió una manzana a Grace y le estaba dando un mordisco cuando ella le pidió el penique que costaba. El hombre intentó espantarla como si fuera una mosca, pero Grace era Grace, de manera que se mantuvo en sus trece. Gritaba cosas que yo no oía, pero conociendo a Grace lo podía adivinar. Como le estaba estorbando a otro hombre, se estaba metiendo en un lío aún mayor. Este hombre —un animal entrecano con los dientes marrones y la ropa

empapada de cerveza— tiró a Grace al suelo, haciendo que las manzanas salieran volando y fueran a parar a la arena y las cáscaras de avellana y las conchas de ostras, despertando el recuerdo de aquellas ciruelas en Fairfield Road. Y el caos se desató cuando varias personas se abalanzaron sobre las manzanas.

Grace se levantó, y el primer hombre, el que le había robado la manzana, la agarró y, tras poner cara de gárgola, le metió la lengua en la oreja.

Para entonces yo ya había dejado de tocar.

Hal, a mi lado, me daba golpecitos en el pie mientras seguía tocando la flauta, ya que abajo los actores continuaban cantando. A mi espalda, oí el suspiro de desaprobación que lanzó Christopher. De manera que empecé a tocar de nuevo, pero entonces vi que Rose dejaba su cesta y atravesaba el patio a la carrera, preocupada por su hermana. Llegó hasta Grace, que seguía en apuros con el que le chupaba la oreja, cuando el compañero del ladrón de la manzana la cogió, le levantó la falda y le metió la mano debajo.

Ella le propinó un bofetón, él le tiró del pelo, y yo lo sentí como si me doliera a mí, justo cuando Grace le daba un fuerte codazo en la cara al tipo que la estaba molestando, haciéndole sangrar la nariz. No sé lo que pasó a continuación, porque yo me vi saltando la baranda de roble del balcón, con el laúd a modo de cachiporra, y —con el sonido de fondo de un millar de gritos ahogados— me planté en el escenario de un salto.

Aterricé encima de Will Kemp y apartando a codazos al mismísimo Shakespeare, que estaba estupefacto, me abrí paso y me bajé del escenario para llegar hasta donde estaban Rose y Grace.

Fui corriendo por el lateral del patio, abriéndome camino a empujones, mientras los enfurecidos espectadores me tiraban avellanas, cerveza y manzanas. La obra continuaba a mis espaldas, como de costumbre, pero dudo que incluso los que ocupaban asientos de cinco peniques oyeran algo de lo que se estaba diciendo, tal era el jaleo que se había armado ahora en el patio y alrededor de los bancos. Incluso en las galerías la gente gritaba y abucheaba y me tiraba lo que pensaba comerse en el teatro.

Rose ya estaba bien —se había liberado de su lujurioso asaltante— e intentaba ayudar a Grace, que seguía en apuros, pues estaba inmovilizada con

un grueso brazo alrededor del cuello.

Entre Rose y yo logramos soltarla.

Luego cogí de la mano a las hermanas y las insté:

—Tenemos que irnos.

Sin embargo, ahora se nos planteaba un problema que podía ser incluso mayor.

Uno de los hombres que ocupaban los asientos caros se interponía en nuestro camino cuando intentamos salir del teatro. No lo había visto, y dudo que él me viera a mí antes de que saltara desde el balcón.

Alto, fuerte y serio, mejor vestido que la última vez que lo había visto, con el cabello ralo aplastado en tiras de un lado a otro de la cabeza, las manazas de carnicero entrelazadas delante.

—Vaya —dijo Manning, mirándome con el único ojo bueno—. Así que es verdad: conseguiste llegar a Londres... ¿Cuándo fue la última vez que te vi? Parece que fue ayer. No has cambiado lo más mínimo. Claro que tú no cambias, ¿no es así?

«Así que es verdad.»

Nunca sabría a ciencia cierta si Christopher difundió las sospechas que abrigaba sobre mí más allá del balcón de los músicos. Ni tampoco si los hombres que maltrataron a Rose y a Grace estaban en el ajo.

—Veo que has trabado amistades.

—No —respondí, como si una palabra pudiera anular una realidad.

Manning escudriñó a unas confusas Grace y Rose.

—¿No?

—No son amigas mías —afirmé, decidido a que supiera lo menos posible de las hermanas o de la relación que tenían conmigo—. No las había visto hasta hoy.

Indiqué con los ojos a Rose que se fuera, pero no lo hizo.

—Vaya, y sigue mintiendo. Bien, estáis advertidas, muchachas, porque este pillo no es lo que parece. Es la encarnación del mal, un monstruo. El hijo de una bruja.

—Mi madre murió siendo una mujer inocente. Murió por vuestra culpa.

—Su último encantamiento, que Dios sepa. Quizá cambiara de forma.

Quizá ahora mismo se encuentre entre nosotros.

Miró a Rose, luego a Grace, como si intentara leer un texto abstruso. Yo no podía seguir allí un minuto más. La pesadilla estaba cobrando realidad. Sólo el hecho de que alguien me conociera suponía un peligro para cualquiera. Mi mera existencia era una maldición. A nuestro alrededor, la gente empezaba a tranquilizarse, pero miraba a Manning más que al escenario. Reconocí un rostro que me miraba. No sabía cómo se llamaba, pero sí que era afilador de cuchillos. Lo había visto en el puente una mañana, ejerciendo su oficio.

Era un hombre flaco y debilucho, pálido, de no más de veinte años, que siempre llevaba un cinto de relucientes cuchillos.

Me planteé echar mano de uno, pero eso sólo me habría asegurado un billete de ida a Tyburn y una soga al cuello en sus célebres horcas.

Así y todo, sabía que era demasiado tarde. El riesgo de que Manning supiera que yo conocía a las hermanas era menor que el riesgo de que me fuera y las dejara con él.

De modo que imploré a Rose:

—Debemos irnos.

—«... te mataré de ciento cincuenta formas. Así que tiembla y vete.»

Pero incluso los actores enmudecieron cuando Manning agarró por el pelo a Grace.

—¡Ésta! —gritó Manning—. ¿Cuántos años tiene?

Grace le estaba pegando patadas.

—¿Veinte? ¿Treinta? Es posible que tenga sesenta. Parece una niña, pero ya sabemos de otros engaños, ¿no es así?

Grace le dio con fuerza en la entrepierna.

—Suéltame, anguila, mamacallos.

Pero, al parecer, no sirvió de nada. La multitud estaba con Manning y contra nosotros. No nos dejarían salir de ese sitio. Manning nos llevaría ante un tribunal, donde se lanzarían acusaciones de brujería y magia negra. Había puesto en peligro a Rose y a Grace. Lo único que podía salvarnos en ese momento fue precisamente lo que ocurrió.

—Quitadle las manos de encima a esa niña, os lo ruego.

Era el mismísimo Shakespeare, desde la parte anterior del escenario, abandonando el personaje que representaba.

Manning no aflojó.

—Soy William Manning, soy...

—No me importa —lo cortó Shakespeare—. A estos actores no les importa. A este Globe no le importa. Soltadla y liberadla a ella y a sus amigos, de lo contrario, suspenderemos esta función.

Con eso bastó. La amenaza de que la representación no continuara fue suficiente. Ya entonces quedó claro que las masas querían algo más que justicia: querían entretenimiento. Y Shakespeare lo sabía, igual que el resto.

El teatro entero abucheaba a William Manning. Sobre su rostro cada vez más rojo llovían conchas de ostra. En la sien tenía un nervio azul abultado. Soltó a Grace, y nosotros la cogimos y nos dirigimos hacia el lateral del edificio, aplastando los detritos en la arena. Volví la cabeza para mirar al escenario, preguntándome si Shakespeare había vuelto. Él me vio, y cuando habló a la animada multitud para decirle que el resto de la función estaba dedicada a un actor con el que estaba en deuda —«un hombre llamado Henry Hemmings»—, supe que era un mensaje, un código, y el destinatario era yo.

Y así fue como supe que no podríamos volver al Globe ni a Bankside nunca jamás.

## *Hackney, a las afueras de Londres, 1599*

Chismorreos.

Los chismorreos estaban vivos. No eran sólo una moneda de cambio, tenían vida.

Las historias zumbaban y bullían y circulaban como tábanos en el aire, rondando entre las hediondas aguas negras y el cencerreo de los carros.

Por ejemplo, cuando Mary Peters desapareció de pronto, al parecer, se enteraron todas las casas al este de la muralla. Dicho sea de paso, a Rose le afectó de tal modo que apenas habló durante un día. Y ahora, debido a lo que Rose llamaba «lo acalorado de mi temperamento», seguro que prácticamente en todas las tabernas de Londres se hablaría de la historia del laudista que saltó al escenario del Globe.

—Pero Grace y tú os hallabais en apuros.

—Podemos arreglárnoslas nosotras solas, siempre lo hemos hecho. Y ahora tendremos que volver a Whitechapel...

La conversación dio un giro y fue hacia donde yo sabía que lo haría. Rose quería saber quién era el hombre, Manning.

—No lo sé.

—Eso es mentira.

—No puedo decirte quién es.

—Dijo que tu madre era una bruja. ¿A qué se refería?

—Seguro que se confundió. Debió de tomarme por otro.

Rose me dirigió una mirada asesina con sus ojos verdes, rebosante de callada ira.

—¿Me tomas por boba, Tom Smith?

No hizo falta más. El hecho de que pronunciara un nombre que sólo era

mío a medias me hizo sentir que debía contarle *algo*.

—Perdóname, Rose. Fue un error. No debería haber venido aquí. Tendría que haber reunido el dinero que os debía y haberme marchado. No debería haber permitido que mis sentimientos por ti fueran a más, como no debería haber permitido que sintieras algo por mí.

—¿Qué estás diciendo, Tom? Tus palabras son un enigma.

—Sí. Es cierto, lo son. Y yo también lo soy. Un enigma que no resolverás. Ni siquiera yo puedo resolverlo.

Me había levantado del taburete y me movía sin cesar, describiendo círculos frenéticos. Grace ya estaba dormida en su cuarto, así que hablaba en voz baja pero con vehemencia.

—Tienes que buscarte a otro. Mírame. ¡Mírame, Rose! Soy demasiado joven para ti.

—Dos años, Tom. No es tanta diferencia.

—La diferencia aumentará.

Parecía confusa.

—¿Cómo es posible? ¿Qué quieres decir, Tom? ¿Cómo puede aumentar una diferencia? Lo que dices no tiene sentido.

—Ahora ya no te sirvo para nada. No puedo volver a Southwark.

—¿Que no me sirves? ¿Que no me sirves? Tienes mi corazón, Tom.

Dejé escapar un suspiro con fuerza. Con él quería expulsar la realidad. Quería que las lágrimas que veía en los ojos de Rose no cayeran nunca. Quería que me odiara. No quería amarla.

—Bueno, pues no se lo diste a la persona adecuada.

—Cuéntame qué le pasó a tu madre, Tom..., dime la verdad.

Sus ojos no me dejarían mentir.

—La mataron por mi culpa.

—¿Cómo?

—Hay algo de lo más peculiar en mí, Rose.

—¿Qué?

—No envejezco.

—¿Cómo?

—Mírame. El tiempo pasa, pero no por mi rostro. Estoy enamorado de ti.

Lo estoy, de verdad. Y ¿de qué sirve? Soy como un muchacho que intenta trepar a un árbol, pero las ramas se elevan más y más cada vez.

Estaba tan anonadada con lo que le estaba contando que lo único que pudo decir fue:

—Yo no soy un árbol.

—Cuando tengas cincuenta años yo seguiré teniendo este aspecto. Es mejor que me dejes. Es mejor que me marche. Es mejor que...

Y me besó, en ese momento, sencillamente porque quería que dejara de hablar.

Y sólo pudo creerme a medias. Durante días pensó que me había vuelto loco, pero, a medida que fueron pasando las semanas y los meses, se dio cuenta de que era verdad.

Era algo que no podía entender, sin embargo, ahí estaba. Ahí estaba.

Mi verdad.

## *Londres, en la actualidad*

No sé si habrá calado algo de lo que le he dicho a Anton. Sólo llevo vivo cuatrocientos treinta y nueve años, lo cual, claro está, no basta de ninguna manera para entender las expresiones faciales mínimas del típico adolescente.

Es bastante tarde, las doce y veinte, cuando por fin llego a la sala de profesores para almorzar. Me siento y me llega un olor a café instantáneo y jamón envasado. Hoy me duele la cabeza. Y además tengo acúfenos. Me pasa a veces. Es algo que me va y me viene desde el fuego de artillería, prácticamente ensordecedor, que oí en la guerra civil española.

Ya no voy al supermercado a la hora del almuerzo. Ahora me preparo yo mismo un sándwich por la mañana. Pero ni siquiera tengo hambre, así que me limito a quedarme allí sentado, con los ojos cerrados.

Cuando los abro veo a Isham, el profesor de geografía, que está entretenido decidiendo qué infusión quiere tomar.

También veo a Camille.

Está en el otro extremo de la sala, abriendo la ensalada que se va a comer. También tiene zumo de manzana y un libro, que utiliza de improvisada bandejita.

Daphne coge una clementina del frutero común y me lanza una sonrisa que podría ser de satisfacción.

—¿Qué tal estás, Tom? ¿Cómo va todo?

—Bien —respondo—. Me siento bien.

Ella asiente, a sabiendas de que es mentira.

—Mejorará. Los primeros diez años siempre son los peores. —Se ríe y deja la sala de profesores para ir a su despacho.

Me siento mal por lo de Camille. La última vez que hablamos fui grosero

con ella. Reparo en que se está sacando algo del bolsillo: una pastilla. Se la toma con un poco de zumo de manzana.

Debería quedarme donde estoy.

Es lo que Hendrich querría que hiciese. Me refiero a que esto —desde el punto de vista de la Sociedad Albatros— es perfecto. Lo más probable es que Camille no vuelva a hablarme.

Y, sin embargo, aquí estoy, cruzando la habitación.

—Sólo quería decirte que lo lamento —me disculpo.

—¿Qué lamentas? —dice, todo un detalle por su parte.

Me siento para poder hablar un poco más bajo con ella y llamar menos la atención. Otra profesora, Stephanie, de matemáticas, nos mira con el ceño fruncido mientras se come una ciruela.

—No era mi intención ser tan raro. Tan maleducado.

—Bueno, algunas personas no pueden evitarlo. Algunas personas son así.

—Bueno, pues no quería serlo.

—Lo que somos y lo que queremos ser son dos cosas distintas. No pasa nada. El mundo hace que sea muy difícil no ser un capullo.

Lo dice como si tal cosa, sin acritud. Nunca me habían insultado tan delicadamente.

Intento explicarme sin explicar nada:

—Es sólo..., tengo muchas cosas en la cabeza, y tengo una de esas caras... corrientes. Un montón de gente cree que soy el amigo de un amigo. O un actor al que han visto en televisión.

Ella asiente, poco convencida.

—Probablemente sea eso. Digamos que es eso.

Entonces me fijo en el libro donde tiene apoyada la ensalada. Es una novela. Me pregunto si será la que estaba leyendo el día que la vi en el parque. De Penguin Clásicos: *Suave es la noche*, de F. Scott Fitzgerald, con una fotografía del autor en la cubierta.

Camille debe de haber visto que lo estoy mirando.

—Ah. ¿Lo has leído? ¿Qué te parece?

Me cuesta hablar. Los recuerdos me saturan la cabeza, como cuando hay demasiadas ventanas abiertas en un ordenador, o demasiada agua en una

barca.

El dolor de cabeza se intensifica.

—No... no... no sé... —Cada palabra es como un remo en el agua—.

Barcos a contracorriente —digo en voz alta.

—¿Barcos a contracorriente? ¿*Gatsby*?

Contengo la respiración y estoy en una sala de profesores de Londres y en un bar de París al mismo tiempo, desgarrado entre siglos, entre dos lugares y dos épocas, ahora y antes, agua y aire.

## *París, 1928*

Estaba solo, salvando a pie la gran distancia que mediaba entre mi casa y el fabuloso hotel donde había estado cubriendo mi turno, tocando el piano para los americanos y los europeos ricos que disfrutaban con el té y los cócteles. Me sentía solo. Necesitaba tener a gente alrededor para enmascarar la soledad que me embargaba, de manera que me dirigía hacia el bullicioso Harry's Bar, como hacía de vez en cuando. Allí, casi todo el mundo era de otra parte, que era siempre la clase de gente que buscaba.

Me abrí paso como pude hacia la barra y encontré un sitio junto a una pareja glamurosa, ambos peinados con raya al medio, a juego.

El hombre me miró, y quizá presintiera mi soledad.

—Pruebe el bloody mary —me aconsejó.

—¿Qué es?

—Es lo que hay que tomar. Un cóctel. A Zee le encanta, ¿no, cariño?

La mujer me miró con ojos tristes, apesadumbrados. O estaba borracha o lista para irse a la cama o las dos cosas. Ambos parecían bastante borrachos, ahora que lo pensaba. Ella asintió.

—Es un gran aliado en la guerra.

—¿Qué guerra es ésta? —me pregunté en voz alta.

—La guerra contra el aburrimiento. Una guerra muy real. Una guerra en la que el enemigo nos tiene rodeados.

Pedí el bloody mary y me sorprendió descubrir que llevaba zumo de tomate. El hombre miró a la mujer con severidad. Era difícil saber si esa severidad era fingida o si iba en serio.

—Debo decir que me siento algo ofendido cuando hablas así, Zee.

—Oh, tú no, Scott..., tú no has estado demasiado aburrido. Ésta ha sido

una de tus mejores veladas.

Entonces él me tendió la mano.

—Scott Fitzgerald. Y ésta es Zelda.

Lo bueno de tener más de cuatro siglos de vida era que uno rara vez se quedaba deslumbrado cuando veía a alguien famoso, pero así y todo impresionaba toparse con el autor del libro que tenía junto a la cama.

—Acabo de terminar su libro, *El gran Gatsby*, y leí *A este lado del paraíso* cuando se publicó.

De pronto, parecía sereno.

—¿Qué le ha parecido? ¿*Gatsby*? Todo el mundo prefiere *A este lado del paraíso*. Todo el mundo. Mis editores siguen bregando con él, por compasión, principalmente.

Zelda puso cara de ir a vomitar.

—Esa sobrecubierta. Ernest rara vez tiene razón, pero esta vez estaba en lo cierto a ese respecto. Es una guerra contra los ojos.

—No todo es una guerra, cariño.

—Naturalmente que sí, Scott.

Daba la impresión de que estaban a punto de pelearse, así que tercié:

—Pues a mí me ha parecido excepcional. Quiero decir, el libro.

Zelda asintió. Me di cuenta de que parecía una niña. Los dos lo parecían. Eran como niños disfrazados con ropa de adultos. Tal era la fragilidad y la inocencia que destilaban.

—Intento decirle que es bueno —afirmó ella—. Se le puede decir una y otra vez, pero no son más que gotas de lluvia en el tejado.

Sin embargo, a Scott pareció tranquilizarle oír que me gustaba.

—Bueno, en tal caso, es usted mejor persona que el tipo del *Herald Tribune*. Aquí tiene su cóctel... —Me pasó el bloody mary.

—Lo inventaron aquí, ¿sabe? —contó Zelda.

Bebí un sorbo de la extraña combinación.

—¿En serio?

Pero Scott nos interrumpió y dijo:

—Y, díganos, ¿a qué se dedica usted?

—Toco el piano. En *Ciro's*.

—¿Se refiere al Ciro's de París? —quiso saber—. ¿En la rue Daunou? Qué extraordinario. Usted gana.

Zelda dio un trago largo a un cóctel con ginebra.

—¿De qué tiene miedo?

Scott me sonrió a modo de disculpa.

—Es lo que pregunta cuando está borracha. Siempre.

—¿Miedo?

—Todo el mundo le tiene miedo a algo. A mí me da miedo irme a la cama. Y las tareas domésticas. Y todas las cosas para las que uno tiene criadas. A Scott le dan miedo las reseñas. Y Hemingway. Y la soledad.

—No me da miedo Hemingway.

Me puse a pensar. Por una vez, quería dar una respuesta sincera.

—Me da miedo el tiempo.

Zelda sonrió y ladeó la cabeza con gesto compasivo, apagada, o con resignación.

—¿Se refiere a envejecer?

—No, me refiero a...

—Scotty y yo no pensamos envejecer, ¿no es verdad?

—El plan es pasar de una infancia a la otra —añadió Scott con exagerada seriedad.

Suspiré, confiando en que ello me hiciera parecer sesudo y serio y poseedor de la gran inteligencia propia de la madurez.

—El problema es que si se vive lo bastante uno se acaba quedando sin infancias.

Zelda me ofreció un cigarrillo, que acepté (ahora fumaba, todo el mundo fumaba ahora), y a continuación le puso uno en la boca a Scott y se metió uno en la suya. Una suerte de vehemente desesperación llameó de pronto en sus ojos al encender la cerilla.

—Crecer o enflaquecer —dijo tras la primera calada—. Las sublimes opciones que tenemos...

—Ojalá encontrásemos la manera de detener el tiempo —apuntó su esposo—. En eso es en lo que debemos trabajar. Ya sabe, para cuando pasa por delante un instante de dicha. Podríamos echar la red y atraparlo como si

fuera una mariposa, y tener ese instante para siempre.

Ahora Zelda miraba al otro lado del abarrotado bar.

—El problema es que a las mariposas les clavan alfileres. Y mueren... —  
Daba la impresión de estar buscando a alguien—. Sherwood se ha ido. Pero,  
anda, mira, si son Gertrude y Alice.

Y, en cuestión de segundos, desaparecieron entre el abarrotado lugar con  
sus cócteles, y aunque dejaron más que claro que podía unirme a ellos, me  
quedé donde estaba, con el vodka con zumo de tomate por toda compañía, a  
salvo en las sombras de la historia.

## *Londres, en la actualidad*

Es extraño lo cerca que está el pasado, incluso cuando uno se figura que está muy lejos. Es extraño que pueda salir de una frase y golpearte. Es extraño que cada objeto o cada palabra puedan albergar un fantasma.

El pasado no es un lugar aislado. Son muchos, muchos lugares, y siempre están listos para surgir en el presente. De la década de 1590 se pasa en un minuto a la de 1920. Y todo está relacionado. Todo es la suma de tiempo. Se va acumulando y acumulando y te puede pillar con la guardia completamente baja en cualquier momento. El pasado vive en el presente, repitiéndose, interrumpiéndose, recordándote todo lo que ya no existe. Brota de señales de carretera y placas en bancos de parques y canciones y apellidos y rostros y cubiertas de libros. A veces el mero hecho de ver un árbol o contemplar una puesta de sol puede golpearte con la fuerza de todos los árboles o todas las puestas de sol que has visto, y no hay forma de protegerte. Es imposible vivir en un mundo sin libros o árboles o puestas de sol. Es, sencillamente, imposible.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Camille, la mano apoyada en el libro, de manera que sólo se ve la palabra *suave*.

—Sí. Pero siguen dándome estos dolores de cabeza.

—¿Has ido al médico?

—No, pero iré.

Ir al médico, claro está, es lo último que tengo pensado hacer.

La miro. Tiene una de esas caras que hace que te entren ganas de hablar, de contar cosas. Es un rostro peligroso.

—Quizá te haga falta dormir más —aventura.

Me pregunto a qué se refiere, y ella se da cuenta, porque a continuación

dice:

—Vi en Facebook que te gustó lo que puse a las tres de la mañana. Es curioso que estés despierto a esas horas cuando al día siguiente hay clase.

—Ya.

Hay un algo travieso en su sonrisa.

—¿Es una costumbre? ¿Espiar páginas de Facebook de mujeres en mitad de la noche?

Me siento avergonzado.

—Es..., no sé..., lo que me apareció.

—Era una broma, Tom. Tienes que relajarte un poco.

Ojalá entendiera cuál es el peso de las cosas. La gravedad del tiempo.

—Lo siento —digo—, siento la pesadez.

—No pasa nada. A veces la vida es así.

Quizá sí que lo entienda.

—Es sólo que la gente me hace sentir algo incómodo.

—Te entiendo. «*L'enfer, c'est les autres.*»

—¿Sartre?

—*Oui. Dix points, Sartre.* La comedia personificada.

Esbozo una sonrisa forzada y no digo nada, porque lo único que tengo en la cabeza es que ver su rostro me reconforta y me asusta al mismo tiempo. Así que opto por preguntarle algo. Es una pregunta que me he hecho a menudo a lo largo de los años. La pregunta es:

—¿Conoces a una mujer llamada Marion?

Camille frunce el ceño. Realmente la desconcierto.

—¿Marion francesa o inglesa?

—Inglesa —digo—. O francesa.

Se para a pensar.

—Fui al colegio con una Marion. Marion Rey. Me contó lo del período. Mis padres eran unos mojigatos, no me hablaron nunca de eso. Y creo que es tremendo que no te lo cuenten, ¿sabes? Toda esa sangre saliéndote del cuerpo.

Lo dice a un volumen de voz normal. Todavía hay gente en la sala. Stephanie nos sigue mirando ceñuda, sosteniendo el hueso de la ciruela entre

los dedos. Isham está hablando por teléfono, dos sillas más allá. Me gusta que no le dé vergüenza nada.

Sé que es el momento de iniciar una conversación. Sé que están todas las señales que indican que lo suyo sería entablar una conversación. Sin embargo, paso por alto esas señales.

—¿Alguna otra Marion?

—No, lo siento.

—No pasa nada. Lo siento. Es cuanto quería decir.

Camille sonrío y me mira, y encuentra algo en mi mirada que le preocupa. Intuyo que intenta hacer memoria de nuevo para averiguar de qué me conoce.

—La vida siempre es misteriosa —afirma—. Pero unos misterios son mayores que otros.

Se hace un silencio breve, y esbozo otra sonrisa forzada y me marchó.

Cuarta  
parte

El pianista

## *Bisbee, Arizona, 1926*

Era agosto. Me encontraba en la sala de estar de una casita de madera situada en las afueras de la ciudad, cumpliendo una misión para Hendrich. Cada ocho años me encomendaba una misión. Ése era el trato: cumplías la misión y después te instalabas en el siguiente sitio y Hendrich te ayudaba a cambiar de identidad y te mantenía a salvo. La única vez que corrías peligro era durante la misión en sí, aunque yo había tenido suerte. Ya había realizado tres misiones con anterioridad a ésta y de todas había salido airoso. Dicho de otra manera: me las había arreglado para dar con los albas en cuestión y convencerlos de que se unieran a la Sociedad. No había sido preciso emplear la violencia. Ni hacer un verdadero alarde de personalidad. Sin embargo, en ese sitio, Bisbee, todo cambió. Allí averiguaría quién era. Y lo que estaba dispuesto a hacer para dar con Marion.

Aunque ya era de noche y la oscuridad desdibujaba deprisa las montañas rojas que se divisaban al otro lado de la ventana, el calor era intenso. Era como el abrasador aire de fuera, pero concentrado, como si alguien hubiera decidido comprimir todo el calor del desierto en esa casa de madera.

Me caían gotas de sudor de la nariz, que iban a parar al nueve de diamantes.

—No estás muy acostumbrado al calor, ¿eh, amigo? ¿Dónde has estado metido? ¿En Alaska? ¿Has estado buscando oro en el Yukón?

Me lo preguntó el flaco desdentado. Al que le faltaban dos dedos en la mano izquierda. El que decía llamarse Louis. Bebió otro trago de whisky, que engulló sin pestañear.

—He estado por todas partes —repuse—. No he tenido más remedio.

Entonces el otro —Joe—, el que acababa de sorprenderme con una

escalera de color, el más alto, más listo, se echó a reír de manera inquietante.

—Todo esto es muy interesante, ya lo creo, y no digo que no nos guste empujar el codo con forasteros. Sobre todo con los que llevan dinerito en los bolsillos. Pero tú no eres del condado de Cochise. De eso estoy seguro. Lo sé por la ropa. Verás, aquí todo el mundo la lleva sucia. Del polvo. De las minas. Un algodón tan blanco no se ve en Bisbee. Y esas manos: blancas como la nieve.

Me miré las manos: por aquel entonces estaba muy acostumbrado a verlas, por todo lo que había estado tocando. Había aprendido yo solo a tocar el piano. Eso era lo que había estado haciendo los últimos ocho años.

—Las manos son manos —aduje con voz lastimera.

Llevábamos más de una hora jugando al póquer. Ya había perdido ciento veinte dólares. Bebí un poco más de whisky. Era como beber fuego. Me di cuenta de que había llegado el momento. De que tenía que decir lo que había ido a decir.

—Sé quiénes sois.

—¿Ah, sí? —dijo Joe.

Se oía el tictac de un reloj. Fuera, lejos, sonó un aullido. Un perro o un coyote.

Me aclaré la garganta.

—Sois como yo.

—Lo dudo mucho —intervino Joe de nuevo, con una risotada seca como el desierto.

—Joe Thompson, ése es tu nombre, ¿no?

—¿Adónde quieres ir a parar, amigo?

—¿No Billy Stiles? ¿No William Larkin?

Entonces Louis se enderezó, y su rostro se endureció.

—¿Quién eres?

—He sido muchas personas, como vosotros. Veamos, ¿cómo debería llamarte? ¿Louis? ¿O Jess Dunlop? ¿O John Patterson? ¿O quizá Jack *Tres Dedos*? Y eso es sólo el principio, ¿me equivoco?

Ahora tenía clavados en mí cuatro ojos y dos armas. No había visto nunca a nadie desenfundar tan rápido como a esos dos. Así que eran ellos.

Señalaron la pistola que llevaba yo.

—Déjala en la mesa, muy despacio...

Así lo hice.

—No he venido a buscar problemas. He venido a protegeros. Sé quiénes sois. Sé al menos de algunas de las personas que habéis sido. Sé que no siempre habéis estado trabajando en una mina de cobre. Sé del tren que robasteis en Fairbank. Sé del expreso de la Southern Pacific que asaltasteis, del que os llevasteis más de lo que la mayoría podría soñar. Sé que ninguno de los dos necesitáis trabajar en la mina de cobre. —Joe tensaba la mandíbula de tal modo que pensé que se quedaría sin dientes, pero no paré—: Sé que iban a pegaros un tiro hace veintiséis años en Tombstone. —Me metí la mano en el bolsillo y saqué las fotos que se había agenciado Hendrich—. Y sé que estas fotografías son de hace treinta años y que apenas habéis envejecido un día. —Ni siquiera apartaron la mirada para ver las fotos. Sabían quiénes eran. Y sabían que yo también sabía quiénes eran. Tenía que hablar—: Escuchad, no estoy tratando de meteros en líos. Sólo intento explicar que no pasa nada. Hay muchas personas como vosotros. No conozco vuestra historia al completo, pero da la impresión de que tenéis la misma edad. Me figuro que nacisteis poco después de 1700. No sé si durante esa época tuvisteis contacto con otras personas que padecen este trastorno, aparte de entre vosotros, pero os aseguro que hay muchas. Hay muchos de nosotros. Posiblemente miles. Y nuestro trastorno es peligroso. Un médico de Inglaterra lo ha llamado *anageria*. Cuando la gente se entera (bien porque nosotros decidimos contárselo o bien porque nos descubren), estamos en peligro. Y la gente que nos importa está en peligro. O nos encierran en un loquero, o somos perseguidos y encarcelados en nombre de la ciencia, o asesinados por quienes son esclavos de la superstición. De manera que, como sin duda sabréis, vuestra vida corre peligro.

Louis se rascó la incipiente barba.

—Desde este lado del revólver, yo diría que aquí la vida que pende de un hilo es la tuya.

Joe me miraba con el ceño fruncido.

—¿Qué es lo que quieres de nosotros, amigo?

Respiré hondo y contesté:

—He venido a proponeros algo. Mirad, las gentes de Bisbee empiezan a sospechar de vosotros. Comienza a correrse la voz. Es la era de la fotografía, hay pruebas de nuestro pasado. —Al oírme, el miedo tiñendo poco a poco mi voz, fui consciente de hasta qué punto repetía como un loro las palabras de Hendrich. Todo cuanto decía era la clase de cosas que decía Hendrich. Había algo vacío en esas palabras—. Existe una Sociedad, una especie de sindicato, que trabaja por el bien común. Intentamos que todos los que sufren este trastorno, este trastorno que llaman anageria, formen parte de la Sociedad. Ayuda a la gente. Les presta auxilio cuando necesitan marcharse de un sitio y empezar a ser otros. Esa ayuda puede ser dinero o puede adoptar la forma de papeles y documentos.

Joe y Louis supieron lo que pensaba el otro con sólo mirarse. Los ojos de Louis eran más apagados, la luz de la inteligencia era menos viva. Parecía peligrosamente estúpido, pero era el más maleable, el que probablemente resultara más fácil de convencer. Joe era el fuerte, tanto de cuerpo como de mente. Era el que sostenía el Colt sin que le temblaran las manos.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —quiso saber Louis mientras un insecto le zumbaba alrededor de la cabeza.

—Depende de las necesidades. La Sociedad asigna presupuestos en función de los requisitos de cada caso concreto. —Cielo santo, empezaba a sonar como Hendrich.

Joe sacudió la cabeza.

—¿Has oído lo que dice, Louis? Nos dice que nos vayamos de Bisbee. Y no va a funcionar, no, señor. Aquí nos va bien. Nos llevamos bien con las gentes de aquí. Hemos dado muchos tumbos, y yo me he recorrido este país de punta a punta desde que me bajé de aquel barco hace un montón de años. Y nadie me ha dicho que me vaya.

—Será mejor que lo hagáis. Veréis, la Sociedad dice que después de ocho años...

Joe profirió un suspiro que estaba a medio camino de un gruñido.

—¿La Sociedad dice? ¿La Sociedad dice? No somos de ninguna Sociedad ni lo seremos nunca, ¿entendido?

—Lo siento, pero...

—Me están entrando ganas de hacerte un agujero en esa cabecita tuya.

—Escuchad, la Sociedad se ha puesto en contacto con los agentes de la ley. Saben que estoy aquí. Si me disparáis, os cogerán.

Los dos se rieron.

—¿Has oído eso, Louis?

—Ya lo creo que sí.

—Será mejor que le expliquemos al señor Peter Comosellame por qué tiene gracia el chiste.

—Podéis llamarme Tom. Veréis, soy como vosotros. He tenido muchos nombres.

Joe no me hizo el menor caso y siguió con el hilo de sus pensamientos.

—Da lo mismo. Lo haré yo. Verás, el chiste tiene gracia porque los agentes de la ley no nos tocarán ni un pelo. Ésta no es una ciudad como las demás. Llevamos ya algún tiempo echando una mano al sheriff Downey y a la P. D.

La P. D. Phelps Dodge. Me habían facilitado la suficiente información sobre Bisbee para saber que Phelps Dodge era la compañía minera más importante de la zona.

—A decir verdad —continuó Joe—, los ayudamos a instigar la deportación de Bisbee. Habrás oído hablar de ella, ¿no?

Había oído algo. Sabía que en 1919 cientos de mineros que se declararon en huelga fueron secuestrados violentamente y deportados.

—Así que el hecho de que hayas venido aquí a hablarnos de proposiciones y de ese sindicato tuyo no va a hacer que cambiemos de opinión. A los últimos sindicalistas de los que nos ocupamos los corrimos hasta Nuevo México, nada menos, y lo hicimos con el visto bueno del sheriff... Pero veo que estás muy acalorado y nervioso. Vamos a dar un paseíto para que se te enfríe la sangre un poco...

Ahora reinaba la oscuridad. La oscuridad del desierto.

El aire empezaba a ser gélido, pero yo sudaba y tenía el cuerpo dolorido y

la boca, en la que notaba el sabor agrio del whisky, tan seca como la tumba que yo mismo había estado cavando durante más de una hora.

Las balas no eran infecciones. No eran la peste ni ninguna de las otras cien enfermedades aproximadamente que los albas podían resistir. Al igual que cuando al final llegaba la vejez, contra una bala no había inmunidad que valiera. Y yo no quería morir. Tenía que seguir vivo para Marion. Hendrich me había convencido de que cada vez estábamos más cerca de encontrarla.

Al menos uno de ellos me había estado apuntando con el revólver en todo momento mientras cavaba. Y eso no cambió cuando me indicaron que saliera del agujero. Y durante todo ese tiempo sus dos caballos saddlebred oscuros habían estado pastando y hablando entre susurros.

—Veamos —dijo Joe cuando estuve fuera, asegurándome de no soltar la pala al salir. Me apoyé en ella como para descansar—, no te vamos a enterrar con tu dinero. Vacía los bolsillos y deja lo que tengas en el suelo.

Sabía que ése era el momento. El único que se me presentaría. Miré con curiosidad a los caballos, incitando a los dos hombres a que hicieran lo propio. Cuando la fría y dura mirada de Joe volvió a centrarse en mí, la pala giraba deprisa hacia su rostro. Joe cayó hacia atrás, medio inconsciente, y soltó el arma, que fue a parar al suelo con un golpe sordo.

—Mátalo —dijo como pudo.

Louis, el que yo consideraba un poco más cobarde, un poco más lento con el gatillo, abrió fuego mientras yo pugnaba por hacerme con el arma de Joe. El ruido resonó en el desierto y al mismo tiempo sentí un dolor en la espalda, cerca del hombro derecho. Pero tenía el arma de Joe y un brazo bueno, y me volví y le disparé a Louis en el cuello. Él disparó de nuevo, pero esta vez sólo acertó a la noche. Después descerrajé un par de tiros a Joe, y en la oscuridad vislumbré una sangre negra, brillante, y, a pesar del dolor que sentía, conseguí meterlos a patadas en la tumba que yo había cavado y cubrirla de tierra. Le di en la grupa a uno de los caballos, haciendo que saliera al galope, y me subí al otro.

Jamás había sentido un dolor igual, pero logré escapar y seguí avanzando y avanzando y avanzando por el desierto, salvando colinas y montañas secas y pasando por una gran cantera que en mi delirio se me antojó la negritud de

la muerte, que me llamaba como si fuese el río Estigia. Aguanté y el caballo siguió caminando en la noche hasta que llegué a Tucson, cuando el sol matutino derramaba lentamente su luz en el cielo, y encontré la posada Arizona, donde Agnes me limpió la herida con alcohol y yo mordí una toalla mojada para que no se oyeran mis gritos mientras ella me sacaba la bala de la carne con unas pinzas.

## *Los Ángeles, 1926*

La herida de bala estaba sanando, pero aún me dolía el hombro. Estaba en los Garden Court Apartments and Hotel, en Hollywood Boulevard, en el restaurante que tenían allí. Todo mármol, columnas y esplendor. Una mujer de aspecto cautivador, con los labios pintados de una tonalidad oscura y el rostro blanco, cadavérico, se hallaba sentada a una mesa no muy lejos, hablando con dos aduladores trajeados. Era Lillian Gish, la estrella de cine. La reconocí por *Las dos huérfanas*, una película ambientada en la Revolución francesa.

Por unos instantes, me quedé extasiado.

Durante el tiempo que pasé en Albuquerque, donde había estado los últimos ocho años, me había llegado a encantar el cine. El hecho de estar sentado solo en la oscuridad y olvidarte de quién eras, permitiéndote sentir lo que la película te decía que sintieras durante una hora aproximadamente.

—Por aquí han pasado todos —explicaba discretamente Hendrich mientras atacaba su fletán en salsa de gambas—. Gloria Swanson, Fairbanks, Fatty Arbuckle, Valentino. La semana pasada, sin ir más lejos, Chaplin estuvo sentado a esta mesa. En tu sitio. Sólo tomó sopa. Eso fue todo lo que comió: sopa. —Hendrich sonrió. No había odiado esa sonrisa hasta ese momento—. ¿Qué sucede, Tom? ¿Es la ternera? Puede que esté demasiado hecha.

—La ternera está bien.

—Ya. Entonces ¿es por lo que pasó en Arizona?

Casi me reí al oírlo.

—¿Qué otra cosa iba a ser? Tuve que matar a dos hombres.

—No digas nada ahora. Dudo que la señorita Gish quiera oír hablar de

esas cosas. Discreción, Tom, por favor.

—Bien, no veo por qué teníamos que hacer esto en el restaurante. Creía que tenías un apartamento arriba.

Parecía confuso.

—Me gusta el restaurante. Siempre es bueno estar rodeado de gente. ¿No te gusta estar rodeado de gente, Tom?

—Te diré lo que no me gusta...

Movió la mano en el aire como si me invitara a pasar por una puerta.

—Te lo ruego —replicó a continuación—. Dime lo que no te gusta. Si eso te hace feliz.

Me incliné hacia delante para hablar en voz baja.

—No me gusta huir de la escena de un crimen a caballo con una bala alojada en el hombro. Una *bala*. Y... y... —Estaba perdiendo empuje—. No quería hacerlo. No quería matarlos.

Hendrich suspiró con aire filosófico.

—¿Qué fue lo que dijo Samuel Johnson? «Aquel que se convierte en bestia se libera del dolor de ser hombre.» ¿Sabes lo que creo? Creo que te estás encontrando a ti mismo. Estabas perdido. Ni siquiera sabías quién o qué eras. Tu vida no tenía razón de ser. Vivías en la pobreza. Andabas por ahí mustio, quemándote para sentir algo. Y ahora, mira: tu vida tiene una razón de ser. —Esperó un instante o dos—. La salsa de gambas es sublime.

El camarero se acercó a servir más vino. Nos concentramos en la comida hasta que se retiró. Un piano empezó a sonar, y algunos comensales se retreparon en sus asientos para mirar al pianista unos instantes.

—Lo único que digo es que no me gustó. Esos hombres no se habrían unido nunca a la Sociedad. Deberías haberlo sabido. Deberías habérmelo dicho, Hendrich.

—Por favor, procura llamarme Cecil. Aquí me conocen como Cecil. Mi historia es que hice mi fortuna en San Francisco. Promotor inmobiliario. Ayudé a reconstruir la ciudad. Tras el terremoto. ¿No tengo cara de llamarme Cecil? Llámame Cecil. Creerán que soy Cecil B. DeMille, puedo convertirlos en estrellas. Puede que así tenga algo de acción... —De ahí pasó a otra cosa—. Me encanta esta ciudad. Ahora todo el mundo viene aquí. Todas esas

jovencitas procedentes de granjas de Dakota del Sur o de Oklahoma o de Europa. Aparentemente, esta ciudad siempre ha sido la misma. En la Edad de Hielo, los animales solían venir y quedarse atascados en los pozos de alquitrán, que parecían lagos resplandecientes, y el olor a carne atraía a otros animales, que a su vez quedaban atrapados en esa densa brea negra. En cualquier caso, soy un depredador de fiar. Creen que a mis setenta y ocho años ya no estoy para esos trotes. ¡Setenta y ocho! Imagínate. Cuando tenía setenta y ocho años andaba por Flandes follándome a todo lo que se movía. Era incorregible. La cantidad de proposiciones de matrimonio que hice. Era el Valentino de los Países Bajos...

Bebí un trago largo de vino.

—No puedo hacer esto, Hendrich. No puedo.

—Cecil, te lo ruego.

—Siento haber ido a ver al doctor Hutchinson. De verdad que lo siento. Pero quiero recuperar mi vida. Quiero volver a ser yo.

—Me temo que eso es, como suele decirse, imposible. El tiempo va hacia delante. Disponemos del lujo del tiempo, pero no podemos dar marcha atrás. No podemos detenerlo. Circulamos en sentido único, igual que todas esas efímeras. No puedes dejar la Sociedad, como tampoco puedes no nacer. Lo entiendes, ¿no, Tom? Y ¿qué me dices de tu hija, Tom? La encontraremos. Te lo aseguro.

—Pero no la habéis encontrado.

—Sí, Tom, no la hemos encontrado *aún*. Presiento que está ahí fuera, Tom. Sé que está ahí fuera. Está ahí, Tom.

No dije nada. Estaba enfadado, sí, pero como solía pasar con la ira, en realidad no era más que una proyección del miedo. La Sociedad no era nada: no tenía una presencia física en el mundo real, no había ninguna placa de piedra a la puerta de un edificio grandioso que anunciara su existencia. No era más que Hendrich y las personas que tenían fe en él. Y, sin embargo..., bastaba con Hendrich. Su talento. En efecto, quizá fuera ese talento el causante de que yo subiese de nuevo a bordo con tan sólo pronunciar las palabras adecuadas. Claro que quizá no fueran sólo las palabras. Quizá presintiese de verdad que mi hija estaba ahí fuera.

Pero entonces me vino una cosa a la cabeza.

—Si tienes tanto talento, ¿cómo es que no lo sabías? ¿Cómo es que no sabías que podrían haberme matado?

—No te mataron. Si te hubiesen matado, sí, habría cometido un terrible error. Pero lo cierto es que eres un superviviente, y yo lo sabía, y ha quedado demostrado. Es evidente que todos nosotros somos supervivientes. Pero tú..., no lo sé. Hay algo especial en ti. Tienes ganas de vivir. La mayoría de la gente que llega a tu edad tiene la sensación de que todo ha quedado atrás, pero, cuando te miro, veo sed, deseo de futuro. Por tu hija, sí, pero también por algo más. El gran desconocido.

—Pero ¿qué clase de vida es ésta? ¿Tener que cambiar de identidad cada ocho años?

—También tenías que cambiar antes. ¿Cuál es la diferencia?

—La diferencia es que podía decidir. Era mi vida.

Él sacudió la cabeza y sonrió con gravedad.

—No. Te batías en retirada. Te estabas escondiendo de la vida. Te estabas escondiendo, me atrevería a decir, de ti mismo.

—Pero para eso está la Sociedad, ¿no? Para esconderse.

—No, Tom, no. No has entendido nada. Míranos. En el centro del restaurante más famoso en una ciudad soleada que todo el mundo quiere visitar. No nos estamos escondiendo. No estamos escondidos en St. Albans sacando metal de una forja. El objetivo de la Sociedad es proporcionar una estructura, un sistema, que nos permita mejorar nuestra vida. De vez en cuando haces un favor, una pequeña labor de reclutamiento, y llevas una vida buena. Y así es como me das las gracias.

—Me acabo de pasar ocho años en una granja de Albuquerque con tan sólo tres vacas y unos cactus por toda compañía. Me da la impresión de que la Sociedad funciona mejor para unos que para otros.

Hendrich sacudió la cabeza.

—Tengo una carta para ti de Reginald Fisher. ¿Te acuerdas? ¿El hombre al que reclutaste en Chicago?

Me la dio y la leí. Era una carta larga. La línea que llamaba la atención era ésta, casi al final: «Habría traicionado a Dios para poner fin a mi vida si

no hubiera venido usted a verme, pero ahora me siento feliz, sabiendo que no soy un espécimen extraño de la humanidad, sino que formo parte de una familia».

—De acuerdo, Arizona fue un error, pero no todo lo ha sido. En las guerras se pierden vidas, pero eso no significa que no deban librarse nunca. Tenías un piano, Tom. ¿Lo tocabas?

—Cinco horas al día.

—Entonces ¿cuántos instrumentos tocas ya?

—Unos treinta.

—Impresionante.

—No tanto. La gente ya no quiere escuchar la mayoría de ellos. Es difícil interpretar a Gershwin con un laúd.

—Ya. —Hendrich se terminó lo que le quedaba del pescado y me miró con gravedad—. Eres un asesino, Tom. Sin la protección de la Sociedad, ahora mismo te encontrarías en una posición muy vulnerable. Nos necesitas. Pero no quiero que te quedes sólo por necesidad, Tom... Te escucho, de verdad que te escucho. Y nunca olvidaré a la gente cuya vida has salvado al traerla a la Sociedad. Así que, a partir de ahora, tendré un poco más en cuenta tus necesidades. Asignaré más recursos para dar con Marion. Tenemos gente nueva. En Londres, en Nueva York. Una persona en Escocia, otra en Viena. Los pondré a trabajar en ello. Y, naturalmente, financiaré esas necesidades. Te escucharé. Te ayudaré todo lo que pueda. Quiero que medres, Tom. Quiero que encuentres no sólo a Marion, sino también ese futuro que deseas...

Un grupo de cuatro hombres entró en la sala y los acompañaron hasta su mesa. Uno de ellos tenía el rostro más reconocible del planeta: era Charlie Chaplin. Al ver a Lillian Gish, fue a hablar con ella, la serena expresión interrumpida por alguna que otra sonrisilla nerviosa. Ella se reía elegantemente. Yo había respirado el mismo aire que Shakespeare y ahora estaba respirando el mismo aire que Chaplin. ¿Cómo podía ser desagradecido?

—Somos los hilos invisibles de la historia —me dijo Hendrich, como si me leyera el pensamiento. Chaplin vio que lo mirábamos y nos saludó

levantando un bombín invisible—. ¿Lo ves? Ya te lo he dicho. Le encanta este sitio. Debe de ser la sopa. Y ahora, dime, ¿qué quieres hacer con tu vida?

Pensé en la atención que estaba recibiendo Chaplin y no se me ocurrió una pesadilla peor. Luego, mientras seguía sopesando la cuestión, clavé la mirada en el pianista, con su esmoquin blanco, que cerraba los ojos y se dejaba llevar, nota tras nota, compás tras compás, inadvertido para todos salvo para mí.

—Eso —dije señalando al pianista—. Eso es lo que quiero hacer.

## *Londres, en la actualidad*

—Pero ¿por qué no pudo impedir la Sociedad de Naciones que Mussolini invadiera Abisinia?

Aamina está en primera fila. Seria, ceñuda, espabilada, con un lápiz en la mano. Lleva una camiseta en la que pone: «Copo de nieve orgulloso».

Estoy dando una clase sobre las causas de la Segunda Guerra Mundial; retrocedo desde 1939 e intento analizar los años treinta, hablando de la invasión de Abisinia —la actual Etiopía— por parte de Italia, en 1935, así como del ascenso al poder de Hitler en 1933, la guerra civil española y la Gran Depresión.

—La verdad es que lo intentaron, pero no con mucho entusiasmo. Italia fue castigada con sanciones económicas, pero no se obtuvieron muchos resultados. Sin embargo, la cuestión es que por aquel entonces muchas personas no eran conscientes del peligro al que se enfrentaban. Veréis, cuando se miran los acontecimientos que han sucedido en la historia, la perspectiva es de doble sentido: adelante y atrás. Pero en el momento el sentido es único: nadie sabía hacia dónde se dirigía el fascismo.

La clase va bien, y el dolor de cabeza que tengo es llevadero —creo que sirvió de ayuda hacer las paces con Camille—, pero quizá debido a ello digamos que he puesto el piloto automático: la verdad es que no pienso mucho lo que digo.

—No obstante, la noticia de Abisinia se consideró un auténtico punto de inflexión. Hizo que la gente se diera cuenta de que estaba pasando algo. No sólo con Alemania, sino también con Italia. Con el orden mundial. Recuerdo que estaba leyendo el periódico el día que Mussolini declaró la victoria y...

«Mierda.»

Paro.

Caigo en la cuenta de lo que he dicho.

Aamina, aguda como su lápiz, también se da cuenta.

—Lo ha dicho como si hubiera estado allí —apunta.

Un par de alumnos más asienten.

—No, no estaba allí, pero como si hubiera estado. Eso es lo que pasa con la historia, que uno la vive. Es otro presente...

Aamina pone cara de que el comentario le ha hecho gracia.

Continúo. Creo que he borrado mis huellas. Es un error minúsculo, pero es la clase de error que antes no cometía nunca.

Durante el descanso veo que Camille está charlando con alguien en el pasillo. Apoyada en una obra de arte de algún alumno inspirada en las favelas de Río, una obra llena de colorido, fauvista, de finales del siglo XIX.

Está hablando con Martin, el profesor de música que no tiene remedio. Martin lleva unos vaqueros negros y una camiseta negra. Luce barba y el pelo más largo que la mayoría de los profesores. No sé de qué estarán hablando, pero está haciendo reír a Camille. Siento un extraño malestar. Y cuando paso por delante, Martin me ve primero y me sonrío, como si yo le hiciera gracia.

—Hola, Tim. Pareces algo perdido. ¿No te dieron un mapa?

—Tom —corrijo.

—Perdona, tío, ¿qué?

—Me llamo Tom, no Tim. Tom.

—Ah, vale, tío. Casi acierto.

Camille me sonrío.

—¿Qué tal la clase? —se interesa, los ojos fijos en mí, como si fuera un detective. Un detective risueño, pero detective al fin y al cabo.

—Muy bien —contesto.

—Escucha, Tom, los jueves solemos ir al Coach and Horses a tomar algo. Quedamos a las siete. Martin, Isham, Sarah y yo... ¿Por qué no te apuntas? Díselo tú, Martin.

Éste se encoge de hombros.

—Es un país libre. Claro, tú mismo.

Naturalmente, la única respuesta posible es «no». Pero miro de reojo a Camille y me sorprende diciendo:

—Sí, vale. En el Coach and Horses a las siete. Suena bien.

## *Un interludio sobre el piano*

Iba de sitio en sitio y de época en época como una flecha inmune a la gravedad.

Durante un breve espacio de tiempo, las cosas ciertamente mejoraron.

El hombro se me curó.

Volví a Londres. Hendrich me colocó de pianista en un hotel londinense. La vida era buena. Tomaba cócteles y flirteaba con mujeres elegantes que lucían vestidos con pedrería y después me abandonaba a la noche para bailar al ritmo del jazz con *playboys* y jovencitas rebeldes. Era la época perfecta para mí, en la que se esperaba que las amistades y las relaciones fueran intensas y murieran empapadas en ginebra, entregadas al libertinaje y la disipación. Los felices años veinte. Así es como los llaman ahora, ¿no? Y ciertamente eran felices, en comparación con las épocas anteriores. Claro está que Londres había sido una ciudad ruidosa en épocas anteriores —la rugiente década de 1630, por ejemplo, o la alegre de 1750—, pero ésta era distinta. Por primera vez en la historia siempre había un sonido, en alguna parte de Londres, que no era del todo natural: el ruido de los motores de los coches, de las bandas sonoras de las películas, de las emisiones radiofónicas, el sonido de seres humanos extralimitándose.

Era la era del ruido, y de repente tocar un instrumento cobraba nueva importancia. Hacía que uno fuera el amo del universo. Entre la cacofonía fortuita de la vida moderna, ser capaz de tocar un instrumento, de dotar de sentido al ruido, podía convertirlo a uno en una suerte de dios durante un breve espacio de tiempo. Alguien que creaba. Que ponía orden. Que proporcionaba consuelo.

Disfruté del papel que interpreté durante ese tiempo. Daniel Honeywell,

nacido en Londres, pero que, desde la Gran Guerra, había estado tocando el piano para turistas de clase alta y emigrados en transatlánticos. Sin embargo, poco a poco se fue instalando la melancolía. Entonces pensé que era otro episodio de melancolía personal, la futilidad de querer a una mujer que había muerto hacía tanto tiempo. Aunque creo que también era el resultado de estar en sintonía con la época.

Quería hacer algo. Estaba harto de hacer cosas sólo para ayudarme a mí mismo. Quería hacer algo por la humanidad. Después de todo, era un ser humano, y me identificaba con otros seres humanos, no sólo con aquellos sobre los que pesaba la maldición —o habían recibido el regalo— de la hiperlongevidad. «El sentimiento de culpa del tiempo», así lo llamaba Agnes cuando hablé con ella al respecto. Fue a verme a Londres, hacia el final de mis ocho años allí. Por su parte, había estado viviendo en Montmartre. Tenía muchas historias que contar. Seguía siendo divertida.

—Siento miedo —le dije, sus pies descansando en mi estómago mientras fumábamos sendos cigarrillos en la cama de mi apartamento de Mayfair—. Tengo pesadillas constantemente.

—¿Has estado leyendo al señor Freud?

—No.

—Pues no lo hagas. Te hará sentir peor. Por lo visto, no tenemos el control sobre nosotros mismos. Nos guían las partes inconscientes de nuestra psique. La única verdad que podemos aspirar a averiguar sobre nosotros mismos reside en nuestros sueños. Dice que la mayoría de la gente no quiere ser libre porque la libertad implica responsabilidad, y a la mayoría de la gente le asusta la responsabilidad.

—Creo que es evidente que Freud no ha tenido que cambiar de identidad cada ocho años durante toda su vida.

Después nos embarcamos en lo que Agnes llamaba una «aventura»: una misión que Hendrich nos había encomendado por telegrama. Una misión que tendríamos que cumplir juntos. Fuimos en coche a Yorkshire. En la inhóspita campiña, en un lúgubre manicomio gótico llamado High Royds Hospital, habían encerrado a una mujer por contarle a la gente la verdad acerca de su trastorno. Nos la llevamos y la sacamos del recinto. Agnes les tapó la boca

con un pañuelo empapado en cloroformo a tres miembros del personal y después se vio obligada a hacerle lo mismo a la pobre Flora Brown, que, comprensiblemente, se asustó al ver aparecer a dos desconocidos con la cara cubierta con sendos pañuelos.

Sea como fuere, la sacamos de allí y conseguimos escapar con facilidad y, por alguna razón —¿vergüenza del hospital?, ¿falta absoluta de atención a los pacientes?, ¿imposibilidad por parte de las autoridades del lugar de comprobar los antecedentes?—, el incidente no llegó a la prensa. De haber sido así, no nos habría pasado nada, Hendrich se habría ocupado de ello, pero no sucedió, y eso es algo que a mí siempre me resultó tremendamente triste.

En cualquier caso, Flora era joven. Sólo tenía ochenta años y aparentaba diecisiete o dieciocho. Cuando la encontramos era una criatura herida y perpleja que tartamudeaba, pero la Sociedad la salvó; la salvó de verdad, como salvó a muchos otros. Pensaba sinceramente que estaba loca, y descubrir que no era así hizo que llorara de alivio. Se fue a Australia con Agnes y empezó una nueva vida. Después se trasladó a América y empezó otra. Pero la cuestión era que la Sociedad lo estaba haciendo bien. Había salvado a personas: Flora Brown, Reginald Fisher. Y muchas muchas más. Y quizá también a mí. Me di cuenta de que Hendrich tenía razón. Había un sentido y una razón de ser en todo eso. Es posible que no siempre creyera en él, pero —la mayor parte del tiempo— creía en su obra.

No quería volver a Londres. Le dije a Hendrich por telegrama que había acordado con mis jefes de Ciro's que trabajaría en el otro restaurante, el que tenían en un hotel de París. Así que me fui a vivir a Montmartre, al apartamento donde antes vivía Agnes. Yo era su hermano. Coincidimos durante un breve espacio de tiempo. Lo menciono porque mantuvimos una conversación muy interesante. Me dijo que, a medida que íbamos envejeciendo, en torno al medio milenio, los albas desarrollaban una gran intuición.

—¿Qué clase de intuición?

—Es increíble. Como un tercer ojo. La percepción del tiempo se vuelve

tan profunda que uno puede verlo todo en un único momento. Puede ver el pasado y el futuro. Es como si todo se detuviera y, durante ese instante, uno sabe cómo va a ser todo.

—¿Y eso es bueno? Suena terrorífico.

—No es ni bueno ni terrorífico. Sencillamente, es. Es una sensación increíblemente poderosa, ni buena ni mala, donde todo se ve con claridad.

La conversación se me quedó grabada mucho después de que se fuera. Deseaba alcanzar esa claridad en un momento en que apenas entendía el presente, menos aún el futuro.

Acabé instalándome en Montparnasse y escribiendo un montón de poesía. Una vez escribí un poema en el cementerio, apoyado en la lápida de Baudelaire, y tocaba el piano cada noche y entablaba amistades superficiales con poetas y pintores y artistas, unas amistades que a menudo duraban tan sólo una noche.

La música era mi ancla. Además de en *Ciro's*, a veces trabajaba en un club de jazz llamado *Les Années Folles*. Ya llevaba tres décadas tocando el piano casi continuamente, y había acabado siendo algo natural para mí. El piano podía transmitir muchas cosas: tristeza, felicidad, dicha demencial, pesar, dolor. En ocasiones, todas esas cosas a la vez.

Establecí una rutina: empezaba el día con un *Gauloises* e iba a *Le Dôme Café*, en el boulevard du Montparnasse, a tomar un pastelito (normalmente salía del apartamento a eso de mediodía). A veces tomaba café; más a menudo, coñac. El alcohol pasó a ser algo más que alcohol. Me daba sensación de libertad. Beber vino y coñac casi era un deber moral. Y bebía y bebía y bebía, hasta que casi llegué a convencerme de que era feliz.

Sin embargo, presentía que la balanza estaba desequilibrada. Parecían unos años desquiciados. Había demasiada decadencia. Demasiada intensidad. Demasiados cambios. Demasiada felicidad y demasiado sufrimiento a la vez. Demasiada riqueza y demasiada pobreza. El mundo se estaba volviendo más rápido y más ruidoso, y los sistemas sociales, tan caóticos y fragmentados como la música de jazz. Así que en algunas partes latía un deseo de sencillez, de orden, de cabezas de turco y líderes matones, de que las naciones fuesen como las religiones o las sectas. Sucedió de vez en cuando.

En la década de 1930 daba la impresión de que la historia de la humanidad estaba en juego. Como ocurre a menudo hoy en día. Demasiadas personas querían encontrar una respuesta sencilla a preguntas complicadas. Era una época peligrosa para ser humano. Para sentir, pensar o preocuparse. De manera que, después de París, dejé de tocar el piano. Y no volví a tocarlo. El piano me había dejado exhausto. A menudo me preguntaba si lo volvería a tocar. Y no sé si lo habría hecho de no haberme visto sentado junto a Camille cuando se presentó la oportunidad.

## *Londres, en la actualidad*

—Me gusta lo de antes —dice Martin, asintiendo como para corroborar su sabiduría antes de beber un trago de cerveza—. Hendrix, sobre todo, pero también Dylan, The Doors, los Stones. Cosas de antes de que nacióramos, vamos. Antes de que todo acabara siendo comercial.

No me cae bien Martin. Lo bueno de haber vivido cuatrocientos años es que se puede calar a alguien bastante deprisa. Y todas las épocas están llenas de tipos como Martin, y todos son gilipollas. Recuerdo a un Martin llamado Richard que solía plantarse junto al escenario del Minerva Inn, en Plymouth, en la década de 1760, sacudiendo la cabeza con todo lo que yo tocaba, susurrando a la pobre prostituta que tenía sentada en las rodillas que yo tenía un gusto musical pésimo, o diciendo a voz en grito el título de una balada mejor que la que yo estaba tocando.

Sea como fuere, aquí estamos, sentados alrededor de una mesa del Coach and Horses. La mesa es pequeña, de madera oscura, tiene el color y el tacto de la parte trasera de un laúd y en ella caben a duras penas las bebidas, las patatas fritas y los cacahuetes que nos han servido. El ambiente del pub es tranquilo y civilizado, aunque puede que me lo parezca porque ahora tengo en mente el agujero ruidoso y pestilente que era el Minerva Inn.

—A mí también —coincide Isham—. Claro que a todos los profesores de geología les gusta el rock de antes.

Todo el mundo alza los ojos tras el amago de chiste\* de Isham, hasta el propio Isham.

—Pero también algo del hip-hop de los ochenta —tiene que añadir Martin —: De La Soul, A Tribe Called Quest, PE, NWA, KRS-One...

—¿Algo moderno? —le pregunta Camille.

Martin le mira de reojo el pecho una milésima de segundo y después la mira a los ojos.

—La verdad es que no. Nadie que te suene.

—Es posible. Después de todo, soy francesa. Y en Francia no tenemos música. Nada de nada. —El sutil sarcasmo se pierde, o quizá él no la haya oído, pero a mí me gusta.

—A ver —dice Martin—, ¿a ti qué te gusta?

—Creo que mis gustos son muy eclécticos: Beyoncé, Leonard Cohen, Johnny Cash, Bowie, algo de Jacques Brel. Pero *Thriller* es el mejor álbum de todos los tiempos. Y *Billie Jean*, la mejor canción pop de la historia.

—¿*Billie Jean*? —repito—. Es genial.

Martin se vuelve hacia mí.

—¿Y a ti? ¿Te gusta la música?

—Un poco.

Abre mucho los ojos, a la espera de que me explique.

—¿Tocas algún instrumento? —me pregunta Camille frunciendo el ceño, como si la pregunta tuviese más miga de lo que parece.

Me encojo de hombros. Sería fácil mentir, pero la verdad se me escapa:

—Un poco la guitarra, un poco el piano...

—¿El piano? —Camille abre los ojos de par en par.

Sarah, la profesora de gimnasia, que lleva una holgada camiseta de rugby de un equipo galés, señala el rincón de la sala.

—Ahí hay un piano, ¿sabes? Dejan que la gente lo toque.

Me quedo mirando el piano. Me he estado esforzando tanto para actuar como si fuera una efímera normal y corriente que ni siquiera lo he visto al entrar.

—Ah, sí, puedes aporrearlo si quieres —anima el camarero, un veinteañero larguirucho con una barbita raquílica que está recogiendo nuestros vasos.

Empieza a entrarme el pánico, igual que le entraría a alguien al que le ofrecen una droga que le costó dejar.

—No, mejor no.

Martin, que se huele lo incómodo que me siento con Camille delante, va

un poco más allá:

—Vamos, Tom. Yo probé el otro jueves. Prueba tú.

Camille, comprensiva, tercia:

—No es obligatorio. No es un ritual de iniciación. No tiene que hacerlo si no quiere.

—Es que hace bastante que no toco —me sorprendo aduciendo.

No quiero que me compadezca, así que quizá ése sea el motivo por el que me levanto y me acerco al arañado y sobado piano vertical, pasando por delante de las únicas personas, aparte de nosotros, que hay en el local: tres amigos canosos que miran sus pintas de cerveza a la mitad con el pesar mudo, intemporal, de los ancianos.

Me siento en el taburete y la sala se sume en un silencio expectante. Bueno, a excepción de las risitas acompañadas de resoplidos de Martin.

Me quedo mirando las teclas. No toco el piano desde París. No en condiciones. Ésa fue la mejor parte de hace un siglo. El piano tenía algo especial, en comparación con la guitarra. Te exigía más. Exigía demasiada emoción.

No sé qué tocar.

Me remango.

Cierro los ojos.

Nada.

Toco lo primero que se me viene a la cabeza.

*Greensleeves*.

Estoy en un pub de East London tocando *Greensleeves* al piano. La risa de Martin resuena en mi cabeza, poniéndome nervioso, pero continúo. *Greensleeves* se funde con *Bajo el verdor del bosque*, que hace que añore a Marion, así que paso a un poco de Liszt: *Liebesträume n.º 3*. Y cuando llego a *The Man I Love*, de Gershwin, Martin ya no se ríe, y yo me he metido de lleno en la música. Me siento exactamente como solía sentirme tocando en París, en *Ciro's*. Recuerdo, en suma, de lo que es capaz el piano.

Pero entonces afloran otros recuerdos, y la cabeza empieza a dolerme cuando mi cerebro sufre una especie de calambre emocional.

Cuando finalmente me detengo, me vuelvo para mirar al grupo. Está

boquiabierto. Camille inicia una pequeña ronda de aplausos, a la que se suman incluso los tres ancianos y los camareros.

Martin farfulla la palabra *Greensleeves*. Isham me dice:

—Ha sido increíble.

Sarah le dice a Martin:

—Puede que te quedes sin trabajo.

Martin le dice a Sarah que se vaya a la mierda.

Vuelvo a sentarme junto a Camille.

—Cuando has tocado he vuelto a tener esa sensación. De que te he visto tocar antes. Ha sido como un *déjà vu* o algo por el estilo.

Me limito a encogerme de hombros.

—Bueno, dicen que los *déjà vu* son reales.

—Un síntoma de esquizofrenia —apunta Martin.

—Pero, de verdad —dice Camille, tocándome el dorso de la mano y retirando la suya antes de que alguien lo vea—, ha sido alucinante, *si merveilleux*.

Y me asalta una breve pero intensa oleada de deseo. Hace siglos que no deseo de verdad a otro ser humano, pero cuando miro a Camille, cuando oigo su voz suave, fuerte, cuando veo las delicadas arrugas de sus ojos, cuando siento la piel de su mano contra mi piel, cuando le miro la boca, me planteo cómo sería estar con ella, perderme con ella, decirle al oído cosas que anhelo, devorar y ser devorado. Despertar en la misma cama y hablar y reír y compartir con ella un silencio cómodo. Prepararle el desayuno: tostadas, mermelada de grosella, zumo de pomelo rosa, quizá un poco de sandía. Troceada. En un plato. Ella sonreiría, y me la imagino, esa sonrisa, y me atrevería a ser feliz con otro ser humano.

«Esto es lo que pasa por tocar el piano.

»Éste es el peligro que supone.

»Te humaniza.»

—¿Tom? —dice, devolviéndome al presente—. ¿Te apetece otra?

—No, gracias —respondo, violento, como si fuese un libro abierto con todos los secretos escritos en la página para que todo el mundo los vea—. Creo que he bebido bastante.

Isham saca el teléfono.

—¿Queréis ver la eco? —pregunta—. Es en 3D.

—Oooh —contesta Camille—. Yo sí.

Isham y su mujer van a tener un hijo. Nos apiñamos alrededor de la emotiva imagen por ultrasonidos. Me acuerdo de cuando se habló por primera vez del concepto del ultrasonido, en la década de 1950. Incluso hoy en día parece cosa del futuro. Aunque es un futuro extraño, que te hace ver a un ser humano en ciernes como la criatura delicada, primitiva, como de arcilla, que es. Como ver una escultura a medio hacer, que necesita definición.

Me doy cuenta, durante un segundo, de que Camille me mira la cicatriz del brazo. Me bajo las mangas cohibido.

—Todavía no sabemos el sexo. Zoë quiere que sea una sorpresa.

Se le han saltado las lágrimas.

—Yo diría que es niño —aventura Martin, señalando la pantalla.

—Eso no es el pene —corrige Isham.

Martin se encoge de hombros.

—Sí que lo es.

Miro fijamente la pantalla, y recuerdo lo que sentí cuando Rose me dijo que estaba embarazada. Me pregunto qué le habrían parecido a Rose los sonogramas. Y si habría querido saber el sexo. Y me retrepo en mi asiento y ya no digo gran cosa. Me invade el sentimiento de culpa. Por desear a alguien que no es Rose.

Ridículo.

Y vuelvo a dejarme llevar, olvidando el dolor de cabeza que tengo, olvidando que estamos en el Coach and Horses e imaginando que es el Boar's Head, en Eastcheap, y que podría salir a la noche y regresar a casa por las callejuelas oscuras con Rose y Marion y una versión de mí que abandoné hace siglos.

## *Londres, 1607-1616*

En 1607 yo tenía veintiséis años.

Evidentemente, no aparentaba esa edad, pero sí parecía un poco más mayor que cuando trabajaba en Bankside. La primera vez que fui consciente de que era distinto pensé que todo estaba perdido, pensé que mi cuerpo se había quedado atrapado en el tiempo, pero después, despacio, muy despacio, pasaron cosas. Por ejemplo, el pelo. En la entrepierna, el pecho, las axilas y la cara tenía más pelo que antes. La voz, que me cambió a los doce años, se volvió más grave aún. La espalda se me ensanchó un tanto. A mis brazos les resultaba más fácil cargar con el agua del pozo para lavar. Pasé a controlar más mis erecciones. Y mi rostro, según Rose, se parecía más al de un hombre. Empezaba a parecerme tanto a un hombre que Rose sugirió que nos casásemos, y así lo hicimos, en una pequeña boda sin padres, con Grace como testigo.

Grace también estaba casada ahora. Se había prometido felizmente con alguien que era justo lo contrario a ella —un aprendiz de zapatero llamado Walter, tímido, temeroso de Dios, de mejillas sonrosadas— a los diecisiete años, y ahora vivía con él en una casita en Stepney.

Después de casarnos, Rose y yo también nos mudamos. El motivo era muy sencillo: cuanto más nos quedáramos en un sitio, mayor sería el peligro que correríamos. La idea de Rose era que nos fuésemos más lejos de la ciudad, a una de las aldeas, pero yo sabía que eso podía ser arriesgado, así que sugerí que hiciéramos exactamente lo contrario: sugerí que nos fuésemos a vivir intramuros, donde pudiéramos refugiarnos entre la muchedumbre, de manera que nos instalamos en Eastcheap, y durante un tiempo la vida fue buena.

Sí, estábamos rodeados de podredumbre, ratas y miseria, pero nos teníamos el uno al otro. El problema era, cómo no, que, aunque yo estaba envejeciendo, no lo hacía a la misma velocidad que Rose, que ahora tenía veintisiete años y los aparentaba, mientras que yo poco a poco empezaba a parecer lo bastante joven para ser su hijo.

A la gente le decía que tenía dieciocho años, una mentira que colaba por los pelos, al menos en el Boar's Head Inn, donde había empezado a tocar casi todas las noches de la semana, pero cuando Rose fue a verme para decirme que no sangraba y que creía que estaba embarazada, yo ya tenía la sensación de que la estaba poniendo en peligro. Sea como fuere, era cierto, y yo no sabía si la noticia era maravillosa o devastadora. Estaba embarazada. Apenas teníamos dinero para comer nosotros dos, y ahora habría una tercera boca que alimentar.

Naturalmente había otras preocupaciones. Me preocupaba que a Rose pudiera pasarle algo. Después de todo, había oído hablar de tantas mujeres que morían en el parto que daba la impresión de que era de lo más habitual. De manera que mantenía las ventanas cerradas para que no entrara frío, y pedía a Dios que la protegiera.

Y, por una vez en mi vida, no pasó nada malo.

Lo que pasó fue esto: tuvimos una hija. La llamamos Marion.

La sostenía en brazos cuando aún iba envuelta en pañales, y solía cantarle en francés para tranquilizarla cuando lloraba, cosa que, por lo general, funcionaba.

Mi amor por ella fue inmediato. Claro está que la mayoría de los padres quieren a sus hijos de inmediato, pero lo menciono aquí porque me sigue pareciendo algo extraordinario. ¿Dónde estaba ese amor antes? ¿De dónde salía? Esa forma de aparecer de repente, de manera total y absoluta, tan repentino como el dolor pero al contrario, es una de las maravillas de ser humano.

Sin embargo, era pequeña. Es evidente que, por regla general, los bebés son pequeños y delicados, pero por aquel entonces la delicadeza era una cualidad añadida.

—¿Sobrevivirá, Tom? —solía preguntar Rose cuando Marion estaba

dormida y la observábamos, buscando el consuelo de su respiración—. Dios no se la llevará, ¿verdad?

—No. Está sana como una manzana —solía responder yo.

A Rose la obsesionaba el recuerdo de Nat y Rowland, sus hermanos fallecidos. Cada vez que Marion tosía —o hacía algún ruido que pudiese interpretarse vagamente como una tos—, Rose palidecía y afirmaba: «Así es como empezó Rowland».

Por la noche contemplaba las estrellas, sin saber muy bien por qué lo hacía, pero con la convicción de que nuestro destino —y el destino de Marion — estaba escrito en ellas.

Toda esa angustia pasó factura a Rose, que se volvió muy callada y retraída los meses que siguieron. Estaba pálida y cansada, y no paraba de culparse de ser una mala madre, cosa que no era. Ahora me pregunto si no debía de sufrir una depresión posparto. Siempre estaba en pie antes de que hubiera luz, y era más religiosa de lo que había sido nunca, rezaba incluso cuando sostenía en brazos a Marion. Perdió el apetito, apenas comía más que unas cucharadas de potaje al día. Ya no trabajaba ni vendía fruta en el mercado, puesto que Marion la acaparaba, y creo que echaba de menos la compañía y la animación de cuando lo hacía, así que yo animaba a Grace a que fuera a verla, cosa que hacía de cuando en cuando, y le llevaba ropita para la niña o ungüentos tranquilizantes de la botica, además de su humor campechano.

Teníamos unos vecinos encantadores, Ezekiel y Holwice, que habían tenido nueve hijos, de los que habían sobrevivido cinco, de manera que Holwice —que aunque tenía cincuenta años trabajaba abatanando lana en el molino de agua— tenía muchos consejos que dar sobre el cuidado de los niños. Las cosas de siempre: abrir las ventanas para ahuyentar a los malos espíritus, nada de baños, una gota de leche materna y solución de agua de rosas en la frente del niño para que se durmiera.

Sin embargo, Rose creía que toda clase de cosas podían poner en peligro a la pequeña Marion (que seguía siendo pequeña, lo cual no hacía sino aumentar su preocupación). Se enfadaba consigo misma, o conmigo, por ejemplo, si alguno de los dos nos rascábamos la cabeza.

—Es una mala costumbre, Tom. Podría hacerla enfermar.

—Estoy seguro de que no.

—Para, Tom. Para. Y no eructes delante de ella.

—No sabía que eructaba delante de ella.

—Y límpiame la boca cuando hayas bebido cerveza. Y no hagas ruido cuando entres en casa por la noche. Siempre la despiertas.

—Lo siento.

En otras ocasiones, cuando Marion dormía, Rose rompía a llorar sin motivo aparente y me pedía que la abrazara, cosa que yo hacía. A menudo, cuando volvía tras haber estado tocando esa noche, la oía llorar al cruzar la puerta.

De todas formas, no sé por qué pienso tanto en eso. Sólo fue cuestión de meses, y Rose volvió a ser la que era cuando acabó el verano. Supongo que lo cuento porque no hizo sino acrecentar mi sentimiento de culpa. En el fondo, sabía que yo formaba parte de la carga. De nosotros dos, Rose siempre había sido el elemento fuerte, el que organizaba y tenía iniciativa, el que siempre sabía lo que era mejor para los dos. Y era evidente que, gracias a esa fuerza, Rose se había casado conmigo sabiendo todo lo que sabía.

Sin embargo, al no sentirse bien, la asaltaron las dudas. Aunque Marion sobreviviera a la infancia, y a la niñez, después ¿qué? ¿Qué pasaría cuando pareciese mayor que su padre? Los dos sabíamos que las preguntas se multiplicarían como conejos.

También yo tenía una preocupación nueva: si a Rose le inquietaba que Marion pudiera morir o, si no, que me adelantara, a mí me preocupaba en igual medida que no lo hiciese. Es decir, me preocupaba que fuera como yo. Me preocupaba que no fuera normal. Que al cumplir los trece años dejara de envejecer. Me preocupaba que Marion pudiera enfrentarse a los mismos problemas —o peores incluso—, ya que sabía (ya lo creo que lo sabía) que las mujeres eran las que debían morir en el fondo de un río para demostrar su inocencia.

Por la noche no podía dormir, por mucha cerveza que hubiese bebido (y la cantidad aumentaba de día en día). No paraba de pensar en Manning, que seguía vivo; probablemente aún estuviera en Londres. Aunque nunca nos

topamos con él, a menudo notaba su presencia. A veces imaginaba que podía sentir su proximidad, como si su espíritu maligno se hallara en las sombras o en los pozos negros o en la única manecilla del reloj de una iglesia.

La superstición iba en aumento en todas partes. A veces a la gente le gusta ver la vida humana como una línea que por regla general asciende con suavidad hacia el progreso, el conocimiento y la tolerancia, pero debo decir que yo nunca he tenido esa experiencia. Ni en este siglo ni en aquél. La subida del rey Jacobo al trono dio rienda suelta a la superstición. El rey Jacobo, que no sólo escribió *Demonología*, sino que además pidió a traductores puritanos que rehicieran la Biblia, fomentó la intolerancia.

La lección que nos enseña la historia es que la ignorancia y la superstición son dos cosas que pueden arraigar prácticamente en cualquiera, en cualquier momento. Y lo que comienza siendo una duda en una cabeza puede pasar a ser rápidamente una acción en el mundo.

De manera que nuestros miedos fueron en aumento. Una noche, en el Boar's Head se entabló una pelea cuando un grupo de hombres se volvió contra uno de los suyos y lo acusó de adorar al diablo. Otra noche acabé hablando con un carnicero que se negaba a aceptar carne de cerdo de cierto granjero porque creía que todos sus cerdos eran «espíritus malignos» y su carne podía corromper el alma. No aportó ninguna prueba de lo que decía, pero lo creía tan a pies juntillas que me hizo recordar el caso de un cerdo en Suffolk que fue procesado y murió en la hoguera porque se creía que era un demonio.

No fuimos nunca al Globe a ver *Macbeth* por razones evidentes, pero no fue ninguna coincidencia que esa tragedia sobre política y maldad sobrenatural fuese el espectáculo más popular y más comentado del momento. Me pregunto, ahora, si Shakespeare habría sido tan bondadoso conmigo. Y si en ese nuevo entorno creía que la muerte de Henry Hemmings estaba justificada. Pero también tenía preocupaciones más concretas.

Al final de nuestra calle había un hombre, un tipo bien vestido, que leía en voz alta diálogos pronunciados con rotundidad de *Demonología*, además de fragmentos de la Biblia del rey Jacobo. Además, cuando Marion cumplió los cuatro años, incluso nuestros buenos vecinos, Ezekiel y Holwice,

empezaron a mirarme raro. No sé si era porque se habían dado cuenta de que no envejecía o más bien porque la diferencia de edad entre Rose y yo empezaba a resultar notable. Parecía diez años más mayor que yo.

Y aunque no volvimos a ver a Manning, sí oí su nombre. Una vez, en la calle, una mujer a la que no había visto nunca se me acercó y me hundió un dedo en el pecho.

—El señor Manning me habló de vos. Le habló a todo el mundo de vos... Dicen que tenéis una hija. Deberían haberla ahogado al nacer, por si las moscas.

En otra ocasión, cuando Rose salió sola con Marion le escupieron, por vivir con «el hechicero».

Marion, que ya era una niña, se daba cuenta de esas cosas. Era inteligente y sensible, y daba la impresión de que la rodeaba un halo de tristeza gran parte del tiempo. Después de ese incidente lloró. Y se quedaba muy callada si nos oía hablar a nosotros, aunque lo hiciéramos en voz baja, de nuestras preocupaciones.

Poco a poco, y por ella, empezamos a cambiar nuestros hábitos. Nos aseguramos deliberadamente de no estar fuera de casa juntos. Tratábamos de zanjar las preguntas cuando surgían. Y lo conseguíamos.

Marion, al ser mujer y no formar parte de la nobleza, no fue a la escuela. Sin embargo, nos parecía importante que supiera leer, que fuera capaz de enriquecer su espíritu y que contara con algún lugar en sus pensamientos donde pudiera esconderse. Por aquel entonces, leer era algo poco común, pero yo había aprendido a hacerlo. Y, como me había criado con una madre que sabía leer (aunque lo hiciera en francés), no veía nada raro en la idea de que una niña leyera.

Resultó ser una lectora muy buena y sumamente curiosa. Sólo teníamos dos libros, pero los adoraba. Con seis años leía *La reina de las hadas*, de Edmund Spenser, y a los ocho citaba a Michel de Montaigne: yo tenía una traducción al inglés de sus ensayos que había adquirido años antes en el mercado que se celebraba los miércoles en Southwark. El libro estaba en mal estado —las páginas separadas del lomo—, y lo había comprado por dos peniques. Marion veía, por ejemplo, que su madre me tocaba la mano y

decía: «Si hay tal cosa como un buen matrimonio es porque se asemeja a la amistad en lugar de al amor». O cuando le preguntábamos por qué estaba tan triste, comentaba: «Mi vida ha estado llena de terribles desgracias, la mayoría de las cuales nunca sucedieron».

—Montaigne, ¿no?

Y ella asentía levemente.

—Yo no cito a otros más que para expresar mejor mi pensamiento —decía, y yo presentía que era otra cita.

Un buen día, leyó otra cosa.

A veces salía fuera sola por la mañana a jugar, y un día entró cuando yo estaba aprendiendo a tocar una canción nueva con el laúd —*I Saw My Lady Weepe*, de John Dowland—, y a juzgar por su expresión se diría que alguien le había dado un bofetón en la cara.

—¿Qué sucede, cariño?

Parecía sin aliento, y tardó un instante en contestar. Me miraba con el ceño fruncido, con una gravedad y una seriedad impropias de su edad.

—¿Sois Satán, padre?

Me reí.

—Sólo por la mañana.

Ella no estaba para bromas, así que me apresuré a añadir:

—No, Marion. ¿Por qué preguntas tal cosa?

Entonces me lo enseñó.

Alguien había grabado en nuestra puerta: SATÁN VIVE AQUÍ. Era espantoso ver algo así, pero más aún saber que Marion también lo había visto.

Y cuando lo vio, Rose supo sin lugar a dudas lo que había que hacer.

—Tenemos que irnos de Londres.

—Pero ¿adónde vamos a ir?

En opinión de Rose, eso era algo secundario. Estaba decidida.

—Tenemos que empezar de nuevo.

—Para hacer ¿qué?

Señaló el laúd, que estaba apoyado junto a la puerta.

—A las gentes les gusta la música en otras partes.

Clavé la vista en el laúd. En la oscuridad de los pequeños orificios que se abrían entre los sinuosos ornamentos de la madera. Imaginé, absurdamente, que allí dentro había un mundo. En las profundidades del laúd. Donde una versión en miniatura de nosotros mismos podía vivir, a salvo, invisible e ilesa.

## *Londres, en la actualidad*

He llevado mi laúd a tercero. Lo tengo en mis manos, apoyado en la mesa.

—Este instrumento se hizo a mano hace más de cuatrocientos años, en Francia. Su diseño es algo más intrincado que el de los laúdes ingleses de ese período.

—Entonces ¿así es como eran las guitarras antiguamente? —pregunta Danielle.

—Técnicamente, los laúdes no son guitarras. Está claro que son primos hermanos, pero el laúd tiene un sonido más claro. Mirad su forma: es como una lágrima. Y mirad lo profundo que es. Mirad la parte trasera. Se llama caja. Las cuerdas son de tripa de oveja. Le proporcionan un sonido perfecto, muy preciso.

Danielle pone cara de asco.

—Hace mucho tiempo éste era el instrumento por antonomasia. Era el teclado y la guitarra eléctrica en uno. Hasta la reina tenía uno. Pero tocar en público se consideraba un tanto vulgar, así que por regla general se dejaba a las clases bajas. —Toco unas notas. Los primeros compases de *Flow My Tears*. No parecen muy impresionados—. Ésta era una gran canción, por aquel entonces.

—¿Era de los años ochenta? —pregunta Marcus, el chico del reloj de oro y el peinado complicado que se sienta junto a Anton.

—No, de un poco antes.

Pero eso me hace recordar algo.

Empiezo a tocar un acorde —mi menor— y continúo dando toquecitos cortos antes de cambiar a la menor.

—Conozco esa canción —afirma Danielle—. A mi madre le encanta.

Anton sonríe y asiente. Después empiezo a cantar *Billie Jean* en un falsete un tanto ridículo.

Ahora la clase se ríe. Algunos cantan conmigo.

Y, con el alboroto, Camille y su clase de primero, que se disponen a salir para recibir la clase de francés en el campo de juego, se paran a mirarme. Camille abre la puerta para escuchar.

Da palmadas al ritmo de la música desde el otro lado del cristal. Sonríe, cierra los ojos y canta el estribillo.

Luego abre los ojos y me mira, y yo me siento felizmente aterrorizado o terriblemente feliz, y ahora incluso Daphne ha salido al pasillo, así que dejo de tocar. Y los chicos lanzan un gemido colectivo. Y Daphne dice:

—Por mí, no pares. En Oakfield siempre hay tiempo para una interpretación al laud de Michael Jackson. Me encanta esa canción.

—A mí también —coincide Camille.

Pero eso, claro está, ya lo sé.

## *Canterbury, 1616-1617*

Canterbury fue el lugar donde muchos hugonotes franceses, personas como mi madre y yo, se asentaron. De hecho, fue el duque de Rochefort quien le recomendó a mi madre que se trasladara allí o a Londres, aduciendo que Canterbury —un «lugar piadoso»— acogía de buen grado a forasteros que buscaban refugio. Mi madre pasó por alto el consejo y buscó la tranquilidad de Suffolk, confundiendo, un error fatal, tranquilidad con seguridad. Sin embargo, yo no olvidé ese consejo.

De manera que nos trasladamos a Canterbury.

Logramos encontrar una casita acogedora y cómoda, cuyo arriendo era inferior al que pagábamos en Londres. Nos impresionaron la catedral y el aire puro, pero otras cosas nos dieron quebraderos de cabeza. Entre ellas, el trabajo.

Allí nadie pagaba para que hubiese músicos en las tabernas, y tampoco había trabajo en el teatro. Recurrí a tocar en la calle, que sólo estaba concurrida los días en que las gentes se reunían ante la horca, en la plaza del mercado.

Después, cuando el dinero empezó a escasear (al cabo de dos semanas), Rose y Marion, que ahora tenía nueve años, se pusieron a trabajar vendiendo flores. Marion era una niña extraordinariamente dotada para la música que citaba a Montaigne. Solía hablarle en francés, y ella aprendió la lengua, aunque Rose no estaba muy segura a este respecto, como si la educación pudiera ser otra cosa que la separase de las masas y señalara su diferencia.

A veces Marion caminaba en círculos por la habitación, absorta en su propio mundo, tarareando canciones en voz queda o chascando la lengua para divertirse. Con frecuencia, parecía estar en otra parte y miraba por la ventana

con anhelo. A veces una preocupación invisible que se negaba a compartir conmigo le fruncía la frente. Me recordaba mucho a su abuela. La sensibilidad y la inteligencia y la musicalidad. El misterio. Prefería tocar la flauta (una flauta irlandesa que compramos por dos peniques en el mercado) al laúd. Le gustaba la música «hecha con la respiración, no con los dedos».

Tocaba la flauta en la calle. Tocaba mientras caminaba. Recuerdo, sobre todo, una magnífica mañana de sábado —con el sol iluminando el mundo— en que Marion y yo fuimos al centro al zapatero, para que remendara los zapatos de Rose. Mientras yo hablaba con el zapatero, Marion se quedó fuera tocando *Bajo el verdor del bosque* con la flauta.

Instantes después entró corriendo, sosteniendo en alto un reluciente penique de plata, resplandeciente como el día. Tenía en la cara una sonrisa ancha, poco habitual en ella. No la había visto nunca tan feliz.

—Me lo ha dado una señora. Guardaré esta moneda y nos dará suerte, padre, ya veréis.

Sin embargo, nuestra suerte no duró mucho.

Al día siguiente íbamos por la calle juntos, en familia, camino de la iglesia, cuando un grupo de adolescentes empezó a burlarse de nosotros.

Se reían de que Rose y yo fuésemos cogidos de la mano, así que dejamos de hacerlo y nos miramos, avergonzados de que nos diese vergüenza.

Después nuestro casero, un viejo gruñón con cara de tejón llamado señor Flint, empezó a hacer preguntas cada vez que iba a recoger el dinero del arriendo.

«¿Sois su hijo o...?»

«Conque su hija habla francés, ¿no?»

Y, triste e inevitablemente, a partir de ahí todo empezó a ir cuesta abajo. También en ese lugar cobraron vida los chismorreos. Empezamos a vivir en un mundo de cuchicheos y miradas descaradas y desprecios. Era fácil pensar que incluso cuando los estorninos piaban hablaban de nosotros. Dejamos de ir a la iglesia para intentar que no nos viera nadie, pero, como es natural, eso no hizo sino avivar más la lumbre del recelo. Y, en vez de grabar palabras en nuestra puerta, empezaron a grabar círculos que se superponían en el árbol que crecía frente a nuestra casa para conjurar a los espíritus malignos con los

que se pensaba que nos relacionábamos.

Un día, en el mercado, un hombre que aseguraba ser un cazador de brujas se acercó a Marion y le dijo que era hija de una bruja, de una bruja que mantenía a su esposo joven para procurarse placer. A continuación, le dijo que, al ser hija de una bruja, sin duda ella debía de ser un demonio.

Marion mantuvo la cabeza alta, y posiblemente empeorara las cosas al soltarle que «un monstruo que se tope con un milagro verá a un monstruo», que, aunque no era de Montaigne, sin duda reflejaba su influencia. Sin embargo, poco después de que el hombre se fuera, Marion lloró a lágrima viva y no dijo ni mu el resto del día.

Rose estaba muerta de miedo, la voz trémula, cuando me contó lo que había sucedido esa noche, después de que Marion se despertara con una pesadilla y volviera a dormirse.

—¿Por qué no nos dejan en paz esos gusanos? Estoy tan preocupada por ella. Por todos nosotros.

Los ojos se le humedecieron, aunque la expresión de su rostro se endureció. Había tomado una decisión. Una decisión aterradora.

—Debemos volver a Londres.

—Pero si hemos salido corriendo de allí.

—Fue un error. Volveremos. Los tres..., los tres..., los tres. —Siguió diciendo esas palabras, como si le dieran miedo las que vendrían después, aunque acabaron viniendo.

Ahora las lágrimas le corrían por el rostro. La abracé y ella me abrazó y la besé en la cabeza.

—Marion y tú siempre estaréis en peligro mientras yo esté con vosotras.

—Tiene que haber alguna manera...

—No la hay.

Rose se alisó la falda y clavó la vista en ella. Cerró los ojos, se enjugó las lágrimas y cogió aire para armarse de valor. Se oyó el traqueteo de un carro que pasaba por delante de casa. Rose me miró y no dijo nada, pero el silencio era el mensaje en sí.

—No estás a salvo con nosotras, Tom.

No dijo la otra mitad: que ellas no estaban a salvo conmigo, pero yo sabía

que ella lo sabía, y esa certeza casi bastó para matarme: era el peligro del que quería protegerlas.

No dije nada. ¿Qué iba a decir? Sabía que Rose podría sobrevivir sin mí. Sabía que, de hecho, era más probable que lo hiciese sin mí.

Cuando fue capaz de mirarme a la cara, dijo:

—No es por mí. No temo por mí. No estaré viva de verdad sin ti. Seré un fantasma que respira.

Y adiós, muy buenas. Ése fue el momento en que desapareció todo atisbo de esperanza.

Marion sabía que iba a marcharme. Le dolía, se lo veía en los ojos. Pero, como solía hacer con las cosas que le preocupaban, se lo guardó para sí.

—Estarás a salvo, ángel mío. La gente dejará de hacerte preguntas. Nadie señalará tu puerta. Nadie escupirá a tu madre. No pasará nada malo. Tengo que irme.

—¿Volveréis, padre? —preguntó, casi con formalidad, como si ya me hubiera alejado de ella—. ¿Vendréis a vivir con nosotras?

La verdad nos habría roto el corazón a los dos, así que no se la dije. Hice lo que un padre tiene que hacer a veces. Mentí.

—Sí, volveré.

Ella frunció el ceño con aire misterioso y se fue a su cuarto. Volvió al instante con algo en la mano.

—Poned la mano.

La puse y me dejó caer un penique en la palma.

—Mi moneda de la suerte —explicó—. Llevadla siempre con vos y, estéis donde estéis, no os olvidéis de mí.

Decidimos partir a Londres sin que nadie nos viera, de noche. Cualquiera que tuviera dinero podía viajar en coche de Canterbury a Londres, y conseguimos dar con un cochero que tenía buenos caballos y podía llevarnos allí por algo menos de dos chelines.

Esa misma noche Marion, mi única hija, se quedó dormida con la cabeza en mi hombro en el coche. La rodeé con el brazo. Rose me miraba fijamente, las lágrimas hacían que los ojos le brillaran en la oscuridad, y yo apretaba con fuerza la moneda que me había dado Marion.

Los años que siguieron fueron duros. Recordaba los días que habíamos pasado siendo una familia, todos juntos como ciruelas en una cesta. Ojalá hubiese podido coger esos días y repartirlos en el tiempo. Una tarde con ellas al mes durante el resto de mi vida. Podría arreglármelas aunque fuera un solo día al año, siempre y cuando tuviera por delante algo de tiempo con Rose y Marion. Pero el problema con la vida era que había que vivirla consecutivamente.

Me refugié en una existencia nocturna.

Mi laúd y mi rostro lozano tenían gran éxito en las tabernas, en particular en la Mermaid Tavern, donde las caras jóvenes eran una rareza exótica. Empecé a perderme en los placeres del alcohol y los burdeles. La ciudad cada vez estaba más atestada de gente, y, sin embargo, eso sólo me hacía sentir cada vez más solo. Todas esas personas que se obstinaban en no ser Rose y en no ser Marion. Sabía que ellas vivían en Shoreditch, o al menos tenían pensado ir a Shoreditch, así que a veces iba allí, pero nunca las vi.

Un buen día, en uno de los años de la peste —1623—, vi a alguien que me sonaba vagamente paseando a orillas del río. Una mujer de unos treinta años que llevaba en brazos a un niño pequeño dormido. (Caminar a orillas del río era un pasatiempo que gozaba de popularidad siempre que azotaba la peste, ya que se pensaba que el aire del río no portaba la peste, cosa extraña, teniendo en cuenta la cantidad de cuerpos que acababan allí.) Tardé un instante en caer en la cuenta de que era Grace, aunque, claro está, ella no tardó nada en reconocermme.

Parecía triste y perdida; la tremenda fuerza vital que tenía la niña a la que yo había conocido parecía debilitada.

Se me quedó mirando un rato.

—Sigues igual que siempre, y, mírame a mí, soy una anciana.

—No eres una anciana, Grace. —Y no lo era. No en años. Ni en la piel. Sin embargo, la tristeza y la gravedad de su voz me dieron la sensación de que lo que acababa de decirle era mentira. Entonces supe el motivo—. ¿Cómo está? —pregunté, expresando una pregunta que había ocupado mis

pensamientos cada instante que había estado sin ella.

—Rose la tiene —me dijo.

—Tiene ¿qué?

No hizo falta que Grace lo dijera. Su rostro me lo reveló. Sentí que me invadía un frío espantoso, que lo arrasaba todo.

—No quiere que me acerque, por miedo de que me contagie. Sólo me habla a través de la puerta.

—Tengo que verla.

—No te dejará.

—¿Habla de mí?

—Te echa en falta. No para de decir eso. Que no debería haberte apartado. Que todo lo malo que ha sucedido, ha sucedido porque te apartó. No ha dejado nunca de pensar en ti. No ha dejado nunca de quererte, Tom...

Noté el escozor de las lágrimas. Miré al pequeño durmiente.

—¿Dónde vive ahora? ¿Dónde está Marion? Me gustaría saber cómo está Marion.

Grace pareció un tanto avergonzada, a todas luces no sabía si decirlo o no. Sólo contestó a la primera pregunta.

—Rose no quiere...

—No me contagiaré, no me contagio. De haber sido así, ya la habría cogido. Nunca cojo nada.

Grace se paró a pensar mientras mecía con suavidad a su hijo en el aire fresco de la tarde.

—Está bien, te lo diré...

## *Londres, en la actualidad*

Esta tarde hay reunión de padres. Estoy sentado a una mesa, me acabo de tomar el tercer ibuprofeno en una hora, perdido en un *flashback*. Recordando la última conversación que mantuve con Rose. La última vez que la vi. No. No recordándola, sino viviéndola, reviviéndola mientras estoy sentado en un gimnasio con padres, todos ellos con un smartphone en el bolsillo o en la mano. La oigo susurrar, desde una cama que está a menos de quinientos metros de este sitio.

«Hay una oscuridad que lo rodea todo. El más horrible de los éxtasis...»

Hablaba de una alucinación, pero cuanto más resonaban esas palabras, tanto más parecían una observación sobre la vida.

—No pasa nada, Rose —susurro para mis adentros, como si estuviera loco, en el siglo XXI—. No pasa nada...

Y luego el otro eco.

El que resonaba día y noche.

«Marion era como tú. Debes tratar de encontrarla. Debes tratar de cuidar de ella...»

—Lo siento, Rose. Lo siento...

Se cuele otra voz. Una voz del presente. Una voz que llega del otro lado de la mesa.

—¿Se encuentra bien, señor Hazard?

Es Claire, la madre de Anton Campbell. Me mira confusa.

—Sí, sí, me encuentro bien. Sólo estaba..., lo siento, sólo estaba pensando en algo... Pero iba a decirme algo. Adelante, por favor.

—Quiero darle las gracias —dice.

—¿Las gracias?

—Anton está volcado en la historia como no lo había visto nunca con nada. Incluso ha estado sacando libros de la biblioteca. Toda clase de cosas. No sabe cómo me alegra ver eso. Dice que usted hace que cobre vida.

Ni que decir tiene que me siento tentado de contarle que el amigo de su hijo amenazó con darme un navajazo, pero no lo hago. A decir verdad, me siento un poco orgulloso.

Lo cierto es que no recuerdo haberme sentido nunca orgulloso. No me sentía así desde que ayudaba a Marion a leer a Montaigne y a tocar *Bajo el verdor del bosque* con la flauta. Hendrich siempre decía que debía sentirme orgulloso de la labor que realizaba para la Sociedad, pero sólo me había sentido bien de vez en cuando, como cuando fui a Yorkshire para ayudar a rescatar a Flora. Sin embargo, por lo general, la labor que había realizado para la Sociedad había sido algo tensa, y en el peor de los casos desmoralizadora. Esto, sin embargo, es distinto. Esto hace que me sienta bien de un modo consistente, sostenible.

—Me tenía tan preocupada... Andaba un poco perdido, ¿sabe? No es más que un niño, sólo tiene catorce años. Estaba muy metido en su mundo. Se juntaba con malas compañías. Siempre llegaba tarde...

—¿De veras?

—Conmigo casi no hablaba... Pero ahora está más centrado. Así que gracias. Gracias.

—La verdad es que es un chico brillante. Sus trabajos sobre la Segunda Guerra Mundial y el papel que desempeñó el Imperio británico en el comercio de esclavos fueron muy buenos. Si sigue así, va a sacar muchos sobresalientes.

—Quiere ir a la universidad. Y estudiar historia. Y, tal y como están las cosas, ya sabe..., saldrá caro. Pero quiero que vaya. Por eso trabajo de sol a sol, como una mula. Pero Anton está decidido: quiere ir.

Sentí una oleada de orgullo. Esto. Ésta es la razón de que quisiera ser profesor. Saber que es posible cambiar el mundo, a mejor, aunque sea a pequeña escala.

—Es una idea... —Miro hacia una de las mesas que hay al otro lado del

gimnasio.

Camille está rodeada de padres. Reparo en que se quita las gafas y se frota los ojos. No tiene muy buen aspecto. Mira las hojas de su mesita, intentando centrarse.

Vuelvo con la señora Campbell. O lo intento. Las imágenes me asaltan: el rostro muerto de Rose, Marion con su libro, una casa devorada por las llamas.

Cuando la ciudad ardió, en 1666, participé en las labores de extinción y me planteé, en un acto suicida, entrar en uno de los establecimientos en llamas que, antes del incendio, festoneaban ambos lados del puente de Londres.

—Sí —digo, intentando asegurar a la señora Campbell que la estoy escuchando—. Sí, ya lo creo.

Entonces, de repente y sin previo aviso, Camille se cae de la silla. Se da en las costillas contra el lateral de la mesa al desplomarse, y, acto seguido, las piernas empiezan a crispase violentamente. Está teniendo un ataque, ahí mismo, en el suelo del gimnasio, en plena reunión con los padres.

Estaba acostumbrado, antes incluso de que supiera de la existencia de la Sociedad Albatros, a no dejarme llevar por el calor del momento. Ir por la vida con fría indiferencia. Pero, al parecer, eso ya no funciona. Quizá estuviese volviendo la versión más joven de mi yo adulto. La que saltó desde el balcón de un teatro para proteger a Rose y a su hermana.

Antes de que me dé cuenta, estoy allí, inclinado sobre ella, mientras Daphne se acerca corriendo. Ahora todo el cuerpo de Camille sufre convulsiones.

—¡Aparte la mesa! —le pido a Daphne.

Ella obedece y después pide a un profesor que llame a una ambulancia.

Inmovilizo a Camille.

Hay mucha gente. Sólo que estamos en el siglo XXI, así que todo el mundo atempera la fascinación macabra que siente con al menos cierta apariencia de preocupación.

Las convulsiones cesan, y Camille vuelve en sí, su desconcierto retrasa el bochorno. Durante un minuto aproximadamente no dice nada, tan sólo se concentra en mi rostro.

Daphne trae agua.

—Démosle un poco de espacio —les dice a los padres y al resto de los profesores—. Todo el mundo, vamos a movernos un poco hacia atrás...

—No pasa nada —tranquilizo a Camille—. Sólo has sufrido un ataque.

«Sólo.» Suena tremendo.

—¿Dónde..., dónde... estoy?

Mira a su alrededor. Se incorpora, acodada, luego se sienta del todo. Está débil. Algo le ha sido arrebatado. Con ayuda de Daphne, la acomodamos en la silla.

—¿Dónde estoy?

—En el gimnasio. —La sonrisa de Daphne es tranquilizadora—. En el trabajo. En el instituto. No pasa nada, guapa, no es más que... has sufrido un ataque...

—En el instituto —dice adormilada para sí.

—La ambulancia está de camino —informa uno de los padres guardándose el iPhone.

—Estoy bien —asegura Camille. No parece en absoluto cohibida, tan sólo cansada y confusa.

Me mira ceñuda, sin saber quién soy, o quizá sabiendo demasiado.

—Estás bien —le digo.

Me mira fijamente.

—Yo te conozco.

Le sonrío, y después, con más torpeza, sonrío a Daphne. Y le digo con suavidad:

—Pues claro. Trabajamos juntos. —Y, quizá tontamente, recalco para los demás—: El profesor de historia nuevo.

Camille se retrepa en la silla, bebe unos sorbos de agua y sacude la cabeza.

—Ciro's.

El nombre me golpea el corazón como si fuera un martillo. Me vienen a la cabeza las palabras de Hendrich de aquel día, hace años, en un Central Park asolado por un huracán: «El pasado no desaparece nunca. Sólo se esconde».

—No...

—Tocabas el piano. Cuando te vi el otro día, en el pub..., me...

Me asaltan dos pensamientos: estoy soñando. Es posible. He soñado con Camille antes.

O quizá también sea mayor. Mayor, mayor, mayor. Me refiero a que sea una anciana. Un alba. Quizá las fotos que he visto en Facebook de ella cuando era más joven estén retocadas con Photoshop. Quizá fuera esto lo que sentí al verla. Quizá éste fuera el nexo de unión. Quizá sea capaz de percibir nuestra exótica igualdad. O quizá ella lo sepa por otra cosa.

De lo que sí estoy seguro es de que tengo que impedir que siga hablando. Si continúa, corre el riesgo de descubrirme no sólo a mí, sino también a sí misma. Siento algo por ella. No tiene sentido seguir negándolo. La mentira que llevo contándome tanto tiempo —que podía vivir sin volver a sentirme atraído por alguien— no era más que eso, una mentira. No sé por qué ha sido Camille la persona que ha hecho que me dé cuenta de eso, pero ya no puedo seguir negando que siento algo por ella. Y, al sentir algo por ella, me invade una necesidad imperiosa de protegerla. Después de todo, Hendrich ha hecho silenciar a gente de manera permanente por menos de un comentario entre dientes en el gimnasio de un instituto. Si Camille sabe de la existencia de los albas, y está hablando de ello en público, está poniendo en peligro automáticamente algo más que mi identidad: está poniendo en peligro su propia vida.

—Tú relájate. Ya..., *nous allons parler plus tard...* Te lo explicaré todo. Pero ahora no digas nada. No puedo contártelo aquí. Espero que lo entiendas.

Camille parece adormilada con el esfuerzo de enderezarse. Me mira fijamente mientras la confusión va despejándose.

—Vale, lo entiendo.

Cojo el vaso de agua y la ayudo a beber un sorbo. Ella sonrío a Daphne y a las demás caras preocupadas.

—Lo siento... Sufro un ataque cada pocos meses. De epilepsia. Hacen que me note cansada un rato. Me pondré bien. Se suponía que las pastillas impedían que me dieran los ataques, así que probablemente unas nuevas...

Me mira. Parece que le pesan los párpados. Parece vulnerable e

invencible a la vez.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto.

Ella hace un leve gesto de asentimiento, pero parece casi tan asustada como yo.

## *París, 1929*

Eran alrededor de las siete de la tarde. Junto a la enorme pista vacía, hombres con esmoquin y mujeres con vestidos rectos con flecos y escote generoso y el pelo a lo *garçon* tomaban aperitivos y escuchaban lo que yo estaba tocando.

Ciro's era conocido por el jazz, pero en 1929 la sofisticada clientela no quería sólo jazz y más jazz, ya que el jazz estaba por todas partes. De manera que en ocasiones mezclaba un poco. A veces, si había gente en la pista, intercalaba un tango argentino o algo con aire gitano, pero a primera hora de la noche podía tocar cualquier cosa melodiosa y sesuda, así que estaba tocando algo de Fauré, de su período melancólico, y sintiendo cada una de las notas.

—*Prétendez que je ne suis pas ici* —me había dicho el fotógrafo mientras tocaba.

—*Non* —musité, recordando la norma de Hendrich de nada de fotos—. *Pas de photos! Pas de...*

Pero era demasiado tarde. Me hallaba tan absorto en la música que había estado sacando fotos sin que me diera cuenta.

—*Merde* —dije para mí al tiempo que pasaba a Gershwin para intentar animarme.

## *Londres, en la actualidad*

Estamos en un gastropub elegante en el nuevo Globe Theatre.

Me siento nervioso, y no es por el sitio. Es por Camille. El misterio es aterrador. ¿Cómo es que sabe lo de *Ciro's*? ¿Cómo es posible? Me dan miedo todas las respuestas que se me han ocurrido, y las que no se me han ocurrido. Temo por ella. Temo por mí. Me muevo nerviosamente y miro alrededor como un ave de mal agüero en el alféizar de una ventana. Pero también tengo miedo por otro motivo. Tengo miedo porque hasta ahora he estado sobreviviendo.

Me refiero a que llevo mucho tiempo sin querer quitarme la vida de manera activa. La última vez, precisamente, fue en un búnker cerca de Tarragona durante la guerra civil española: me metí una pistola en la boca y me preparé para volarme la tapa de los sesos. Sólo obligándome a mirar y mirar el penique de la suerte de Marion conseguí que los sesos siguieran en su sitio. Pero eso fue en 1937. Eso era mucho tiempo sin intentar morir activamente.

No hace mucho pensé que me gustaría dejar a Hendrich, pero lo cierto es que quizá fuera un error. Sí, soy *propiedad* de Hendrich, pero hay cierto consuelo en eso. Es posible que el libre albedrío esté sobrevalorado.

«La ansiedad —escribió Kierkegaard a mediados del siglo XIX— es el mareo de la libertad.»

El dolor por la muerte de Rose no me había dado tregua a lo largo de los siglos. Ese dolor se había acabado fundiendo con la monotonía neutral de existir y de cambiar de vida antes de que tuviera tiempo de criar moho emocional. Había sido capaz de disfrutar de la música y la comida y la poesía

y el vino tinto y los placeres estéticos del mundo, y ahora era consciente de que eso era estupendo.

Sí, había habido un vacío en mi interior, pero los vacíos no se sabían apreciar. Los vacíos estaban desprovistos de amor, pero también de dolor. La vacuidad no estaba exenta de ventajas. Uno podía avanzar en la vacuidad.

Trato de convencerme de que he quedado con ella sólo por lo que va a decirme, y que no tengo que contarle nada a cambio. Pero estar aquí se me hace raro. Sobre todo, teniendo en cuenta que es *aquí*.

No he vuelto a pisar este sitio en concreto desde el día que salté al escenario desde el balcón de los músicos. El día que aterricé en la espalda de Will Kemp y volví a ver a Manning. También ese día hice una confesión, naturalmente, a Rose. Y ahora siento el eco casi imperceptible de ese día, entre el parloteo sobre teatro de la educada clase media y el tintineo de cubiertos que se oye a mi alrededor.

La famosa imagen de Shakespeare me mira desde la carta. Yo antes pensaba que no se le parecía en nada —la imagen era toda frente y pelo feo y barba rala y expresión como de haber sufrido una lobotomía—, pero ahora los ojos me parecen los suyos. Observándome, con ironía, mientras sigo recorriendo el camino de la vida. Como si le divirtiera ver cómo sigue adelante el hombre al que ayudó a escapar aquel día, en una tragicomedia viva infinita, interminable.

El camarero está aquí ahora, y Camille le sonrío.

Lleva una camisa negra azulada. Está pálida, algo cansada, pero también guapa.

—Tomaré la raya —le dice al camarero mientras se sube un tanto las gafas por la nariz.

—Muy bien —responde él, y a continuación se vuelve hacia mí.

—Y yo tomaré los ñoquis con pesto de col rizada.

Se lleva las cartas con el retrato de mi antiguo jefe, y yo vuelvo a mirar a Camille e intento relejarme.

—Lo siento —me disculpo—. Siento ser un poco raro a veces, en el instituto.

Camille niega con la cabeza.

—Tienes que dejar de decir eso, en serio. Estar siempre pidiendo disculpas no es nada atractivo.

—Tienes razón. La cuestión es que de verdad se me da bastante mal la gente, ¿sabes?

—Ah, la gente. Ya, es complicado.

—Y a veces tengo muchas cosas en la cabeza.

—Bienvenido al club.

—¿Es que hay un club?

—No. Hay demasiadas personas en clubes. Pero no pasa nada. Sé como quieras ser.

—Siempre he sido bastante reservado, he tenido que ser cuidadoso. — Según la miro, estoy seguro de que no la conozco de antes. En esta vida de patrones y personas conocidos, ella tiene el rasgo maravillosamente poco común de no recordarme a nadie. Pero tengo que preguntar—: No nos hemos visto antes, ¿no? Me refiero a antes del día que te vi en el parque. Te vi una vez, desde la ventana de Daphne, pero no nos conocemos de antes, ¿no?

—Depende de a lo que te refieras por conocer. Pero no, en el sentido convencional de la palabra, no.

—Vale.

—Sí.

Llegamos a una especie de punto muerto. Los dos tenemos más preguntas, pero las llevamos enfundadas, a la espera de que el otro abra fuego. Una única frase podría hacer que uno de los dos parezca un loco.

Damos mordisquitos al pan de centeno y arponeamos aceitunas con pinchitos de cóctel.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto. La más insulsa de las preguntas, pero genuina.

Camille parte un trozo de pan y se queda mirándolo un momento, como si la masa leudada encerrase, junto a todos los elementos del universo, un secreto.

—Mucho mejor —afirma—. Tengo epilepsia desde hace mucho. Antes era incluso peor.

«Desde hace mucho.»

—Entonces ¿te han dado muchos ataques antes?

—Sí —responde.

El camarero nos sirve más vino. Bebo un sorbo. Y otro.

Camille me dirige una mirada enérgica.

—Te toca. Lo prometiste. Quiero saber cuál es tu historia.

—Quiero hablarte de mí —le digo, sin saber todavía cuánta verdad acabaré revelando—. Pero hay algunas cosas que es mejor que no sepas, que nadie sepa.

—¿Cosas delictivas?

Me da la sensación de que me está tomando el pelo.

—No, es decir, bueno, de esas también hay algunas. No. Sólo digo que si supieras cómo soy, es muy posible que pensaras que estoy loco.

—Philip K. Dick escribió que «en ocasiones volverse loco es una respuesta adecuada a la realidad».

—¿El escritor de ciencia ficción?

—Sí, soy una friki. Me gusta la ciencia ficción.

—Eso está bien —digo.

—¿A ti también te gusta?

«No, yo soy ciencia ficción», pienso.

—Algunas cosas. *Frankenstein*. *Flores para Algernon*.

—Quiero que me hables de ti —pide—. Dime, por lo menos, lo que ibas a decirme. No vaya a ser que esté loca.

Resulta tentador ponerle fin a todo en este mismo instante diciendo: «Estás loca», pero en vez de eso digo:

—Antes de que te cuente algo de mí tienes que contarme algo de ti —lo digo con más firmeza de lo que pretendía.

Abre mucho los ojos.

—¿Ah, sí?

Cojo aire con fuerza. Ha llegado el momento.

—Necesito saber cómo me has reconocido. Necesito saber por qué mencionaste *Ciro's*. *Ciro's* cerró hace ochenta años.

—No soy tan mayor.

—Exactamente. No pensaba que lo fueras.

De fondo se oye una canción. Camille ladea la cabeza.

—Ah, me encanta esta canción. Escucha.

Escucho. Una melodía cálida, sentimental que identifico. Es *Coming Around Again*, de Carly Simon.

—A mi madre le encantaba Carly Simon.

—Y Michael Jackson, ¿no?

—Eso sólo a mí.

Sonríe, y se produce un momento embarazoso cuando cae en la cuenta de que ahora tiene que explicarse. Y en ese instante me imagino que estoy con ella. Como en el pub. Me imagino que la estoy besando. Me dan ganas de salir corriendo y pedirle a Hendrich que me saque un billete de avión para desaparecer en alguna parte, en algún lugar donde no vuelva a verla. Pero es demasiado tarde.

Está lista.

—Vale —dice—. *Je vais m'expliquer*.

Y lo hace.

Me dice que empezó a tener ataques cuando tenía siete años. Sus padres adecuaron la casa para que fuese segura: alfombras mullidas, esquinas de mesas matadas con servilletas pegadas con pegamento. Dar con la medicación adecuada llevó algún tiempo, y poco a poco ella empezó a sufrir agorafobia.

—Básicamente me daba miedo la vida.

A los diecinueve años se prometió con un diseñador de páginas web guapo y divertido llamado Erik, «con “K”», su madre era sueca. Ése era el Erik que yo había visto en internet. El Erik de Facebook. Murió en 2011 practicando escalada.

—Yo estaba allí. No escalando, evidentemente. La escalada y los ataques no son una buena mezcla. Pero estaba allí, con algunos amigos. Hubo mucha sangre. Durante meses, cuando cerraba los ojos no veía otra cosa salvo sangre. Y como Erik había muerto, pensé: «Que le den a todo». —Coge aire unas cuantas veces. Hablar de recuerdos es revivirlos un poco—. Siempre me preocupaba que pudiese morir en cualquier momento. Y quería ser como él, una persona saludable, pero entonces, ¡pum!, resultó ser que él también era

mortal. Y se me cayó el mundo encima. Tenía que salir de allí, tenía que escapar, así que me fui de viaje. Sabía que no podía seguir viviendo siendo prisionera de mi enfermedad. ¿Lo entiendes?

Claro que lo entendía.

—¿Y qué pasó después? ¿Qué ocurrió?

—Estuve seis meses recorriendo América del Sur: Brasil, Argentina, Bolivia, Colombia, Chile. Me encantó Chile. Fue increíble. Pero al final me quedé sin dinero, así que volví a Francia. A Grenoble no podía volver, ya sabes..., los recuerdos, así que me fui a París. Me recorrí todos los restaurantes y los hoteles buenos y conseguí trabajo en el Plaza Athénée, uno de esos hotelazos pretenciosos. Había algo tranquilizador en ese trabajo. Te pasabas el día entero hablando con gente, cuando llegaba y cuando se marchaba, pero en esa interacción nunca había nada profundo y significativo, ¿sabes? Nadie preguntaba por tu vida, así que me iba de perlas.

Ha llegado el momento. Lo presiento. Noto una opresión en el pecho cuando continúa:

—Pero, bueno, tenían esas fotos, esa exposición en el vestíbulo, de la Belle Époque de París, de los años veinte. Y muchas eran de clubes de jazz, y de los bulevares y Montmartre, y tenían una de..., ¿cómo se llama...?, la cantante de jazz, la bailarina, con el guepardo...

—¿Joséphine Baker?

Al pronunciar su nombre recuerdo verla a través de un velo de humo de tabaco bailando el charleston en el parisino Century Club.

Camille asiente deprisa y mueve en redondo las manos, como si estuviera a punto de terminar. Procuero armarme de valor.

—Sí, Joséphine Baker. En cualquier caso, la que yo tenía enfrente, la que veía un día sí y otro también, era la más grande: del pianista de un restaurante. El restaurante se llamaba Ciro's. En la fotografía aparecía ese nombre, Ciro's. Y era en blanco y negro, pero de muy buena calidad para la época, y el hombre parecía ensimismado en lo que estaba tocando, mirando al frente por encima del piano, sin prestar atención a todas aquellas personas del restaurante que lo miraban, y me fascinó ese instante, ese momento congelado..., porque daba la impresión de que había algo intemporal en él.

Algo fuera del tiempo. Y, además, el hombre era atractivo. Tenía unas manos bonitas, y la expresión seria y meditabunda. Y llevaba una camisa blanca prístina, pero con las mangas arremangadas con absoluta despreocupación, y tenía una cicatriz en el brazo. Una cicatriz curva. Y pensé que qué más daba si me gustaba, porque estaba muerto. Sólo que no estaba muerto, ¿no? Porque eres tú.

Vacilo. De pronto no sé qué hacer. Recuerdo que se me quedó mirando la cicatriz del brazo en el pub, y ahora sé la razón. Todo tiene sentido.

Es ridículo, puesto que la he traído a este sitio para contarle la verdad, pero ahora me da miedo hacerlo. Mi instinto me dice que mienta. Después de todo, mentir se me da bastante bien. Me sale de manera fácil y natural. Debería reírme y parecer desilusionado y decir que es una lástima, porque por un minuto pensé que de verdad me había reconocido, y ahora sé que está bromeando. Las fotografías pueden mentir, sobre todo las de los años veinte.

Pero no lo hago. Supongo que en parte porque no quiero que se sienta incómoda. Y creo que otra parte de mí quiere que sepa la verdad. Necesita que la sepa.

—¿Y bien? —pregunta interrumpiendo mi silencio.

Y hace un gesto que es difícil de reflejar. Saca la barbilla un tanto, asiente levemente, cierra los ojos y se mete el pelo detrás de la oreja. Es un gesto ligeramente desafiante. No sé qué desafía. ¿La vida? ¿La realidad? ¿La epilepsia? Dura dos segundos, pero creo que es el momento en que me veo obligado a admitir que me he enamorado por primera vez en cuatro siglos.

Puede que parezca extraño enamorarse de alguien por un gesto, pero a veces se puede conocer a una persona en un único instante. Igual que se puede estudiar un grano de arena y entender el universo. Puede que exista el amor a primera vista o puede que no, pero desde luego existe el amor en un único instante.

—Bien —digo tímidamente, poniendo a prueba cuánto cree y lo que piensa que cree—, no sólo te gusta la ciencia ficción, piensas que yo podría ser ciencia ficción. Piensas que podría ser un viajero en el tiempo o algo por el estilo.

Camille se encoge de hombros.

—O algo por el estilo. No lo sé. No lo sé. Me refiero a que cualquier verdad que la gente no esté dispuesta a creer suena a ciencia ficción. La Tierra girando alrededor del Sol, el electromagnetismo, la evolución, los rayos X, los aviones, el ADN, las células madre, el cambio climático, el agua en Marte. Todo es ciencia ficción hasta que vemos que sucede.

Siento el deseo apremiante de salir de este sitio, de salir del restaurante. Es casi tan fuerte como el deseo de querer hablar con ella durante toda la eternidad. Pero no tanto.

Mantengo los ojos apretados, como si me pusiera un hierro al rojo en la piel.

—Puedes contármelo. Puedes contarme la verdad.

—No puedo.

—Sé que eres el de la foto.

—Era un montaje. La foto era un montaje. No es de los años veinte.

—Estás mintiendo. No me mientas.

Me levanto.

—Tengo que irme.

—No es verdad. Por favor. Por favor. Me gustas. No puedes huir de todo.

—Te equivocas. Sí que se puede. Se puede huir y seguir huyendo. Puedes pasarte la vida entera huyendo. Puedes huir y cambiar y seguir huyendo.

La gente deja de comer para mirarme. Estoy montando una escena. Otra vez, aquí, en Southwark. Vuelvo a sentarme.

—Tengo la foto —asegura Camille—. La tengo en el móvil. Una foto de la foto. Pero la calidad es buena. Sé que suena raro, pero, si no me lo dices, tendré en la cabeza esa pregunta de por vida, e intentaré dar con la forma de encontrar la respuesta.

—Eso sería muy imprudente.

—Sería muy propio de mí. Creo que las verdades deberían conocerse. ¿Sabes por qué? Porque convivo con la epilepsia y es un misterio. No saben una mierda de ella. Existe una verdad y se desconoce. Todos nosotros deberíamos conocer todas las verdades. Sobre todo, hoy en día. Y lo prometiste. Prometiste que, si venía aquí, me lo dirías. Si no me lo dices, seguiré haciendo preguntas.

—Y si te cuento la verdad y te digo que no puedes decirle nada, absolutamente nada, a nadie, entonces ¿qué?

—Entonces no diré nada.

La miro a la cara. Una cara no revela gran cosa, pero confío en Camille. Me han entrenado, sobre todo durante el último siglo aproximadamente, para no confiar en nadie salvo en Hendrich, y, sin embargo, confío en ella. Puede que sea el vino. O puede que esté desarrollando una habilidad.

Durante un momento espantoso, desconcertante, la conozco a la perfección. La conozco como si hubiera pasado varias vidas enteras con ella.

—Sí, era yo. Era yo.

Se me queda mirando un rato, como si contemplase algo que va saliendo poco a poco de una bruma. Como si antes no estuviera tan segura, como si quisiera que le dijeren que todo era una rebuscada ilusión. Disfruto de esa mirada. Disfruto de que lo sepa.

Ya me preocuparé después por lo que acabo de decir. La verdad que ha pasado entre nosotros. Pero ahora mismo no es sino una liberación.

Llega nuestra comida.

Veo que el camarero desaparece en el ruido del restaurante.

Después la miro y se lo cuento todo.

Dos horas más tarde estamos dando un paseo a orillas del Támesis.

—Me da miedo creer esto. Sabía que eras tú. Lo sabía. Pero una cosa es saber algo y otra *saber* algo. Tengo la sensación de que podría estar loca.

—No estás loca.

Hay un hombre joven, cerca de donde estaba el Cardinal's Hat, dando botes con una BMX para deleite de un nutrido grupo de personas.

Miro a Camille y, al ver su seriedad extrema y después a los turistas felices que nos rodean, me siento culpable, como si no sólo le hubiera contado un secreto, sino que le hubiese contagiado mi peso emocional.

Le he hablado de Marion y ahora estoy sacando la bolsita de plástico donde guardo su penique.

—Recuerdo el día que se lo dieron. Recuerdo algunas ocasiones en las

que estuve con ella mejor que cosas que sucedieron hace un año.

—¿Y crees que aún vive?

—No lo sé. Ya es bastante duro ser hombre y vivir cuatrocientos años. Y nadie piensa nunca que somos brujos o se pregunta por qué no tenemos hijos. Pero siempre he tenido esa sensación. Era una chica lista. Sabía leer. Citaba a Montaigne cuando tenía nueve años. Lo que me preocupa es su cabeza. Siempre fue una niña muy sensible, callada. Se daba cuenta de las cosas. Se disgustaba con facilidad. Les daba vueltas a las cosas. Se abismaba en su propio mundo. Tenía pesadillas.

—Pobrecita —dice Camille, pero veo que está algo aturdida con tanta información.

De lo único de lo que no le he hablado es de la Sociedad Albatros. Presiento que el mero hecho de hablar de ello la pondría en peligro. Así que, cuando me pregunta si conozco a otras personas como yo, aparte de Marion, no menciono a Agnes ni a Hendrich. Pero sí que le hablo de Omai, mi viejo amigo de Tahití.

—No he vuelto a verlo desde que dejó Londres. Fue en el tercer viaje de Cook. Cook lo quería de traductor. No volví a verlo. Pero no regresó a Inglaterra.

—¿El capitán Cook?

—Sí.

Ya tiene bastante con digerir esto, así que decido no abrumarla con mis historias de Shakespeare y Fitzgerald. Todavía no.

Hablamos un poco más.

Me pide volver a ver la cicatriz. La recorre con un dedo, como para hacer que esto sea más real. Miro el río donde encontraron al doctor Hutchinson en su día, y me doy cuenta de que necesito decirle algo.

—Escucha —empiezo—, no puedes contarle esto a nadie. Probablemente no debería habértelo contado, pero estabas haciendo muchas preguntas. Creías conocerme, y esa idea, esa curiosidad, posiblemente fuera más peligrosa que la certeza. Así que, ahora que lo sabes, tendrás que guardártelo para ti.

—¿Peligrosa? Ahora no hay brujas. Seguro que podrías hablar de esto

libremente. Que te hicieran pruebas de ADN. Recabar pruebas. Podría ayudar a la gente. Ayudar a la ciencia, ¿sabes? Para combatir enfermedades. Has dicho que tu sistema inmunitario es...

—Hay constancia de que les han sucedido cosas malas a quienes lo saben. Médicos que iban a publicar pruebas y demás. Desaparecen.

—¿Desaparecen? ¿Quién los hace desaparecer?

La verdad viene con sus propias mentiras.

—No lo sé. Es un mundo en el que abundan las sombras.

Hablamos un poco más y seguimos andando. Cruzamos el puente del Milenio y nos dirigimos hacia el este por la City. Volvemos a casa tan tranquilos. Nuestra conversación nos lleva hasta allí.

Hay una hora a pie, pero hace buen tiempo y a ninguno de los dos nos gusta el metro. Pasamos por delante de la catedral de San Pablo y le cuento que antes estaba más concurrida que ahora y que el cementerio solía ser el centro del mercado de libros en Londres. Luego enfilamos una calle llamada Ironmonger Lane. Camille me pregunta por ella y le digo que solía ir por esta misma Ironmonger Lane cuando iba a Southwark, y que solía hacer honor a su nombre:\* la calle entera se llenaba de ruido y del calor de forjar el metal.

Camille vive más al este que yo. Cuando insinúo que debería sacar a *Abraham* a dar un paseo y que puede apuntarse si quiere, ella acepta la invitación.

Nos sentamos juntos en el banco donde la vi por primera vez. Hay una bolsa de plástico suspendida en el aire, como un fantasma de dibujos animados.

—¿Cuáles son las principales diferencias, a lo largo del tiempo?

—Todo lo que ves. Todo lo que ves es distinto. Nada sigue igual. — Señalo la criatura que sube disparada a un árbol—. Eso en su día habría sido una ardilla roja, no gris. Y no habría bolsas de plástico volando. El sonido del tráfico era más de cascos de caballo. La gente consultaba relojes de bolsillo, no teléfonos. Y los olores, ésa es otra. El olor no se parece en nada. Apestaba en todas partes. Al Támesis iban a parar aguas negras sin tratar y todos los desechos de las fábricas.

—Qué maravilla.

—Era tremendo. Se vivió el Gran Hedor, en mil ochocientos cincuenta y tantos, por esa época. El verano fue caluroso y la ciudad entera apestaba.

—Tampoco te creas que ahora huele muy bien.

—No hay ni punto de comparación. Se vivía en el hedor. La gente no se lavaba, pensaba que bañarse era malo.

Camille se huele la axila.

—Vamos, que yo hoy no habría desentonado mucho, ¿no?

Me inclino y la huelo.

—Demasiado limpia. La gente habría recelado. Tu grado de limpieza es casi del siglo XX.

Se echa a reír. Me doy cuenta de que hacer reír a alguien que te importa es el placer más puro y sencillo del mundo.

El cielo empieza a nublarse ligeramente.

—Así que, ¿de verdad te gusté?

Se ríe de nuevo.

—La verdad es que pareces muy inmaduro para tener cuatrocientos años.

—Ejem, cuatrocientos treinta y nueve.

—Perdona, para tener cuatrocientos treinta y nueve años. Preguntar eso hace que parezca que tienes cinco.

—Y así es como me siento, como si tuviera cinco. Normalmente siento que tengo la edad que tengo, pero ahora mismo es como si tuviera cinco años.

—Sí, si es lo que quieres oír...

—Quiero oír la verdad.

Camille suspira. Un suspiro fingido. El gesto es el de mirar al cielo. Observo su perfil, hipnotizado.

—Sí, me gustaste.

Yo también suspiro. Mi suspiro también es un poco fingido.

—El pretérito imperfecto nunca me ha parecido tan triste.

—Vale, vale. En presente, en presente: me gustas.

—Y yo. Que me gustas, digo. Me pareces fascinante.

Estoy siendo completamente sincero, pero se ríe.

—¿Fascinante? Perdona.

Su risa se apaga. Quiero besarla, pero no sé cómo hacer que pase. Llevo

cuatro siglos solo y no tengo la menor idea de cuál es el protocolo. Pero me siento feliz, contento. La verdad es que me conformaría con esto. Con este momento tipo «Oda a una urna griega». El beso, una posibilidad eterna. Ella mirándome y yo mirándola.

Me doy cuenta de que me gustaría resolver su misterio tanto como ella quiere resolver el mío, y se me arrima un tanto y le paso un brazo por los hombros. Ahí, en el banco del parque. Quizá sea eso lo que hace falta para querer a alguien: dar con un buen misterio y pasarte la vida entera desentrañándolo.

Nos quedamos sentados en silencio un rato, como una pareja, mirando a *Abraham*, que corretea con un springer spaniel. Y yo disfruto notando el peso dichoso de su cabeza en mi hombro durante unos dos minutos. Luego pasan dos cosas en rápida sucesión. Me asalta un repentino sentimiento de culpa cuando me acuerdo de Rose. De su cabeza descansando en mi pecho en su camita de Hackney. Desde luego, es imposible que Camille sepa que lo que estoy pensando es eso, salvo por el hecho de que tal vez mi cuerpo se tense un poco.

Después suena mi teléfono.

—No lo voy a coger.

Y no lo cojo, pero entonces vuelve a sonar, y esta vez Camille dice:

—Será mejor que mires a ver quién es.

Y al mirar el teléfono veo una única letra en la pantalla: «H». Soy consciente de que tengo que cogerlo. Debo hacer exactamente lo mismo que haría si no estuviera con Camille. Así que lo cojo. Y el momento, ese breve momento de felicidad sale volando como una bolsa de plástico.

Me levanto del banco con el teléfono pegado a la oreja.

—¿Te pilló en mal momento? —pregunta Hendrich.

—No, no, Hendrich. Dime.

—¿Dónde estás?

—He sacado a pasear al perro.

—¿Estás solo?

—Sí, estoy solo. Bueno, con *Abraham* —digo esto, espero, lo bastante bajo para que Camille no lo oiga y lo bastante alto para que Hendrich no desconfíe. Creo que la jugada me sale mal en los dos casos.

Pausa.

—Bien. Bueno, escucha..., hemos encontrado a alguien.

—¿Marion?

—Lo siento, pero no. Hemos encontrado a tu amigo.

Me desconcierta la palabra «amigo». Miro a Camille, que sigue en el banco y ahora me mira con el ceño fruncido.

—¿Quién?

—Pues a tu amigo.

La verdad es que no sé de qué me habla.

—¿Qué amigo?

—El polinesio, Omai. Está vivo. Y haciendo el tonto.

—¿Omai?

Aunque Camille no estuviera cerca, no me alegraría recibir esa noticia. No porque no me interese mi viejo amigo, sino porque intuyo que el hecho de que Hendrich lo haya encontrado no augura nada bueno. Es muy poco probable que Omai quiera que lo encuentren. La felicidad que sentía hace tan sólo un minuto parece completamente inalcanzable.

—¿Dónde está? —pregunto—. ¿Qué le pasa?

—Hay un surfista en Australia que se parece mucho a un retrato de Joshua Reynolds que tiene trescientos años. Se hace llamar Sol Davis, y está empezando a ser demasiado conocido en la comunidad surfista. Este treintañero atractivo tiene casi trescientos cincuenta años. Y la gente comenta que no envejece. Lo comenta. Se comenta en internet, joder. Hay alguien que dice: «Anda, si es ese tío inmortal que vive cerca de mí y tiene la misma cara desde los noventa». Es peligroso. La gente empieza a recelar. Y, por lo visto, eso no es todo. La fuente que Agnes tiene en Berlín dice que han oído hablar de él. Los del instituto. Podría estar en un grave apuro.

El viento arrecia. Camille se frota los hombros para darme a entender que tiene frío. Asiento y digo para que lea los labios: «Ya voy». Pero al mismo tiempo sé que debo dar la impresión de que no le meto prisa a Hendrich.

—Es...

—Dentro de poco coges vacaciones, ¿no? ¿Las de mitad de trimestre? Esa pregunta no presagia nada bueno.

—Sí.

—Puedo subirte a un avión a Sídney. Vuelo directo. Bueno, con una escala de dos horas en Dubái, para que hagas alguna compra en el aeropuerto. Y, después, Australia. Una semana al sol.

«Una semana al sol.» Eso mismo dijo de Sri Lanka.

—Creía que habías dicho que se había acabado —respondo—. Creía que habías dicho que podía tener esta vida durante ocho años seguidos. Sin interrupciones.

—Suenas como si fueses un hombre que tiene un ancla, y tú no tienes ancla.

—No, no tengo ancla, pero sí un perro. Tengo un perro, *Abraham*. Y es viejo. No durará los ocho años, pero no puedo dejarlo sin más.

—Claro que puedes dejarlo. Hoy en día hay cuidadores de perros.

—Es un perro muy sensible. Tiene pesadillas y las separaciones le crean ansiedad.

—Hablas como si hubieras estado bebiendo.

Sé que no puedo poner en peligro a Camille.

—Antes he tomado un poco de vino. Ya sabes, disfrutando de los placeres de la vida. Ésa es la razón de existir, ¿no? ¿No es lo que me dijiste?

—¿Tú solo?

—Yo solo.

Camille se pone de pie. Con la correa en la mano. «¿Qué está haciendo?» Pero es demasiado tarde: ya lo está haciendo.

—¡Ven aquí, bonito!

«No.»

—¡*Abraham!*

El perro corre con ella.

El tono de Hendrich se endurece:

—¿Es ésa tu ancla?

—¿Qué?

—La mujer que ha llamado a *Abraham*. Tu perro se llama así, ¿no?

Hendrich tiene un millar de síntomas de la vejez. Me da rabia que uno de ellos no sea la pérdida auditiva.

Camille le engancha la correa a *Abraham* y me mira de nuevo. Está lista para irse.

—¿Qué mujer?

Ahora Camille me está oyendo.

—¿Quién es?

—Nadie —aseguro—. Ésa no es nadie.

La boca que antes soñaba con besar está ahora abierta en señal de incredulidad.

—¿Ésa? —susurra, pero es uno de esos susurros que más bien es un grito sordo.

«No lo digo en serio», le digo sin articular las palabras.

—Sólo es una mujer a la que veo en el parque. Nuestros perros se conocen.

Camille se pone hecha una furia.

Hendrich suelta un suspiro. No sé si me cree o no, pero vuelve al tema principal.

—Si no lo haces tú, alguien irá a ver a tu viejo amigo de todas formas. Un desconocido. Últimamente he reclutado a bastantes personas. Por eso tengo fe en que acabaremos dando con Marion. La cuestión es que podría enviar a muchas personas, pero es posible que no sean capaces de convencerlo, y en ese caso... —Deja la frase en suspenso—. Así que tú dirás. Lo dejo en tus manos.

El mito de la elección. Típico de Hendrich. O voy a hablar con Omai u Omai muere. Eso es lo que me está diciendo básicamente. Si no llega hasta él alguien de Berlín, será otra persona. Y, lo que es más espantoso, si cabe: sé que tiene razón. Puede que Hendrich sea manipulador, pero muy a menudo tiene la verdad de su lado.

Camille me ha dado la correa y está saliendo del parque.

—Te llamo más tarde. Debo pensarlo.

—Tienes una hora.

—Una hora. Perfecto.

Cuelgo y llamo a Camille:

—Camille, espera. ¿Adónde vas?

—A casa.

—¿Camille?

—¿Con quién hablabas por teléfono?

—No puedo decírtelo.

—Tampoco has podido decirle a la que fuera quién era yo.

—No era una mujer.

—No puedo con esto, Tom.

—Camille, por favor.

—Vete a la mierda.

—¿Camille?

—Te abro mi corazón, me acerco a ti y me imagino que hay algo entre nosotros para que luego tú niegues que nos conocemos. Venga ya, joder. ¡Tal vez me habría acostado contigo! Probablemente sea eso lo que haces: manipular a la gente. Probablemente yo no sea más que otro perro al que adiestras.

—*Abraham* no está adiestrado. Camille, por favor, espera...

—*Fils de pute!*

Sale del parque. Podría ir tras ella. Cada átomo de mi cuerpo quiere seguirla. Podría hablar con ella y hablarle de Hendrich, y es muy posible que pudiera arreglarlo todo. Pero me quedo plantado donde estoy, en la hierba, bajo un cielo púrpura, con el día agonizando a mi alrededor. Pienso que cabrearla es mejor que ponerla en peligro. Es todo un acertijo: la única forma de protegerla es teniendo lo menos que ver con ella.

Sé que ya he causado demasiado daño. Hendrich ha oído su voz. Podría haber captado el acento francés.

«Mierda.» Esto es lo que pasa cuando bebes vino. Y cuando intentas acercarte a alguien: caes en una trampa. Pero es la misma trampa en la que llevo desde 1891. Como de costumbre, es la trampa de Hendrich. Me siento literalmente inmovilizado. Nunca tendré una vida. Y encima he ofendido a la primera persona que me importa de verdad desde hace lo que se me antoja

una eternidad. «Mierda, mierda y mierda.»

—Mierda. —También se lo digo a *Abraham*.

*Abraham* me mira, jadeando desconcertado.

Llevo siglos pensando que mi desesperación es dolor. Pero la gente supera el dolor. Supera incluso el dolor más profundo en cuestión de años. Si no lo supera, al menos aprende a vivir con él. Y lo hace invirtiendo en otras personas, apoyándose en la amistad, en la familia, en la docencia, en el amor. Llevo algún tiempo intuyendo esto.

Pero no es más que una farsa. No podré influir en la vida de nadie. Debería dejar de dar clase. Debería poner fin a todos los intentos de trabar conversación. No debería relacionarme con nadie. Debería vivir completamente aislado. Debería volver a Islandia, no hacer nada salvo los cometidos que Hendrich me pide.

Parece imposible que viva sin causar dolor: a mí mismo o a otros.

*Abraham* gimotea un tanto a mi lado, como si sintiera mi dolor.

—No pasa nada. Vamos a casa.

Le pongo unas golosinas a *Abraham*, bebo un poco de vodka y canto el *Coming Around Again* de Carly Simon, repitiendo el título de la canción hasta que creo que voy a enloquecer.

Al ver que me quedan diez minutos para llamar a Hendrich, abro YouTube y pongo «Sol Davis». Encuentro vídeos de olas y de un hombre con un traje de neopreno subido a una tabla deslizándose sobre el agua.

El vídeo se interrumpe y pasa a ese mismo hombre saliendo del agua y caminando por la arena, mirando a la cámara con una sonrisa, pero también con el ceño fruncido, y sacude la cabeza.

—Eh, tío, no hagas nada con eso —pide.

Tiene acento australiano y lleva la cabeza rapada y, en términos normales, parece casi veinte años mayor, pero no cabe la menor duda: es Omai. Congelo la imagen: sus ojos me miran, la frente perlada de agua.

Cojo el teléfono y, sosteniéndolo con la mano, voy a «Recientes» y presiono «H» con el pulgar.

Hendrich lo coge.

—Está bien, Hendrich. Lo haré.

Quinta  
parte

El regreso

## *Plymouth, Inglaterra, 1768*

La historia de cómo conocí a Omai empezó un lluvioso martes en las callejuelas adoquinadas del puerto de Plymouth. Yo tenía resaca. Siempre tenía resaca en Plymouth. Una de dos: o tenía resaca o estaba borracho. Era un lugar húmedo: lluvia, mar, cerveza. Daba la sensación de que todo el mundo se estaba ahogando lentamente.

Cuando di con el capitán Samuel Wallis, lo reconocí por el retrato que había visto colgado en el ayuntamiento. Llevaba puesta su impecable casaca azul marino e iba caminando por el muelle, conversando animadamente con otro hombre.

Yo había llegado a Plymouth hacía tan sólo un mes. Por aquel entonces mis esperanzas parecían cada vez más lejanas. Había dejado de creer que algún día encontraría a mi hija, y ahora intentaba resolver el acertijo que me atormentaba: ¿qué sentido tiene la vida cuando no se tiene a nadie por quien vivir? Seguía sin tener la respuesta. Pensándolo ahora, creo que sufría una especie de depresión.

Corrí hacia donde estaba, hacia Wallis, y me planté frente a él, y luego caminé de espaldas mientras él avanzaba.

—He oído que le falta un hombre —dije—. Para la travesía. En el *Delfín*.

Los hombres siguieron andando. El capitán Wallis me miró. Era, como tantos otros hombres a los que la historia ha hecho grandes, bastante mediocre en persona, la exquisita confección de las ropas resaltaba, en lugar de disimular, sus puntos flacos físicos: menudo, rechoncho, de mejillas púrpuras. Un hombre hecho más para cenas elegantes que para la vida en el mar. Y, sin embargo, tan sólo dos años después una isla recibiría su nombre. De momento, sus ojillos verdes me miraban con desdén.

—¿Quién es usted? —me preguntó con una voz grave como un gruñido.

—John Frears. —Era la primera vez que pronunciaba ese nombre.

El acompañante del capitán Wallis le tocó con levedad el brazo; un gesto discreto, pero que cumplió su propósito. Ese hombre parecía muy distinto al señor Wallis: de mirada inteligente pero con una boca amable, los labios curvándose en las comisuras en señal de interés. Llevaba un abrigo negro como el carbón a pesar del tiempo que hacía. Era Tobias Furneaux, un hombre al que acabaría conociendo bastante bien con los años. Luego ambos se detuvieron en medio del concurrido puerto, cerca de unas cajas con peces grises moteados, recién capturados, que brillaban con el sol de junio.

—Y diga, señor mío, ¿por qué deberíamos tenerlo a bordo de nuestra embarcación?

—Poseo habilidades, señores, que otros codiciarían.

—¿Como por ejemplo? —quiso saber el señor Furneaux.

Metí la mano en mi saco, saqué mi flauta de tres agujeros de madera negra y me la llevé a los labios. Empecé a tocar unas notas de una tonada popular: *The Bay of Biscay*.

—Toca bien la flauta —dijo el señor Furneaux conteniendo una sonrisa.

—También sé tocar la mandolina. —No mencioné el laúd, claro está. En esa época habría sido como decir en una entrevista de trabajo que uno sabía usar un fax: sencillamente, era algo que ya no se hacía.

El señor Furneaux se quedó impresionado, y así lo manifestó.

—Mmm —dijo por su parte el señor Wallis, tarareando una melodía de gusto más dudoso y volviéndose hacia su compañero—. No es un concierto lo que estamos organizando, señor Furneaux.

Éste cogió aire con fuerza, un aire cargado de humedad.

—Si me permite la osadía, señor Wallis, me gustaría apuntar que las aptitudes musicales son de una utilidad inestimable en travesías largas como la nuestra.

—También poseo otras habilidades, señor —aseguré dirigiéndome al capitán Wallis. Éste me miró con socarronería—. Sé afianzar una vela y engrasar los mástiles y reparar las jarcias. Sé leer tanto palabras como mapas. Sé cargar un arma con pólvora y disparar, y mi puntería es aceptable. Hablo

la lengua francesa, señor. Y la holandesa, si bien con menor competencia. Soy digno de confianza en una guardia nocturna. Y podría añadir más cosas, señor.

Para entonces, al señor Furneaux le estaba costando lo suyo no reírse. El capitán Wallis no parecía más feliz que un minuto antes. A decir verdad, daba la impresión de que ahora yo no le agradaba lo más mínimo. Empezó a alejarse, la casaca de terciopelo ondeando con la brisa como la vela de un barco batiéndose en retirada.

—Zarpamos temprano. A las seis en punto, mañana por la mañana. Lo vemos en el puerto.

—A la orden, mi capitán, a las seis en punto. Allí estaré. Gracias. Muchas gracias.

## *Londres, en la actualidad*

Estoy enseñando más historia social a los de tercero cuando Camille pasa por delante de la ventana, como un sueño atormentador.

—En la Inglaterra isabelina nadie llevaba billetes en el bolsillo. Hasta que nació el Banco de Inglaterra no había más que monedas...

Levanto la mano maquinalmente, pero Camille no responde, aunque me ve. Anton ve que bajo la mano.

Y así toda la semana. Soy invisible para Camille. Sus ojos no se cruzan nunca con los míos en la sala de profesores. No me saluda cuando nos cruzamos fuera. Le he hecho daño, lo sé. Así que no intento empeorarlo hablándole. Mi plan es, sencillamente, aguantar lo que queda de semana, volar a Australia y después pedir ir a algún sitio que esté muy lejos de aquí.

Sin embargo, una vez, cuando estamos cruzando en diagonal el patio, al verla tan triste, no puedo evitar decir: «Camille, lo siento..., lo siento». Y ella asiente de manera tan imperceptible que es posible que ni siquiera lo haya hecho y sigue su camino.

Esa tarde, mientras *Abraham* intenta quitarse de encima a un bichón maltés que es la cuarta parte que él, miro el banco desierto y me acuerdo de cuando rodeé con mi brazo a Camille. El banco rezuma tristeza, casi como si también se acordara.

El sábado dan comienzo las vacaciones de mitad de trimestre. Al día siguiente tengo que volar a Australia y dejar a *Abraham* con el cuidador de

perros, pero ahora mismo estoy en el supermercado. Estoy echando en la cesta un tubo de pasta de dientes tamaño viaje cuando veo a Daphne, con una blusa llena de colorido y los ojos muy abiertos, empujando un carrito.

No quiero que sepa que me voy, así que escondo el dentífrico y el protector solar debajo de un número de *New Scientist*.

—Hola, señor Hazard —saluda riendo.

—Señorita Bello, hola.

Por desgracia, nos ponemos a hablar. Dice que acaba de ver a Camille cuando iba al mercado de flores de Columbia Road.

Los ojos de Daphne bailotean con cierta picardía.

—Si no fuera tu jefa, que lo soy, si fuera la vecina de al lado, que no lo soy, diría que, bueno, que a madame Guerin, por alguna razón absurda, le hace gracia cierto profesor de historia nuevo.

Me molesta la iluminación antinatural del supermercado.

—Pero es evidente que yo no lo diría, porque soy la directora, y los directores no deben decir esas cosas. No sería nada profesional alentar idilios entre profesores. Es sólo que... ha estado muy callada esta última semana. ¿Tú te has dado cuenta?

Esbozo una sonrisa forzada.

—Me temo que no.

—Pensaba que quizá tú pudieras animarla.

—Creo que posiblemente yo sea el menos indicado para hacerlo.

Se instala un silencio incómodo entre nosotros. Bueno, incómodo para mí. No creo que Daphne se sienta incómoda. Me fijo en que lleva una botella de ron tumbada en el carro, junto a un paquete de pasta.

—¿Vas a dar una fiesta? —pregunto, intentando sacar otro tema de conversación.

Ella suspira.

—Ojalá, pero no. Qué va. La botella de Bacardí es para mi madre.

—¿Es que no piensa compartirla?

—Uy, no. La pobre. Su ron no se lo toca nadie. Está en una residencia de ancianos de Surbiton (por decisión propia, le gusta la compañía) y siempre me insiste en que le meta a escondidas una botellita. Menuda picarona está

hecha, mi madre. Me siento como si fuera una contrabandista o algo por el estilo, como en Norteamérica durante la ley seca, ¿sabes?

Recuerdo tocar *ragtime* al piano en Arizona; a mi lado, en el polvoriento suelo, una botella de alcohol destilado de manera ilegal.

—Tiene los riñones fastidiados y ha sufrido un derrame, así que no debería probar ni gota de alcohol, pero dice que está aquí para pasarlo bien aunque no dure mucho, pese a que está durando bastante, porque tiene ochenta y siete años y es dura de pelar. En fin.

—Me gusta su filosofía de vida. —Hago lo que puedo por participar en la conversación, pero mi dolorido e hiperactivo hipocampo me está haciendo pensar en Camille en el instituto. En lo pálida que la vi, en el hecho de que se pusiera justo al otro lado de donde yo estaba en la sala de profesores.

Pero entonces Daphne dice algo que hace que me sacuda la desesperanza.

—Pues sí, menuda pájara está hecha mi madre. Y que conste que en la residencia está con una pandilla de lo más variopinta. Hay una mujer que dice que es tan mayor que nació cuando reinaba Guillermo el Conquistador. La verdad es que debería estar en un psiquiátrico.

Me quedo de piedra. Lo primero que me viene a la cabeza es Marion. Esto es irracional: si estuviera viva, Marion no parecería una señora mayor. Parecería más joven que yo. Y nació durante el reinado del rey Jacobo, no de Guillermo el Conquistador.

—La pobre Mary Peters. Está como una cabra. La televisión le da miedo. Pero es una anciana encantadora.

«Mary Peters.»

Miro a Daphne y sacudo la cabeza mientras recuerdo los chismes que rodearon la desaparición de la Mary Peters que conocíamos en Hackney. La que Rose conocía del mercado. A la que la vieja señora Adams llamaba «zurullo andante» y que salió «de la nada».

—Vaya. ¿En serio? Pobre mujer.

Cuando Daphne se va, dejo la cesta en el pasillo y salgo del supermercado a buen paso, con determinación. Saco el teléfono y busco el horario de trenes a Surbiton.

La residencia está apartada de la carretera. En toda la parte delantera hay multitud de árboles. Fuera, en la acera, me pregunto qué hacer. Al otro lado de la calle hay un cartero, pero, aparte de eso, nadie. Cojo aire. La vida tiene un ritmo extraño. Se tarda algún tiempo en ser plenamente consciente de eso. Décadas. Siglos, incluso. No es un ritmo sencillo, pero existe. Varía y fluctúa, hay estructuras dentro de estructuras, patrones dentro de patrones. Resulta desconcertante. Como cuando se escucha a John Coltrane tocando el saxofón por primera vez. Pero, si se insiste, los elementos familiares empiezan a verse con claridad. El ritmo actual está acelerando; me aproximo a un crescendo. Todo está sucediendo al mismo tiempo. Ése es uno de los patrones: cuando no pasa nada, no pasa nada, pero después de un tiempo esa calma chicha se vuelve abrumadora, y es preciso que entre la batería. Tiene que pasar algo, y a menudo esa necesidad sale de uno mismo. Haces una llamada telefónica y dices: «No puedo seguir con esta vida, necesito un cambio». Y pasa una cosa sobre la que mantienes el control. Y después otra sobre la que no tienes ni voz ni voto. La tercera ley de Newton: el principio de acción y reacción. Cuando empiezan a pasar cosas, se suceden una tras otra. Pero a veces parece no haber explicación de por qué pasan las cosas — por qué todos los autobuses llegan a la vez—, por qué los momentos de suerte y dolor en la vida llegan juntos. Lo único que podemos hacer es observar el patrón, el ritmo, y vivirlo.

Respiro hondo, inhalo el aire.

Ash Grange Residential Care Home. El logotipo es una hoja cayendo. Una hoja cualquiera. El letrero es amarillo claro y azul. Es una de las cosas más deprimentes que he visto en mi vida. El edificio en sí es prácticamente igual de malo. Probablemente sólo tenga veinte años de antigüedad, y es de ladrillo anaranjado claro, con los cristales de las ventanas tintados, de poca calidad. El sitio entero parece un eufemismo no ofensivo de la muerte.

Entro.

—Hola —saludo a la mujer de la entrada cuando desliza la ventana de plexiglás para que hable—. Vengo a ver a Mary Peters.

Me mira y esboza una sonrisa brusca y eficiente. Una sonrisa moderna y

profesional, de las que no existían antes de, digamos, el teléfono.

—Ah, sí. Ha llamado usted antes, ¿no?

—Sí. He sido yo el que ha llamado, soy Tom Hazard. La conocí cuando era más joven, en Hackney.

Mira la pantalla del ordenador y hace clic con el ratón.

—Ah, sí. Quiere verlo. Por ahí.

—Estupendo —contesto, y mientras camino por la moqueta de losetas casi tengo la sensación de estar yendo hacia atrás en el tiempo.

Mary Peters me mira con unos ojos que el tiempo ha vuelto rosados y débiles. El cabello gris es frágil como las semillas de diente de león y las venitas que le recorren la piel parecen rutas de un mapa secreto, pero resulta evidente que es la mujer a la que conocí en Hackney hace cuatro siglos.

—Me acuerdo de ti —asegura—. El día que fuiste al mercado. La pelea en la que te enredaste con ese malnacido baboso.

—El señor Willow —digo, y me viene a la memoria cómo desapareció en medio de una nube de especias.

—El mismo, sí.

Su respiración es estertórea, una suerte de sonido rasposo cada vez que coge aire. Hace una mueca de dolor y sus dedos agarrotados acarician levemente su frente.

—Lo que pasa es que me dan dolores de cabeza.

—Yo estoy empezando a tenerlos.

—Van y vienen. Los míos han vuelto hace poco.

Me maravilla que aún se moleste en hablar. Debe de hacer ya doscientos años que es una anciana.

—No me queda mucho tiempo —dice, como si me leyera el pensamiento—. Por eso me vine aquí. No corro ningún riesgo.

—¿Cómo que no corre ningún riesgo?

—Sólo me quedan unos dos años.

—Eso no lo sabe. Podrían quedarle otros cincuenta.

Niega con la cabeza.

—Espero que no.

—¿Cómo se encuentra?

Sonríe como si acabara de contar un chiste.

—Creo que se acerca el final. Verás, he sufrido diversas enfermedades. Cuando el médico me dijo que sería cuestión de semanas, me di cuenta de que..., de que sólo me quedan dos años. Tres a lo sumo. Así que supe que era seguro venir aquí, ¿sabes? Más seguro...

No tiene sentido. Si aún le preocupa la seguridad, ¿por qué le dijo abiertamente a la gente de aquí los años que tenía?

Hay más personas en la habitación, casi todas sentadas en sillas, absortas haciendo crucigramas o en sus recuerdos.

—Eras el amor de Rose. Sólo hablaba de ti. Yo tenía un puesto de flores junto al sitio en el que ella y su hermana pequeña vendían fruta. Tom esto, Tom lo otro. Tom todo. Cobró vida cuando te conoció. Era otra.

—La quería tanto —le digo—. Era tan fuerte. Era la mejor persona que he conocido en mi vida.

Sonríe en un vago gesto de comprensión.

—Por aquel entonces yo era un alma en pena. Sufría de mal de amores.

Mira la habitación. Alguien enciende el televisor. Se oye la sintonía de un programa llamado *A New Life in the Sun* y después se ven imágenes de una pareja dentro de su restaurante español, el Blue Marlin. Limpian mejillones en una cazuela y parecen estresados.

Cuando Mary vuelve a mirarme, se muestra pensativa, el recuerdo casi la hace temblar. Luego me dice:

—Conocí a tu hija.

Lo que dice está tan fuera de contexto que no lo entiendo bien.

—¿Cómo dice?

—A tu hija, Marion.

—¿A Marion?

—No hace mucho. Coincidimos en el hospital.

Mi cerebro se esfuerza por entender. Así es la vida a menudo. Uno se pasa tanto tiempo esperando algo —una persona, un sentimiento, un dato— que cuando lo tiene delante no es capaz de asimilarlo. El agujero está tan

acostumbrado a ser un agujero que no sabe cerrarse.

—¿Cómo?

—En el hospital psiquiátrico de Southall. Yo no estaba ingresada, sólo era una vieja loca que pegaba gritos en una silla. Ella estaba allí todo el tiempo. Llegué a conocerla. Me marché antes de que naciera, ¿no es cierto?

—Entonces ¿cómo supo que era mi hija?

Me mira como si fuese una pregunta estúpida.

—Me lo dijo ella. Se lo decía a todo el mundo. Ése era uno de los motivos por los que estaba en ese sitio. Nadie la creía, desde luego. Estaba loca. Eso es lo que pensaban... A veces hablaba en francés, y cantaba mucho.

—¿Qué cantaba?

—Canciones antiguas. Muy muy antiguas. Y lloraba cuando cantaba.

—¿Sigue en ese sitio?

Niega con la cabeza.

—Se fue. Y lo que pasó fue raro...

—¿Raro? ¿En qué sentido?

—Se fue una noche, sin más. Los que estaban allí dijeron que se armó mucho ruido y alboroto... Al día siguiente, cuando fui yo, ya no estaba.

—¿Adónde? ¿Adónde?

Mary suspira. Se toma un momento. Parece triste y confusa al recordarlo.

—Nadie lo sabía. Nadie dijo nada. Sólo nos dijeron que le habían dado el alta, pero no llegamos a saberlo nunca a ciencia cierta. Parece raro, pero no siempre sabíamos lo que estaba pasando. Ese sitio era así.

No puedo dejar las cosas de este modo. Durante mucho tiempo había confiado en ver un atisbo de esperanza, y, cuando por fin ha llegado, ha durado diez segundos y ha vuelto a esfumarse.

—¿Adónde puede haber ido? ¿Alguna vez le dio alguna pista de dónde podría acabar? Seguro que le dijo algo.

—No lo sé. La verdad, no lo sé.

—¿Mencionó algún sitio?

—Había viajado. Hablaba de sitios en los que había estado. Había estado en Canadá.

—¿Canadá? ¿Dónde? ¿Toronto? Yo estuve en Toronto.

—No lo sé. No creo. También había pasado mucho tiempo en Escocia, creo. Su acento era muy escocés. Pero me parece que había estado recorriendo mundo. Viajando por Europa.

—¿Cree usted que está en Londres?

—La verdad es que no lo sé.

Me retrepo en la silla, intentando pensar. Me alivia saber que Marion sigue viva —o lo estaba hasta hace poco—, y me preocupa lo mal que puede haberlo pasado al mismo tiempo.

Me pregunto si la Sociedad habrá dado con ella. Me pregunto si alguien habrá intentado silenciarla. Me pregunto si Hendrich lo sabe y no me lo ha dicho. Me pregunto si se la habrá llevado alguien. El instituto berlinés. U otra persona.

—Escuche, Mary —digo antes de marcharme—. Creo que es importante que no hable más del pasado. Puede que haya sido peligroso para Marion, y es peligroso para usted. Puede pensar en él, pero es peligroso hablar de la edad.

Ella hace una mueca que responde a algún dolor invisible cuando se mueve, con cuidado, haciendo un esfuerzo, en su asiento. Pasa un minuto. Está rumiando lo que acabo de decirle y decide pasar por alto mis palabras.

—Una vez quise a alguien. A una mujer. La quería con locura, ¿comprendes? Estuvimos juntas, en secreto, casi veinte años. Y nos dijeron que no podíamos hablar de ese amor... porque era peligroso. Querer era peligroso.

Asiento. Lo entiendo.

—Llega un momento en que la única manera de empezar a vivir es diciendo la verdad. Siendo quien realmente eres, aunque sea peligroso.

Le cojo la mano.

—Me ha ayudado más de lo que cree.

Una de las enfermeras se acerca para preguntarme si me apetece tomar un té y le digo que estoy bien.

Después pregunto a Mary, en voz baja:

—¿Ha oído hablar de la Sociedad Albatros?

—No. La verdad es que no.

—Bueno, pues tenga cuidado. Por favor, no hable de ya sabe... —Miro el reloj de la pared: las tres menos cuarto. Dentro de tres horas tengo que estar en un avión rumbo a Dubái, camino de Sídney—. Tenga cuidado —le advierto a Mary.

Ella sacude la cabeza y cierra los ojos. El suspiro que deja escapar se parece más al bufido de un gato.

—Soy demasiado vieja para tener miedo. Soy demasiado vieja para mentir. —Se echa hacia delante en la silla y agarra con fuerza el bastón—. Y tú también.

Salgo fuera y llamo a Hendrich.

—¿Tom? ¿Qué tal va todo?

—¿Sabías que estaba viva?

—¿Quién?

—Marion. *Marion*. ¿La has encontrado? ¿Lo sabías?

—Tom, cálmate. No, Tom. ¿Tienes alguna pista?

—Está viva. Estuvo internada en un hospital de Southall. Después desapareció.

—¿Cómo que desapareció? ¿Se la llevaron?

—No lo sé. Cabe la posibilidad de que se escapara.

—¿De un hospital?

—Era un psiquiátrico.

Un cartero camina por la acera.

—No sé dónde está —musito—, pero no puedo ir a Australia. Tengo que encontrarla.

—Si se la han llevado...

—Eso no lo sé.

—Si se la han llevado, tú solo no la encontrarás. Escucha, escucha. Le diré a Agnes que preste atención a lo que ocurre a su alrededor en Berlín. Después de lo de Australia, ésa será nuestra operación principal. Daremos con ella. Si se la han llevado, probablemente esté en Berlín, en Pekín o en Silicon Valley. No la encontrarás tú solo. A ver, has estado en Londres y no has dado con ella.

—No la estaba buscando. Quiero decir, me he despistado.

—Sí, Tom, sí. Por fin lo ves: te has despistado. Eso es exactamente. Y lo solucionaremos. Pero ahora tienes que coger un vuelo.

—No puedo. No puedo.

—Si quieres encontrar a Marion, tienes que volver a centrarte, Tom. Debes ir y traer a tu amigo. ¿Quién sabe? Quizá tenga algo que decirnos. Ya sabes cómo son las cosas: los albas son las personas adecuadas para preguntar por otros albas. Debes volver a encauzarte, Tom. La verdad es que no sabes dónde está Marion, pero sí sabemos dónde está tu amigo. Y Berlín también lo sabe. Marion ha sobrevivido más de cuatrocientos años, seguirá viva dentro de una semana. Ocúpate de lo de Australia y te juro, te *juro* que uniremos fuerzas para dar con ella. Tienes una pista, ¿no?

No puedo hablarle de Mary Peters. No quiero poner en peligro a una mujer que a todas luces jamás accedería a formar parte de la Sociedad.

—Tengo que encontrarla, es preciso.

—La encontraremos, Tom —asegura, y lo odio casi tanto como lo creo. He dudado de él muchas veces, pero lo cierto es que lo creo. Creo cada palabra que dice—. Lo presiento. He vivido tanto que presiento el futuro. Lo sé. Lo sé. Ya casi hemos llegado, Tom. La volverás a ver. Pero, primero, si quieres salvar a tu amigo, tienes que irte al aeropuerto. Omai te necesita.

Y la conversación finaliza y, como siempre, hago lo que Hendrich quiere que haga. Porque es mi mejor esperanza.

## *Tahití, 1767*

Pensaba incendiar el poblado.

—¡Préndale fuego! —exclamó Wallis—. ¡Si quiere volver a casa, prenderá fuego a la choza de ese salvaje, Frears! Y después préndale fuego al resto.

Sostenía la tea encendida con la mano, el brazo debilitado por el peso, el cuerpo entero debilitado de estar de pie. Habría sido fácil dejarla caer, pero me sentía incapaz de incendiar la choza. Estaba plantado allí, en la arena negra, mientras el isleño me miraba fijamente. El joven no decía nada, no hacía nada. Tan sólo estaba delante de la choza, mirándome. Tenía los ojos muy abiertos, y me miraba con un gesto entre horrorizado y desafiante. El pelo, largo y ralo, le llegaba por el pecho, y llevaba más joyas que la mayoría de los demás isleños: pulseras de hueso y collares. Yo habría dicho que rondaba la veintena, pero también sabía, mejor que la mayoría, que, en cuestión de edad, las apariencias podían engañar.

Siglos después, al observar a ese mismo hombre saliendo del océano en un vídeo de YouTube, vería que la expresión de esos ojos era similar: a medio camino entre el desafío y la perplejidad.

Yo no era precisamente ningún santo. No veía nada malo en descubrir territorios nuevos o en forjar un imperio. Era un hombre de una época completamente distinta, incluso de aquella en la que vivía entonces. Y, sin embargo, me sentía incapaz de prenderle fuego al hogar de ese hombre. Hoy en día sigo sin saber si fueron sus ojos, si veía en él a otro marginado, o si era consciente de los daños que sufría el alma si se acumulaban pecados en una vida larga.

Así, aunque Wallis me estaba dando gritos, me fui de allí. Llevé la tea

hasta la lisa y húmeda arena y dejé que el mar se la llevara. Volví con el hombre cuya choza seguía en pie, saqué la pistola —que me había dado antes de bajar a tierra un oficial debilitado por el escorbuto— del cinto y la deposité en la arena. No creo que el hombre supiese lo que era la pistola, o para qué servía, pero sí supo lo que era el cuchillo, que también dejé en el suelo.

En el bolsillo llevaba un espejito y se lo enseñé, y él se quedó mirando su propio rostro fascinado.

Ahora Wallis estaba a mi lado.

—¿Qué diantres está haciendo, Frears?

Intenté mirar a Wallis con la serenidad y la dignidad con que me había mirado el isleño.

Por suerte, allí también estaba Furneaux.

—Si arrasamos sus hogares, jamás seremos bienvenidos aquí. Necesitamos tentarlos, no asustarlos más de lo que ya hemos hecho. A veces sólo es preciso que la bestia ruja.

Y, tras farfullar algo, Wallis me miró y dijo:

—No haga que lamente haberlo traído conmigo.

Y redujeron a cenizas las chozas. Así fue como vieron por primera vez los europeos la isla que un día se conocería como Tahití. Apenas dos años después, en su primer viaje, el capitán James Cook y su astrónomo observaron el paso de Venus por delante del Sol desde esta misma isla. A decir verdad, ésa fue la razón —el idóneo emplazamiento de la isla para realizar observaciones— que contribuiría no sólo a fomentar el avance del conocimiento científico, sino a facilitar el cálculo de la longitud.

Mientras el poblado estaba en llamas, los dos únicos naturalistas que sobrevivieron a la travesía, junto con el artista Joe Webber, se dispusieron a explorar la jungla. No estábamos allí para conquistar, estábamos allí, a nuestro juicio, para descubrir.

Y, sin embargo, hicimos lo que sucedió tantas veces a lo largo de la orgullosa historia de los descubrimientos geográficos: encontramos el paraíso y le prendimos fuego.

## *Dubái, en la actualidad*

El aeropuerto de Dubái es muy luminoso, aunque es plena noche. Deambulo por una tienda en la que una mujer me quiere rociar con una loción para después del afeitado.

—No me hace falta, gracias —le digo.

Pero la mujer no me cree. Rocía la loción —Sauvage— en una tira de papel delgada y perfectamente rectangular y me la da. Esboza una sonrisa tan forzada que me sorprende cogiendo la tira y alejándome con ella. Huelo el papel y visualizo las plantas que componen el aroma. Pienso en lo distanciados que estamos de la naturaleza. En todo lo que le tenemos que hacer para meterla en un frasco y llamarla «salvaje». El olor no le hace ningún bien a mi cabeza. Sigo andando y me veo en la librería del aeropuerto. Parte de los libros están en árabe, pero la mayoría están en inglés.

Busco algo para leer, pero en un principio no veo nada salvo libros de economía. Me quedo mirando la cubierta de uno de ellos. En ella aparece el autor. Luce un traje y una sonrisa forzada,seudopresidencial. Los dientes tienen un brillo ártico. Se llama Dave Sanderson. El libro, *La riqueza interior*, tiene un subtítulo: *Cómo sacar el multimillonario que hay en ti*.

Me quedo mirándolo un buen rato, como en trance. Es una idea moderna que goza de popularidad: que nuestro yo interior es distinto de nuestro yo exterior. Que existe una versión de nosotros auténtica, más real, mejor y más rica, a la que sólo podemos acceder comprando una solución. La idea de que estamos alejados de nuestra naturaleza, tan alejados como un frasco de perfume de Dior de las plantas de un bosque.

A mi modo de ver, éste es uno de los problemas de vivir en el siglo XXI.

Muchos de nosotros tenemos cubiertas todas nuestras necesidades materiales, de manera que la labor del marketing es vincular la economía a nuestras emociones, hacernos sentir que necesitamos más haciendo que deseemos cosas que antes no necesitábamos. Nos hacen sentir que somos pobres ganando treinta mil libras al año. Que no hemos viajado mucho si sólo hemos visitado diez países extranjeros. Que somos demasiado mayores si tenemos una arruga. Que somos feos si no se nos pasa el Photoshop y no se nos añaden unos filtros.

En el siglo XVII nadie que yo conociera quería encontrar a su multimillonario interior. Sólo quería llegar a la adolescencia y no tener piojos en el cuerpo.

Ay.

Me doy cuenta de que estoy de mal humor.

Tengo los ojos reseco del cansancio y de haberme pasado siete horas en un avión. No me gusta volar. Lo que me fastidia no es tanto estar en el aire como llegar a un país distinto, con una cultura y un clima completamente distintos, unas horas después de haber salido de Gatwick. Puede que se deba a que todavía recuerdo las dimensiones de las cosas. Ahora nadie entiende eso. La gente no era consciente de la inmensidad del mundo o de su propia pequeñez. La primera vez que di la vuelta al mundo tardé más de un año, iba en una embarcación llena de hombres que tuvieron suerte si lograron sobrevivir. Ahora el mundo está ahí mismo. El mundo entero. Dentro de una hora me subiré a un avión rumbo a Sídney, y a la hora de comer ya habré llegado. Hace que sienta claustrofobia, como si el mundo estuviera encogiéndose literalmente, como un globo que perdiera aire.

Paso a otra sección de la librería. La sección, donde sobre todo hay libros en inglés o traducidos al inglés, se llama «Pensamiento». Es mucho más pequeña que la dedicada a los libros de economía. Confucio. Los antiguos griegos. Entonces veo un libro con la cubierta hacia mí, una cubierta sencilla, sobria.

*Ensayos completos*, de Michel de Montaigne.

Me quedo blanco e incluso digo el nombre de mi hija en voz alta, para mí, como si volviera a tenerla cerca, como si una parte de nosotros se hallara en

cada uno de los libros que amamos. Lo cojo y lo abro por una página cualquiera, leo una frase —«No hay nada que se quede tan grabado en la memoria como el deseo de olvidarlo»— y empiezo a notar que se me podrían saltar las lágrimas.

Me llega un mensaje al teléfono. Dejo el libro de prisa y lo miro. Es un mensaje de texto de Omai:

¡Cuánto tiempo! Tengo muchas ganas de que nos pongamos al día. He reservado mesa para cenar en un restaurante llamado Fig Tree, a las ocho. Así tienes tiempo de echarte una siestecita para que se te pase un poco el jet lag.

El *jet lag*.

Me resulta extraño que utilice esa palabra. En mi cabeza él pertenece a una época en la que la idea de que un hombre volara era tan increíble como, para nosotros ahora, que haya humanos viviendo en Neptuno. Quizá más, incluso.

Respondo:

Ahí nos vemos.

Dejo a Montaigne y la librería del aeropuerto y me dirijo hacia un ventanal para esperar hasta que anuncien mi vuelo. Apoyo la cabeza en el cristal y me quedo mirando, más allá de mi reflejo, la oscuridad infinita del desierto.

## *Plymouth, Inglaterra, 1772*

A nuestro regreso, me quedé un tiempo en Plymouth. Me gustaba ese sitio. Al igual que sucedía con Londres, era un lugar donde resultaba fácil desaparecer. Una ciudad de marineros, pillos, delincuentes, fugitivos, vagabundos, músicos, artistas, soñadores, solitarios, y en determinados momentos yo era cualquiera de esas cosas, todas esas cosas.

Una mañana salí de mi cuarto en el Minerva Inn y fui al nuevo astillero. En el agua descollaba un gran buque de guerra de la armada.

—Soberbio, ¿no cree? —comentó un hombre en el muelle al ver mi expresión de pasmo.

—Sí, sí que lo es.

—Listo para descubrir nuevos mundos.

—¿Nuevos mundos?

—Sí, señor. Es el barco de Cook.

—¿Cook?

Entonces oí pasos a mi espalda. Una mano descansó en mi hombro y pegué un respingo.

—Santo cielo, señor Frears, parece usted sobresaltado.

Al volverme vi a un caballero alto, delgado y bien vestido que me sonreía con cordialidad.

—Ah, señor Furneaux..., es un placer, señor.

Sus astutos ojos me escudriñaron un instante.

—Por usted no pasan los años, Frears.

—El aire del mar, señor.

—¿Tiene ganas de más? ¿Le gustaría volver? —Señaló el horizonte, más allá del puerto—. Esta vez será distinto. Cook lo ha organizado todo algo

mejor que Wallis.

—¿Irás a bordo del barco del capitán Cook, señor?

—No exactamente. Lo acompañaré —repuso—. En la travesía. Como capitán de la fragata *Adventure*. Estoy reuniendo a la tripulación. ¿Le gustaría formar parte de ella?

## *En algún lugar sobrevolando Australia, en la actualidad*

He cogido un vuelo de Sídney a la Costa Dorada. Me noto cansado. Me he pasado la mayor parte de los dos últimos días en aviones o en aeropuertos. En la parte de atrás del aparato hay un niño que llora. Me recuerda momentáneamente a Marion cuando le estaban saliendo los dientes, y lo preocupada que estaba Rose, que pensaba que el dolor podía ser mortal. Del mismo modo que todos los perros se parecen, el llanto de un niño es similar al de todos los niños.

Y, del mismo modo, delante tengo a una pareja joven. Una cabeza durmiente apoyada en un hombro. La cabeza de un hombre sobre el hombro de un hombre, algo que antes no se veía. Es un gesto conmovedor, supongo, pero me dan envidia. Quiero una cabeza en mi hombro, como estaba la de Camille en el mío justo antes de que llamara Hendrich. ¿Sentí lo mismo por Rose, al principio? ¿O esto es distinto? Quizá sea un amor distinto. ¿Acaso importa?

Me viene a la cabeza que apenas nos hemos dirigido la palabra esta última semana en el instituto. Me viene a la cabeza un momento embarazoso cerca del hervidor de agua en la sala de profesores. Ella estaba viendo qué infusiones había, buscaba una manzanilla. El silencio clamaba.

Mi madre me había pedido que viviera. Cuando murió, yo tuve que vivir. Para ella era fácil decirlo, pero, claro está, tenía razón. Y era un deseo comprensible. Cuando uno muere, lo último que quiere es que su muerte se filtre y contamine a los que quedan atrás, que los seres queridos acaben siendo una especie de muertos vivientes. Y, sin embargo, resulta inevitable

que eso pase a menudo. A mí me ocurrió.

Sin embargo, la siento cada vez más cerca. La vida. La siento, a escasos centímetros de mí. Marion forma parte de ella. La idea, de repente muy real, de encontrarla. Me quedo dormido y sueño con Omai. Sueño que lo veo en una playa del Pacífico Sur, contemplando la puesta de sol. Y cuando llego donde está, lo agarro del brazo y él se desmorona como si fuese arena, y allí, debajo de él, hay otra persona, más pequeña, como una muñeca rusa. Una niña. Una niña con una trenza larga y un vestido de algodón verde.

—Marion —digo.

Y también ella se desmorona en la arena, en la playa, e intento mantenerla intacta aun cuando el mar se la lleva.

Y cuando me despierto, el niño ya no llora y yo estoy allí, ahí. El avión ha aterrizado, y sé que en cuestión de horas veré a alguien a quien no veo desde hace siglos. Y no puedo evitar sentirme aterrorizado.

## *Huahine, islas de la Sociedad, 1773*

Arthur Flynn, alférez del *Adventure*, quemado por el sol, sofocándose con la camisa que un día fue blanca, se arrodilló en la arena sujetando cintas de un vivo rojo y blanco en las manos y, empleando un torpe y empático lenguaje de signos, hizo como si se las atara en el pelo. Sonrió imitando a una muchacha bonita, toda una hazaña teniendo en cuenta su rostro y su cuero cabelludo abrasados y la indómita barba.

Así y todo, los niños pequeños que constituían su público parecían impresionados. Yo había viajado lo bastante para saber que la risa era algo universal, al menos entre los niños. Incluso los isleños de más edad, que se hallaban detrás observando con cara de pocos amigos, de pronto sonreían al ver a ese inglés raro con la cara encendida que hacía el tonto. Arthur le ofreció una cinta a la niña de cabello largo que tenía más cerca —no tendría más de seis años—, que, tras recibir el visto bueno de su madre, la cogió.

Después Arthur se volvió y me preguntó, con voz más baja de lo habitual: —Frears, ¿tiene usted las cuentas?

Tras ellos, los dos barcos parecían elegantes bestias inanimadas sacadas de otra realidad.

Mientras permanecíamos allí, ofreciendo regalos y negociando la paz con cintas, vi un rostro entre la multitud que reconocí: un hombre al que había visto antes.

Sostenía una tabla de madera y tenía el cuerpo mojado de haber estado en el mar. Había visto tablas de madera similares en mi anterior visita a las islas del Pacífico. Las utilizaban los pescadores para salir al mar: se ponían de pie en ellas y surcaban las olas. A veces parecían surcar las olas sólo por diversión. Sin embargo, nada de eso explicaba cómo era posible que

conociese a ese hombre. ¿Cómo podía ser? Yo no había estado nunca en esa isla. Intenté pensar. No tardé mucho en caer en la cuenta: era el hombre cuya choza me había negado a quemar. El hombre apuesto de cabello largo y ojos grandes. Pero eso había sido en Tahití. Tampoco es que hubiese salvado un tramo vasto de océano, pero parecía ridículo pensar que lo había hecho subido únicamente a una tabla de madera. Y en Tahití estaba lleno de collares y pulseras, lo que indicaba un estatus que, a juzgar por su pecho y sus brazos ahora desnudos, ya no tenía.

Estaba exactamente igual que lo recordaba. Supuse que cuatro años no eran tanto tiempo. Me miró con una expresión un tanto anhelante, que manifestaba una necesidad desesperada de comunicarme algo.

Miré a mi alrededor, a Arthur y a algunos de los otros hombres, con la esperanza de que el hombre prestara atención a otra cosa, pero no: me la dispensaba únicamente a mí. Dijo unas palabras que no entendí. Después, con la mano derecha, juntó los dedos y se los llevó al pecho. Los dedos golpearon el pecho en un rápido *staccato*. Entendí lo que quería decir.

«Yo.»

«Él.»

Luego señaló el mar, los barcos y el horizonte. A continuación, miró la arena y puso cara de miedo o asco. Mantuvo la expresión mientras volvía la cabeza hacia los árboles del pan y la jungla verde exuberante que constituían el telón de fondo de la playa, antes de mirar de nuevo hacia los barcos y el océano. Hizo eso unas cuantas veces, hasta que tuve claro lo que estaba diciendo.

Oí unas botas en la arena que se acercaban. Vi al capitán de navío Cook y al capitán de fragata Furneaux, juntos, ambos con el ceño fruncido.

—¿Qué está pasando aquí, Fines? —preguntó Cook.

—Fears —lo corrigió Furneaux con moderada autoridad.

Cook ahuyentó la corrección como si fuera un mosquito minúsculo.

—Hable. Da la impresión de que se ha producido un ligero revuelo con este... caballero.

—Sí, mi capitán.

—¿Y bien?

—Creo que quiere venir con nosotros.

## *Océano Pacífico, 1773*

Se llamaba Omai.

Después, cuando su inglés mejoró, supimos que en realidad se llamaba Mai, y lo que estaba diciendo es «soy Mai» en tahitiano. Sea como fuere, el nombre cuajó, y él no nos corrigió nunca.

Cuando nos deteníamos en otras islas, intentaba enseñarme a ponerme de pie en su tabla. Al verbo *surfear* aún le quedaba lo suyo para aparecer, pero eso es lo que hacía, y podía mantenerse sobre la tabla todo el tiempo que quería, con independencia de lo grande que fuera la ola. A diferencia de mi persona, claro está, que cada vez que intentaba ponerme de pie me caía, en medio de sonoras carcajadas. Con todo, me gusta pensar que fui el primer europeo que utilizó una tabla de surf.

Omai aprendía deprisa. Aprendió inglés a gran velocidad. Me caía bien, entre otras cosas porque me permitía escapar de las labores más rutinarias en el barco. Nos sentábamos a la sombra, o encontrábamos un rincón tranquilo bajo cubierta, y repasábamos sustantivos y verbos y compartíamos un tarro de col encurtida.

Le hablé un poco de Rose y de Marion. Le enseñé la moneda de Marion. Le enseñé la palabra *moneda*.

Por su parte, él me enseñó su visión del mundo.

Todo contenía algo llamado *mana*: cada árbol, cada animal, cada persona.

El *mana* era un poder especial. Un poder sobrenatural. Podía ser bueno o malo, pero había que respetarlo siempre.

Un día espléndido estábamos en cubierta y señaló las tablas.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

Seguí lo que señalaba su dedo.

—Eso se llama sombra —repuse.

Me contó que el *mana* vive en las sombras y que hay montones de normas sobre las sombras.

—¿Normas? ¿Qué clase de normas?

—Es muy malo pisar la sombra de un... —Miró alrededor, como si la palabra que buscaba estuviese en el aire. Entonces vio a Furneaux, que se dirigía a popa por la toldilla, y lo señaló.

Lo entendí:

—¿Capitán? ¿Líder? ¿Jefe?

Omai asintió.

—La primera vez que te vi, no pisaste mi sombra. Te acercaste, pero no la pisaste. Fue una señal de que podía fiarme de ti. Tu *mana* respetaba a mi *mana*.

Me resultó interesante que eso revistiera más importancia para él que mi decisión de no prenderle fuego a su casa. Me aparté un poco de él.

Omai se rio de mí y me puso una mano en el hombro.

—No es malo cuando conoces a alguien, sólo la primera vez que lo ves.

—¿Eras un jefe?

Él asintió.

—En Tahití.

—Pero no en Huahine, ¿no?

—No.

—Entonces ¿por qué dejaste Tahití y te fuiste a Huahine?

Por lo general, era una persona muy alegre, y extraordinariamente relajada para ser alguien que estaba dejando atrás todo cuanto había conocido, pero cuando le hice esa pregunta, frunció la frente y se mordió el labio superior y casi pareció ofendido.

—No pasa nada —lo tranquilicé—. No tienes por qué contármelo.

Fue entonces cuando me lo contó.

—Sé que puedo confiar en ti —afirmó—. Si hay algo que sé es eso. Has sido un buen maestro. Y eres un buen amigo. Además, noto algo en ti. En el modo en que hablas del pasado. En tu mirada. Ese penique que llevas que dices que es antiguo. Y los conocimientos que posees. Creo que eres como

yo. Eres un buen amigo. —Seguía diciéndolo como si necesitara que se lo confirmase.

—Sí, somos buenos amigos.

—*Mauruuru*. Gracias.

A partir de ese momento supimos que nos entendíamos y se estableció la confianza necesaria para sincerarnos.

Hollamby pasó por delante. Hollamby, junto al que dormía yo, ya me había dicho que, en su opinión, era una mala idea tener a Omai a bordo: «Es una carga, se comerá las raciones y traerá consigo a saber qué maldiciones». Nos miró de reojo, pero su forma de fruncir las cejas lo dijo todo, y siguió andando.

—Soy mayor que otros hombres —aseguró Omai—. Y creo que tú también lo eres. Tu rostro no ha cambiado en cinco años. Nada.

—Sí —contesté, bajando la voz hasta convertirla en un susurro.

Estaba demasiado asombrado para decir algo más. Fue la liberación más aterradora y maravillosa, un siglo antes de ver al doctor Hutchinson, encontrar a alguien como yo y poder contar la verdad. Era como llevar décadas en una isla después de haber naufragado y dar con otro superviviente.

Me miró fijamente, sonriendo. Ahora el alivio superaba al miedo.

—Eres como yo. Soy como tú. Lo sabía. —Rio aliviado—. Lo sabía.

Me abrazó. Nuestras sombras se fundieron.

—¡No importa! Nuestro *mana* es el mismo. Nuestras sombras son una.

No soy capaz de expresar con precisión la magnitud de ese instante. Sí, Marion era como yo, pero aún no la había encontrado. De manera que Omai me hizo sentir menos solo. Me hizo sentir normal. E inmediatamente quise saberlo todo. Tras mirar alrededor para asegurarme de que el resto de la tripulación estaba bajo cubierta o en alguna otra parte, empezamos a hablar.

—¿Es ésa la razón de que vinieras? ¿La razón de que quisieras dejar las islas?

Él asintió. Al parecer, asentir era algo universal. Al igual que la superstición.

—Sí. Era difícil. Al principio, cuando estaba en Tahití, no pasaba nada.

Me consideraban... especial. Por eso acabé siendo... jefe. Lo consideraban la... prueba de que mi *mana* era bueno. De que yo era bueno. De que era mitad hombre mitad dios. Nadie se atrevía a acercarse demasiado a mí de día, no fuera a pisar mi sombra. —Se rio y se puso a contemplar el mar, como si el recuerdo fuese algo que casi podía ver en el horizonte—. Y yo hice cuanto pude y creo que fui un buen jefe, pero, después de que pasaran muchas muchas lunas las cosas cambiaron. Otros hombres querían ser jefe, y yo no podía dejar de serlo. La única forma de dejar de ser jefe era muriendo. De manera que estaba... —Describió la claustrofobia con gestos: agitando las manos en el aire junto a la cabeza.

—Atrapado.

—Sí, estaba atrapado. Así que tuve que irme. Tenía que empezar como el nuevo día. Pero el día dura lo que tiene que durar, y después la gente quiere la noche. Me había quedado sin sitios a los que ir. Yo sólo quería vivir.

Le conté lo que le pasó a mi madre. Le hablé de Manning, de Marion, que era como nosotros. Le conté que Rose había estado en peligro por mi culpa. Le conté cuánto la echaba de menos.

Él sonrió levemente.

—Las personas a las que quieres no mueren nunca.

Yo no sabía lo que querían decir esas palabras, pero se me quedaron grabadas a lo largo de los siglos.

«Las personas a las que quieres no mueren nunca.»

—En Inglaterra tampoco nos aceptan —le advertí, volviendo al tema que nos ocupaba—. No puedes hablarle de tu trastorno a nadie de este barco. Cuando vuelva a Inglaterra, tendré que ser otro de nuevo. El señor Furneaux ya se huele algo.

Omai pareció preocuparse un tanto. Se tocó la cara. Probablemente se preguntase cómo demonios iba a ocultarse.

—No te preocupes —lo tranquilicé—. Tú eres exótico.

—¿Exótico? ¿Qué significa eso?

—Diferente. De un país lejano. Muy muy lejano. Como una piña.

—¿Como una piña? ¿Es que en Inglaterra no tenéis piñas?

—Probablemente en Inglaterra haya unas treinta. En repisas de chimenea.

Omai parecía confuso. El mar lamía con suavidad la proa del barco.  
—¿Qué es una repisa de chimenea?

## *Bahía de Byron, Australia, en la actualidad*

Estamos sentados en una terraza, rodeados de guirnaldas de lucecitas y el rumor de conversaciones animadas que no se entienden.

La última vez que estuve con Omai, a mi modo de ver, Australia era un nuevo descubrimiento. Y, sin embargo, a Omai se lo reconoce perfectamente, sigue siendo el mismo. Su cara se ha ensanchado un tanto —no ha engordado, es tan sólo ese ensanchamiento propio de la edad—, y tiene algunas arrugas en los ojos que no se borran cuando deja de sonreír, pero creo que cualquiera que pasara por aquí sin saber nada diría que tiene treinta y seis años. Lleva una camiseta desvaída con un autorretrato de Frida Kahlo que anuncia una exposición de la artista en la Galería de Arte de Nueva Gales del Sur, Sídney.

—Ha pasado mucho tiempo —comenta Omai con aire pensativo—. Te echaba de menos, tío.

—Yo también te he echado de menos. Vaya, y ¿ahora dices «tío»? Te pega.

—Desde los años sesenta. Aquí casi es obligatorio. Cosas del surf.

Hemos arrancado con dos Martinis con coco y chile infundado en vodka, una bebida que Omai ya ha probado e insiste en que lo haga yo. Desde donde estamos veo el mar, más allá de las palmeras achaparradas y de la vasta playa, que reluce suavemente bajo la luna.

—Es la primera vez que me tomo un Martini así —le digo—. Eso es lo que pasa cuando uno se hace viejo: se queda sin cosas nuevas que probar.

—Bueno, no sé yo —contesta, siempre optimista—. Yo he vivido junto a un océano u otro la mayor parte de mi vida y todavía no he visto la misma ola dos veces. Es el *mana*, ¿sabes? Está en todas partes, nunca se queda quieto.

Hace que el mundo se renueve. El planeta entero es un Martini como éste.

Me río.

—Dime, ¿cuánto tiempo llevas siendo Sol Davis?

—Diecisiete años, creo. Cuando vine a Byron.

Miro a los australianos felices que tengo alrededor, que disfrutan de la noche. Se celebra un cumpleaños. Se produce una oleada de entusiasmo colectivo cuando llega la tarta con tres bengalas. Se oyen aplausos cuando la tarta acaba delante de una señora sentada a un extremo de la mesa. Lleva una chapa enorme prendida en la camiseta: cumple cuarenta.

—Es una niña —comento.

—Cuarenta años —dice Omai con ironía—. ¿Te acuerdas?

Asiento.

—Sí —respondo entristecido—. Claro que me acuerdo. ¿Y tú?

A su rostro también asoma una expresión de pesar.

—Sí, ése fue el año que tuve que dejar Tahití.

Mira a lo lejos, como si en algún punto más allá de la terraza, en la oscuridad, pudieran verse otra época y otro lugar.

—Era dios y hombre. El sol brillaba por mí. Tenía la misma categoría que el tiempo, el océano y la fruta de los árboles. Y no hay que olvidar que, por aquel entonces, antes de que los europeos fueran a cristianizarnos, los dioses hombre no eran algo extraordinario. Dios no era algo que vivía en las nubes. Y si no mírame a mí, que pasaba por ser un dios, ¿no?

—Estos Martinis son fuertes —comento.

—Probablemente ya te haya contado eso antes.

—Probablemente. Hace mucho tiempo.

—Mucho, mucho, mucho, mucho, mucho, mucho.

Se acerca una camarera y pido ensalada de calabaza de primero y pargo rojo de segundo, y Omai pide dos platos que, según la camarera, «llevan panceta ambos».

—Lo sé —dice, risueño. Sigue siendo el hombre más guapo que he visto en mi vida.

—Se lo comento sólo por si prefiere algo más variado.

—Es variado. Son dos platos distintos.

—Muy bien, señor.

—Y dos más de éstos —pide levantando la copa.

—Perfecto.

Sostiene la mirada de la camarera, que tampoco baja la suya.

—Yo lo conozco —afirma—. Es usted el surfista, ¿no?

Omai se ríe.

—Estamos en la bahía de Byron. Aquí todo el mundo es surfista.

—No. No como usted. Usted es Sol Davis, ¿no?

Él asiente y me mira tímidamente.

—Por mis pecados.

—Vaya. Es bastante famoso aquí.

—Yo no diría tanto.

—Que sí, que sí. Lo vi surfear ese tubo. Fue increíble. Está en internet.

Omai sonrío educadamente, pero veo que se siente incómodo. Cuando la camarera se marcha, se queda mirando su mano derecha. Abre los dedos todo lo que puede, como si fuera una estrella de mar, luego los cierra, forma un puño y vuelve la mano. Tiene la piel tersa, color caramelo, con aspecto joven. Gracias al océano. Gracias a la anageria.

Seguimos charlando.

Llegan los primeros.

Omai empieza a comer. Cierra los ojos al probar el primer bocado y hace unos ruiditos que indican que le gusta. Envidio la facilidad que tiene para el placer.

—Pero, dime, ¿tú qué has estado haciendo? —me pregunta.

Le cuento. Le hablo de mi vida de profesor. De mi vida anterior. El pasado reciente: Islandia, Canadá, Alemania, Hong Kong, India, América. Luego le hablo de 1891. De Hendrich. De la Sociedad Albatros.

—Son personas como nosotros. Hay muchas. Bueno, puede que no muchas.

Le hablo de la ayuda que proporcionan. De la norma de los ocho años. De los albas y las efímeras. Omai me mira con los ojos muy abiertos, perplejo.

—Entonces ¿qué haces? —quiere saber—. Me refiero a qué haces tú.

—Voy donde Hendrich, el jefe, me dice que vaya. Cumpló misiones.

Llevo gente. Ni siquiera eso está tan mal. No hace mucho fui a Sri Lanka. Es una vida cómoda.

Incluso a mí mismo *cómoda* me parece un eufemismo.

Él se ríe, preocupado.

—La llevas, ¿adónde?

—No la llevo a un sitio en concreto. Me refiero a que convierto a las personas en miembros.

—¿Las conviertes? ¿Cómo?

—Bueno, por lo general, es una tarea bastante sencilla: les explico que la Sociedad puede protegerlas, que se ocupa de proporcionarles nuevas identidades. Hendrich tiene toda clase de contactos. Es como un sindicato. Un seguro. Salvo por el hecho de que nos pagan. Por vivir.

—Estás hecho todo un comercial. Desde luego, no te quedas atrás, ¿no?

—Escucha, Omai. Esto no es ninguna broma. Ahora mismo corremos el mismo peligro que hemos corrido siempre.

—Ya. Y, sin embargo, aquí estamos. Aún respiramos. Cogemos aire y lo soltamos.

—Hay peligros. Tú, ahora mismo, corres peligro. En Berlín hay un instituto. Saben que existes. Se han ido llevando a gente a lo largo de los años.

Omai se ríe. Se ríe con ganas. Me viene a la memoria Marion, que ha desaparecido; que yo sepa, es posible que se la hayan llevado, y me enfado. Tengo la sensación de que me está desafiando, como un ateo a un católico.

—¿Que se llevan a la gente? Vaya.

—Es cierto. Y de un tiempo a esta parte, no sólo ellos. Existen empresas de biotecnología en Silicon Valley y en otras partes que quieren hacerse con la mayor ventaja competitiva posible, y podríamos proporcionársela nosotros. Para ellos, no somos personas: somos ratas de laboratorio.

Omai se frota los ojos. De pronto parece cansado. Yo lo estoy cansando.

—Muy bien. Entonces ¿qué haces tú a cambio de esa *protección*? ¿Dónde está la trampa?

—La trampa está en que existen ciertas obligaciones.

Se ríe, frotándose los ojos de nuevo, como si mis palabras fueran el sueño

que debe sacudirse.

—¿Obligaciones?

—De vez en cuando tienes que hacer algo por la Sociedad Albatros.

Se ríe con más ganas.

—Vaya nombrecito.

—Ya, es un poco anticuado.

—¿Qué clase de cosas hay que hacer?

—Distintas cosas. Cosas como ésta: hablar con personas. Intentar convencerlas de que firmen.

—¿Firmar? ¿Es que hay papeles?

—No, no, no hay papeles. Tan sólo buena fe. Confianza. El contrato más antiguo que existe. —Soy consciente de que hablo como Hendrich. La última vez que tuve esa sensación fue en Arizona, y aquello no acabó muy bien.

—¿Y qué pasa cuando la gente dice que no?

—Por lo general, no dice que no. Es un buen trato. —Cierro los ojos. Me recuerdo abriendo fuego en el desierto—. Escucha, Omai. Te estoy diciendo que no estás a salvo.

—Entonces ¿qué es lo que tengo que hacer?

—Bueno, la idea en sí es no criar moho. Hendrich siempre insiste en que no nos encariñemos demasiado con las personas. Y tiene sentido que la gente se mueva cada ocho años. Que empiece de nuevo en otra parte. Que sea otra persona. Y tú llevas aquí más de...

—Yo eso no puedo hacerlo. Lo de moverme.

Parece bastante firme. Sé que debo ser claro.

—No hay elección. Todos los miembros de la Sociedad han de...

—Es que no he decidido ser miembro de la Sociedad.

—Te conviertes en miembro automáticamente. En cuanto se localiza a un alba, éste pasa a ser miembro.

—Alba, alba, alba..., bla-bla-bla.

—Saber que la Sociedad existe equivale a formar parte de ella.

—Un poco como la vida.

—Supongo que sí.

—¿Y qué pasa exactamente si digo que no? ¿Si me niego?

Tardo demasiado en contestar.

Él se acomoda en la silla y sacude la cabeza.

—Vaya, tío. Es como la mafia. Has entrado en la mafia.

—No tuve elección —le digo—. Así es la cosa. Pero confía en mí, tiene sentido... Verás, si un alba es descubierto, pone en peligro a todos los albas. Pero tú ya sabes que tienes que esconderte. Has estado escondiéndote. Me dijiste...

Niega con la cabeza.

—Llevo en Australia treinta años.

Me paro a pensar en lo que acaba de decir.

«Llevo en Australia treinta años.»

—Me dijeron que veinte.

Su cara se endurece un tanto. Esto no está bien. Nada de esto está bien. Me acuerdo de nosotros en el barco, riendo. Recuerdo la etapa posterior, en la Real Sociedad de Londres, cuando Omai insistió en que me quedara con él. Lo bien que nos lo pasamos. Bebiendo ginebra y contando mentiras a Samuel Johnson y las celebridades del momento.

—¿Te dijeron? ¿Quiénes? ¿Me han estado vigilando?

—Es que no entiendo cómo has podido estar aquí treinta años. ¿Te has estado moviendo?

—Pasé trece años en Sídney, pero llevo diecisiete en Byron. Estuve viajando un poco por la costa, subí a las montañas Azules. Pero básicamente he estado en la misma casa.

—¿Y nadie ha recelado de nada?

Me mira fijamente. Veo que se le inflan y se le desinflan las aletas de la nariz con lo agitado de su respiración.

—La gente suele ver lo que quiere ver.

—Pero estás en internet, hasta la camarera lo ha visto. Alguien te grabó en vídeo. Estás despertando mucho interés.

—Ya. Veo que aún crees que tienes el fuego en la mano. Yo todavía soy el otro, el que quieres manejar a tu antojo. Bueno, pues puedes coger el fuego y tirarlo al mar.

«Estaos quieto.»

—Madre mía, Omai, estoy intentando ayudarte. Esto no tiene nada que ver conmigo, yo no soy más que el intermediario. Se trata de Hendrich. Sabe cosas. Puede impedir que pasen cosas espantosas, pero también —me asalta la terrible verdad de todo esto— puede hacer que pasen cosas realmente espantosas.

—¿Sabes qué? —Se saca la cartera, coge unos billetes que deja en la mesa y se levanta—. Si en realidad no estoy hablando contigo, esto no será una grosería, ¿no?

Y me quedo sentado en el sitio después de que se haya ido. La comida llega, y le digo a la camarera que creo que Omai va a volver. Pero, claro está, no lo hace.

Para ser sincero, creí que esto sería distinto. Creí que hablaríamos de los viejos tiempos y las cosas buenas y malas que entonces no podríamos haber imaginado. Creí que hablaríamos de bicicletas, coches o aviones. Trenes, teléfonos, fotografías, bombillas, programas de televisión, ordenadores, cohetes espaciales. Rascacielos. Einstein. Gandhi. Napoleón. Hitler. Derechos civiles. Chaikovski. Rock. Jazz. *Kind of Blue*. *Revolver*. ¿Le gustaba *The Boys of Summer*? Hip-hop. Restaurantes de sushi. Picasso. Frida Kahlo. El cambio climático. La negación del cambio climático. *La guerra de las galaxias*. La crisis de los misiles de Cuba. Beyoncé. Twitter. Los emoticonos. Los *realities*. Las noticias falsas. Donald Trump. Las constantes idas y venidas de la empatía. Lo que hicimos en las guerras. Las razones que tenemos para seguir adelante.

Pero no, no hemos hablado de nada de eso.

La he fastidiado.

Soy, en pocas palabras, un puto idiota. Y un idiota que no tiene amigos.

«Las personas a las que quieres no mueren nunca.»

Eso es lo que dijo Omai hace muchos años.

Y tenía razón: no mueren. No del todo. Viven en tu cabeza, como lo han hecho siempre. Mantienes encendida su luz. Si los recuerdas lo bastante bien, pueden seguir guiándote, igual que el brillo de las estrellas que se apagaron

hace tiempo podían guiar barcos en aguas desconocidas. Si dejas de llorar su muerte y empiezas a escucharlos, siguen teniendo el poder de cambiarte la vida. Pueden, en suma, ser la salvación.

Omai vive en las afueras de la ciudad, en el 352 de Broken Head Road. En una casa de madera endeble de una planta.

Desde ella se ve el mar. Cómo no: Omai viviría en el mismo mar si pudiera.

Espero unos minutos después de llamar. Tengo dolor de cabeza, un dolor sordo. De dentro me llegan ruidos apagados. La puerta se abre un poco. Una anciana con el cabello blanco corto se asoma por detrás de la cadena de seguridad. Ochenta y tantos, diría yo. La cara muy arrugada. El cuerpo ladeado debido a la artritis y la osteoporosis. Los ojos preocupados, con cataratas. Con una chaqueta de punto de un amarillo vivo. En la mano sujeta un abridor de latas eléctrico.

—¿Sí?

—Uy, lo siento. Creo que me he equivocado. Siento molestarla tan tarde.

—No se preocupe. De un tiempo a esta parte no duermo nada.

Como veo que va a cerrar, me apresuro a decir:

—Estoy buscando a Sol. Sol Davis. ¿Es aquí? Soy un viejo amigo. He estado cenando con él antes y me temo que le he hecho enfadar.

La anciana vacila un instante.

—Tom. Me llamo Tom.

Ella asiente. Ha oído hablar de mí.

—Se ha ido a hacer surf.

—¿De noche?

—Es cuando más le gusta. El océano no se va nunca a casa. Eso es lo que dice siempre.

—¿Dónde surfea?

Se para a pensar y mira el camino de cemento que arranca de la puerta de su casa, como si allí hubiera alguna pista.

—Maldita cabeza... En la playa de Tallow.

—Gracias. Muchas gracias.

Me siento en la arena a mirarlo, iluminado por la luna. Una sombra pequeña en la cresta de una ola. Entonces noto que me vibra el móvil en el bolsillo.

Hendrich.

No cogerlo le haría sospechar.

—¿Está contigo?

—No.

—Se oye el mar.

—Está haciendo surf.

—Entonces ¿puedes hablar?

—No tendré mucho tiempo. Voy a verlo después.

—¿Está con nosotros?

—Lo estará.

—¿Se lo has explicado todo?

—Todo no. Estoy en ello.

—El vídeo de YouTube ya tiene cuatrocientas mil visualizaciones. Tu amigo tiene que desaparecer.

Omai se desvanece bajo una ola. Luego la cabeza asoma de nuevo. Parece la forma de vida perfecta: cabalgar una ola, caer, volver a encaramarse a ella. Da la impresión de que gran parte de la vida gira en torno a la idea de subir, de ir a más —ingresos, estatus o poder—, una suerte de vida ascendente, vertical como un rascacielos. Pero la existencia de Omai parece tan natural como el océano mismo, tan vasta y abierta como el horizonte. Se ha subido de nuevo a la tabla, tumbado boca abajo, remando con los brazos en el agua.

—Lo haré, estoy seguro.

—Ya lo creo que sí. Por el bien de todos nosotros. No es sólo Berlín: hay una empresa de investigación biotecnológica en Pekín que está...

Llevo más de un siglo oyendo eso. Sé que debería estar preocupado, sobre todo teniendo en cuenta que Marion anda por ahí, en alguna parte, pero no es más que otro ruido en el mundo. Como el agua que golpea la arena.

—Sí. Escucha, Hendrich, debo dejarte. Creo que está saliendo del agua.

—El plan A. Eso es lo que eres, Tom. No olvides que siempre hay un plan B.

—Lo sé.

—Más te vale.

Después de la llamada, me quedo sentado donde estoy, en la arena. Desde aquí las olas suenan como la respiración. Inspirar, espirar.

Veinte minutos después, Omai sale del agua.

Me ve y sigue andando, cargando con la tabla.

—¡Eh! —Lo sigo por la playa—. Oye, soy tu amigo. Intento protegerte.

—No necesito que me protejas.

—¿Quién es la mujer, Omai? ¿La mujer que está en tu casa?

—No es asunto tuyo. Y mantente alejado de mi casa.

—Omai. Por favor, Omai. Joder. Esto es importante.

Para en la hierba estoposa que bordea la playa.

—Tengo una vida buena. No quiero volver a esconderme. Sólo quiero ser yo mismo. Quiero vivir una vida íntegra.

—Puedes irte a cualquier lugar del mundo: Hawái, Indonesia. A donde quieras. Hay un montón de sitios con buenas olas. Eso es lo bueno del océano, que todos son uno. Es la misma masa de agua. —Intento pensar. Intento buscar en el pasado algo que compartimos que consiga atravesar los obstinados muros de su cabeza—. ¿Te acuerdas de lo que nos dijo Samuel Johnson la semana después de que llegásemos de la travesía? ¿En la comida que dieron en tu honor, en la Real Sociedad? ¿Sobre la integridad?

Omai se encoge de hombros.

—De eso hace mucho tiempo.

—Vamos, ¿es que no te acuerdas? Comimos perdiz. Nos dijo que siempre hay que estar listo para ampliar los conocimientos. «La integridad sin conocimiento es débil e inútil, y el conocimiento sin integridad es peligroso y temible.» Intento proporcionarte conocimiento y tú sólo me hablas de integridad. Una integridad que hará que te maten y que lo pongas todo en peligro.

—¿Y tú, Tom? ¿Quieres conocimiento?

Le hago un gesto que quiere decir: «Adelante».

Omai cierra los ojos como si se estuviera sacando un cristal del pie.

—Muy bien, te daré algo de información. He sido como tú, me estuve moviendo. Por todo el Pacífico. A cualquier sitio en el que no hicieran preguntas: Samoa; las islas Salomón; Lautoka, en Fiyi, la ciudad del azúcar; Nueva Zelanda. Incluso volví a Tahití. Fui de un lado para otro. Allí donde fue necesario, hice las amistades adecuadas. Me busqué la vida al margen de la ley. Me hice con documentos falsos. Siempre empezando de cero, haciendo borrón y cuenta nueva dos veces cada diez años. Luego las cosas comenzaron a cambiar.

—¿Por qué?

Pasa por delante un hombre, tirando a mayor, con una camiseta desvaída de Quiksilver, unos vaqueros cortados deshilachados y chanclas. Enfila el camino de la playa y se dirige a la arena con un porro y una lata de Coca-Cola. Canturrea una melodía triste pero irreconocible. Es un borracho pacífico, que va fumado, no se entera de nada y no quiere saber nada de nosotros. Se sienta pesadamente en la arena a fumar y contemplar el mar, fuera del alcance del oído.

Omai también se sienta, deja la tabla mojada en la hierba arenosa y cruza las piernas como un indio. Yo hago lo mismo.

Se queda mirando el mar con cariño y tristeza, como si fuese un recuerdo. Pasan unos momentos en los que no sucede nada.

—Me enamoré.

Evidentemente eso suscita preguntas, pero de momento me las callo.

—Antes me hablabas del amor, ¿no? Me hablabas de la chica de la que te enamoraste, con la que te casaste. La madre de Marion. ¿Cómo se llamaba?

—Rose. —Pronunciar su nombre en una playa de Australia en el siglo XXI me provoca una sensación extraña, vertiginosa. La distancia en el tiempo y en el espacio se funde con la proximidad de la emoción. Apoyo las manos en la hierba y en la arena, como si necesitara palpar algo sólido, como si allí hubiese vestigios elementales de ella.

—Bueno, pues encontré a mi Rose. Era preciosa. Se llamaba Hoku. Ahora, cuando pienso en ella, me duele la cabeza.

Asiento.

—Los dolores de cabeza los causan los recuerdos. A mí últimamente me dan mucho.

Por un momento me pregunto si Hoku será la anciana con el abridor de latas que vi en la casa, aunque acto seguido tengo la respuesta.

—Sólo estuvimos juntos siete años. Murió en la guerra...

Me pregunto en cuál. Y dónde. Supongo que en la Segunda Guerra Mundial, y acierto.

—Entonces me fui a Nueva Zelanda, me hice con documentos falsos y me alisté. Nunca fue más fácil falsificar la identidad. Por aquel entonces aceptaban a todo el mundo. No se molestaban en investigar demasiado. No es que entrara mucho en combate: me enviaron a Siria, y allí pasé algún tiempo, muriéndome de calor. Luego a Túnez, donde seguí pasando calor y viví un poco de acción. Vi algunas cosas. Fue intenso. ¿Y tú? ¿Luchaste en esa guerra?

Dejo escapar un suspiro.

—No me dejaron. Hendrich creía que la combinación de ciencia e ideología era lo más peligroso para nosotros. Y tenía razón, pero estaban los nazis, con sus obsesiones delirantes de crear la raza perfecta. Sus expertos en eugenesia pseudocientífica nos seguían la pista. Habían tomado el Instituto de Investigación Experimental, en Berlín, y habían descubierto la investigación que estaban realizando sobre nosotros, los albas, e intentaban darnos caza, a cuantos más, mejor... De todas formas, Hendrich estaba atravesando una fase paranoica, y no quería que ninguno de nosotros participara en la guerra. Y, sí, mientras tú salvabas la civilización, yo era un bibliotecario asmático y miope en Boston. Todavía me odio por ello. Supongo que he intentado evitar el amor igual que Hendrich quería que evitásemos la guerra. Intentar que siguiésemos vivos sin sufrir más dolor.

Una sirena lejana aúlla en una carretera de alguna parte.

Omai le quita agua a la tabla.

—No. Eso no es para mí. En el amor está el sentido de todo. Los siete años que pasé con Hoku fueron más que cualquier otra cosa, ¿entiendes? Puedes coger todos los años anteriores y posteriores y contraponerlos a éstos y no tendrían nada que hacer. Eso es lo que pasa con el tiempo, ¿no? Que no

siempre es igual. Algunos días, algunos años, algunas *décadas*, son vacíos. En ellos no hay nada. No son más que agua en calma. Pero luego te topas con un año, incluso un día o una tarde, que lo es todo. Todo en absoluto. —Me viene a la cabeza Camille, sentada en el banco del parque, leyendo *Suave es la noche*, mientras Omai continúa—: He intentado encontrar el sentido de la vida. Antes creía en el *mana*. Por aquel entonces, en las islas todo el mundo creía en él. Pienso que aún creo, ¿sabes?, en cierto modo. No en plan supersticioso, sino como en un *algo*. Algo que hay en nuestro interior. Algo para lo que aún no hay explicación y que no viene del cielo ni de las nubes ni de un palacio celestial, sino de aquí dentro. —Se da unos golpecitos en el pecho—. Es imposible que te enamores y no pienses que hay algo superior que nos dirige. Algo que no es del todo nosotros, ¿sabes? Algo que vive en nuestro interior, que está enjaulado ahí dentro, dispuesto a ayudarnos o a jodernos bien. Somos un misterio para nosotros mismos. Hasta la ciencia lo sabe. No tenemos ni puta idea de cómo funciona el cerebro.

Después nos quedamos callados.

El borracho ahora está tumbado, mirando las estrellas. Apaga el porro en la arena.

Pasa un minuto, quizá dos. Y Omai se siente preparado para decirlo:

—Tuvimos una hija. —Su voz es suave como el murmullo del mar—. La llamamos Anna.

Intento asimilar la noticia. Su trascendencia. Pienso en Marion. Entonces caigo.

—Era ella, ¿no? La anciana de tu casa es...

Asiente muy levemente.

—No es como tu hija. Anna ha envejecido. En tiempo real. Se casó, pero su marido, mi yerno, murió de cáncer hace treinta años. Vive conmigo desde entonces.

—Entonces ¿sabe lo tuyo?

Se echa a reír. Es una pregunta estúpida, lo admito, pero me sigue resultando muy extraño que una efímera pueda saber algo así de un ser querido sin que le afecte y no presienta el peligro. Rose sabía lo mío, y mi madre también, desde luego, pero saberlo era una tortura, y me apartó de las

dos.

—Lo sabe, lo sabe. Y su marido también lo sabía.

—¿Y el secreto no llegó a revelarse?

—¿Quién se creería un secreto así?

—Algunas personas. Personas peligrosas.

Su forma de mirarme me hace sentir débil, digno de lástima. Un cobarde que siempre está escapando.

—Una ola puede matarte. O puedes cabalgarla. A veces es más peligroso huir de ella. No se puede vivir con miedo, Tom. Tienes que estar preparado para subirte a tu tabla y ponerte de pie. Si estás en el tubo de una ola has de quitarte el miedo de la cabeza. Has de estar en ese momento. Abrirte camino por él. Si te asustas, lo siguiente que descubres es que te has caído y te has roto la crisma contra una roca. No pienso vivir con miedo. No puedo hacer eso por ti, Tom. No puedo. Ya he huido bastante. Ahora me siento como en casa. Te quiero, tío, de verdad, pero no me iré a ningún sitio contigo, aunque aparezca caminando por la arena el fantasma del capitán Furneaux.

Entonces se levanta y coge la tabla.

—Voy a arreglar esto —me sorprendo diciendo—. Voy a arreglar esto.

Él asiente, pero sigue andando, los descalzos pies ahora en el camino de cemento. Y al volver la cabeza veo que el fumado de la playa levanta la mano y me saluda, y yo le devuelvo el saludo. Me tumbo en la arena y pienso en la guerra en la que Omai luchó y yo no, por Hendrich. Presiento que se avecina una nueva contienda. El teléfono me vibra, me zumba contra el muslo como si tuviera vida, y lo dejé sonar mientras me pregunto qué demonios voy a hacer.

Me quedo dormido en la playa. Cuando me despierto, la luz de la mañana sangra en el cielo. Vuelvo al hotel, como y compruebo los mensajes que tengo, extrañado de que Hendrich sólo haya intentado llamarme una vez. Regreso a la habitación y tengo algunos problemillas con el wifi, pero al final consigo conectarme y entrar en Facebook. Veo que Camille no ha vuelto a poner nada. Quiero hablar con ella, quiero mandarle un mensaje, pero sé que

no puedo. Soy peligroso. Mientras siga formando parte de la Sociedad Albatros, soy aquello de lo que debo protegerla.

Me tumbo en la cama en posición fetal, rompo a llorar convulsamente y me pregunto si no estaré sufriendo un ataque de nervios.

—Que te den, Hendrich —susurro mirando al techo—. Que le den a esto.

Salgo del hotel y echo a andar sin rumbo, intentando ahuyentar las lágrimas y pensar. Necesito pensar. Camino a lo largo del acantilado y por la playa. Me dirijo al faro del cabo Byron y allí me quedo mirando el mar.

Recuerdo quedarme contemplando el océano Antártico desde la cubierta del *Adventure*, participando de la insensata y ávida búsqueda de Cook de un país mayor que Australia.

Llega un momento en la vida de todo el mundo en que nos damos cuenta de que no hay ningún país más allá del hielo. Sólo hay más hielo. Después, el mundo que conocemos continúa.

A veces hay que mirar lo que uno sabe que existe y descubrir lo que tiene delante de sus ojos. La gente a la que quiere.

Me acuerdo de Camille. Me acuerdo de su voz. Me acuerdo de cómo ladeaba la cabeza hacia el sol. Me acuerdo del miedo que sentí cuando se cayó de la silla.

De pronto me doy cuenta de que no importa. No importa que envejecamos a un ritmo distinto. No importa que sea imposible resistirse a las leyes del tiempo. El tiempo que te queda es como el país más allá del hielo: puedes intentar adivinar cómo podría ser, pero nunca podrás saberlo. Lo único que conoces es el momento en el que te encuentras.

Camino hacia el interior y me topo con una laguna. El agua es de un verde intenso placentero, con rocas y una vegetación exuberante alrededor. He vivido mucho tiempo, pero desconozco el nombre de la mayoría de las plantas. Tampoco sé cuál es el nombre de la laguna. Resulta muy agradable estar en un sitio que no conozco. Estar en un lugar nuevo cuando el mundo se me antoja rancio y familiar. Dos pequeñas cascadas vierten su agua en la laguna, acallando los demás ruidos. Contemplo el agua que cae hasta que parece el velo de una novia.

No tengo wifi ni cobertura. Aquí reina la calma. El aire es fragante. Hasta

el agua parece mandar callar al mundo. Me siento en un tronco y me doy cuenta de una cosa: no me duele la cabeza.

Hay algo que sé con certeza.

No voy a poder convencer a Omai. Y, desde luego, no voy a matarlo. Aspiro este aire puro que huele a flores y cierro los ojos.

Oigo un ruido que no es el agua.

Un crujido procedente de una mata cercana al sendero estrecho que tengo a mi espalda. Puede que sea un animal. Pero no, tengo la sensación de que se acerca alguien. Una persona. Quizá un turista.

Me vuelvo.

Veo a una mujer que sostiene un arma con la que me está apuntando. Me sobresalto.

No me sobresalto por ver el arma.

Me sobresalto por verla a ella.

A primera vista, está muy cambiada. Lleva el pelo teñido de azul, para empezar. Es alta. Más alta de lo que pensé que sería. Tiene tatuajes en los brazos y un *look* muy del siglo XXI, con su camiseta («La gente me da miedo») y sus vaqueros y el aro en el labio y el reloj de plástico anaranjado y la ira. También da la impresión de rondar los cuarenta años, ya no es la niña de la que me despedí hace cuatrocientos. Pero es ella. Los ojos son la prueba.

—Marion.

—No pronuncies ese nombre.

—Soy yo.

—Vuelve a mirar el agua.

—No, Marion, no pienso hacerlo. —Me levanto y sigo mirándola. La impresión es inmensa. Intento con todas mis fuerzas no pensar en esa arma que está a escasos centímetros de mi cara o en una muerte que podría sobrevenir en cuestión de segundos. Procuro no ver nada salvo a mi hija—. Tú eres la razón de que siga vivo. Tu madre me pidió que te encontrara. Y sabía que estabas en alguna parte. Lo sabía.

—Nos dejaste.

—Os dejé, sí. Os dejé y me arrepiento de haberlo hecho. Os dejé para salvaros la vida. Para salvarle la vida a tu madre. Quería que me fuera. Era la

única forma. Habíamos huido de Londres, pero no podíamos huir de la realidad. Vi cómo se ahogaba mi madre por mi culpa. ¿Sabes lo que es vivir abrigando ese sentimiento de culpa, Marion? No creo que quieras vivir así. Y por ese mismo motivo no creo que quieras matarme. ¿Es Hendrich? ¿Te ha pedido él que hagas esto? ¿Te ha reclutado? ¿Te ha lavado el cerebro? Porque eso es lo que hace, Marion, lavarle el cerebro a la gente. Puede ser muy persuasivo. Lleva vivo casi mil años. Sabe manipular.

—Nunca me quisiste. Eso es lo que le dijiste a Hendrich, que nunca quisiste ser padre.

Es una conmoción tras otra. Hendrich dio con Marion y no me lo dijo. Mantuvo oculto lo único que sabía que yo quería saber a toda costa: su paradero. ¿Cuánto llevábamos siendo miembros de la misma Sociedad sin que yo lo supiera?

Apenas me llega el aire necesario para hablar.

—No, no, ésa no es la verdad. Marion, escucha: he estado intentando encontrarte. Por favor. ¿Cuándo te..., cuándo...?

El arma sigue ahí. Me planteo agarrarle el brazo y quitársela. Pero es mi hija, es Marion, es la ausencia que siempre he sentido. Puedo hablar con ella. Si Hendrich puede hablar con ella, yo también.

—Querías encontrarme porque era la única persona en este mundo que sabía de tu existencia en la que no confiabas. No me querías, llevabas siglos sin verme. Sólo querías protegerte, y le pediste a la Sociedad Albatros que me encontrara y se deshiciera de mí.

—Es justo lo contrario.

—Vi la carta que le escribiste a Hendrich hace décadas.

—¿Qué carta?

—La vi. De tu puño y letra. Vi el sobre. Vi lo que decías. Vi cuáles fueron las condiciones que pusiste para entrar a formar parte de la Sociedad. Me mató por dentro. Me volvió loca: depresión, ataques de pánico, psicosis. He tenido de todo porque descubrí que mi puto padre, a quien quería más que a nada en el mundo, me quería muerta. Verás, yo también quería encontrarte. Eras lo que hacía que siguiera adelante. Saber que lo único que hacía que siguiera adelante quería matarme fue darme la puntilla. No te debo una puta

mierda, *papá*.

Ahora está llorando. Tiene la expresión acerada, pero está llorando, y la quiero tanto que siento la fuerza de su llanto igual que las incesantes cascadas y quiero que todo esté bien. Quiero que sepa que todo podría estar bien.

—Hendrich miente. Falsea las cosas. Hace que otros falseen las cosas. Unas veces eso nos beneficia y otras no. Tiene contactos y dinero, Marion. Se hizo rico inflando el comercio de tulipanes y no perdió su fortuna.

—Agnes lo comprobó. Me dijo que era verdad. Me dijo que yo fui el motivo de que tuvieras que marcharte y que me odiabas por ello, puto mentiroso.

—Jamás he dicho que te odiaba. Tiene a Agnes tan en el bolsillo que es incapaz de pensar con claridad. Marion, te quiero. No soy perfecto, no fui un padre perfecto, pero siempre te he querido. No he parado de buscarte. Nunca, Marion. Eras una niña increíble. No he parado de intentar averiguar tu paradero. Te he echado de menos todos los días.

La veo cerca de la ventana, aprovechando la última luz del día para poder terminar de leer *La reina de las hadas*. La veo sentada en la cama, tocando la flauta, decidida a dar bien las notas.

Sigue llorando, pero no deja de apuntarme con el arma.

—Dijiste que volverías, pero no volviste.

—Lo sé, lo sé. Porque yo era el peligro. ¿Recuerdas las señales y las palabras que arañaban en la puerta? ¿El cazador de brujas? ¿Los chismorreos? Sabías lo que estaba pasando. Sabías lo que le pasó a mi madre. Yo era el problema, así que tuve que marcharme. Igual que tuviste que marcharte tú.

Aprieta los ojos, como si su rostro fuera un puño.

—Hijo de puta —dice.

Podría quitarle el arma fácilmente, pero no lo hago.

Durante siglos, ella ha sido la única razón de que siguiera viviendo. Sin embargo, ahora me doy cuenta de que quiero vivir. Vivir por el mero hecho de hacerlo. Por las posibilidades y por el futuro y por la posibilidad de que suceda algo nuevo.

—Recuerdo que tocabas *Bajo el verdor del bosque* —le digo—. En

aquella flautita, la que compré en el mercado de Eastcheap. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de cuando te enseñé a tocar la flauta? Al principio te peleabas con ella. No conseguías tapar los orificios con los dedos, no del todo, pero un buen día lo conseguiste. Y tocabas la flauta en la calle, aunque tu madre no quería que lo hicieras... No quería que llamáramos la atención. Por motivos que ahora probablemente entiendas.

No dice nada. Yo me quedo mirando el agua y los árboles que crecen al otro lado de la laguna. Oigo su respiración.

Me meto la mano en el bolsillo.

—¿Qué haces? —pregunta, la voz tan queda que casi la apaga el agua.

Saco la cartera.

—Espera un segundo. —Saco la bolsita de plástico hermética y la sostengo en alto.

Marion mira la monedita oscura, frágil, que contiene.

—¿Qué es eso?

—¿No te acuerdas de aquel día en Canterbury? Hacía sol. Estabas tocando la flauta y alguien te la dio. Tú me la regalaste a mí el último día y dijiste que tenía que acordarme de ti. Esta moneda, este penique, me dio esperanza. Me mantuvo vivo. Deseaba poder devolvértelo algún día. Así que toma, aquí lo tienes.

Se lo ofrezco, y ella levanta despacio el brazo que no sostiene la pistola. Le pongo la moneda en la mano, y Marion baja el arma con aire vacilante. Sus dedos se cierran sobre la moneda, lentamente, como los pétalos de una flor de loto.

Parece aturdida. Dice algo que no oigo mientras se inclina hacia mí, y, antes de que me dé cuenta, está llorando en mi hombro, de manera convulsa, y la abrazo, y con ese abrazo pretendo borrar todos los siglos perdidos que nos han separado.

Quiero saberlo todo. Quiero pasar los próximos cuatrocientos años escuchando en tiempo real lo que ha estado haciendo hasta este momento. Pero cuando se aparta y se enjuga las lágrimas, la noto nerviosa.

—Está aquí —dice mirándome con los ojos verdes de su madre—. Hendrich. Está aquí.

Hendrich decidió acompañar a Marion a Australia. Está en el mismo hotel que ella, el Byron Sands. Le preocupaba, desde la primera vez que me lo pidió, que no fuese capaz de hacer lo que tenía que hacer con Omai. Llevaba preocupado por mí hacía algún tiempo, y lo cierto es que yo lo sabía. Desde lo de Sri Lanka, y el momento en que decidí que quería volver a Londres.

Había ordenado a Marion que me siguiera sin que me diera cuenta. No esperaba que fuera a matarme, y eso era algo que teníamos a nuestro favor.

—Todo irá bien, Marion —le dije horrorizado por mentirle otra vez—. Todo va a salir bien. Todo.

Es por la noche. Marion y Hendrich están cenando ahora juntos en el Byron Sands.

—Es preciso que no vaciles —le advertí—. Has de mostrarte exactamente igual que hace una hora. Con él debes creer a pies juntillas que me quieres muerto.

Me quedo fuera. Voy caminando por una carretera costera cerca del Byron Sands por si Marion me necesita, con la calma nocturna de la hierba, la playa y el mar entremezclándose con mi frenética actividad mental, adentrándome en la oscuridad que se extiende más allá de las farolas.

He sacado el teléfono y estoy llamando a Camille. Hendrich oyó su voz el día que yo estaba borracho en el parque. Sabiendo lo que sé, es posible que tenga a un alba —Agnes u otra persona— en Londres al que haya encomendado una misión, dispuesto a matarla y hacer pasar la muerte por un suicidio.

—Cógelo —pido al aire, en vano—. Cógelo, cógelo...

Pero no lo coge. Así que le mando un mensaje:

Siento haberme comportado como lo hice. Hay más cosas que debo contarte. Y lo haré. Sólo quiero decirte que es mejor que te vayas. Es posible que estés en peligro. Sal del piso y vete a donde sea, a algún lugar público.

Envío el mensaje.

El corazón me late desenfrenadamente.

Me doy cuenta de que llevo toda la vida perseguido por el miedo. Hendrich prometió ponerles fin a esos miedos, pero lo único que hizo fue agravarlos. Controlaba a la gente con el miedo. Me había controlado a mí con el miedo y controlaba a Marion con el miedo. Cuando se trataba únicamente de mí, costaba darse cuenta, pero al ver cómo había manipulado a Marion, mintiéndonos a los dos, a ella y a mí, en el proceso, comprendí que la base de la Sociedad Albatros eran los secretos y la manipulación de sus miembros, todos al servicio de la creciente paranoia de Hendrich sobre las amenazas externas. Las empresas de biotecnología que tenían por objetivo poner fin al proceso de envejecimiento constituían su último motivo de preocupación: una llamada GeneControl Therapies y otra denominada StopTime, las cuales estaban invirtiendo en una tecnología de células madre que algún día podría impedir el envejecimiento de las personas.

Hendrich se aferraba a la idea de que los científicos del instituto berlinés eran asesinos, y siempre tenía alguna teoría de la conspiración nueva de la que ocuparse. Los albas sabían que era difícil ser como eran en realidad, y a menudo recordaban terribles injusticias, como era mi caso. Sin embargo, ya no estaba dispuesto a permitir que la sombra alargada de William Manning me nublara el juicio. Cuanto más pensaba en la amenaza, tanto más consciente era de que la amenaza era el mismísimo Hendrich.

Lo había emponzoñado todo. Incluso el reencuentro con Marion.

Recibo un mensaje de Camille. El mensaje dice:

????

Pasa un taxi. El único coche de la carretera.

Entonces me vibra el móvil.

No es Camille, sino Marion.

—Va a ver a Omai.

—¿Qué?

—Está saliendo ahora mismo del restaurante. Se marcha. Acaba de subirse a un taxi. Llegará a la casa dentro de diez minutos.

Una lagartija grande, con franjas amarillas, se escabulle deprisa entre las

palmeras.

—Acabo de ver el taxi. ¿Qué piensa hacer?

—No me lo ha dicho. Me ha dicho que espere. No podía insistir, ya desconfiaba bastante.

—Marion, ¿va armado?

—No lo sé, pero...

Estoy corriendo en dirección norte, hacia Broken Head Road, antes de que termine la frase.

## *Canterbury, Inglaterra, 1617*

—Padre.

Marion me estaba mirando desde la almohada, los ojos rebosantes de preocupación. Suspiró. Había estado hablándole de los pájaros que volaban hasta la Luna, donde desaparecían y se quedaban a vivir en la cara que no veíamos.

—¿Sí, Marion?

—Ojalá estuviéramos en la Luna.

—¿Por qué, Marion?

Frunció el ceño con fuerza. Como sólo ella era capaz de hacerlo.

—Un hombre escupió a madre. Se acercó al puesto y se quedó ahí plantado. Llevaba unos guantes elegantes, pero puso cara de gárgola, y no dijo más palabras que una gárgola, y lanzó a madre una mirada horrible y después me miró a mí igual y a madre no le gustó cómo me estaba mirando, así que le dijo: «¿Queréis flores, señor?». Y supongo que fue un poco áspera, pero porque estaba nerviosa.

—Y entonces el hombre le escupió, ¿no?

Marion asintió.

—Sí. Esperó un poco más y le escupió en la cara. —Apretó la mandíbula con tanta fuerza que vi cómo se le tensaban los músculos.

Asimilé lo que acababa de decirme.

—¿Y dijo algo más el hombre? ¿Dio alguna explicación?

Marion frunció la frente. La mirada angustiada hacía que pareciera mayor. Era fácil imaginar la mujer que sería.

—No dijo nada. Dejó a madre limpiándose, y todos los vendedores y las gentes de la ciudad nos miraban.

—¿Y actuó de forma extraña con alguna otra persona?

—No. Sólo con nosotras.

La besé en la frente y la tapé.

—A veces el mundo no es como nos gustaría que fuera —le dije—. A veces la gente nos decepciona. A veces la gente es capaz de hacer cosas horribles a otros. Has de tener cuidado en esta vida. Verás, yo soy distinto. Lo sabes, ¿no? Al parecer, el resto del mundo envejece hacia delante y yo hacia un lado.

Sus sentidos se agudizaron. Se hallaba absorta en imágenes truculentas.

—Espero que ese hombre enferme. Espero que muera sufriendo dolores por avergonzar así a madre. Me gustaría verlo colgando y sacudiendo las piernas como un loco y descuartizado y con las tripas fuera. Me gustaría sacarle los ojos y echárselos a un perro.

La miré: la ira era una fuerza que casi podía sentirse en el aire.

—Marion, todavía eres una niña. No debes pensar así.

Se calmó un tanto.

—Me dio miedo.

—Pero ¿qué nos enseña Montaigne? ¿Sobre el miedo?

Ella asintió despacio, como si el mismísimo Montaigne estuviese en la habitación.

—«Quien teme que sufrirá ya sufre lo que teme.»

Asiento.

—Ahora escúchame, Marion. Si te pasara algo, si llegaras a ser como yo, si fueses distinta, tendrás que aprender a armarte de una coraza. Una coraza dura como una nuez. Una coraza que nadie más verá, pero tú sabrás que está ahí. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Creo que sí.

—Sé una nuez.

—Las gentes cascan las nueces. Y se las comen.

Reprimí una sonrisa. A veces no podía hablar con Marion.

Algo más tarde, después de tomarme una jarra de cerveza, estaba en la cama con Rose, temiendo un futuro que ya sabía que estaba en contra nuestra. Y me entraron ganas de vomitar, pues supe que llegaría el momento en que

tendría que dejarlas. En que tendría que huir y seguir huyendo durante toda la vida que me hubiese sido concedida. Tendría que alejarme de Canterbury, de Rose, de Marion, de mí mismo. Ya sentía una suerte de nostalgia por un presente que todavía estaba viviendo. Y allí tendido intenté encontrar un camino hacia un futuro lejano, en el que quizá todo fuera mejor. En el que, de algún modo, el curso de mi vida se redirigiera y llevara de nuevo a casa.

## *Bahía de Byron, Australia, en la actualidad*

En Broken Head Road se oyen con bastante claridad las olas, que rompen contra la pared del acantilado. Es fácil que el sonido de la gasolina al golpear la madera pase inadvertido. La huelo antes de ver lo que está haciendo Hendrich.

—Hendrich —lo llamo—. ¡Para!

En la oscuridad, casi aparenta la edad que tiene. Encorvado, delgado y marchito, como una escultura de Giacometti con pantalón vaquero y una camisa hawaiana. Tiene uno de los brazos caído, doblado, lidiando torpemente con el peso del bidón de gasolina. Sin embargo, su movimiento desprende una energía apremiante.

Se detiene un segundo y me dirige una mirada inexpresiva. No sonrío. Reparo en ello porque rara vez he visto a Hendrich sin una sonrisa en los labios.

—Me dijiste que no fuiste capaz de prenderle fuego a su casa en Tahití. Nunca has sido de los que terminan las cosas, ¿no, Tom? Pero, bueno, la historia sabe corregir sus errores.

—No lo hagas. Omai no entraña ningún peligro.

—A medida que te haces mayor, no sólo adquieres cierto olfato para las personas, Tom, también llegas a entender mejor el tiempo en sí. Probablemente no hayas llegado aún a ese punto, pero hay momentos en que esa comprensión es tan profunda que se ve el tiempo en sus dos sentidos: adelante y atrás. Cuando dicen que para entender el futuro hay que entender el pasado, no creo que sepan la auténtica verdad que encierra esa máxima, Tom. El futuro puede verse de verdad. No todo, sólo fragmentos. Destellos. Como recuerdos en sentido inverso. Al parecer, olvidamos parte de nuestro

futuro igual que olvidamos parte de nuestro pasado. Pero he visto lo suficiente. Supe que ya no podía confiar en que remataras un trabajo. Llevo algún tiempo intuyéndolo. Sabía cómo iba a acabar esto.

—No importa. Nada de esto importa.

—Naturalmente que importa. Necesitamos protegernos.

—Y una mierda, Hendrich. Eso es una chorrada. Lo que quieres es protegerte tú. Es lo que has querido siempre. La Sociedad es una sociedad de un miembro. Vamos, Hendrich, ya no estamos en el siglo XIX. Sabías lo de Marion. Me mentiste.

Niega con la cabeza.

—Hice algo que a ti te cuesta hacer: mantuve mi promesa. Te dije que la encontraría y la encontré. Algo que tú has sido incapaz de hacer. Me ocupo de que la gente esté a salvo.

—¿Quemando sus casas?

—Tienes la nariz pegada al lienzo, Tom. Aléjate para poder ver el cuadro entero. Sobre nosotros se cierne una amenaza como no se ha visto nunca. Berlín, la biotecnología, todo. Las cosas no mejoran. Mira cómo está el mundo, Tom. Hecho una mierda. Las efímeras no viven lo bastante para aprender. Nacen, crecen, cometen los mismos errores una y otra vez. Todo es un gran círculo que gira y gira y crea más destrucción cada vez. Mira cómo está América, Europa, internet. La civilización nunca dura mucho, el Imperio romano acaba cayendo de nuevo. La superstición ha regresado. Las mentiras han regresado. La caza de brujas ha regresado. Estamos volviendo a la Edad Media, Tom. Claro que nunca llegamos a salir de ella. Nuestra existencia tiene que seguir siendo un secreto.

—Pero lo único que has hecho es sustituir la superstición por más superstición. Mientes. Encontraste a mi hija y la enviaste aquí para que me matara.

—No soy el único que miente, Tom. ¿Acaso miento ahora? —Se saca un mechero cromado del bolsillo. El mismo mechero que tenía cuando lo conocí, en el edificio Dakota—. Dejé de fumar hace años. En Los Ángeles te linchan por menos. Pero me quedé esto de recuerdo. Ya sabes, como tú con ese penique absurdo. La gasolina, sin embargo, la gasolina tuve que comprarla.

Hace aparecer una llama. De pronto comprendo que esto es real. Lo cierto es que no me sorprende que Hendrich esté dispuesto a matar a Omai, o a mí, o que mantuviera en secreto el paradero de Marion: desde que entré a formar parte de la Sociedad, sé de lo que es capaz. Lo que me sorprende es que esté dispuesto a exponerse así, a ponerse en peligro, a acercarse tanto a la acción.

—¡Omai! —grito—. ¡Omai! ¡Omai! ¡Sal de la casa!

Entonces sucede.

El pico del crescendo. Todo se precipita. Todos los caminos de mi vida convergen en un punto.

Cuando echo a correr hacia Hendrich, se oye una voz que rompe la noche:

—¡Alto!

Es, naturalmente, Marion.

Y Hendrich se detiene un instante, y de repente parece débil y vulnerable, como un niño pequeño perdido en el bosque. Mira a Marion y después a mí y nuevamente a ella. Al mismo tiempo, Omai sale de la casa descalzo, llevando en brazos a su anciana hija.

—Anda, mira. ¿No es tierno? El encuentro de padre e hija. Ésa es tu debilidad, ¿sabes? Lo que te diferencia de mí: este deseo de ser como ellos, como las efímeras. Yo nunca lo he sentido. Supe, antes de adquirir mi primera fortuna, años antes de que vendiera mi primer tulipán, que la única manera de ser libre era no tener a nadie.

Se oye un disparo. El ruido sacude el cielo. La expresión de Marion es dura —sí, dura como una nuez—, pero ahora sus ojos están arrasados en lágrimas y las manos le tiemblan.

Ha dado en el blanco. Del hombro de Hendrich manan hilos negros de sangre que le bajan por el brazo. Sin embargo, Hendrich levanta el bidón de gasolina y lo inclina, vertiendo el líquido sobre sí mismo.

—Al final, resulta que Ícaro era yo.

Deja caer el bidón cuando se acerca la llama al pecho. Creo ver, o me lo imagino, una sonrisilla, una leve señal de aceptación, de conformidad, justo antes de arder violentamente como una tea. Su cuerpo en llamas se aleja de la casa, tambaleándose. Sigue andando por la hierba hacia el mar. Hacia el

acantilado.

Se dirige hacia el borde, los pies abriéndose paso por la hierba que crece más agreste junto al borde. La hierba echa humo y se chamusca y se enciende en la punta, como si se tratase de un centenar de minúsculas luciérnagas. Continúa andando: no hay un instante de pausa o reflexión, pero tampoco hay un grito de dolor. Tan sólo un rítmico tambaleo continuo. Una determinación, un último acto de control.

—¿Hendrich? —digo. Y no sé por qué me sale una pregunta. Supongo que porque, incluso en sus últimos instantes, es una colección de misterios. He vivido una vida larga, pero nunca es lo bastante larga para que esté libre por completo de sorpresas.

—Tío, tío, tío... —no para de decir Omai.

Y su instinto de buena persona es ir hasta él, así que deja a su hija en la hierba.

—¡No! —ordena Marion, aún con el arma en la mano. Ahora presiento que Hendrich no es sólo el hombre que quería que mi hija me matase, sino el hombre que le escupió en la cara a su madre, el hombre cuyas tripas quería ver. Es el William Manning que quedó sin castigo. Es todas y cada una de las personas que le han hecho daño en ese espacio intermedio, y presiento que han sido muchas—. Déjalo. Deja a ese hijo de puta. Apártate. Quédate donde estás. Déjalo.

De manera que lo dejamos. Y el silencio es absoluto. No pasan coches, nadie ve nada. El único testigo es la cara de la boquiabierta luna que vemos, como siempre. Y el fuego vertical de Hendrich camina y camina y deja de caminar. Ha desaparecido. El lugar que antes brillaba y titilaba con la luz del fuego ahora se halla sumido en una repentina oscuridad. Hendrich ha caído. La distancia temporal que media entre su caminar y su ausencia es tan mínima que resulta imperceptible.

Existe un mundo en el que vive y existe un mundo en el que está muerto. Y el movimiento que los separa a ambos no resuena más que el susurro de las olas que rompen contra las lejanas rocas.

«E igual que se muere en un instante, se vive en un instante. Sólo tienes que cerrar los ojos y dejar que todos los miedos fútiles se desvanezcan. Y después, en este nuevo estado, libre de miedos, te preguntas: ¿quién soy? Si pudiera vivir sin dudar, ¿qué haría? ¿Si pudiera ser buena persona sin temer que se aprovechen de mí? ¿Si pudiera amar sin temer que me hagan daño? ¿Si pudiera saborear la dulzura de hoy sin pensar en cómo echaré de menos ese sabor mañana? ¿Si no temiera el paso del tiempo y la gente a la que éste se llevará? Sí. ¿Qué haría? ¿Quién me importaría? ¿Qué batalla lucharía? ¿Qué caminos seguiría? ¿Qué placeres me permitiría? ¿Qué misterios internos resolvería? En suma, ¿cómo viviría?»

## *Londres, en la actualidad*

Marion.

Mi hija. La hija de Rose.

«Sigue siendo la niña que era.»

Eso es lo que dice la gente, ¿no? Cuando los hijos se hacen mayores. Bueno, pues lo cierto es que no puedo decir lo mismo de Marion: no es la niña que era.

Sí, la vehemencia siempre ha estado ahí. La inteligencia y la sensibilidad. Su amor por los libros. El deseo —que en su día no era más que una fantasía infantil— de vengarse violentamente de todos los que le hicieron algún mal.

Sin embargo, ahora hay un millar de cosas nuevas.

Al fin y al cabo, no somos los que somos cuando nacemos. Somos los que llegamos a ser. Somos lo que la vida nos hace. Y ella, que nació hace cuatrocientos años, ha vivido lo suyo, ha pasado por muchas cosas.

Por ejemplo, le da miedo *Abraham*. Ahora «le dan cosa los perros». No me atrevo a preguntarle qué le pasó.

A *Abraham* ella le cae bien desde el primer momento, desde que vamos a buscarlo al cuidador, pero Marion se sienta bien lejos de él, lanzándole miradas nerviosas.

Se muestra muy franca con las cosas que ha hecho.

Me habla de algunos de los lugares en los que ha vivido, aparte de Londres y Heidelberg y Los Ángeles. Ruan, ése fue su primer viaje al extranjero. Después, Burdeos. Hablaba la lengua, y ambas poblaciones tenían fuertes lazos con Montaigne, de modo que ésa fue su guía. Pero había habido otros sitios en un pasado más reciente. Ámsterdam, Vancouver, Escocia. Vivió en Escocia alrededor de cien años, por lo visto, desde la década de

1840. En distintos sitios: las Tierras Altas; la aldea de East Neuk, en la península de Fife; las islas Shetland; Edimburgo. Era tejedora, tenía un telar. «Un telar ambulante», precisa, y se ríe un poco, algo no muy habitual.

Toma citalopram para la depresión.

«Me deja atontada, pero lo necesito.» Dice que siempre está soñando cosas raras, y a menudo tiene ataques de pánico. A veces le dan ataques de pánico los ataques de pánico. Círculos viciosos. Le dio uno en el avión, cuando volvíamos de Australia, pero yo casi ni me enteré, salvo por el hecho de que se quedó muy callada.

Salimos de Australia sin problema. No había volado con Hendrich, y todavía no habían descubierto el cuerpo, así que nadie hizo preguntas. Hendrich había cambiado de identidad, como es lógico, para entrar en Australia, así que en cierto modo ni siquiera existía. Había ocultado su vida tan bien que su muerte, como todas las demás cosas en él, pasó a ser un secreto más.

Me despedí de Omai. Le dije que en un momento dado quizá fuese buena idea moverse; dijo que lo pensaría, y eso fue todo. No tenía intención de hacerlo. Tenía intención de quedarse allí y, en fin, sólo el futuro sabe lo que pasará.

Escribo un correo electrónico. Lo escribo y estoy a punto de darle a «Enviar». Va dirigido a Kristen Curial, al frente de StopTime, la puntera empresa de biotecnología, parcialmente financiada por el Estado, que investiga la manera de detener el daño celular responsable de las enfermedades y el envejecimiento. Una de las empresas con las que Hendrich estaba paranoico.

Estimada Kristen:

Tengo cuatrocientos treinta y nueve años, y puedo demostrarlo. Creo que podría serle de ayuda en su investigación.

TOM

Adjunto la fotografía de Ciro's y un selfie actual en el que se ve la cicatriz del brazo. Me quedo mirando el correo y, al ver lo ridículo que suena, lo guardo en «Borradores». Puede que luego.

Marion no habla mucho, pero, cuando lo hace, suelta un montón de tacos. Me da que el gusto por los tacos lo ha heredado de su tía Grace. Le gusta decir «puta mierda» en particular (en realidad, éste en concreto no se decía cuando vivía su tía). Todo es una puta mierda. Por ejemplo, la televisión es una puta mierda. («En esta puta mierda nunca hay nada.») Sus zapatos son una puta mierda. El presidente norteamericano es un puto mierda. Tejía en un telar que era una puta mierda. La *Historia de la filosofía occidental*, de Bertrand Russell, es una puta mierda.

También me cuenta que estuvo un «tiempecito» tomando drogas duras, de 1963 a 1999.

«Ah —contesto, con la sensación de que le he perdido el tranquillo a la paternidad—. Eso..., bueno...»

Se quedará conmigo unos días. Ahora mismo está sentada en la silla, lejos de *Abraham*, vapeando y tarareando una canción antigua. Muy antigua. *Flow My Tears*, de John Dowland. Una canción que solía tocar con el laúd cuando ella era pequeña, antes de que tocara la flauta. No dice nada al respecto, ni yo tampoco. La voz le vibra, con ternura. Todavía hay un fruto tierno bajo la coraza.

—¿Echas de menos a mamá? —me pregunta.

—La echo de menos todos los días. Incluso después de todos estos años. Es ridículo, ¿no?

Sonríe con tristeza y fuma su cigarrillo electrónico.

—¿Ha habido alguien más?

—No..., básicamente.

—¿Básicamente?

—Bueno, la verdad es que no. Durante siglos. Pero hay alguien en el instituto. Camille. Me gusta. Pero creo que la he fastidiado.

—El amor es una puta mierda.

Suspiro.

—Pues sí.

—Deberías coger el toro por los cuernos. Dile que la fastidiaste. Dile por

qué la fastidiaste. Sé sincero. La sinceridad funciona. Bueno, la sinceridad hace que te encierren en un psiquiátrico, pero a veces funciona.

—La sinceridad es una puta mierda —afirmo, y Marion se ríe.

Guarda silencio un rato. Recuerda algo:

—«Digo la verdad, no tanta como en mí cabe, mas sí tanta como oso decir, y oso más al envejecer.»

—¿Es...?

—Del mismísimo Montaigne.

—Vaya. ¿Todavía te gusta?

—Hoy en día algunas cosas son algo chungas, pero sí, era un hombre sabio.

—¿Y tú? ¿Ha habido alguien?

—Lo hubo, sí. Ha habido unos cuantos, pero estoy bien sola. Soy más feliz sola. Siempre se complicaba demasiado. Ya sabes, la cosa de la edad. Por lo general, me han decepcionado bastante los hombres. Montaigne dijo que el sentido de la vida era darse a uno mismo. Y en ello estoy: leyendo, pintando, tocando el piano. Disparando a ancianos de novecientos años.

—¿Tocas el piano?

—Creo que tiene más que ofrecer que la flauta irlandesa.

—Yo también. —Estoy disfrutando: es nuestra primera conversación de verdad desde que volvimos de Australia—. ¿Cuándo te hiciste el piercing del labio?

—Hace unos treinta años. Antes de que se lo hiciera todo el mundo.

—¿Duele?

—No. ¿Me estás juzgando?

—Soy tu padre. Para eso estoy.

—También tengo tatuajes.

—Ya lo veo.

—Tengo uno en el hombro. ¿Quieres verlo? —Se baja la sudadera y me enseña un árbol. Debajo pone: «*Bajo el verdor del bosque*»—. Me lo hice para recordarte. Fuiste tú quien me enseñó la canción, ¿te acuerdas?

Sonrío.

—Claro que me acuerdo.

Tiene algo de *jet lag* aún, y yo también. Quiero que se quede, pero dice que Londres le da ataques de pánico, y no quiere volver al hospital. Dice que hay una casa en Fetlar, una de las islas Shetland donde vivió en la década de 1920, que sigue en pie y está abandonada. Dice que quiere volver. Dice que tiene algo de dinero. Y que se irá el próximo fin de semana, una semana después de mi vuelta al instituto. Me entristece, pero lo entiendo, y prometo ir a verla en cuanto pueda.

—El tiempo allí no se mueve —asegura—. En las islas. Antes me hacía sentir que era normal, al estar rodeada de toda esa naturaleza que no cambia. En la ciudad cuesta más. En las ciudades pasan cosas.

Le tiemblan ligeramente las manos. Me pregunto qué horrores habrá vivido. Las cosas que habrá borrado de su cabeza. Me pregunto qué pasará en el futuro, qué será de ella, y de mí, ahora que es probable que se revele el secreto de los albas. Ahora que quizá seamos nosotros, u Omai, quienes lo revelemos.

Pero la cuestión es que no se puede saber lo que nos deparará el futuro. Uno ve las noticias y el panorama es aterrador. Pero nunca se puede estar seguro. Eso es lo único cierto del futuro, que se desconoce. En algún momento hay que aceptar que se desconoce. Hay que dejar de pasar páginas y concentrarse en aquella en la que se encuentra uno.

*Abraham* se baja del sofá y va a la cocina, y Marion viene a sentarse a mi lado. Quiero abrazarla, como un padre abrazaría a su hija. No creo que quiera que lo haga, pero entonces apoya la cabeza en mi hombro sin decir nada. Recuerdo esa misma cabeza descansando en ese mismo hombro, cuando tenía diez años, aquella noche en el coche. Entonces daba la sensación de que allí acababa todo. Ahora esto parece un comienzo.

A veces el tiempo te sorprende.

Voy al instituto en bicicleta.

Veo que Anton entra solo en el edificio principal. Lleva unos auriculares puestos y va leyendo un libro. No veo cómo se titula, pero es un libro. Siempre que veo a alguien leyendo un libro, sobre todo si es alguien de quien

no me lo espero, siento que la civilización se halla un poco más a salvo. Alza la vista y me ve. Levanta la mano.

Me gusta este trabajo. Ahora mismo no se me ocurre nada que tenga más sentido en la vida que ser profesor. Cuando uno enseña, tiene la sensación de ser el guardián del tiempo, el que protege la futura dicha del mundo a través de los cerebros que lo conformarán en su día. No es tocar el laúd para Shakespeare, ni tocar el piano en Ciro's, pero es igual de bueno. Y lo bueno tiene su propia armonía.

Claro que no sé cuánto tiempo seguiré en la docencia una vez que desvele quién soy. Puede que conserve el empleo una semana o un mes o una década. No lo sé, pero no importa. Todo en la vida es incierto. Así es como uno sabe que está vivo en el mundo, por la incertidumbre. Resulta evidente que ésta es la razón por la que a veces queremos volver al pasado, porque lo conocemos, o creemos conocerlo. Es una canción que hemos oído.

Y es bueno recordar el pasado.

Aquellos que no recuerdan el pasado, observó el filósofo George Santayana en 1905, están condenados a repetirlo. Y no hay más que poner las noticias para ver las espantosas repeticiones, las terribles lecciones que no se han aprendido, ver cómo el siglo XXI se está convirtiendo poco a poco en una versión tosca del XX.

Sin embargo, aunque se puede echar una mirada al pasado, no se puede visitar. No de verdad. No puedo sentarme junto a un árbol en el bosque y que mi madre me cante. No puedo caminar por Fairfield Road y volver a ver a Rose y a su hermana vendiendo fruta de un cesto. No puedo cruzar el antiguo puente de Londres y adentrarme en el Southwark isabelino. No puedo regresar para seguir consolando a Rose en esa casa oscura de Chapel Street. «Ya no podré volver a ver a Marion de pequeña.» No puedo volver a una época en la que no se conocía el mapa del mundo. No puedo caminar por calles nevadas festoneadas de bellas lámparas victorianas y decidir no ir a ver al doctor Hutchinson. No puedo volver a 1891 para decirme a mí mismo que no debo subir con Agnes al *Etruria*.

El pájaro amarillo se queda en el alféizar de una ventana un rato y después levanta el vuelo. Así es la naturaleza. Hay cosas que he vivido que

ya nunca podré volver a vivir por primera vez: el amor, un beso, Chaikovski, una puesta de sol en Tahití, el jazz, un perrito caliente, un bloody mary. Así son las cosas. La historia era —es— una calle de sentido único. Hay que seguir hacia delante, pero no siempre es preciso mirar al frente. A veces se puede echar un vistazo alrededor y ser feliz donde se está.

Ya no me duele la cabeza. No me duele desde Australia. Y, sin embargo, sigo preocupado.

Veo que Camille me mira por la ventana de la sala de profesores. Sonríe y, al verme, parece enfadada de pronto, o asustada; es difícil de decir. Me quedo esperando. Hablaré con ella. Se lo contaré todo. Le diré con quién hablaba por teléfono. Le hablaré de Hendrich. Le hablaré de Marion. Quizá algún día, pronto, podamos probar otro banco del parque. No lo sé. No puedo saberlo.

Pero a partir de ahora viviré abiertamente mi vida. No permitiré que los secretos vuelvan a hacer daño a alguien.

Sí.

Ya va siendo hora.

Ya va siendo hora de que viva.

De manera que aspiro el aire del este de Londres, que se me antoja más puro que de costumbre, y camino entre los adolescentes hacia el instituto, un edificio de la década de 1960 bastante insulso, con una sensación extraña que había olvidado hacía tiempo.

Siento que éste es el principio de algo.

Me siento preparado para querer y que me hagan daño y arriesgarme a vivir.

Y al cabo de dos minutos la veo. Camille.

—Hola —saluda. Seria, educada.

Veo en sus ojos que quiere que diga algo. Y voy a hacerlo. Justo después de este instante voy a intentar hacer lo que siempre me ha costado tanto.

Voy a intentar explicarme. Y me invade una sensación peculiar cuando estoy delante de ella. Una sensación de comprensión absoluta, como si en este momento pudiera ver todos los demás. No sólo los momentos anteriores, sino los que están por llegar. El universo entero en un grano de sal. De eso es

de lo que hablaba Agnes hace casi un siglo. Y Mary Peters. Por fin he podido experimentar la comprensión del tiempo de manera absoluta. Lo que es y lo que fue y lo que será. No es más que un segundo, pero en él es como si, tan sólo con mirar a Camille a los ojos, pudiera ver la eternidad.

## *La forêt de Pons, Francia, el futuro*

Dos años después de ese momento en el instituto.

Francia. El bosque cercano a Pons, que aún se conserva. El que yo conocí en su día.

*Abraham* es viejo. El mes pasado le sacaron una piedra del riñón, pero no está muy en forma. Hoy, sin embargo, parece feliz husmeando un millar de olores nuevos.

—Todavía tengo miedo —admito mientras paseamos a *Abraham* entre las hayas.

—¿De qué? —pregunta Camille.

—Del tiempo.

—¿Por qué? Tú vas a vivir para siempre.

—Exacto. Y algún día tú no estarás conmigo.

Se para.

—Es curioso.

—¿Qué es curioso?

—El tiempo que pasas preocupándote por el futuro.

—¿Por qué? Siempre llega. Es lo que tiene el futuro.

—Sí. Siempre llega, pero no siempre es terrible. Mira. Mira ahora mismo.

Míranos. Aquí. Éste es el futuro.

Me coge la muñeca y me pone la mano en su barriga.

—Mira. ¿La sientes?

Siento ese movimiento extraño, cuando tú das patadas. Tú, la hermana pequeña de Marion.

—La siento.

—Ahí lo tienes.

—Y algún día es posible que parezca mayor que yo.

Se detiene. Señala algo a través de los árboles: hay un ciervo. El animal se vuelve y nos mira antes de salir disparado. *Abraham* tira de la correa con poco entusiasmo.

—No sé qué pasará —contesta Camille mirando el lugar donde antes estaba el ciervo—. No sé si la tarde acabará sin que sufra un ataque. ¿Quién puede saberlo?

—Ya. ¿Quién puede saberlo?

Sigo mirando entre los árboles el espacio que antes ocupaba el ciervo y me doy cuenta de que es verdad. El ciervo no está, pero sé que antes estaba, de manera que el espacio es distinto. El recuerdo hace que sea distinto.

—«No estás aislado, pero supongo que debes mantenerte en contacto con la vida para emerger de ella.»

—¿Qué es eso? ¿Una cita? —pregunto.

—Fitzgerald.

Seguimos andando.

—Lo conocí, ya sabes.

—Sí, lo sé.

—También conocí a Shakespeare. Y a Samuel Johnson. Y una vez vi bailar a Joséphine Baker.

—Siempre dándote pisto con tanto nombre.

—Cierto.

—Hablando de nombres —dice despacio, poniendo tanto cuidado con las palabras como con los pasos que da por el irregular camino—. He estado pensando. Ahora que sabemos que va a ser una niña, creo que deberíamos llamarla Sophie. Por mi abuela. Sophie Rose.

—¿Rose?

Me coge la mano. Y acto seguido aclara:

—Siempre me ha gustado ese nombre. La flor, pero también el sentido de levantarse...,\* como tú ahora, que eres libre para ser quien eres. Y, sí, es raro ponerle a un hijo el nombre de..., bueno, ya sabes... Pero es difícil sentir celos de alguien que vivió hace cuatro siglos. Además, me cae bien. Te ayudó a ser quien eres. Creo que sería bonito mantener un hilo de unión entre las cosas.

—Bueno, ya veremos.

Nos besamos. Ahí, en el bosque. La quiero con locura. No podría quererla más. Y el miedo cerval de no permitirme quererla ha vencido al miedo de perderla. Omai tiene razón: hay que elegir vivir.

—Todo irá bien. O irá, así que no nos preocupemos.

Ahora veo cuánta razón tiene. A veces veo futuros más allá de éste. La veo intentando recordar mi rostro y no conseguirlo, aunque estoy justo delante de ella. La veo cogiéndome la mano, como hizo Rose, blanca y enferma en las postrimerías de la vida. Siento vagamente el dolor que algún día me abrumará, cuando ella ya no esté. Camille sabe que lo sé, pero no quiere que se lo diga más. Tiene razón. Todo será, y cada momento es eterno. Sigue vivo. En alguna parte, de algún modo. De manera que, mientras seguimos bajando por el sendero por el que vinimos, en cierto modo seguimos allí, besándonos, como también estoy felicitando a Anton por las notas que ha sacado en los exámenes y bebiendo whisky con Marion en su casa de las Shetland y estremeciéndome con el fuego de artillería y hablando con el capitán Furneaux bajo la lluvia y apretando una moneda de la suerte y pasando por delante de los establos con Rose y oyendo cantar a mi madre mientras las sámaras de sicomoro caen dando vueltas en este mismo bosque.

Sólo existe el presente. Igual que cada objeto de la Tierra contiene átomos similares e intercambiables, cada fragmento de tiempo contiene aspectos de todos los demás.

Sí.

Está claro. En esos momentos llenos de vida el presente es eterno, y sé que hay muchos más presentes que vivir. Lo entiendo. Que puedes ser libre. Que la forma de detener el tiempo es dejar de regirse por él. Ya no me ahogo en el pasado ni temo el futuro. ¿Cómo podría?

El futuro eres tú.

## *Notas*

\* En inglés, *rock* es «roca», «piedra». (*N. de la t.*)

\* *Ironmonger*, en inglés, «herrero». (*N. de la t.*)

\* *Rose*, pasado del verbo inglés *rise*, «levantarse». (*N. de la t.*)

*Cómo detener el tiempo*

Matt Haig

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *How to Stop Time*

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño

© de la ilustración de portada: David Sierra

© Matt Haig, 2017

Publicado de acuerdo con Canongate Books Ltd, 14 High Street, Edimburgo EH1 1TE

© de la traducción, María José Díez Pérez, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-233-5456-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltalldellibre.com](http://www.eltalldellibre.com)

¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!

# NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

---



¡Síguenos en redes sociales!

